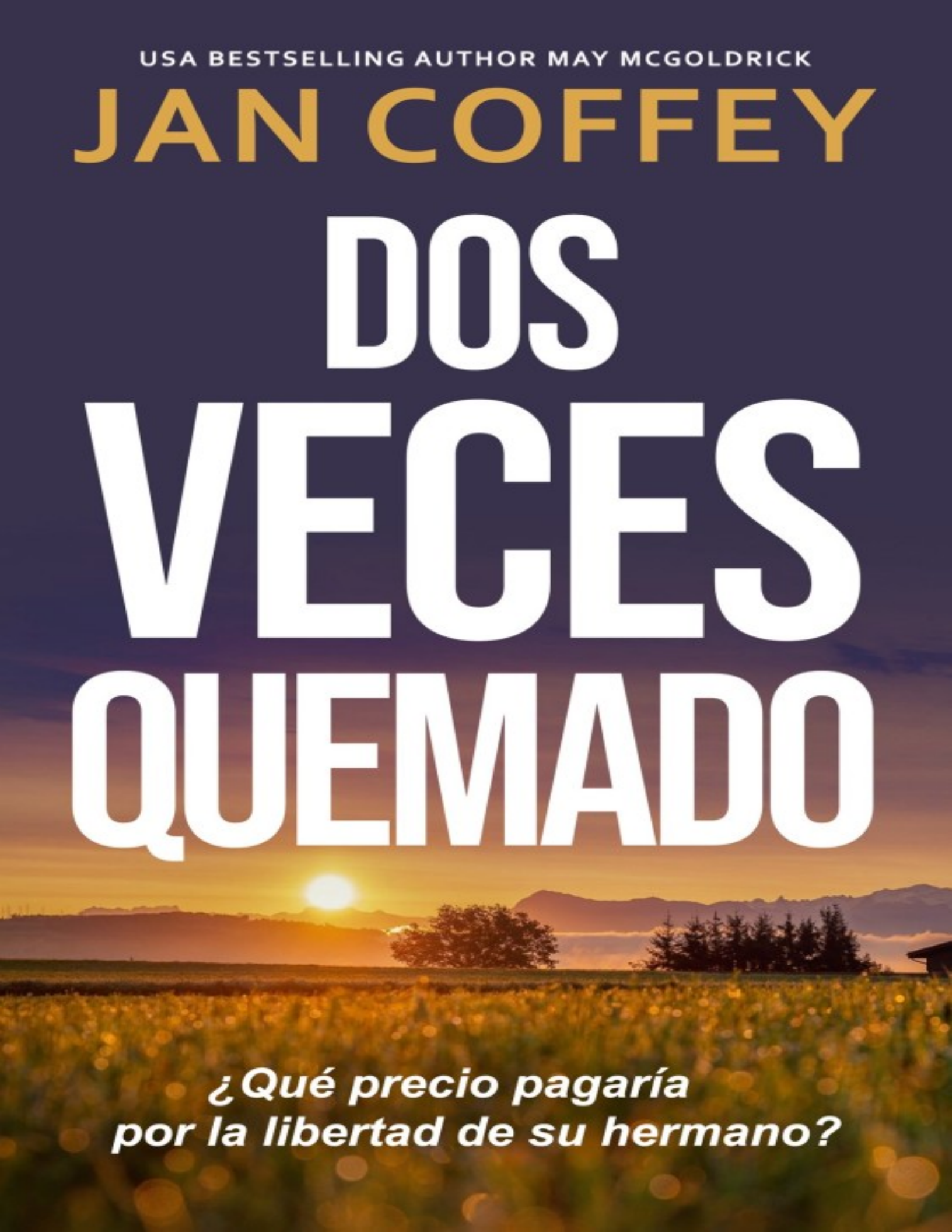
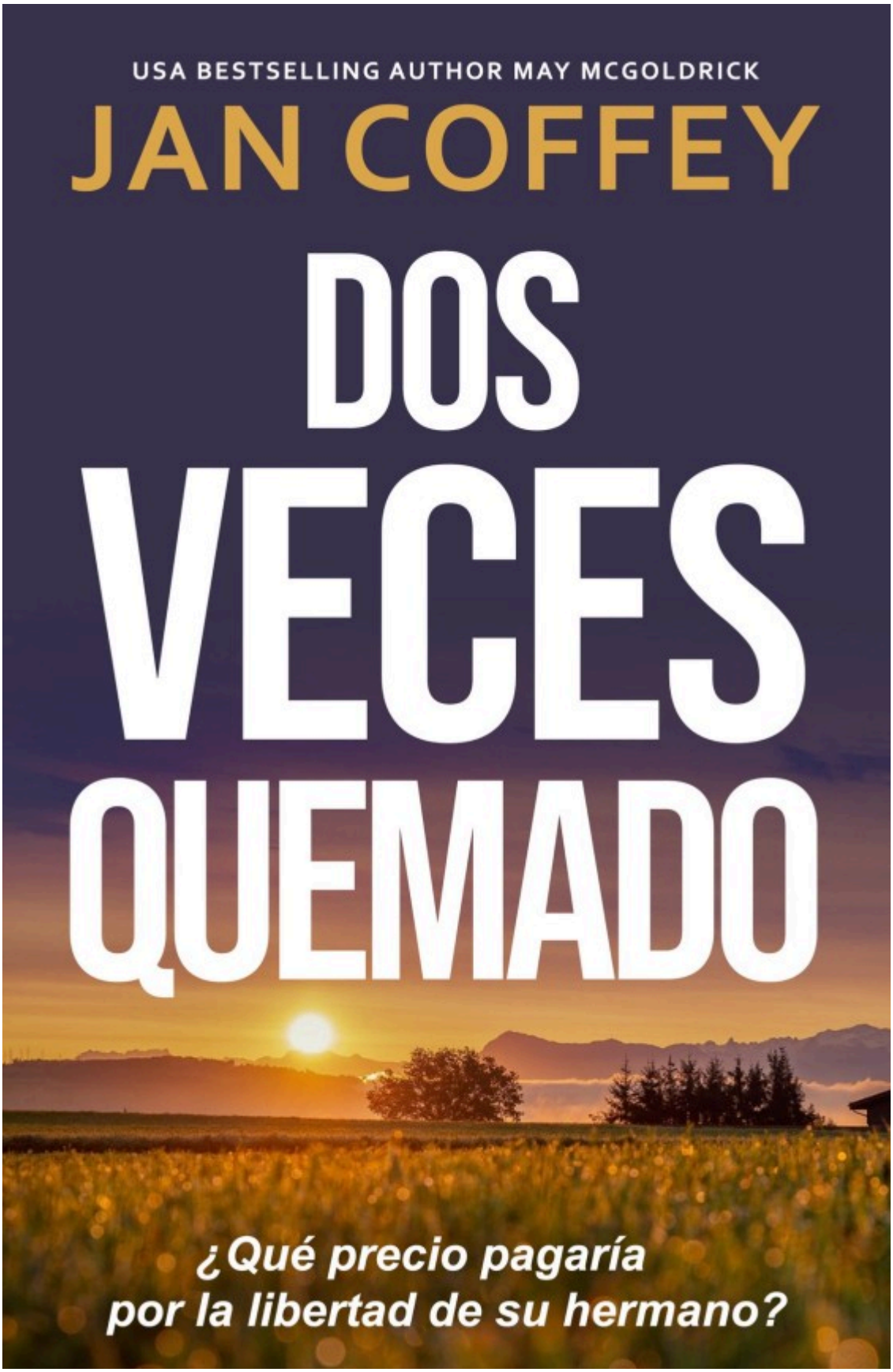
USA BESTSELLING AUTHOR MAY MCGOLDRICK

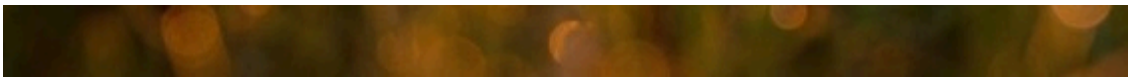
JAN COFFEY

DOS VECES QUEMADO



¿Qué precio pagaría por la libertad de su hermano?


USA BESTSELLING AUTHOR MAY MCGOLDRICK
JAN COFFEY
DOS VECES QUEMADO
¿Qué precio pagaría por la libertad de su hermano?



DOS VECES QUEMADO

Twice Burned



JAN COFFEY

with

MAY MCGOLDRICK

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por leer esta novela. Si te gusta *Dos Veces Quemado*, por favor, comparte tus buenas palabras dejando una reseña o ponte en contacto con los autores.

Dos veces quemado Copyright © 2014 de Nikoo K. y James A. McGoldrick

Traducción al español © 2025 por Nikoo y James A. McGoldrick

Editora de Lengua Española - Sophie Hartmann

Publicado por primera vez por Mira Books, 2002

Todos los derechos reservados. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative, Camino El Molino, Dana Point CA 92624.

Contacto: https://www.maymcgoldrick.com/

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma facticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

SIN ENTRENAMIENTO DE IA: Sin limitar de ninguna manera los derechos exclusivos del autor [y del editor] en virtud de los derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para «entrenar» tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para generar texto. El autor se reserva todos los derechos para autorizar usos de este trabajo para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35

Nota de edición
Nota del autor
Sobre el autor
Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

A los Kepples, nuestra familia ampliada,

Con amor.

Capítulo Uno



Condado de Bucks, Pensilvania
Viernes, 19 de mayo de 2000

En ondas tan palpables como la niebla, el frío del río irradiaba a través del aire nocturno. Instalado en la piel, en el cuero cabelludo, era un sentimiento, una sensación, una presencia viva… casi. Con el tiempo, calaría hasta los huesos.

La ubicación resultaba irrelevante. Ya fuera el insondable azul del océano, la quietud de un lago de montaña o incluso escenarios familiares desde la infancia como la orilla de un río o el contorno de un estanque, la percepción podía variar notablemente. A veces, un simple contacto de humedad en la piel generaba una sensación diferente.

A la luz del día, uno podría pensar que momentos como éste dieron origen a los cuentos de Grendel y los de su especie, de monstruos que surgían de pantanos, lagos y océanos para destruir y devorar.

Pero ahora, de pie junto al agua por la noche, el frío levantaba los pelos del cuello. Los sonidos de los pájaros nocturnos se convirtieron en presagios. El brillo de las luciérnagas se convertía en

advertencias. Las sombras de las rocas y los árboles se convertían en trampas mortales.

El bajo gorgoteo del río ocultaba cualquier ruido de pasos. Protegido por un cielo sin luna, el intruso abandonó el sendero de la orilla y se movió en silencio bajo los árboles. Arriba, las hojas emitían sonidos ásperos con la solitaria brisa nocturna, temblando ligeramente antes de caer en la oscuridad.

El aire era fresco, pesado, y se extendía como la oscura espiral de una serpiente enorme e inmóvil por el terreno. El intruso, ahora uno con la sombra profunda, se detuvo y miró más allá del césped, hacia las ventanas sin luz de la casa, y esperó.

Un coche deportivo bajó a toda velocidad por la carretera. La puerta del garaje se abrió automáticamente y el conductor entró bruscamente. En un momento volvió a reinar el silencio. Moviéndose sin hacer ruido, la sombra salió de debajo de los árboles y cruzó el césped hasta la casa.

—Ayuda a tu hermana, Emily.

La niña de cinco años, con ojos soñolientos, se quedó mirando el perfil de su madre a la tenue luz del coche y luego volvió a quedarse dormida. Marilyn Hardy apagó el motor y pulsó el mando a distancia para cerrar la puerta del garaje. Al girarse en el asiento del conductor, encontró a las dos niñas dormidas de nuevo.

—¡Emily! —espetó—. Vamos, chica. Despierta

Tocó la rodilla de su hija mayor y la sacudió con fuerza. La niña abrió los ojos hinchados y enrojecidos y trató de concentrarse en el rostro de su madre.

—Estamos en casa. ¿Me oyes? En casa. Ahora, en marcha, —abriendo de un empujón la puerta del conductor, Marilyn maldijo al chocar contra un triciclo nuevo, atascándolo contra la pared del garaje—. ¡Cristo, Emily! ¿Cuántas veces tengo que decirte que pongas este maldito trasto donde debe estar?

Marilyn cogió las bolsas de las chicas del asiento delantero y las dejó caer sobre el suelo de cemento antes de coger el bolso. La fina correa del asa se enganchó en la palanca de cambios de la consola central. Perdiendo la paciencia, tiró con fuerza para liberarla. El cierre se abrió de golpe y el contenido cayó sobre el asiento y el suelo.

—¡Joder!

Tiró el bolso a un lado y, retrocediendo, echó el asiento hacia delante. Marilyn fulminó con la mirada a Emily, que asentía con la cabeza.

—*Te he dicho* que necesito tu ayuda. —La niña se despertó de golpe y se acercó para desabrochar el cinturón de seguridad que sujetaba a su hermana pequeña.

Sin abrir los ojos, Hanna lloró y se dio una patada en el pie. Cuando su madre metió la mano para sacarla del asiento del coche, la niña de tres años se retorció y gimoteó enfadada.

—Guárdate esa mierda para tu padre —siseó Marilyn, agarrando a la niña bruscamente por debajo de los brazos y tirando de ella.

Hanna lanzó un suave grito de queja y abrió los ojos, mirando a su hermana mayor por encima del hombro de su madre. Emily cogió el pequeño tigre de peluche del asiento trasero y se puso de puntillas para dárselo. La niña más pequeña metió el precioso juguete bajo la barbilla y acurrucó la cara contra el cuello de Marilyn, volviendo a cerrar los ojos.

La puerta del coche se cerró de golpe. El triciclo se apartó de un puntapié. Emily permaneció junto a su madre mientras las luces temporizadas se apagaban en el garaje y el espacio quedaba sumido en la negrura.

—No más lágrimas. No más lloriqueos. No quiero oír ni una maldita palabra más de vosotros dos esta noche. ¿Me oís?

—Sí, mamá —susurró Emily, aferrándose a una esquina de la chaqueta de Marilyn mientras avanzaban rápidamente hacia la puerta que conducía del garaje a la casa. La niña mantuvo la mirada fija en los tres puntos de luz naranja de los botones que abrían las puertas del garaje.

—Y será mejor que no vuelva a tener que soportar que montes una escena así. ¡Nunca!, ¿me oyes?, *nunca* volverás a interrogarme así en público. ¿Entendido?

—Sí, mamá —chirrió apenas la vocecita.

La puerta no estaba cerrada, como siempre. El amplio pasillo que conducía a la escalera estaba oscuro, pero Marilyn no se molestó en encender las luces. Sólo se detuvo un segundo para quitarse los zapatos de tacón antes de subir las escaleras.

En el pasillo del segundo piso, se dirigió directamente al dormitorio de las niñas. Sin que nadie se lo dijera, Emily se deslizó delante de su madre y apartó la colcha y las sábanas de la cama de Hanna. La hermana menor ya estaba dormida cuando Marilyn la acostó.

Cuando Marilyn se enderezó, el sonido del teléfono la hizo girar la cabeza.

—¡Cristo! ¿Y ahora qué? —salió furiosa de la habitación, lanzando una mirada penetrante a Emily—. Quítale los zapatos. Y prepárate para ir a la cama.

Marilyn encendió la luz de su habitación y cogió el teléfono junto a la cama un instante antes de que sonara el buzón de voz.

—*¿Qué*?

La voz al otro lado apenas era más que un gruñido. —Mira, Marilyn, no sé qué mierda pretendes, pero he hecho planes con las niñas para este fin de semana y voy a por ellos ahora mismo.

—Por encima de mi cadáver, Ted —espetó. Podía oír el sonido del tráfico a través de su móvil—. Te lo he dicho antes, y te lo digo ahora, no vas a llevar *a mis* hijas a ningún sitio cerca de esa loca.

—¡Mi tía tiene Alzheimer, maldita sea! No está loca. Y si todo esto forma parte de algún truco que intentas hacer con ese nuevo abogado tuyo para alejar a las niñas de mí…

—¿Papá? —el suave susurro de la voz de Emily en la línea telefónica sacudió la cabeza de Marilyn hacia el pasillo. La luz del dormitorio se extendía por el suelo enmoquetado. La niña se llevaba el teléfono a la oreja con ambas manos—. Papá, ¿vienes a por nosotros? Por favor, papá…

Marilyn marchó furiosa hacia su hija.

—Sí, cariño —la voz de Ted Hardy se suavizó al instante—. No llores, cariño. Te llamo desde el coche. Estaré allí antes de…

Marilyn arrebató el teléfono de las manos de la niña y lo bajó de golpe. Emily levantó la vista, aterrorizada, con lágrimas perladas rodando por sus redondas mejillas. —Ya… ya viene. Puedo preparar a Hanna. Prometo no ser ninguna…

—Te he dicho que te vayas a la cama —le grito—. *¡Ya*!

Durante una fracción de segundo, una chispa de desafío apareció en los ojos azules que la miraban. Marilyn levantó la mano para abofetearla, pero Emily volvió corriendo al pasillo, cerrando la puerta con fuerza tras de sí.

Marilyn se llevó el teléfono a la oreja mientras miraba la puerta cerrada del dormitorio.

—Si alguna vez… —decía—. ¿Me oyes, Marilyn? Si vuelves a poner una mano encima de mis hijas…

—Vete a tomar por culo, Ted.

Dejó el teléfono sobre la larga mesa del vestíbulo. Creyendo haber oído el lejano sonido del motor de un coche, dio la espalda a la puerta de las chicas y empezó a bajar las escaleras.

El vestíbulo y el salón estaban a oscuras. Marilyn caminó por la gruesa alfombra de felpa hasta una de las ventanas delanteras y se asomó a la tranquila calle. No había ningún coche a la vista. Cruzó hasta la puerta principal, cerró el pestillo y enganchó la cadena. Avanzó silenciosamente por la casa y, un momento después, cerró también la puerta del garaje.

Al pie de la escalera, se detuvo y escuchó. El único sonido era el tictac del reloj de pie del salón. Satisfecha, se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y recorrió el largo pasillo hasta la cocina.

Aquella habitación también estaba a oscuras, pero justo cuando Marilyn se acercó para encender las luces, se quedó paralizada al oír un movimiento más allá de la isla que separaba la cocina del espacioso estudio. Casi se le paró el corazón al mirar la cortina de gasa que ondeaba suavemente junto a la puerta del patio.

Con punzadas de pánico, miró la luz que había sobre la estufa. Siempre la dejaba encendida… pero ahora no. Vio cómo la brisa volvía a levantar las cortinas. Y entonces, por primera vez, sintió la presencia de otra persona en la habitación.

Marilyn accionó el interruptor y se dio la vuelta.

—Ah, eres tú.

—No sé cómo ocurrió, Léa. Estaba allí sentada viendo la tele.

La mujer corpulenta señaló el gastado sillón reclinable de la esquina del pequeño salón. El televisor, encajado en las estanterías y armarios que se alineaban en la pared opuesta, seguía encendido, haciendo millonario a alguien. Léa lo apagó.

—Estaba en la cocina —continuó Clara, nerviosa y alterada—. Estaba hablando con Dolores por teléfono y preparando la bandeja de la cena de Janice. Cuando la saqué, ya no estaba.

Léa volvió a comprobar los dos dormitorios, los armarios, el pequeño cuarto de baño. Incluso corrió la cortina de la ducha y comprobó la bañera. En el armario de los abrigos vio los zapatos de andar por casa y el abrigo marrón que su tía llevaba siempre cuando salía.

—Lo siento mucho —soltó Clara entre lágrimas en cuanto Léa volvió a la cocina—. Sé que me dijiste que vigilara que no saliera. Pero esta noche parecía tan buena. Estaba contenta, charlando sobre Ted y las chicas que vendrán mañana por su cumpleaños. Dijo que Ted había conseguido entradas para el partido de los Phillies al que ibais a ir todos.

—Clara, ¿puedes quedarte aquí hasta que vuelva? —Léa cogió las llaves del coche y el bolso de la pila de libros que acababa de dejar sobre la mesa de la cocina. La cena de su tía seguía sobre la mesa en una bandeja de plástico—. Por si la tía Janice vuelve por su cuenta, tienes mi número de móvil.

—Claro —la mujer de mediana edad miró el reloj de la pared de la cocina—. Puedo quedarme hasta que llegue la hora de despertar a mi hijo. Ahora está en el tercer turno, ¿sabes?

—De acuerdo —dijo Léa, saliendo de la cocina. Clara la siguió por el pequeño apartamento hacia la puerta principal.

Por impulso, Léa se detuvo ante una mesita y cogió uno de los portarretratos. Era una fotografía de Janice, con Ted y las chicas delante de la Campana de la Libertad. Deslizó el reverso cubierto de fieltro y sacó la foto, metiéndosela en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Quieres que llame a la policía o algo? Sé que no hace más de una hora que se ha ido. Pero nunca se sabe… en la ciudad y con todos esos gamberros en cada esquina estos días… y la pobre Janice con sus zapatillas y su vestido de casa… —La mujer mayor se detuvo y se secó una lágrima.

—Déjame comprobar el edificio y dar primero la vuelta a la manzana. —Léa abrió la puerta—. Les llamaré yo misma si no la encuentro.

Léa no le contó a Clara la pérdida de tiempo que había supuesto llamar a la policía la semana pasada. El tiempo que había pasado explicándolo todo por teléfono y respondiendo a las preguntas enlatadas de la central no había servido para nada. Al final, Léa había llamado a Ted y él había conducido hasta la ciudad. Los dos habían recorrido las calles hasta que la encontraron, hacia las dos de la madrugada, en un callejón a nueve manzanas del apartamento. Un nudo apretado se abrió paso en la garganta de Léa al recordar lo aterrorizada que había estado Janice, agazapada junto a un contenedor de basura y llorando en voz baja como una niña perdida.

Léa salió a la calle estrecha y decidió no coger el coche. Ya había decidido no llamar a Ted. Sabía lo emocionado que estaba él por tener a Emily y a Hanna el fin de semana, y con todo lo que tenía encima la semana que venía, no necesitaba esto también.

La hilera de casas adosadas se extendía a lo largo de la manzana. Una vieja furgoneta giró hacia la calle y pasó lentamente.

El grito airado de un hombre desde la furgoneta, seguido de la risa chirriante de una mujer, sobresaltó a Léa. Cogió las llaves del coche, caminó hasta el final de la manzana y dobló la esquina. Mirando en todas las sombras y puertas, se dirigió hacia el lugar donde habían encontrado a Janice la última vez.

La campana de una iglesia dio las diez en punto unas calles más allá. Dos manzanas más arriba, se cruzó con un grupo de hombres que salían de un bar de la esquina. Uno hizo un comentario grosero en su dirección que provocó las risas de sus amigos. Ella pasó rápidamente de largo.

Léa pensó en las conversaciones que había mantenido con Ted sobre su tía. Hacía dos años y medio, tras jubilarse de toda una vida dedicada a la enseñanza, Janice había decidido que quería vivir más cerca de su única familia: los sobrinos que había criado desde su adolescencia.

El primer año y medio había ido muy bien. Con Léa trabajando como asistente social en uno de los colegios públicos de la ciudad, y Ted y su mujer e hijos viviendo a una hora al norte de la ciudad, en el condado de Bucks, la vida iba bien.

Pero entonces todo había empezado a desmoronarse.

Primero fueron los problemas matrimoniales de Ted y Marilyn y su separación. Luego, a Janice le habían diagnosticado Alzheimer. Un par de semanas después, habían recortado el presupuesto de la escuela y con él el trabajo de Léa.

Léa cruzó Broad Street y esquivó un coche que circulaba a toda velocidad y que, obviamente, no tenía ningún interés en detenerse ante los semáforos en rojo. Rezó para que su tía estuviera donde la habían encontrado la semana pasada.

Se había mudado con Janice y había empezado un programa de posgrado en Temple por las noches, mientras intentaba llegar a fin

de mes con trabajos diurnos a tiempo parcial. Ted también se había mudado a una casa al norte de la ciudad. Muchas noches, mientras Léa iba a clase, él había venido a cuidar de Janice. Pero Ted pensaba que vivir aquí, en la parte baja del sur de Filadelfia, no era la mejor situación para Janice.

Léa estuvo de acuerdo. La enfermedad de Janice avanzaba cada vez más deprisa. Pronto, Léa ya no podría permitirse el «lujo» de ser estudiante y trabajadora a tiempo parcial. Necesitaba un trabajo a jornada completa y un lugar donde los peligros no amenazaran a su tía cada vez que salía de casa. Necesitaba encontrar un lugar donde la gente conociera a la mujer mayor.

Aunque eso pondría un poco de distancia entre ellas y Ted, Léa tenía la firme convicción de que necesitaba volver al pueblo de Maryland donde Janice Hardy había vivido y trabajado toda su vida antes de venir a Filadelfia. Léa había enviado unos cuantos currículos a gente que aún conocía en el suburbio de Baltimore. Por el par de llamadas que ya había recibido, la respuesta era positiva, pero no quería hacerse demasiadas ilusiones todavía.

Cuando se detuvo al final del callejón donde habían encontrado a Janice antes, sintió un escalofrío en la boca del estómago. El estrecho callejón estaba a oscuras, iluminado sólo por una única luz sobre una puerta a medio camino. Se trataba sobre todo de las puertas traseras de comedores y tiendas, ahora bien cerradas. Léa se dio cuenta de que era demasiado optimista pensar que su tía volvería a estar aquí. Pero no podía perder la esperanza. Tenía que echar un vistazo.

Al cruzar la calle, vio a dos mujeres sentadas en los escalones de una casa adosada a medio camino de la esquina. Nueve o diez chicos y chicas adolescentes escuchaban una canción de rap un poco más arriba. Léa se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta,

cambió las llaves por un pequeño bote de espray de pimienta y echó a andar por el oscuro callejón.

Los contenedores decorados con grafiti que bordeaban el callejón estaban rebosantes de basura. Por todas partes había botellas rotas, latas vacías y más basura. Al pasar, un gato la miró desde entre dos de los contenedores, con los ojos brillantes y sin miedo. Léa buscó, recorriendo cada centímetro sombrío del callejón. Cada puerta y cada montón de basura. Cuando casi había llegado al final, sintió alivio al ver una pequeña figura acurrucada contra una pared de ladrillo.

—Janice —gritó en voz baja—. Tía Janice.

No hay respuesta.

Cuando Léa se acercó, su pie pateó sin querer una botella vacía, haciéndola resbalar ruidosamente por la acera junto a la figura dormida. Cuando la botella se hizo añicos contra la rueda de un contenedor de basura, la figura se incorporó, la miró fijamente y le espetó una retahíla de violentas obscenidades con voz grave.

—Lo siento —murmuró Léa, retrocediendo para alejarse del vagabundo—. Creía que eras otra persona.

Rápidamente, retrocedió por el callejón. Sintiendo ahora auténtico pánico, Léa miró arriba y debajo de la calle cuando llegó a ella. Las dos mujeres habían desaparecido. El ritmo de la música atrajo su mirada hacia los adolescentes que seguían colgados de las escaleras calle arriba. Se dirigió hacia ellos. Un par de ellas le dieron la espalda cuando se acercó. Las chicas la miraron con abierta hostilidad.

Léa sacó la foto del bolsillo de la chaqueta. Dobló las caras de Emily y Hanna por debajo.

—¿Alguno de vosotros podría ayudarme?

Alguien subió el volumen de la música. Dos chicas encendieron cigarrillos y se acercaron a la esquina.

—Me preguntaba si alguno de vosotros habría visto a esta mujer por aquí esta noche —extendió la foto y se dirigió al centro del grupo.

Uno de los chicos se pavoneó hacia ella y pasó el brazo por el hombro de Léa, mirando con exagerado interés la foto. —¿Qué ha hecho, cariño, robarte a tu hombre?

Ella le dio un fuerte golpe en las huesudas costillas y se encogió de hombros, provocando una carcajada del resto del grupo cuando él se quejó en voz alta.

—Mira, tengo diez pavos. —Léa empujó la foto hacia los demás —. Quizá te la cruzaste en la calle. Está perdida y…

—Estás de broma, ¿verdad? —Alguien se rió a sus espaldas—. Quizá si prueba con cincuenta, señora.

Un chico que acababa de unirse al grupo se acercó a ella y le hizo la foto. —Déjame ver.

—Lleva un vestido de flores —dijo Léa—. Zapatillas rosas. Es bajita. Así de alta. Muy delgada. Lleva el pelo blanco atado atrás, en una coleta.

El adolescente acercó la foto a la farola.

—¿La has visto? —Su voz debía de mostrar su desesperación. Él se encogió de hombros con frialdad.

—¿Cuánto vale para ti?

—No llevo cincuenta pavos encima —susurró Léa—. Sólo tengo diez. Pero ayúdame a encontrarla y te daré el resto mañana.

—Sí, claro —con la más mínima vacilación, volvió a encogerse de hombros y le hizo un gesto a Léa para que lo siguiera. Ella lo hizo, ignorando las risas y los comentarios que había detrás de ellos.

—Jamal se consiguió una chica blanca.

—Es tan vieja como tu madre, Jamal.

—No pretendía arruinar tu reputación, Jamal. —Léa intentó quitarle importancia a la situación a pesar de la preocupación que la corroía por dentro.

—¿Es tu madre o algo así? —Le devolvió la foto a Léa.

—También podría serlo. Es mi tía. Ella me crió.

—¿Qué le pasa? ¿Está loca o qué?

—No, no está loca. Simplemente… a veces olvida su nombre… y dónde vive… y se pierde.

—¿Alzheimer?

—Sí.

—Lo tiene mi abuela.

—Lo siento. —Léa dudó un segundo mientras Jamal giraba por una calle muy áspera. Un incendio había quemado cuatro o cinco casas de un lado, y otras dos o tres parecían abandonadas. Miró la media docena de coches abandonados que había a lo largo de las aceras rotas—. La has visto, ¿verdad?

—Sí. —Al final de la calle, se detuvo e hizo un gesto con la cabeza hacia una parada de autobús que había al otro lado—. Ahí mismo. Estaba sentada allí cuando pasamos antes. Hablaba sola.

A Léa le dio un vuelco el corazón al ver a su tía meciéndose de un lado a otro en un banco cercano a la esquina. Sus delgadas zapatillas colgaban de sus pies. Su rostro tenía una expresión salvaje mientras miraba a un lado y a otro de la calle en busca de algo. Léa empezó a cruzar, pero luego se dio la vuelta.

—Lo siento. Casi lo olvido. —Buscó su bolso.

—Olvídalo —el chico volvió a encogerse de hombros y la despidió con un gesto—. La próxima vez cuídala mejor.

Antes de que Léa pudiera insistir o intentar explicarse, el adolescente se había marchado. Mientras cruzaba la calle, tenía un

sabor amargo en la boca. Hizo lo que pudo, y la tía Janice *no* estaba siendo desatendida.

La mujer mayor ni siquiera la vio acercarse. Pero cuando Léa se deslizó hasta el asiento contiguo, los ojos grises de Janice se iluminaron al reconocerla.

—Menos mal que has llegado. El autobús llegará en cualquier momento —miró ansiosa hacia la calle.

—¿A dónde vamos, tía? —preguntó Léa al ver acercarse un autobús.

—Vamos a recoger a Ted. Está esperando —Janice cogió a Léa de la mano y se levantó cuando el autobús se detuvo en la acera—. Vamos.

—Pero ya está viniendo a casa. No hace falta que le recojamos. —Léa negó con la cabeza al conductor del autobús cuando abrió la puerta. Con suavidad, pasó un brazo por el hombro de Janice y la hizo girar hacia la calle—. Ted y las chicas vendrán mañana por la mañana.

—¿Quién?

—Las chicas. ¿Te acuerdas de…? Hannah y Emily.

La mujer mayor miró ansiosamente el autobús que partía. —Ted no encontrará el camino.

—Lo hará, tía. No te preocupes. Ted nunca se pierde. Vendrá mañana —Léa enlazó el brazo de Janice con el suyo y se puso en marcha hacia casa a paso lento—. De hecho, hablemos de mañana. ¿Sabías que me encantan los cumpleaños?

—¿El cumpleaños de quién?

—¡Mía!

Janice se rió a carcajadas y Léa sintió que sus propias emociones la invadían. Le encantaba aquella mujer.

—¿El cumpleaños de *quién*? —repitió con una amplia sonrisa.

—La tuya. —Léa le dio una palmadita en la mano—. Pero nada de mirar los regalos hasta mañana.

A pesar del intento de humor, era evidente que las fechas de nacimiento eran una cosa más que Janice ya no recordaba.

Se tomaron su tiempo para volver a la casa. Cuanto más hablaban, menos confusa y desconfiada parecía estar Janice. Cuando llegaron a la entrada de la casa adosada donde estaba su apartamento, la mujer mayor estaba tranquila y razonablemente lúcida.

Clara seguía esperándoles cuando subieron los escalones. La televisión estaba encendida de nuevo. —Le has dado un buen susto a esta pobre chica, Janice. No deberías haberlo hecho.

Léa sacudió la cabeza ante Clara. Tras llevar a su tía a su sillón favorito, acompañó a Clara a la salida. —No tiene sentido. En realidad, no recuerda lo que hizo ni adónde fue, ni siquiera por qué.

—Quizá no debería decirte esto, querida, pero deberías pensar en meterla en uno de esos hogares o algo así. Si va a desaparecer así como así, será demasiado para ti y para tu hermano. Y tampoco puedes esperar que alguien de mi edad siga cuidándola.

—Janice tuvo una mala noche. Eso es todo. No es así todo el tiempo. Gracias por quedarte, Clara.

—Está bien, Léa. Pero deberías pensar en…

—Lo sé. Lo haré —dijo ella, conteniendo el filo cortante que se deslizaba en su voz—. Buenas noches, Clara. Cerró la puerta a la espalda de la mujer mayor.

Janice estaba de pie junto a su sillón, con los ojos pegados al televisor.

—Ted no va a venir —dijo ella.

—Claro que sí, tía. —Léa cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina. La protección que sentía le hacía zumbar todos los nervios

del cuerpo. *No* iba a enviar a Janice a una institución donde pudieran ignorarla y desatenderla. Por grave que fuera su enfermedad, Léa sabía que podrían superarla ellos mismos, como una familia. Lo superarían del mismo modo que lo había hecho su tía cuando Ted y ella habían caído en sus brazos.

—Léa.

—¿Por qué no te sientas? Voy a buscar algo de comer —dijo, tirando la comida fría de la bandeja y metiendo la mano en la nevera.

—Ted no viene —gritó la anciana, esta vez más alto. Había una nota de pánico en su voz.

—Tienes razón. No vendrá esta noche. Pero él y las chicas vendrán a desayunar —sacó un recipiente de plástico con sopa y lo puso en el microondas.

—No vendrá, hoy no vendrá.

El cántico lastimero de la mujer mayor hizo que Léa saliera de la cocina y cruzara el salón. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Janice. Estaba temblando.

—Vamos, tía. —Léa se sentó con la mujer mayor en el sofá y la abrazó como a una niña. Ya estaba acostumbrada a esos repentinos cambios de humor que formaban parte de la enfermedad—. Tú y yo tendremos una buena comida juntas y, antes de que te des cuenta, mañana estará aquí y…

—No vendrá.

El reflejo del televisor en el frontal de cristal de un mueble llamó la atención de Léa. Algo familiar la atravesó. Se volvió para mirar la pantalla del televisor. Una reportera estaba de pie en una calle oscura, con camiones de bomberos y coches de policía detrás de ella. Más allá se veía lo que quedaba de una casa quemada. La mujer estaba recapitulando la historia.

…lo que sabemos. Un triple asesinato aquí, en la tranquila ciudad dormitorio de Stonybrook, en el condado de Bucks.

Léa sintió que cada centímetro de su cuerpo se tensaba.

—El cadáver de Marilyn Foley Hardy, de 33 años, fue descubierto en la cocina. Nos acaban de decir que los cuerpos parcialmente quemados de las dos niñas han sido descubiertos en el piso de arriba.

El rostro de la tía Janice se volvió de nuevo hacia la pantalla. Léa no podía respirar.

Los informes preliminares ya indican que la madre murió apuñalada antes de que se iniciara el incendio.

Léa no podía moverse. No podía decir ni una palabra. Un sonido desgarrador escapó de su garganta, pero seguía sin poder respirar. Aturdida, lo único que podía hacer era mirar fijamente la televisión.

El marido separado de la mujer, Ted Hardy, fue detenido en el lugar de los hechos hace una hora. Está detenido.

Janice sollozó y miró a Léa a la cara. —Ya te lo he dicho. Ted no va a venir.

Capítulo Dos



Dos años después

MEDIO INCLINADA SOBRE EL RETRETE, Léa se apoyó en la fría pared metálica del baño e intentó que su estómago dejara de agitarse. Tenía los nervios a flor de piel. Su estómago era, como siempre, lo primero en romperse.

Volvió a tirar de la cadena y salió tambaleándose de la cabina gris. Inclinada sobre el viejo lavabo de porcelana del cuarto de baño del juzgado, abrió de par en par el grifo de agua fría, se enjuagó la boca y se echó puñados de agua en la cara. El agua helada sobre su piel hizo poco por aliviar el ardor febril.

La puerta se abrió a su izquierda, y Léa sacó inmediatamente unas toallitas de papel de un dispensador. Mantuvo la cara hundida en las ásperas sábanas marrones mientras los altos tacones de la recién llegada chasqueaban hacia uno de los lavabos. Cuando la cerradura se cerró con un chasquido, Léa se arriesgó a mirar su propio reflejo en el espejo. Tenía un aspecto horrible.

Del poco maquillaje que se había aplicado aquella mañana sólo quedaban un par de anillos negros emborronados bajo las

hendiduras hinchadas que una vez fueron ojos. Tenía la nariz roja y los labios descoloridos. Tenía la piel manchada.

Al oír el sonido de la cisterna del retrete, Léa buscó sus gafas de sol en el bolso. Una mujer más joven, que salía de la cabina del baño, la miró abiertamente mientras se dirigía al lavabo contiguo.

Léa bajó las persianas oscuras y lanzó una última mirada a la atribulada desconocida en que se había convertido. Forzándose a mantener la calma, salió del cuarto de baño para enfrentarse a lo inevitable.

Sintió que le temblaban las rodillas al entrar en la sala casi abarrotada. El reloj de pared marcaba las cuatro menos un minuto. Centró la atención en su propio asiento e intentó que no le afectara el pronunciado silencio que se apoderó del lugar con su llegada. La madre de Marilyn, Stephanie Slater, dijo algo en voz alta, pero Léa no se molestó en dedicarle una mirada. Hacía semanas que había renunciado a responder a sus burlas y amenazas apenas veladas.

El fiscal del distrito y sus tres ayudantes entraron en la sala un minuto después. El abogado de Ted, David Browning, entró con su equipo a las 4:06. Browning lucía, como de costumbre, una almidonada camisa blanca de botones que resaltaba su impecable bronceado. Su traje de hoy era gris marengo, y Léa no creía haberlo visto nunca. Le hizo un gesto amistoso con la cabeza que ella ignoró.

La semana pasada había recibido su última factura. Browning era socio junior de un bufete decente de Filadelfia, pero no podía evitar preguntarse cuántas de sus sesiones de bronceado y manicura se habían sumado a la alucinante suma que ahora debía. Y luego estaba la colección de trajes Armani del joven abogado, cada uno de un tono distinto, pero tan conservador que cubría todos los días de la semana.

Léa dejó caer la barbilla sobre el pecho, sabiendo que buscaba cualquier excusa para explotar. David Browning resultaba ser un blanco fácil.

Cuando se abrió una puerta en la pared de su derecha, unas frías garras de miedo la desgarraron por dentro. Vio cómo dos funcionarios del tribunal escoltaban a su hermano hasta la sala. Había adelgazado mucho. Miró su rostro demacrado, la áspera barba rubia y gris que cubría su rostro antaño vibrante y apuesto. Sólo tenía treinta y cinco años, pero parecía de cincuenta y cinco. Quizá más. Sus ojos habían brillado una vez con vida, pero ahora no había luz ni esperanza.

Él también parecía un extraño.

Ted Hardy no esperaba a que doce jurados decidieran su sentencia. Hacía tiempo que había perdido la esperanza. Ella sabía que ya se había rendido la primera vez que lo había visto tras su detención, hacía dos años.

Las lágrimas quemaron los ojos de Léa, pero las disimuló. Ted se sentó a la mesa del acusado sin mirarla. Ella comprendió lo que estaba haciendo. Estaba cortando este último vínculo, esta última línea de vida que la unía, y ella se sentía más sola y perdida de lo que se había sentido nunca en su vida.

No se había planteado que Ted asistiera al funeral de su tía la semana pasada. Aunque se lo hubieran permitido, no habría ido. Cuando Léa se puso en pie para pronunciar el panegírico ante la pequeña congregación, contempló los rostros de los amigos de toda la vida de su tía. Habían acudido a prestarle su apoyo, pero su único pensamiento había sido que ese tenía que ser el punto más bajo al que podía llegar una vida y seguir siendo soportable. Hasta ahora.

Mientras continuaba el proceso judicial, Léa apenas se fijaba en su entorno, ahora tan familiar que formaba parte de sus sueños.

Sólo se puso alerta cuando el pregonero pidió permiso para recibir el veredicto.

En la sala reinó un silencio sepulcral. Léa mantuvo la mirada fija en la nuca de Ted, con las manos entrelazadas en el regazo.

—¿Puede levantarse el capataz?

La mirada de Léa se desvió hacia el jurado número ocho, un hombre de negocios mayor con traje azul marino que se estaba poniendo en pie. Se quitó las gafas de sol de la cara y miró fijamente el rostro del hombre. No había ningún indicio de lo que iba a decir. Nada.

—Jurados, ¿habéis acordado un veredicto y una pena?

—Sí, lo hemos hecho. —Un escalofrío la recorrió ante la tranquilidad de la respuesta.

—¿Están de acuerdo los doce?

—Sí.

Léa se dio cuenta de que golpeaba el suelo con un zapato. Se apoyó una mano en la rodilla, intentando controlarse.

—Habiendo declarado al acusado, Theodore John Hardy, culpable de asesinato en primer grado de Marilyn Foley Hardy, culpable de asesinato en primer grado de Emily Hardy y culpable de asesinato en primer grado de Hanna Hardy, ¿cuál es su veredicto en cuanto a la pena?

Léa contuvo la respiración.

—Muerte.

Alguien jadeó en voz alta en la sala que había detrás de ella. Le pareció oír llorar a Stephanie al otro lado de la sala. Había un fuerte murmullo de gente hablando detrás de ella. Oyó los pasos de algunos que salían corriendo. Periodistas. Léa sintió el ardor de las lágrimas en los ojos y volvió a correr las persianas. Un nudo del tamaño de un puño se formó en su garganta.

—Gracias. Siéntese, por favor, señor —dijo el pregonero en voz alta por encima del ruido mientras la juez martilleaba con su mazo, exigiendo silencio en la abarrotada sala.

—Solicitamos que se sondee al jurado, señoría —la petición de David Browning recibió un asentimiento del juez. Léa esperaba alguna reacción de su hermano. Nada.

A la orden del juez, el pregonero volvió a dirigirse a la docena de jurados. —Cuando se diga vuestro nombre y número, os rogamos que os pongáis en pie y, con voz completa, clara y audible, anunciéis vuestro veredicto.

Léa sintió que el nudo en la garganta le ahogaba toda la vida. Repitiendo los crímenes una y otra vez, el pregonero sondeó a cada miembro del jurado por turno. Ocho mujeres y cuatro hombres se levantaron uno a uno y repitieron la misma palabra a la sala llena de gente.

Y a Ted, que parecía no oír nada.

Muerte… Muerte… Muerte…

No quería recordar los crímenes. La destrozaba pensar en las caras frescas y bonitas de Emily y Hanna. Tan jóvenes y vivas. Pero Ted no podía haberlo hecho. Nunca podría haber prendido fuego a la casa sabiendo que sus propias hijas dormían arriba.

Muerte.

Por muy difícil que fuera Marilyn, una vez la había amado lo suficiente como para casarse con ella. Habían tenido hijos. Habían planeado una vida juntos. Nunca habría podido apuñalarla y matarla.

Muerte.

—Señoría, el jurado ha sido sondeado —la voz del secretario judicial resonó en el tribunal, pero Léa ya no formaba parte del proceso.

No podría haberlo hecho.

Todo su cuerpo temblaba. Sentía como si una bala la hubiera atravesado. De una herida abierta en su alma sangraban emociones y recuerdos que tanto le había costado reprimir.

En su mente, el tiempo se repetía. El recuerdo de otro asesinato avanzaba, bloqueando el presente, abrasando su interior con un calor insoportable. Léa tenía once años, Ted quince, cuando habían vuelto a casa a buscarlos. Ahora podía verlo con tanta claridad como si estuvieran en ese mismo momento tumbados en el suelo de la cocina, delante de ella. La sangre. Su propio grito de angustia. También recordaba el rostro horrorizado de Ted, su silencio absoluto mientras contemplaba los cadáveres de sus padres.

Los funcionarios de Stonybrook lo habían calificado de asesinato-suicidio. John Hardy había apuñalado a su mujer veintisiete veces antes de sacar el revólver del cajón de la mesa de su estudio, sentarse a la mesa de la cocina y volarse los sesos.

Sin dudarlo, Janice Hardy, la única pariente superviviente de Léa y Ted, había asumido toda la responsabilidad de los dos niños. Llevándolos al pequeño pueblo de Maryland donde vivía y enseñaba en la escuela, estaba decidida a borrar las pesadillas que afligían a aquellos dos jóvenes. Sin embargo, todos sabían, tanto los trabajadores sociales como los médicos, que Ted y Léa arrastrarían dolorosas cicatrices psicológicas durante toda su vida.

La voz del juez interrumpió momentáneamente sus pensamientos. —Señoras y señores del jurado, el Código de Deontología Judicial me impide hacer comentarios en un sentido u otro sobre vuestro veredicto. Y así debe ser.

Léa intentó concentrarse en la toga negra del juez. En lo que estaba ocurriendo ahora. A pesar del veredicto, a pesar del vínculo que el propio Browning había sugerido entre este asesinato y las

muertes violentas de sus padres, no podía creer que fuera posible que Ted matara a su propia familia.

Ted había sido lo único seguro que había ayudado a Léa a sobrevivir a los dolorosos años que siguieron a la muerte de sus padres… y a todos los años posteriores. Ted y su apoyo eterno. Ted y su sentido del humor. Ted y su inquebrantable lealtad a su hermana y a su tía. Ted y su amor por su familia.

Léa miró a su hermano, sentado inmóvil en la mesa de la defensa, mirando fijamente a la nada.

Su atención volvió a la sala. El jurado había sido despedido y sus sillas estaban vacías. El juez se dirigía directamente a Ted.

—…y este Tribunal desea informarte de que tienes un recurso automático ante el Tribunal Supremo de Pensilvania.

Con voz monótona, el juez leyó el guion que explicaba el recurso automático. Léa ya había leído todo lo que había que leer sobre esta fase. Éste no era el final. No dejaría que lo fuera.

—Sin embargo, antes de que pueda juzgarse ese recurso, deben presentarse y resolverse ciertas peticiones posteriores al juicio en un plazo de diez días a partir de hoy.

Léa miró fijamente a David Browning. Su abogado. Su abogado. Parecía un poco aburrido. Se preguntó si estaría escuchando. Desde luego, no estaba anotando nada. Su par de abogados de veintitantos años, sentados con él, parecían sólo un poco más comprometidos. Entonces, mientras ella les miraba la espalda, uno de ellos cerró el maletín con un chasquido y pareció dispuesto a salir corriendo hacia la puerta.

Un arrebato de rabia le subió la sangre a la cara. A mitad del juicio, Léa se había dado cuenta de que Browning no era más que una cabeza parlante. Pero había tenido pocas opciones y poco tiempo para hacer un cambio, teniendo en cuenta la total falta de

cooperación de Ted y la gravedad de la enfermedad de Janice. La gota que colmó el vaso fue la apelación totalmente ineficaz al jurado durante la fase de la pena.

Sentado junto a los abogados, Ted tenía la mirada perdida en la mesa mientras el juez seguía detallando los pormenores de lo que se necesitaba, incluida la fecha, la hora y el lugar para la resolución de cualquier moción posterior al juicio. Aun así, la pluma de Browning ni siquiera rascó el bloc de notas legal que tenía ante sí.

Se buscaba un nuevo abogado. *Tenía* que vender su antigua casa familiar de Stonybrook. Luego, utilizaría el dinero para contratar a la persona que marcaría la diferencia.

—Mientras tanto, el tribunal ordenará que se realice al Sr. Hardy un examen psiquiátrico previo a la sentencia. ¿Algo más, abogados?

Todo el mundo estaba tan tranquilo. Tan formal. Despreocupados. Un día más. Sólo otro ser humano enviado al corredor de la muerte. Sin preguntas. Sin comentarios. Nada.

Apretó los puños, deseando lanzarle algo a Browning. ¡*Di algo*!

—De acuerdo. Se levanta la sesión.

Ted seguía llevando la misma máscara sin vida mientras dos funcionarios del tribunal se acercaban para escoltarle a la salida.

Léa se inclinó hacia adelante en la silla y llamó a Ted por su nombre. Él permaneció quieto brevemente, sin identificarla, luego se levantó y se giró, dándole la espalda.

El abogado dijo algo en voz baja a Ted. El condenado sacudió la cabeza una vez. Era la única respuesta que Léa había visto a su hermano durante los últimos días del juicio. Browning se inclinó hacia delante, insistiendo evidentemente en lo que había dicho antes, y esta vez Ted se volvió bruscamente hacia él.

—Ya tienes mi respuesta. Ahora déjalo.

La amargura de su tono hizo que Léa se encogiera en su silla. Seguía sin poder apartar la mirada del rostro de Ted cuando por fin lo sacaron de la sala. No estaba ayudando en su propia defensa. David Browning se había empeñado en decirle repetidamente que su hermano no colaboraba en modo alguno. Léa sabía que Ted se había resistido al examen psiquiátrico que le habían hecho justo después de su detención.

—¿Señorita Hardy?

Un toque en el hombro hizo que Léa se diera la vuelta. Miró interrogante a una mujer vestida con el uniforme de un funcionario judicial. Léa la conocía. La había visto varias veces junto a la puerta de aquel tribunal.

—Se te habrá caído esto al entrar.

Léa miró el sobre blanco que la mujer le tendía. La sala estaba casi vacía. No recordaba haber tirado nada. No recordaba tener ningún sobre en su poder. Aun así, alargó la mano y lo cogió.

—Gracias. —Miró a su alrededor y encontró a Browning hablando con una de las fiscales, una atractiva pelirroja que había presentado las pruebas físicas para el Estado durante el juicio. Sus propios ayudantes ya se habían adelantado a la puerta. Léa necesitaba hablar con Browning antes de que se marchara, pero no parecía tener ninguna prisa.

Léa miró el sobre cerrado que tenía en la mano. Su nombre y el número de la sala estaban escritos a máquina en el anverso. Curiosa, rasgó la solapa y sacó la única hoja de papel doblada. Sólo tardó un momento en leer el contenido, se dio la vuelta y buscó en los asientos vacíos que había detrás de ella. A excepción del funcionario del tribunal que se dirigía a la puerta, no quedaba nadie más. Miró de nuevo el trozo de papel que tenía en la mano y volvió a leer las palabras.

Ted es inocente. Sé quién lo hizo.

—¡Pero si es *otra* de esas cartas!

—Ya lo veo. ¿Ha llegado a tu hotel?

—No. Se dejó caer ante la puerta del juzgado. Hoy mismo.

—Lo siento, Léa —Browning le lanzó una mirada mientras bajaban las escaleras—. Es una broma de mal gusto. Creo que también deberías entregar ésta a la policía.

—*No* les voy a entregar *nada* —dijo escuetamente—. De hecho, quiero que me devuelvan todo lo que les he dado.

—Eso no quedará bien.

—¿No quedará bien para quién, David?

—Mira, hay cuestiones de procedimiento que hay que considerar. Una progresión de pasos que debemos seguir.

—¿Y si no lo hacemos? —espetó—. ¿De quién nos preocupamos ahora? ¿Has fichado ya por el caso de Ted?

—Una actitud no ayudará en nada.

—¿Quieres ver una actitud? —Léa agarró la manga de la chaqueta del abogado y tiró con fuerza, obligándole a detenerse en las escaleras—. Estoy harta de ti, de esos policías, de tus inútiles ayudantes y de todos los demás. ¡Os importa un bledo salvar la vida de Ted! ¿Por qué demonios aceptaste este caso sí está claro que te importa un bledo, David? ¿No tienes miedo de que tu preciada asociación se vaya por el retrete cuando tus jefes se enteren de lo inútil que fuiste en el juicio?

—Léa, sé que estás disgustada. —Browning soltó un suspiro exasperado y miró arriba y abajo por las anchas escaleras de mármol antes de volver a centrar toda su atención en ella—.

Escucha, sé que has estado sometida a mucho estrés. Siento mucho lo de tu tía. Y tenía intención de venir al funeral la semana pasada, pero…

—Maldita sea, no se trata de una obligación social. Mi hermano fue condenado a morir ahí dentro. ¿Lo entiendes? A muerte. Una inyección letal. *El fin*. Por el amor de Dios, eres su abogado. Se supone que estás de su parte.

—Lo estoy haciendo.

—Entonces, ¿por qué *no* has hecho *nada* para ayudarle? No hubo ni un maldito día en que estuvieras preparado. Te sentaste como un tronco y no dijiste ni pío mientras el fiscal presentaba a sus testigos. Y luego dejaste que pasara por encima de tu caso. ¿Por qué no investigaste nada de lo que te dije sobre Ted como persona? *No* es el monstruo que esos imbéciles hicieron que fuera. Era un padre cariñoso y un buen marido. Marilyn fue la que se puso inquieta. *Ella* era la que quería el divorcio. Tú, de entre toda la gente, su propio abogado, te quedaste sentado y actuaste como si el caso fuera una causa perdida.

—Eso no es verdad.

David sacudió la cabeza en señal de desacuerdo y, en su forma habitual de evitar la confrontación con ella, volvió a bajar las escaleras. Sin emociones, sin pasión… y sin integridad. Había tardado dos años, pero por fin lo había descubierto.

—¿Sabes qué? —dijo Léa, yendo tras él—. No creo que hicieras nada aunque alguien diera un paso al frente y admitiera haber matado a puñaladas a Marilyn e incendiado la casa. No creo que quieras la complicación. Has invertido tu tiempo. Crees que ahora puedes dejarlo todo atrás y seguir adelante.

—Eso es completamente injusto —la miró—. ¿Pero qué posibilidades crees que hay de que eso ocurra? ¿De que alguien

admita algo así, sobre todo a estas alturas del partido?

—*Aquí tienes* una oportunidad. Aquí mismo, en mi mano —dijo con obstinación cuando llegaron al pie de la escalera—. Esta carta es una oportunidad. Y hay al menos una docena más como ésta que probablemente fueron a parar directamente al archivo circular de tus amistosos detectives de la policía.

Unas cuantas cabezas se giraron en su dirección. Léa reconoció a uno de ellos como un periodista que llevaba un par de meses acosándola para que la entrevistara. Cuando el hombre se dirigió hacia ellos, David la cogió del brazo y la condujo a un despacho del primer piso.

Cerrando la puerta de cristal de guijarros ante la mirada del reportero que se acercaba, el abogado miró los escritorios vacíos que había tras un alto mostrador. El reloj de pared indicaba que eran casi las seis.

—Escúchame con atención, Léa —empezó—. Sé que tienes las emociones a flor de piel —cuando ella abrió la boca para protestar, él levantó una mano en señal de defensa—. Y tienes todo el derecho a estar así después de todo lo que has pasado estos dos últimos meses. Incluso los dos últimos años. Pero antes de salir corriendo de aquí en busca de ese imbécil, ese escritor de cartas que crees que salvará el día, tienes que ocuparte de algo más urgente que podría ayudar realmente a tu hermano.

La voz tranquila y monótona del abogado bastó por sí sola para llevar a Léa al límite de nuevo. Todos sus insultos no bastaron para hacerle fluir la sangre. Sin embargo, se mordió la nueva oleada de mal genio, sabiendo muy bien que, tal y como estaban las cosas en ese momento, Browning era el único abogado de Ted.

—¿Qué quieres decir con «apremiante»? ¿Qué puede haber más apremiante que una sentencia de muerte?

El hombre se quitó una pelusa de la manga de la chaqueta. Miró el reloj. —En realidad no quería decirte nada hasta haber agotado todas las posibilidades. Hasta que tuviera la oportunidad de volver a hablar con Ted.

Léa se hizo a un lado, obligando al abogado a mirarla a los ojos. —¿De qué estás hablando?

—Ted se niega a permitir que avance ningún recurso. Me ha dicho que no puedo presentar nada en su nombre. No aceptará visitas ni de la ACLU ni de Amnistía Internacional ni de nadie que trabaje en casos de pena capital. Sabía… estaba seguro de cuál sería la sentencia hoy. No cambiaría su declaración para evitar la pena de muerte. No quiso ayudarme de ninguna manera. Y ahora, no quiere alargar este asunto cinco o diez años. No renuncia a su derecho de apelación, pero dice que no participará en ningún circo —Browning puso una mano en el hombro de Léa—. Ésas fueron sus palabras exactas. Quiere la firma del gobernador en la orden de ejecución. Tu hermano quiere morir.

Léa sintió que las paredes se inclinaban. —Es la depresión la que habla. Nunca se ha recuperado desde el asesinato. El intento de suicidio del año pasado debería ser una pista suficiente. Necesita auténtico asesoramiento psiquiátrico. En su estado mental, no puede tomar esa decisión por sí mismo.

—Sí, puede hacerlo. A los ojos del Tribunal, era apto para ser juzgado, y es apto para tomar una decisión así. Y no puedo retrasar mucho su decisión. En casos de gran repercusión como éste, los abogados son inhabilitados por lo que hacen o dejan de hacer. Pero eso no va a ocurrir aquí.

Léa se apoyó en el alto mostrador, demasiado alterada para responder, mientras miles de argumentos bullían en su interior.

Suavizó el tono. —Escucha, Léa. Yo también he aprendido que en este negocio nunca hay que perder la esperanza. Mañana pienso volver a hablar con Ted sobre el llamamiento. Creo que tú también deberías hablar con él. Sois la única familia que le queda. Trabaja en su conciencia. Sobre su culpabilidad por abandonarte. Ruégale si es necesario. Creo que eres la única que puede hacerle cambiar de opinión. Su vida está en *tus* manos.

Se encogió de hombros y se enderezó.

—No te preocupes. Hablaré con Ted. No nos rendiremos.

—Ocho perritos calientes, dos pretzels, tres palomitas…

—Necesitamos dos perritos calientes más, Hardy.

Ted lanzó una media salutación a su amigo junto al puesto de recuerdos que había al lado del puesto de comida y se volvió disculpándose hacia la cajera.

—¿Puedes añadir dos perritos calientes más a ese pedido? —Le entregó el dinero.

—¿Ted? ¿Ted Hardy?

Hubo un toque plumoso en su hombro. Ted se volvió en la dirección de la voz y contempló durante un segundo el rostro vagamente familiar y muy hermoso de la mujer que estaba un poco más atrás, en la fila de al lado. Él y todos los hombres en un radio de quince metros se habían fijado en ella cuando se había acercado al quiosco. Llevaba un vestido corto, blanco y envolvente, y no había hecho falta mucha imaginación para ver que no llevaba nada debajo. Definitivamente iba demasiado arreglada… o quizá demasiado poco… para un partido de béisbol.

Ahora, mirándola por primera vez a la cara, Ted se esforzaba por recordar.

—¡Marilyn! —Tenía una risa preciosa—. Marilyn Foley. No me digas que lo has olvidado.

—Ah, sí. Tú y yo fuimos juntos a la escuela en Stonybrook —dijo rápidamente, sintiendo que se le ponían rojas las orejas incluso después de tantos años. ¿Cómo había podido olvidarlo? La única hija de la familia número uno de la ciudad. De adolescente, había babeado por ella durante dos años antes de que accediera a salir con él en una cita. Y una cita también había sido el final de su romance. Ted, de quince años, había hecho el ridículo aquella noche. Ella había tenido experiencia, y él había sido torpe y exagerado. Había sido un desastre.

—¿Su comida, señor?

Ted se volvió hacia las bandejas.

—¿Necesitas que te eche una mano con eso? —Sin esperar respuesta, renunció a su puesto en la cola y fue a ayudarle.

—Gracias. ¿Estás aquí sola?

—No, he venido con un amigo y su hijo. Están por ahí. —Inclinó la cabeza hacia los asientos del estadio y sonrió—. Le va eso de crear vínculos entre padre e hija. Se está volviendo un poco aburrido. ¿Tienes hijos?

—Sí, diez. —Su expresión de asombro no tenía precio. Ted no pudo contener la sonrisa—. Pero sólo por hoy. Un amigo mío y yo tenemos con nosotros a un grupo de chavales del centro de la ciudad.

—Oh, como una obra de caridad.

—No, es más bien una tutoría —dejó caer la comida junto a una mesa de condimentos e hizo un gesto al ruidoso grupo que se dirigía lentamente hacia ellos—. Son un grupo estupendo. Vamos a comer

pizza después del partido. Si quieres traer a tu amigo y a su hija, sois bienvenidos.

—Demasiada gente —sacudió la cabeza y le entregó la bandeja —. Entonces, ¿vives por aquí?

—Sí. Center City.

—¿Tienes una tarjeta de visita?

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y se sorprendió cuando los ojos de Marilyn siguieron el movimiento de su mano al sacar una tarjeta. La miró fijamente.

—Farmacéuticos. Impresionante. En realidad, hay pocas cosas en ti que parezcan… bastante impresionantes.

El comentario y el lenguaje corporal que lo acompañaba eran cien por cien sexuales.

Metió la mano en el bolso y sacó un bolígrafo. —¿Cuál es el número de tu casa?

Cuando Ted se la dio, ella dio la vuelta a la tarjeta y la apretó contra el pecho de él, intentando anotar el número. Sus cuerpos se rozaron. El olor de ella le llenó la cabeza.

—Te llamaré —susurró tentadoramente—. Y podrás llevarme a una cita.

Ted sólo pudo asentir. En lo único que podía pensar cuando ella se alejó era en lo que se pondría… o no se pondría… en su cita.

Estaba impaciente por averiguarlo.

Capítulo Tres



LÉA SALIÓ ANTES que Browning al vestíbulo del primer piso. El periodista había desaparecido, y casi todo el mundo se había ido también.

—¿Necesitas que te lleve a tu hotel?

—No, estoy lista —respondió Léa secamente. Mientras salían, una al lado de la otra, era imposible seguir siendo civilizada con la abogada. Claro que la vida de Ted dependía de ella. De *ella* y no del ineficaz espectáculo jurídico de perros y ponis que habían montado Browning y su gente.

—Te llamaré mañana.

—Hazlo tú —Se dio la vuelta en cuanto llegaron a la acera. Léa se sentía furiosa. Corría contra el tiempo.

Enfadada con el mundo y consigo misma por no haber actuado antes, dirigió sus pasos hacia el pequeño hotel donde había estado alojada mensualmente durante el juicio.

Había un mensaje esperándola cuando subió a su habitación. Esta mañana, antes de salir, había intentado ponerse en contacto con la agente inmobiliaria que vendía su casa de Stonybrook. La voz y el mensaje de la mujer eran nítidos y comerciales, y no daban ninguna indicación de si tenía buenas noticias que transmitir o no. La

agente inmobiliaria se limitó a decir que estaría trabajando hasta tarde en la oficina, por si Léa podía llamarla.

Su casa familiar, la misma en la que habían muerto sus padres hacía tantos años, era el único bien que les quedaba. Durante los años que siguieron a la tragedia, la casa había sido alquilada por una agencia local, lo que les proporcionaba unos ingresos pequeños pero constantes. Aunque Léa no veía ningún sentido en aferrarse a ella, Ted había insistido en que mantuvieran y conservaran la propiedad. Léa no compartía el sentimentalismo de su hermano hacia el lugar, pero le había dejado salirse con la suya.

Con el paso de los años, Léa había pensado cada vez menos en la casa. No le había importado en absoluto lo que le ocurriera, y nunca había vuelto allí.

Pero ahora sí le importaba, pues todos sus planes dependían del dinero que pudiera conseguir por aquella casa. Ya fuera buscando un nuevo abogado o pagando la factura pendiente de David Browning, o incluso contratando a un investigador privado para ver quién le enviaba aquellas cartas, tenía que vender la casa.

La casa llevaba un año y medio vacía. Aunque, al parecer, los últimos inquilinos la habían destrozado, Léa la puso en venta en cuanto se hizo evidente que necesitarían el dinero para la defensa de Ted. Los agentes inmobiliarios le habían dicho por teléfono que la propiedad era un «arreglo perfecto». Pero «perfecto» no significaba una venta rápida. De hecho, no habían recibido ni una sola oferta por ella.

Léa llamó a la oficina inmobiliaria. Otro agente le dijo que la mujer había salido para una cita, pero que la llamaría cuando volviera.

Mientras se cambiaba el traje, las noticias de la televisión local emitieron un clip de diez segundos sobre la sentencia de Ted con la

promesa de informar más después de los anuncios. Lo apagó, sabiendo que no podía derrumbarse ahora.

Léa colgó el traje, intentando pensar qué tendría que decirle el agente inmobiliario. La última vez que habían hablado había sido hacía dos meses, y en aquella ocasión Léa había accedido de nuevo a rebajar el precio.

Dejó caer el correo que le habían reenviado desde Maryland, cogió su bloc de notas y un sobre manila grueso que la agencia inmobiliaria había enviado a la dirección del hotel. Con un suspiro, Léa se estiró en la cama. Aún no había podido revisar nada.

Antes de abrir el gran sobre, miró el bloc de papel con sus propios garabatos en la hoja superior. Su presupuesto… aunque apenas merecía ese nombre. Los minúsculos ingresos de su trabajo se basaban en un contrato de diez meses vinculado al calendario escolar. No volvería a cobrar hasta dentro de dos meses, cuando volviera al trabajo.

Léa sacó una carpeta de un maletín que había junto a la cama y la abrió. Ya tenía el nombre de un posible abogado para sustituir a David Browning. Esta vez había hecho los deberes. Incluso había asistido a uno de los casos de la mujer cuando había ido a juicio, la misma semana en que había tenido lugar una de las vistas de Ted.

En el tribunal, la abogada Sarah Rand tenía un aspecto afilado y poderoso. La mujer destilaba confianza y credibilidad. Léa sabía que la abogada también tenía un excelente historial en casos de homicidio. Pero había otra faceta interesante en las credenciales de Rand que Léa no podía dejar de considerar una ventaja.

Casada con Owen Dean, actor de cine y estrella de la televisión, Sarah Rand era también una celebridad local y nacional. Y en opinión de Léa, forzar el juicio de Ted en ese tipo de foco de

atención era una forma de evitar la negligencia a la que Ted se había enfrentado la primera vez en la sala.

De la carpeta, Léa sacó un papel con los presupuestos que le habían dado en la oficina del abogado. Por supuesto, todo dependía de si Sarah Rand decidía o no aceptar el caso.

Sonó el teléfono y ella lo descolgó al primer timbrazo. Betty Walters, la agente inmobiliaria, estaba al otro lado. La mujer era educada, pero formal. Léa estaba segura de que ya debía haberse enterado de la sentencia de Ted.

—Sra. Hardy, a principios de esta semana enviamos un expediente sobre su propiedad a la dirección del hotel que nos facilitó.

—Sí, Betty, lo tengo. —Cogió el sobre de manila y lo sacudió. Lo hojeó rápidamente—. Folletos de ventas. Anuncios. Avisos sobre la reducción del precio. Los recortes de los anuncios del periódico local. Has puesto mucho trabajo en esto. Te lo agradezco mucho.

—Entonces tú también recibiste nuestra carta.

Carta. Léa hojeó el resto del correo y encontró un sobre. —¿Puedes esperar un segundo?

Al abrirlo, sacó una carpeta con una carta recortada en la parte delantera. Rápidamente, escaneó el contenido. La agencia lo lamentaba, pero teniendo en cuenta el estado de la casa, recomendaban retirarla del mercado hasta que la propiedad pudiera ponerse en un estado más vendible.

Dejó de leer y soltó un suspiro frustrado. —Así que ya no deseas representarnos en la venta de la propiedad.

—Nadie puede venderla, Sra. Hardy. La casa lleva casi dos años en la base de datos de anuncios múltiples. Hemos hecho todo lo imaginable, pero no ha habido ni un pellizco.

—Pero he estado leyendo todo sobre lo bien que va la economía en Stonybrook. Sobre el boom de la construcción que se está produciendo allí. *Alguien* debe estar buscando una casa que necesite un poco de trabajo.

—No estamos hablando de una *pequeña* obra, Srta. Hardy. Si vinieras en coche y echaras un vistazo tú misma, verías la magnitud de…

—Desgraciadamente, mi agenda no me lo permite en este momento —respondió Léa, intentando que la frustración no se reflejara en su voz—. Pero sigo muy interesada en vender esta propiedad. Así que si tienes alguna idea. Tú eres la experta en este campo. Debe de haber algo creativo que podamos hacer. Por lo que he oído, *eres* la mejor, Betty.

El elogio pareció surtir efecto, pues se produjo una pausa en la línea. —La única otra opción que podrías considerar es sacar la casa a subasta.

—Subasta —repitió Léa, de repente esperanzada con la perspectiva—. Eso podría funcionar.

—Sí, podría ser, posiblemente. El único problema que debes saber de antemano es que el precio de venta final podría estar muy por debajo de lo que pides.

Léa sacó la hoja con sus gastos estimados garabateados.

—¿Cuánto menos?

—No hay forma de saberlo. Puede que se venda por la mitad del precio actual. Puede que incluso menos. En este caso, tendríamos que fijar una puja mínima muy baja. De lo contrario, no se presentará nadie.

La mitad del precio de venta les daría lo justo para pagar a Browning. No habría dinero para nada más. —No, no puedo vivir con esa opción.

—Entonces, lo siento, señorita Hardy. Me temo que no podemos hacer nada más.

Léa escuchó un momento más las educadas explicaciones de la mujer y luego se despidió. La frustración la acuchillaba.

—Nada puede salir bien, ¿verdad? —se recostó sobre las carpetas y los sobres, y se quedó mirando una larga y delgada grieta en el techo de escayola.

Recordaba haberle dicho esas mismas palabras a Ted el verano en que a Janice le habían diagnosticado Alzheimer. En su familia, se había quejado, la buena suerte venía en cucharaditas y la mala en cubos. Antes de que pudiera seguir hablando de la injusticia de la vida, Ted le había pintado un cuadro del lado positivo de todo ello, de la importancia de una familia unida, y le había devuelto parte de lo que ambos debían a Janice. Y de los afortunados que eran por encontrarse en la situación de poder ayudar a la mujer mayor.

Como siempre, Ted el optimista.

Cada desafío, había afirmado, cada contratiempo, sólo podía hacerles más fuertes. Tenían su salud. Se tenían el uno al otro. Debían estar agradecidos por ello e intentar aprovecharlo cada día.

—Ted el sabio —sonrió amargamente, sabiendo que tenía que utilizar sus propias palabras para convencerle de que había motivos para luchar. Culpa, coacción, súplica… Fuera como fuese, Léa tenía que convencerle de que permitiera a los abogados presentar los papeles adecuados. Y luego tenía que estar preparada con otros planes.

Volvió a coger el paquete inmobiliario. Todos los días aparecía otro artículo en los periódicos sobre el boom inmobiliario en el condado de Bucks. Stonybrook estaba en el centro del mismo, ya que era la distancia perfecta para desplazarse a Filadelfia.

Pensó en lo que le costaría hacer un pequeño trabajo cosmético y acercarse de nuevo a esos agentes. Desde que era adolescente, le gustaba pintar y hacer pequeños arreglos con Ted y Janice en su casa de Maryland. Incluso había pasado algún tiempo con Hábitat para la Humanidad mientras estaba en la universidad. No podía permitirse contratar a otra persona para ese trabajo. Pero eso significaba que tendría que volver a Stonybrook e intentar hacer el trabajo ella misma.

Léa se apretó los dedos contra la sien. Sólo de pensar en volver a entrar en aquella casa le latía la cabeza. Se obligó a buscar el sobre blanco que había recibido hoy en el juzgado. Sacó la carta y volvió a mirar las palabras.

Ted es inocente. Sé quién lo hizo.

Todas las demás cartas habían sido enviadas a la dirección de su apartamento en Maryland. Había comprobado el sello de correos y sabía que algunas habían sido enviadas desde Stonybrook. Otras eran de pueblos vecinos, todos en el condado de Bucks. Volvió a pasar los dedos por las palabras. El detective de policía con el que había hablado por primera vez sobre las cartas, uno de los amigos de David Browning, le había dicho que recibir este tipo de cartas era muy habitual. Le advirtió que había gente que se divertía haciendo cosas así. Disfrutaban viendo cómo un miembro de la familia construía sus esperanzas, para que luego el mundo se viniera abajo. Browning y los suyos habían enviado aquellas cartas a la policía de Stonybrook, pero nunca habían conseguido nada.

Léa no estaba convencida de que el retorcido sentido del humor de alguien pudiera mantenerse tanto tiempo. Por eso estaba decidida a contratar a alguien para que lo investigara. A un profesional. Volvió a rebuscar en el montón que tenía sobre la cama, en busca de los folletos de los investigadores.

Le llamó la atención una pila de sobres idénticos que asomaban de la carpeta del agente inmobiliario.

Léa las sacó. Seis blancas, pulcramente mecanografiadas, dirigidas a ella. Todas enviadas a la dirección de la calle Poplar, en Stonybrook. Comprobó la débil huella del matasellos. Las fechas variaban desde principios del año pasado hasta la pasada primavera. Todas llevaban matasellos de Stonybrook. Abrió la primera.

Ted es inocente. Ven a la ciudad y te diré quién lo hizo.

Cogió el siguiente. Había suciedad en el sobre blanco. Lo abrió.

Le vi llegar. Pero ya estaba muerta.

Léa se sentó en la cama y cogió el siguiente sobre.

No la odiaba tanto como los demás. Ven a la ciudad.

—¿El resto? ¿El resto *quién*? —abrió la última de las cartas. Todas decían lo mismo.

Ven a la ciudad…

A pesar de los informes policiales, Léa había tenido la certeza de que alguien distinto de Ted había estado allí aquella noche. El verdadero asesino. Pero ahora la idea de una tercera persona, alguien que lo había presenciado todo, hacía que sus esperanzas se dispararan.

Sacó la carta de presentación de la agente inmobiliaria. Al final de la misma, Betty mencionaba el correo adjunto. Los sobres se habían encontrado dentro de la puerta de la casa desde que se habían mudado los últimos inquilinos.

Volvió a coger la primera carta. La leyó en voz alta.

—Ted es inocente. Ven al pueblo y te diré quién lo hizo.

Léa tenía que volver. Dependía de ella.

—Estás jugando con mi cabeza —susurró Marilyn cuando Ted empujó su silla y rodeó la mesa para tomar su propio asiento.

—¿Cómo es eso?

—¡Todo esto! —Tocó los pétalos de rosa sueltos esparcidos por la mesa—. El vino. Las cenas a la luz de las velas. La música. Llevarme a tantos sitios estos dos últimos meses. Ya tenemos un sexo estupendo, Ted. ¿Por qué estás pasando por todo esto?

—Porque creo que te lo has perdido.

—He tenido relaciones sexuales antes.

Se echó a reír.

—Sexo no, Marilyn… romance —sus dedos se entrelazaron con los de ella y su mirada se dirigió a su apuesto rostro—. Actúas con dureza. Hablas con dureza. Incluso afirmas que el sexo es lo único que buscas en una relación.

—Ésa es la verdad.

—¿Lo es? —su pulgar hizo pequeños círculos en la palma de su mano—. Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que no te has cansado de nosotros? ¿Te has ido?

Se lo estaba haciendo otra vez. La hacía pensar. Haciéndole recordar lo solitaria que era su vida cada minuto que no estaba con él.

—Te comprendo, Marilyn. Durante toda tu vida te han presionado para que te conformaras debido a tu apellido. Has dominado la elegante personalidad pública de lo que supone ser Marilyn Foley. Pero en privado, te rebelas de todas las formas posibles. Escandalizas. Incluso haces daño a la gente. Pero sé qué haces cosas para llamar la atención. Todo forma parte de una profunda necesidad que tienes de llamar la atención. De ser apreciada.

Todo formaba parte del deseo de ser amado. Como si eso fuera posible. Un nudo apretado crecía en su garganta. Sus dedos se

apretaron alrededor de los de él.

—No puedes reformarme, Ted. Por mucho que lo intentes. Siempre seré yo. Y al final acabarás odiándome también.

—Ten fe en mí, Marilyn. Ten fe en ti misma. Nos han maldecido con los apellidos con los que nacimos. Pero podemos cambiarlo todo.

Capítulo Cuatro



El timbre que había sobre la puerta de cristal tintineó, y Sheila Desjardins supo que aún no había acabado el día.

—Enseguida estoy contigo —llamó desde la parte trasera de la peluquería.

Doblando rápidamente la última toalla, Sheila colocó la pila limpia entre los lava cabezas. Echándose crema hidratante en las manos, la peluquera rodeó el tabique y se detuvo sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —Sonrió al hombre que estaba junto a la caja registradora.

Mick Conklin se quitó la gorra de los Red Sox de la cabeza. —Bonita bienvenida. ¿Aún cortas el pelo aquí?

—No quería decir eso —Sheila se rió cohibida. Era increíble, incluso después de haber conocido a Mick durante prácticamente toda su vida, lo nerviosa que se ponía cuando se encontraba inesperadamente cara a cara con su descarnado aspecto masculino. Diablos, no era sólo ella. Apostaría a que la mayoría de sus clientas, y unos cuantos hombres de la ciudad, compartían sus sentimientos. Con unos ojos intensamente azules que miraban directamente a tu libido y una boca testaruda que hacía soñar a una chica, Mick había sido el corazón palpitante de Stonybrook durante casi tres décadas.

Brian Hughes se refería a él como un Paul Newman alto. Y al igual que el actor, Mick no hacía más que mejorar a medida que envejecía.

—Entonces, ¿qué querías decir?

—Pensaba que habrías ido a Doylestown para la sentencia de Ted. Todos los demás del pueblo fueron.

—Me temo que no me gustan mucho los ahorcamientos públicos. —Arrojó el sombrero sobre el perchero del rincón.

—Buen tiro. —Sheila le hizo un gesto para que la siguiera a la parte trasera de la tienda—. Supongo que te habrás enterado.

—Sí. Lo he oído en la radio. —Mick se sentó en la silla. Ella le puso una toalla sobre los hombros y él apoyó la cabeza en el lavabo.

Empezó a probar el agua. —Me parece horrible que le hayan condenado a muerte. Sé que probablemente soy la única de la ciudad que lo piensa, pero sigo diciendo que él no lo hizo.

En un momento, estaba aplicando el champú en su espeso pelo rubio arenoso.

—Rich se burla de mí. Sé que arrestó a Ted y todo eso, pero tengo algo dentro de mí: un sexto sentido para juzgar el carácter. Y digo que Ted Hardy no podría ser un asesino a sangre fría y sufrir así al mismo tiempo.

—¿Ah, sí? —dijo Mick sin abrir los ojos.

—Por supuesto. Rich me llevó al juzgado un par de veces durante el juicio. No podía creer el horrible aspecto que tenía Ted. Cariño, cualquiera que le mire puede ver que está sufriendo. Y, Dios mío, la última vez que estuve allí, ni siquiera reconocí a Léa. Te acuerdas de ella, ¿verdad?

—Eran nuestros vecinos de al lado. Claro que la recuerdo.

—Ah, es verdad. Bueno, la verdad es que no sé qué aspecto tenía cuando creció y todo eso, pero viéndola en la sala, toda

desaliñada y llevando siempre esas gafas oscuras, me habría tropezado con ella y no la habría reconocido como la misma cosita de piernas largas que solía ir detrás de su hermano —se enjuagó el champú y empezó a secarle el pelo a Mick con la toalla—. Recuerdo que solías dejar que Ted anduviera cerca de ti y de los otros chicos mayores cuando ibais al colegio. ¿Bajasteis al juzgado?

—No —Mick siguió a Sheila hasta la habitación delantera y se sentó en la silla que ella hizo girar para él.

—Bueno, yo diría que eres el único de la ciudad que no lo ha hecho —le peinó el pelo—. Los días que fui, era como Main Street el Día de los Caídos. Todo el mundo, quiero decir *todo el mundo,* estaba allí. El reverendo Webster, su mujer y su hijo. Brian y Jason. Gwen y Joanna de la floristería. Algunos del equipo de Doug. Incluso recuerdo haber visto allí un día a Andrew Rice. Y Rich dijo que no era diferente de cualquier otro día. ¿Cómo quieres que lo corte?

—Corto. Zumba.

—No. *No puedes* hacer eso. —Sheila se pasó los dedos por los rizos húmedos y lo miró fijamente en el espejo. Acomodó unos cuantos sobre la frente alta de Mick—. *A* las mujeres *les encanta* este aspecto de chico malo y temerario. Vamos, cariño, deja que te recorte un poco el pelo y te echaré un poco de espuma.

—Jerry, el de la barbería, cobra la mitad que tú, y no me da ninguna pena.

—Eso es porque Jerry es el único barbero del condado de Bucks que es ciego de un ojo y obtuvo su licencia por correo.

—Corta el rollo, Sheila —aquellos ojos azules eran enervantes cuando exigían algo.

—Sigo diciendo que es un delito.

Cogió la maquinilla con un suspiro y se puso manos a la obra. En un santiamén, el pelo castaño y arenoso cubrió el suelo alrededor de

la silla.

—¿Cómo te llevas con Heather?

—De acuerdo.

—No la he visto venir al centro para nada desde que ha vuelto a vivir contigo. ¿Cuánto hace, dos semanas?

—Está merodeando por la casa. Intentando instalarse de nuevo.

—Claro, debe de ser duro para ella. No es que te culpe *a ti* —añadió rápidamente, apartando la maquinilla y mirándolo por el espejo—. Pero no es que tu ex viva en la ciudad de al lado. Esa pobre chica, yendo de Pensilvania a California y viceversa. Un año aquí, dos allí, y ahora la mandan otra vez por aquí. ¿Qué ha pasado? ¿No se llevaba bien con el nuevo marido de tu mujer o algo así?

—A Heather le gusta más el tiempo de la Costa Este.

—Y si piensas que me lo creo… —Sheila se rió y se encontró con la mirada cautelosa de Mick en el espejo—. ¿Qué edad tiene ahora?

—Quince.

—Así es. Pero no por mucho tiempo. Su cumpleaños es casi al final del verano, ¿no? ¿Alrededor del fin de semana del Día del Trabajo?

—Sí.

—Heather tampoco bajó al juzgado, ¿verdad?

—No es probable.

—Bueno, en realidad, cuando lo pienso, ya sois tres. Tú, «Heather y Dusty» —se movió a su alrededor, mirando críticamente su obra. Incluso con el pelo corto, seguía siendo un zorro. Cambió el cabezal de la maquinilla.

—Dusty no ha salido de la ciudad en quince años, por lo menos.

—Lo sé. Pero Dusty estaba muy unido a Marilyn. Lo sabías, ¿verdad?

Mick no contestó.

—¿A quién se le ocurriría? He aquí un bicho raro sin techo al que nadie quiere acercarse.

—No es un vagabundo.

—Ya lo sé, Mick. Sólo quiero decir una cosa. Quién se iba a imaginar que Marilyn, de entre toda la gente, la eterna reina del baile, le daría regularmente comida y dinero y Dios sabe qué más.

—Tengo que volver al trabajo.

—Ah, sí. Ya casi he terminado. —Sheila se sonrojó, dándose cuenta de que había dejado de cortar y sólo estaba hablando. Empezó con las patillas de Mick—. He oído que tu empresa ha conseguido el contrato para la reforma de la antigua Posada del León.

—Lo oyes todo.

—Por supuesto. —Mick agachó la cabeza para que Sheila pudiera afeitarle la nuca—. ¿Sabías que Marilyn solía alquilar una de las casitas de la posada junto al lago, allí arriba, durante todo el año?

—¿Te lo ha dicho Rich?

—Todo el mundo lo sabía. —Se colocó detrás de él y se miró las patillas para asegurarse de que estaban igualadas—. ¿Pero por qué crees que necesitaría eso, cuando se alojaba en casa de su propia familia, en las afueras de la ciudad? No contestes. Lo sé, lo sé. Tenía que ser discreta mientras luchaba contra Ted por la custodia de las niñas.

Apartó el pelo del cuello de Mick.

—Circulaban rumores muy jugosos sobre ciertas personas a las que había entretenido en la posada.

—Me gusta el corte de pelo —dijo Mick despreocupadamente, quitándose la toalla y el delantal del cuello. Se levantó y cogió la cartera, siguiendo a Sheila hasta la caja registradora.

Tecleó algunos números. —Sé que se supone que debemos creer que este gran sistema judicial funciona y todo eso, pero todo el mundo en esta ciudad sabe que había muchos trapos sucios en el pasado de Marilyn que nunca salieron a la luz durante el juicio. Algunos de ellos también podrían haber importado.

—Bonita forma de hablar para la novia del policía del pueblo.

—Lo digo en serio. Si alguien se hubiera tomado realmente la molestia de mirar a Ted y a Marilyn, habría visto que a ella le faltaban más tornillos que a él, a pesar de todo.

Mick le dio el dinero, esperando el cambio.

—Todo el mundo dice que llegaste a conocerla bastante bien después de tu divorcio, Mick. Antes de que se casara con Ted. *¿Tú* qué crees?

—Creo que le estás ladrando al árbol equivocado. Tu novio fue el que más trabajó en el asesinato.

—Lo sé, lo sé. Pero ya conoces a Rich. Nació y se drogó aquí. Es tan leal como un perro viejo cuando se trata de esta ciudad y de la gente con la que crecimos. Creo que lo más importante en contra de Ted era que era un Hardy. ¿Necesito decir algo más?

Léa miró las nubes grises que llegaban a toda velocidad desde el oeste.

> *…la banda de tormentas severas cruzará la zona en las horas vespertinas. Se han registrado fuertes aguaceros y rachas de viento de hasta ochenta kilómetros por hora en los condados de Berks y Montgomery.*

Apagó la radio. —Por favor. No necesito esto ahora.

Las primeras gotas de lluvia golpearon el parabrisas de su Honda de ocho años cuando Léa salió de la autopista y giró por el camino rural hacia Stonybrook.

Pasó por delante de un motel que parecía sacado de otra época, pero el lugar tenía encendido el cartel de neón de «No hay plazas libres». El aparcamiento estaba abarrotado de pequeños camiones y coches antiguos envueltos en lonas. ¿Quién iba a pensar que habría una exhibición de coches y un festival de globos en la zona el mismo fin de semana que ella quería trabajar en la casa?

Léa lo había oído todo en la emisora de radio local. Decidió que no tenía mucho sentido ir de un lado a otro de la carretera con la esperanza de encontrar sitio en otra parte. Tendría que conformarse con su saco de dormir y la casa de la calle Poplar, al menos por esta noche.

Pasó junto a un elegante cartel tallado con letras doradas que le daba la bienvenida a Stonybrook, pero su sola visión hizo que Léa apretara los puños sobre el volante. Las casas empezaron a acercarse unas a otras, con césped bien cuidado que terminaba justo en la carretera. Esta mañana había tenido que mirar un mapa para refrescar la memoria. Veinte años era mucho tiempo para estar lejos, pero ahora los recuerdos llegaban con rapidez.

Léa obligó a sus dedos a relajarse sobre el volante y trató de pensar en todo lo que tenía entre manos ahora mismo. Los últimos días habían sido una presión constante. La reunión con Ted no había ido bien. Mientras ella le suplicaba, él se limitaba a sentarse y mirarse las manos. Podría haber estado hablando con una roca. Y ayer, dos días enteros después de la sentencia, se había enterado de que David Browning seguía sin ponerse en contacto con su cliente.

Lo único positivo que había ocurrido desde la sentencia era que había hablado por teléfono con Sarah Rand ayer por la tarde. Incluso a través de la línea telefónica, las preguntas de la abogada sobre el caso y sobre Ted, su pasado y el tipo de persona que había sido, habían hecho que Léa se diera cuenta de lo perdedor que era Browning en realidad.

La abogada Rand había estado dispuesta a leer las transcripciones del juicio durante el fin de semana para ver si podía interesarle el caso. El lunes volvería a hablar con Léa por teléfono.

Léa había ido de un día para otro a Maryland para limpiar algunos cabos sueltos con las cosas de Janice y el apartamento. Pero ahora estaba de vuelta en el condado de Bucks, con la esperanza de revivir el albatros de una casa que colgaba de su cuello. Y disponía de poco más que un fin de semana para hacerlo. Contratar a alguien como Sarah significaba que Léa tenía que hacer dinero rápido.

—Nunca digas que no se puede hacer —volvió a encender la radio y cambió de emisora hasta que encontró una de música antigua de Allentown.

Las gotas de lluvia se convirtieron en aguacero justo cuando llegó al borde del centro de la ciudad.

Léa se detuvo ante el semáforo en rojo antes de girar hacia la calle Mayor. Esperando a que girara el semáforo, se dio cuenta de que no tenía ninguna prisa por conducir directamente hasta la casa. Los primeros años de su vida los había pasado en este pueblo. Casi perversamente, quería verlo, para ver si podía recordar algo bueno que acompañara a lo malo. Quería ver si la ciudad había cambiado como *ella*.

En realidad, quería tiempo para armarse de valor antes de enfrentarse a la casa donde su infancia había estallado en una sola

tarde.

A su izquierda, miró el viejo cine. No era un cinemáplex de plástico y cromo reluciente, sino que aún proyectaban una película cada día. Barato y seguro, el cine solía ser un buen lugar de reunión para adolescentes los viernes y sábados por la noche. Léa sonrió al ver una furgoneta aparcada en la acera con media docena de chavales que salían corriendo y se refugiaban bajo la marquesina.

Dirigió su atención hacia un impresionante edificio nuevo de oficinas de dos plantas que había a su derecha. Una sucursal bancaria de fuera de la ciudad ocupaba la planta baja.

El semáforo cambió y ella hizo el giro. El centro de la ciudad estaba enfrente y ella condujo lentamente por él. A pesar de los años y la lluvia torrencial, la sólida belleza de aquella calle era tal como ella la recordaba. Grandes medias flores cada pocos metros en aceras limpias añadían color. De encima de las puertas de las tiendas colgaban letreros de color verde cazador, negro y azul real con letras doradas. Había bancos de madera bajo un toldo verde y blanco en la heladería.

Nada de carteles caseros y baratos. Nada de cosas iluminadas desde dentro. Nada de neón. Nada que altere el pintoresco efecto. No hay alborotadores en el centro de la ciudad que arruinen la imagen de riqueza sólida y conservadora.

Pensando en su infancia, Léa no recordaba haber visto nunca a nadie pobre o sin techo caminando por esta calle. Ni en todos los años que había pasado en Stonybrook. Incluso Dusty Norris sabía que no debía merodear por la calle Mayor. El veterano del ejército que volvía a casa con los cables cruzados probablemente ya estaba avisado, pensaba ahora.

Todo en el centro de Stonybrook estaba en orden. Siempre lo había estado, se dio cuenta. Seguro, ordenado, refinado. Con una

excepción. Su familia.

Léa redujo la velocidad del coche y pasó arrastrándose por delante de Hughes Grille. ¿Cuántas noches, se preguntó, había salido John Hardy borracho de aquel local y se había tambaleado por estas aceras? Había un toldo nuevo. Había plantas colgantes junto a la puerta. Las ventanas ya no estaban ahumadas. Sin embargo, el local seguía aquí.

En la esquina de la calle siguiente estaba el banco de Bob Slater, el Franklin Trust, donde el dinero de su mujer, procedente del molino que antaño había sido la espina dorsal de la ciudad, probablemente se pudría en una cámara mohosa. El padre de Léa había dirigido ese molino, a pesar de su alcoholismo. Y Ted, tantos años después, se había casado con Marilyn, fruto del primer matrimonio de Stephanie Slater con Charlie Foley. Marilyn habría sido la única heredera de aquella fortuna.

Pasó a toda velocidad junto al banco, pero se detuvo en el siguiente cruce cuando un par de peatones salieron corriendo del gran parque que se extendía tras los edificios de la izquierda. Se quedó mirando a la gente que cruzaba la calle para resguardarse de la lluvia, preguntándose si alguna vez había conocido a alguno de ellos. La oscuridad había descendido con el inicio de la tormenta, y las pocas personas que quedaban en la acera se apresuraban a llegar a su destino.

A Léa le llamó la atención la comisaría que había a su derecha. A pesar de sus episodios de embriaguez y de su temperamento rápido y a veces violento, John Hardy nunca había bajado aquí. Pero Lynn, la madre de Léa, tampoco se había quejado nunca. Y al final, había pagado el precio más alto por su silencio.

Léa giró en la biblioteca y cruzó el río. Frenó el coche en el puente y miró río abajo. Ahora había un carril para bicicletas

asfaltado a lo largo del río, y sabía que si lo seguías más allá del molino cerrado, llegarías a una casa quemada donde una mujer y sus dos inocentes hijos habían muerto de forma horrible.

Un trueno retumbó en lo alto. Fuertes ráfagas de viento barrieron el parque y cubrieron el parabrisas de Léa con un torrente de lluvia.

Su visión se nubló momentáneamente, pero se secó las lágrimas y continuó, siguiendo la carretera que rodeaba el parque que se extendía ahora a su izquierda. La calle estaba completamente desierta en este lado del parque. Acercó el coche a la acera y limpió el vapor de la ventanilla del conductor.

La pequeña laguna seguía allí. Léa recordaba las tardes de invierno en que seguía a Ted hasta allí para patinar sobre hielo. El viento y la lluvia barrían el agua. Los viejos abedules se inclinaban sumisos junto al cenador del otro lado de la laguna. A la luz turbia, apenas podía ver las espaldas de los edificios de Main Street en la distancia.

Algunos de los mejores recuerdos de su infancia tenían que ver con este parque. Léa recordaba los conciertos que la ciudad organizaba aquí. Incluso ahora se veía a sí misma, a Ted y a sus padres sentados al borde del agua una noche de verano, escuchando a la banda de música mientras salían las estrellas.

Apartó la nostalgia y dirigió su atención a la hilera de edificios que daban al parque. La iglesia presbiteriana de piedra. Más allá, las viejas y enormes mansiones neoclásicas con sus columnas blancas. Habían sido las casas de las familias que habían construido Stonybrook, pero Léa recordaba haber leído en alguna parte que con el paso de los años se habían transformado en su mayor parte en apartamentos de lujo.

Puso el limpiaparabrisas en Alto antes de volver a la carretera.

En el extremo superior del parque, subió por una calle arbolada hacia los viejos barrios donde Ted y ella habían crecido.

Calle del Roble. Calle Cedro. Calle del Sauce. Abedul. Abeto. Léa sonrió. Todas las calles llevaban nombres de árboles en esta parte de la ciudad. La calle del Álamo llegó demasiado deprisa, y se detuvo en el cruce, armándose de valor antes de girar hacia la calle donde habían vivido.

Un rayo iluminó el cielo del centro, sobre el parque, y ella vio su reflejo en el espejo retrovisor. Una fracción de segundo después, un fuerte trueno la sobresaltó. Lo sintió muy cerca.

La lluvia arreciaba sobre ellos mientras subían penosamente la colina desde la parada del autobús. Los dos estaban empapados. La ropa, los zapatos, el pelo, las mochilas. La zapatilla de Léa resbaló en el primer escalón al llegar al porche, pero Ted la agarró del brazo, impidiendo que se cayera de bruces.

La puerta principal estaba cerrada. Las ventanas estaban bien cerradas y las cortinas echadas. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Léa cuando estiró la mano para girar el pomo de la puerta principal.

—Quítate los zapatos —advirtió Ted, quitándose los suyos de una patada y abriéndose paso hacia el interior por delante de ella.

De repente, Léa se asustó. Sólo era media tarde, pero no quería quedarse sola fuera.

El salón estaba a oscuras. A la llamada de Ted respondió el silencio. Dejó caer la mochila y se despojó de la chaqueta junto a los escalones. Léa temblaba mientras se dirigía a la cocina.

—¿Mamá? —Su voz arañaba y arañaba un pozo resbaladizo. Había visto su coche en la entrada. Su padre estaba en casa. Últimamente siempre estaba en casa. Siempre discutiendo con su madre por algo—. ¿Mamá?

—Quizá no esté en casa —Ted llegó a la puerta de la cocina al mismo tiempo que ella.

Sus padres estaban allí. Los dos estaban allí.

No había vuelto a entrar en aquella casa desde el día en que murieron sus padres. Ahora no quería estar aquí. Pero en su vida nunca había habido elecciones. Bueno, no buenas elecciones. Sólo de las difíciles.

Léa giró hacia Poplar y se detuvo en la acera. Mirando hacia la calle a través de la lluvia y el crepúsculo, vio patios bien cuidados y casas muy bien mantenidas. De los grandes ventanales salían luces brillantes.

Tuvo que aflojar el agarre del volante y respirar hondo antes de mirar la casa donde había nacido.

En cuanto al estilo arquitectónico, su casa podría haberse llamado victoriana, aunque carecía de los adornos de pan de jengibre y las elegantes tejas decorativas que tenían la mayoría de las casas vecinas. Pero también estaba tan descuidada que casi lloraba con sólo mirarla. El amplio porche que envolvía la fachada y el lateral parecía hundirse peligrosamente, y se dio cuenta de que el peldaño de uno de los escalones delanteros había desaparecido por completo.

Miró las ventanas rotas y las contraventanas colgantes del segundo piso, la pintura desconchada, las tejas que faltaban del tejado que se extendía sobre el porche. Su mirada recorrió la hierba y los arbustos crecidos y contempló la antigua casa de carruajes que

se alzaba como un fantasma corpulento detrás de la casa, al final del camino de grava.

Un relámpago rasgó el cielo directamente detrás del lugar abandonado. El interior de la casa cobró vida momentáneamente con el destello de luz.

—Dios mío —murmuró—. Parece embrujado.

Léa sintió que se le escapaba lo que le quedaba de valor.

—Vale. Ya está. Ahora o nunca.

Apagó el motor, cogió el bolso y el móvil, y saltó del coche. Por costumbre, se detuvo a pesar de la lluvia torrencial para cerrar la puerta con llave antes de correr hacia la entrada.

Un perro ladró desde el porche de la casa de al lado.

Léa pasó por encima del escalón que faltaba, pero el segundo también gimió y cedió un poco. Encogida, lo añadió mentalmente a la lista de cosas que habría que arreglar de inmediato.

Léa tenía la camisa pegada a la piel y el pelo chorreante cuando salió al porche.

—Ojalá tuviera un perro. —Miró con curiosidad al gran Golden retriever, que seguía ladrándole ruidosamente. Con las patas delanteras apoyadas en la barandilla del porche, no parecía que fuera a dejar de ladrar pronto. A Léa le temblaban las manos, pero se las arregló para encontrar la llave de la casa de Ted en el fondo de su bolso. La metió en la cerradura, pero no giraba.

—Vamos —preguntándose si habían cambiado la cerradura y no se lo habían dicho, miró a su alrededor en busca de una caja de llaves con la combinación que utilizaban algunos agentes inmobiliarios. Pero no había nada. Frustrada, dejó el bolso y el teléfono en el porche y, sujetando el viejo pomo de la puerta con una mano, intentó sacudir la llave con la otra.

La puerta se abrió de golpe.

No estaba cerrada con llave, y Léa se detuvo un momento, oliendo el olor a humedad y observando la oscuridad, que le resultaba demasiado familiar.

—Heather, ¿puedes traer a Max? —llamó Mick desde su estudio. Sin levantar la vista, siguió introduciendo los últimos números en el ordenador. Quería terminar el presupuesto. Si había algo que odiaba, era que el papeleo ralentizara un trabajo.

Un relámpago agudo fue seguido de otro trueno, y los ladridos del perro se volvieron más furiosos.

—¿Heather? —volvió a llamar, pero no hubo respuesta.

Mick cerró el archivo del ordenador. Justo cuando se apartó del escritorio, las luces de la casa parpadearon.

—Heather.

Al salir de su despacho, miró primero en la cocina. Todos los platos seguían sobre la mesa. Las ollas y sartenes de la cocina no se habían tocado. No habían limpiado nada. Pero debería habérselo imaginado, teniendo en cuenta su discusión durante la cena. Marchó a la habitación.

—¡Heather! —gritó desde el final de la escalera.

Ésa había sido la manzana de la discordia entre ellos desde el día en que ella había vuelto a vivir con él. Se pasaba el día abatida. Negándose a salir de su habitación la mayor parte del tiempo. No movía un dedo para ayudar en nada. Él le había pedido y luego ordenado que bajara a cenar esta noche. Ella había dado la cara, pero luego se había enfurruñado, había hurgado en la comida y había encontrado algo malo en todo lo que él había preparado.

De acuerdo, Mick no estaba preparado para ejercer de chef invitado en ningún restaurante de lujo de Filadelfia, pero estaba completamente seguro de que sus cenas eran más normales que todo lo que ella había estado comiendo en casa de su madre.

Finalmente, perdió los nervios y se alejó de la mesa, diciéndole que limpiara.

Y como resultado, su cena seguía asentada en un bulto en su estómago. La suya permanecía intacta sobre la mesa. No hay nada como una agradable y tranquila cena familiar.

Los ladridos del perro estaban poniendo nervioso a Mick. Abrió la puerta mosquitera del porche y llamó al animal. Max miró una vez a Mick y volvió a ladrar.

—*Adentro.*

De mala gana, el Golden retriever apartó las patas de la barandilla y cruzó el porche. Meneando la cola, el animal empujó sus treinta y cinco kilos de pelaje y músculos mojados a través de la puerta. Mick echó mano de la toalla que guardaba en la cesta de mimbre, pero llegó demasiado tarde, pues Max procedió a sacudirse en medio del salón.

—*Eres* idiota —dijo Mick bruscamente, enroscando la toalla alrededor del juguetón animal antes de limpiar lo peor del charco del suelo.

Levantándose, miró cansado hacia las escaleras. Natalie se lo había advertido por teléfono cuando le había sugerido que Heather volviera y se quedara con él. Hacía menos de un año que se había vuelto a casar y su exmujer, una pediatra de éxito, ya no podía soportar el rápido deterioro de la actitud de su hija. Natalie, poco dispuesta a poner en peligro su nuevo matrimonio, estaba dispuesta a enviar a la niña de quince años a un exclusivo internado de Nueva Orleans. Pero ésa era una opción que no le sentaba bien a Mick.

Empezó a subir las escaleras. No sabía qué había ido mal ni cuándo, pero no había reconocido a la joven de pelo morado que había recogido en el aeropuerto de Filadelfia a principios de mes. Vestida de negro de la cabeza a los pies, llevaba suficientes joyas perforadas como para hacer las veces de pararrayos.

De hecho, probablemente era bueno que estuviera a cubierto con esta tormenta.

Al final de la escalera, la puerta de Heather estaba cerrada.

El pelo de colores extraños, los pendientes, las narigueras, los aros en las cejas y Dios sabe qué otros tipos de aros… Nick podía vivir con todo eso. Desde su punto de vista, años atrás él mismo había sido bastante rebelde.

Lo que de algún modo tenía que aprender a superar era la actitud de Heather de «no me importa nada ni nadie». Eso era algo totalmente distinto.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—¿Heather?

Sin música a todo volumen. Ni siquiera un «Vete a tomar por culo». Quizá las cosas habían mejorado desde la cena. Max apareció junto a la pierna de su amo y se abrió paso con la nariz.

Estaba claro que habían sacudido la habitación, la habían puesto patas arriba y la habían vuelto a sacudir. Zapatos, montones de ropa sucia y limpia, maletas medio vacías y pilas de libros cubrían prácticamente cada centímetro del suelo de madera. Mick contempló el desorden y volvió a alterarse. Su hija estaba tumbada en la cama, con la cara pegada a la pared.

Un relámpago iluminó la ventana, seguido inmediatamente por un trueno.

—Heather —espetó, pasando por encima de una gabardina negra tirada en un montón delante de la puerta.

Las luces parpadearon y se apagaron un momento. Cuando volvieron a encenderse, los números rojos del reloj de la mesilla empezaron a parpadear. Sin embargo, Heather no se había movido.

—No has hecho ni una sola de las cosas que te pedí que hicieras allí. No sé a qué te has acostumbrado viviendo con tu madre, pero *no* voy a contratar a alguien para que venga a recoger lo que ensucias todos los días —le dio una patada a una zapatilla—. No pido mucho. Sólo cosas básicas. Cómo cuidar de ti misma. Recoger lo que ensucias. Cosas sencillas que nos separan de los animales.

Aún no hay respuesta.

Max saltó sobre la cama y acurrucó su pelaje mojado contra las piernas de ella cuando volvió a caer un rayo. La casa tembló con el estruendo de los truenos y ella se sobresaltó. Definitivamente, no estaba dormida.

Mick no sabía lo que le estaba pasando. A ellos. Su madre le había advertido sobre el cambio de comportamiento de Heather, sobre los problemas en el colegio, pero aun así no había estado preparado para esto.

—Pero aparte de este lío, de vez en cuando podrías demostrarme que puedes actuar con normalidad. Caminar y mantener de vez en cuando una conversación estaría bien. —Suavizó el tono, intentando un enfoque diferente—. Mira, Heather, sé que los adolescentes necesitan dormir mucho, pero creo que no te he visto hacer casi nada más desde que has vuelto.

El perro suspiró una queja propia mientras apoyaba el hocico en la cadera de ella. Mick frunció el ceño, dándose cuenta de que aquel enfoque no era mucho mejor. Seguía regañándola.

—Oye, ya sé que cocino fatal, pero antes me aguantabas. —Le tocó suavemente el pelo morado y se quedó mirando su pálido perfil. Sus párpados se movían, pero no los abría—. No he estado

muy agradable esta noche, dándote órdenes, pero es que estoy cansada de esta nueva actitud. Quiero que volvamos a ser como antes.

Nada. Retiró la mano y cogió una chaqueta de cuero. Bajo ella había una bolsa vacía de galletas Oreo. Max se movió ligeramente para aspirar las migas.

—Vamos, cariño. ¿Por qué no puedes hablarme al menos? Sé que algo debe ir mal. Sea lo que sea, podemos solucionarlo. Juntos.

Heather apretó las rodillas contra el pecho, pero no dijo nada.

La frustración le hacía un agujero en el estómago. Miró las brillantes cortinas floreadas, el papel pintado a juego, el juego de dormitorio que su hija había elegido ella misma hacía tres veranos. El viejo osito de peluche estaba sentado junto al cabecero. Había sido una niña feliz y cariñosa. ¿Cómo había salido todo tan mal?

Volvió a mirar su joven rostro.

—No podemos seguir así, cariño. Mañana es sábado. Salvo para dejar un par de cosas aquí y allá, me tomaré el resto del día libre. Tú y yo pasaremos unas horas juntos. Podemos ir a dar una vuelta, si quieres. Sólo hablaremos y resolveremos este nuevo «nosotros». ¿Qué te parece?

Cuando él se inclinó para rozarle un beso en la mejilla, ella se volvió y enterró la cara profundamente en la almohada. Le sentó como un puñetazo en el riñón.

—Buenas noches, cariño —le estampó un beso en el pelo y se enderezó. Observándola mientras se dirigía a la puerta, Mick apagó la luz antes de salir. Max se quedó atrás, acurrucándose satisfecho contra sus piernas.

La tormenta seguía iluminando las ventanas mientras Mick bajaba las escaleras. Se sentía totalmente inepto para tratar con su propia hija, y eso le molestaba sobremanera. Aunque hacía nueve

años que Natalie y él se habían divorciado, ambos habían hecho todo lo posible por mantenerse en contacto y seguir implicados en la vida de Heather, a pesar de los cinco mil kilómetros que los separaban. Pero, de algún modo, durante los dos últimos años, todo se había torcido.

Limpiar la cocina era lo que Mick necesitaba para ordenar sus pensamientos. Sólo tardó unos minutos en lavar los cacharros y cargar el lavavajillas, pero ya se sentía un poco mejor cuando apagó la luz del fregadero. Mirando hacia la lluvia que caía sobre la ventana de la cocina, se dio cuenta de que la luz de la casa de los Hardy, al otro lado del jardín, estaba encendida. Se quedó un momento mirando. Una sombra pasó por delante de la luz, y recordó a Max ladrando.

Mick se había topado con Betty Walters en el centro de la ciudad cuando estaba almorzando tarde en Hughes Grille un día de la semana pasada. Ella le había dicho que iban a renunciar a intentar vender la casa para la familia, y había vuelto a preguntar a Mick si estaba interesado en comprarla. Probablemente podría conseguirla barata. Seguía sin interesarle.

Alguien volvió a pasar por delante de la ventana.

Sacando una linterna de un cajón junto al fregadero, Mick se dirigió a la puerta trasera.

—Estoy embarazada.

A Ted se le cortó la respiración. La alegría que sintió ante la noticia era casi abrumadora. Pero permaneció inmóvil. No podía hacerle saber lo mucho que le importaba. No podía dejar que

Marilyn adivinara lo mucho que le dolería que ella decidiera no quedarse con su bebé.

—Tomo la píldora desde hace años. No sé qué ha pasado. Creo que debo de haberme relajado demasiado desde que estoy… bueno, sólo contigo.

Por primera vez, parecía vulnerable. Incluso asustada. Ted se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. —¿Querías que pasara esto?

Ella se acurrucó contra su pecho. —Creo que sí. Lo creo. Quería quedarme embarazada. Quería tener un hijo tuyo.

Ya no podía contener sus emociones. —Te amo, Marilyn. Dios, te amo.

—Quiero huir y casarme. Ahora. Quiero hacerlo todo bien por nuestro bebé.

Capítulo Cinco



No me extraña que no hubieran podido vender la casa.

Decir que aquello era un basurero era ser muy generosa, pensó Léa. Los últimos inquilinos ni siquiera se habían llevado los muebles rotos cuando se marcharon. Después de eso, no había habido nadie para sacar la basura y limpiar.

Léa recorrió rápidamente el piso de arriba. El lavabo, la bañera y el váter del pequeño cuarto de baño estaban muy manchados. A pesar de la lluvia, abrió la ventana de par en par para que saliera el olor a humedad. Por lo que pudo ver con la luz del pasillo, el estado de los tres dormitorios no era mucho mejor. Había bolsas de basura amontonadas aquí y allá con lo que ella esperaba que fuera ropa vieja. Había muebles rotos, un somier roto y varios colchones manchados.

Alquilar un contenedor sería lo primero que tendría que hacer.

Al menos alguien, probablemente la agente inmobiliaria Betty Walters, había intentado poner presentables las habitaciones de abajo. Habían barrido las tres habitaciones contiguas, con más muebles rotos y cajas y bolsas de trastos apiladas en una esquina.

Léa se dirigió a la parte trasera de la casa. De pie en la puerta de la cocina, buscó a tientas, con mano temblorosa, el interruptor de la

luz del techo. Lo encontró e intentó encenderlo. No funcionaba.

Se asomó a la oscuridad y sintió el frío recorrer su cuerpo tembloroso. Había mantenido el control sobre sí misma, caminando por el resto de la casa, sin pensar en el hecho de que *esta* habitación había sido la suya, o *aquella* la de sus padres. No se había permitido pensar en la vez que le había hecho cosquillas a Ted en el baño y le había hecho partirse el labio con el lavabo.

No, se había desprendido con éxito de la realidad de que ése era el lugar donde había pasado su infancia. Éste era el lugar donde se había formado su vida. Éste era el lugar donde sus padres habían…

Pero ahora, al mirar en la oscuridad de la cocina y darse cuenta de que *todo* seguía igual, Léa sintió que la garra del pánico le atenazaba el estómago. Salió de la puerta y prácticamente corrió por la sala de estar hacia el salón.

Los relámpagos parecían rodearla mientras hacía un par de viajes rápidos al coche. Su saco de dormir. Una bolsa de viaje. Una pequeña bolsa de comida que no se atrevía a llevar a la cocina. Era todo lo que necesitaría para pasar la noche. Léa deseó haber traído una linterna.

Se quedó goteando dentro de la puerta principal, con sus inseguridades, sus miedos y su dolor aplastándola.

Pero no iba a dejarse derrumbar. Había llegado demasiado lejos. Había que hacer un trabajo. Sólo tenía que esperar a que amaneciera para empezar.

La puerta principal no tenía cerradura, así que cerró la vieja cadena deslustrada. En cuanto a la puerta trasera, no se atrevió a pasar por la cocina para comprobarlo. Mañana sería suficiente para mirar en el sótano.

Era evidente que muchas cosas no habían cambiado en Stonybrook. La gente seguía sin cerrar sus casas con llave. La gente

del pueblo seguía teniendo la sensación de seguridad de que nada podía ir mal. Ni robos, ni allanamientos de morada, ni borracheras ni drogadicción, ni agresiones, ni otros delitos dignos de mención.

Los habitantes de Stonybrook seguían viviendo en un mundo de ensueño, a pesar de la llamada de atención que su familia parecía destinada a recibir una y otra vez.

Léa se quitó las zapatillas y los calcetines mojados y extendió el saco de dormir en el suelo, junto a la pared. No había cortinas ni persianas en las ventanas, pero no le importaba. No quería sentirse encerrada y sola en la casa. Léa abrió las ventanas que daban al porche. Respiró el olor a lluvia. Faltaban las mosquiteras antiguas de las ventanas, y se preguntó vagamente si estarían guardadas en el sótano con las contraventanas. Una chispa de recuerdo de años atrás pasó por su mente. Pensó en su padre, que todos los años, el Día de la Raza, cambiaba religiosamente los mosquiteros de las contraventanas. Miró más allá de los arbustos crecidos, calle abajo, hacia la hilera de casas victorianas que se retiraban graciosamente de la carretera.

Parecía que ahora, incluso después de veinte años, la calle Poplar había conservado su aspecto de respetabilidad. Un médico, dos maestras jubiladas, un arquitecto. No podía recordar todos los trabajos de los vecinos, pero todos habían sido sólidos, responsables, importantes. John Hardy había encajado bien en una época, dirigiendo el molino. Incluso el bisabuelo de Léa, que había vivido aquí antes que ellos, había tenido y regentado la única farmacia del pueblo.

Léa solía recordarse a sí misma que pertenecían a esta calle, a esta ciudad, como cualquier otra persona. Pero aun así se había sentado tantas noches junto a la misma ventana, preguntándose cómo serían las otras familias de la calle dentro de las paredes de

aquellos respetables hogares. Cuando era mucho más joven, se había preguntado cómo de malos se volvían otros padres cuando bebían. Se sentaba y se preguntaba si las madres de los otros niños eran como la suya, diciendo que estaban demasiado enfermas para salir de sus habitaciones, ocultando sus moratones y sus ilusiones rotas sobre el amor.

Léa se apartó de la ventana y se pasó las manos sin sangre por los brazos. Tenía la ropa mojada. Tenía frío. No quería estar aquí. Su mirada se desvió ineludiblemente hacia la puerta de la oscura cocina. Sintió que se le ponía la piel de gallina.

Los ojos de su madre, que no veían, estaban abiertos cuando Léa y Ted entraron en la cocina aquella tarde. Tenía sangre en la cara, en el cuello, en el pelo rubio oscuro. Tenía profundos cortes en el pecho y en los brazos. Pero Lynn Hardy tenía los ojos abiertos, como si esperara a que sus hijos llegaran a casa. Un sollozo se formó en el pecho de Léa y se llevó una mano a la boca para controlarlo. Parpadeó para contener las lágrimas y vio a su padre apoyado en la jamba de la puerta, con el revólver en la mano, dispuesto a quitarse también la vida.

Hubo un relámpago en algún lugar muy cercano a la casa. Al estallar el trueno un instante después, la luz del vestíbulo se apagó por completo. A Léa se le heló el corazón. No podía moverse. Durante un angustioso minuto, no pudo distinguir la realidad de lo imaginado.

Pero entonces, con la cordura, llegó el miedo que recorrió los bordes eléctricos del pánico. Pensamientos como que había otro ser en la casa… tal vez cortando la corriente… pasaron por su mente. Se apresuró a coger el bolso y el bote de spray de pimienta.

Agachada, con la espalda pegada a la pared, miró a través de las ventanas. Todas, todas las casas y farolas, estaban envueltas en el

mismo manto de oscuridad. La tormenta había dejado sin electricidad a toda la zona. Durante unos instantes permaneció donde estaba, respirando hondo y conteniendo el pánico.

Entonces, justo cuando su pulso descendió al nivel de un simple redoble de tambor, oyó un ruido procedente de la parte trasera de la casa. De la cocina.

Léa actuó al instante. Cogió el bolso y corrió hacia la puerta principal. Al abrirla de un tirón, perdió el agarre del picaporte y tropezó hacia atrás cuando el pestillo de la cadena se cerró con fuerza. Se lanzó contra la puerta, golpeándola con fuerza e intentando soltar el pestillo. De repente se le habían entumecido los dedos. No podía soltar la cadena.

Detrás de ella, un fuerte golpe sonó en toda la casa. La voz de un hombre. Pero Léa no estaba de humor para escuchar. Estaba atrapada y tenía que salir. *Ahora mismo*. Golpeó y tiró desesperadamente del pestillo. Finalmente, la cadena cedió a sus esfuerzos. Abrió la puerta de un tirón y salió corriendo al porche y bajó los escalones.

Su pie descalzo golpeó el suelo resbaladizo donde debería haber estado el escalón inferior, y Léa sintió que algo afilado se clavaba dolorosamente en la carne. El otro pie resbaló en la hierba mojada y el suelo de pizarra, y cayó de bruces.

Por un momento, tendida allí, intentando recuperar el aliento que se le había escapado, Léa no supo qué la había golpeado. Entonces, mientras intentaba girar hacia un lado, una figura oscura se cernió sobre ella.

—No te muevas.

El dolor le subía por la pierna. Seguía intentando forzar la entrada de aire en los pulmones, pero buscó en el suelo a su alrededor cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Su bolso

había desaparecido, estaba fuera de su alcance. El hombre la sujetaba con la mano en el hombro y la lluvia le golpeaba la cara.

—Llamé a la cocina —gruñó, pero entonces oí cómo se abría de golpe la puerta principal. No te muevas.

Una gorra de béisbol, calada, ensombrecía por completo su rostro. Se agachó junto a los escalones y trató de liberar el pie de la mujer, que permanecía atrapado en la escalera rota.

—Deslízate hacia el escalón, si puedes. Eso es.

El haz luminoso de la linterna que se le había caído en la hierba brillaba sobre las tablas de madera astilladas de los escalones.

—Nadie ha utilizado la puerta principal en dos años. Este escalón se rompió antes de que se fueran los últimos inquilinos.

—¿Eres vecina? —consiguió preguntar Léa al sentir que su pie se soltaba.

—Sí, vivo al lado. —Su rostro se volvió hacia ella y, a pesar de la oscuridad y la lluvia, se dio cuenta de que le conocía.

La oleada de alivio fue casi abrumadora. Sintió ganas de llorar y de reír. Al mismo tiempo, deseó que se abriera un agujero bajo ella y se la tragara, porque de repente se sintió increíblemente tonta.

—Eres Mick Conklin.

—Así es —levantó la vista—. Ha pasado mucho tiempo, Léa.

Era halagador pensar que recordaba su nombre. A los once años, Mick le había caído fatal. Entonces estaba segura de que él apenas sabía que ella existía.

—No tenía ni idea de que alguno de los antiguos vecinos siguiera por aquí.

La lluvia seguía cayendo a cántaros sobre ellos. Tratando de salvar algo de su dignidad, se incorporó y se quitó el barro de los brazos desnudos.

—Aunque, en realidad, conduciendo por la ciudad esta noche, me ha sorprendido ver lo poco que ha cambiado todo.

Tenía la mano alrededor del tobillo y no parecía tener prisa por soltarla. Alumbró con la linterna los arañazos de la pierna y el pie.

—Creo que puedes tener algunas astillas ahí. ¿Cuándo fue la última vez que te vacunaste contra el tétanos?

—No lo sé. Bastante reciente, supongo. —Estaba sentada en un charco de agua que se hacía más profundo por momentos—. Pero creo que tengo más posibilidades de ahogarme que de morir de una infección.

Su sonrisa fue inesperada. Sin embargo, más sorprendente fue el salto inmediato en su pulso.

Señaló con la cabeza la oscura casa de estilo victoriano que había al lado. —Entra y deja que te examine el pie.

Movió los dedos y flexionó el pie, tratando de ocultar el dolor que se disparaba hacia el tobillo desde la planta del pie. Lo que hubiera pisado seguía allí.

—Estoy bien. Además, esto está más cerca —miró hacia la puerta abierta—. Si no te importa prestarme una linterna o un par de velas, estaré lista.

—Supongo que no te lo han dicho.

—¿Decirme qué?

—Tu casa está en cuarentena a causa de la peste bubónica.

—Así que… otro Doctor Conklin. ¿Fuiste a la facultad de medicina después de todo?

—Fui, pero nunca terminé —le puso una mano bajo el codo y empezó a ayudar a Léa a ponerse en pie.

—¿Demasiados cadáveres en los laboratorios para ti?

—Demasiados días soleados fuera. ¿Puedes andar o quieres que te lleve?

—Estoy muy bien. —Para demostrar lo que decía, se alejó de él un paso en dirección a su casa. Pero lo que tenía en el pie se le clavó fuertemente cuando apoyó el peso en él, e hizo una mueca de dolor.

—Te vienes conmigo —le rodeó la cintura con el brazo—. Por supuesto, hace años que no hago ningún tipo de operación.

—Creía que habías dicho que nunca habías terminado la carrera de Medicina.

—No lo hice. Pero, como has dicho, tuve muchas oportunidades de trabajar con cadáveres.

Léa sonrió. —Bueno, eso me llena de confianza. Un momento, dijo, viendo su bolso en el suelo. Lo recogió y se lo metió bajo el brazo.

Antes de que pudiera volver a rodearla con el brazo o hacer algo impensable como cargarla de verdad, ella empezó a dar saltitos y a cojear hacia el jardín delantero de su casa.

—Ya casi has llegado. —le rodeó el codo con la mano.

—Pero no voy a entrar en tu casa. Llámalo vanidad o lo que sea, pero el aspecto que tengo ahora mismo… —Se apartó el pelo mojado de la cara—. No voy a ir más allá de tu porche. Así que, si quieres jugar a los médicos, tendremos que hacerlo al aire libre, donde todo el mundo pueda oírme gritar.

—Eso sí que es una idea.

Léa levantó la vista hacia él, oyendo el tono de diversión en su voz. Se sonrojó y buscó rápidamente algo más que decir antes de hundirse más.

—¿Está disfrutando tu padre de su jubilación?

Subir los tres escalones del porche le resultó difícil, y encontró el brazo de Mick alrededor de su cintura.

—¿Sabías que se había retirado? —dijo con sorpresa—. Supongo que no has estado muy alejado de Stonybrook.

—Justo después de dar a luz a Emily, recuerdo que Ted dijo lo decepcionados que estaban él y Marilyn de que tu padre estuviera… —Léa hizo una pausa, dándose cuenta de que había olvidado por un momento que su hermano estaba en la cárcel y sus hijas todas muertas—. Ted dijo que el Dr. Conklin había vendido su consulta y se había jubilado.

—Mi padre fue el único espectáculo de la ciudad durante demasiados años. Pero él y mi madre se lo pasan muy bien viajando por ahí —Mick la ayudó a sentarse en una amplia silla de mimbre del porche—. Sin embargo, cada vez que hablo con él por teléfono, sigue presumiendo de que hicieron falta un médico general, dos pediatras y un ayudante de médico para ocupar su lugar.

—¿De verdad? —preguntó Léa.

—Hasta cierto punto. Las cosas están creciendo por aquí. De hecho, estamos viviendo una especie de boom. Nuevas escuelas, nuevas urbanizaciones, todo tipo de gente nueva. La mayor parte está en las afueras de la ciudad, pero es la misma zona.

El quejido excitado de un perro al otro lado de la puerta mosquitera llamó la atención de Léa.

—No te muevas. Tengo que ir a afilar mis cuchillos.

Cogió la linterna que él le tendió. Léa sonrió cuando él pasó con dificultad junto a la forma saltarina de un animal que bloqueaba la puerta.

—Me gustan los perros, si quieres que salga.

—Tú te lo has buscado —abrió la puerta mosquitera y un borrón de oro oscuro saltó hacia ella. Mick se quedó un segundo junto a la puerta, obviamente asegurándose de que le iba a parecer bien—. Se llama Max.

Empezó a acariciarlo. —Nos conocimos a distancia cuando llegué a la casa esta noche.

—Yo también tengo que hervir aceite. Ahora vuelvo.

—Tómate tu tiempo.

Después de que Mick entrara, Léa frotó las orejas del perro. El animal gimió de placer. —Eres todo ladridos y nada de mordiscos, ¿verdad? —le rascó los costados y el lomo, sin hacer caso de los mechones de pelo que se le pegaban al cuerpo mojado y a la ropa. Pero se rió sorprendida cuando Max saltó al asiento de al lado y estiró la mitad superior de su enorme cuerpo sobre las piernas de ella.

—Oh, un perro faldero —dijo ella, rascándole el hocico y la cara ancha.

Mick volvió a salir al porche con los brazos llenos. —Quítate, bestia.

—Pero me puse cómodo.

Su sonrisa era gratificante, y a Léa se le calentó la sangre en las venas. Se había despojado de la gorra de béisbol y la chaqueta que llevaba dentro. Este Mick Conklin era mayor y más sorprendentemente masculino que el joven de dieciocho años que ella recordaba. Iba camino de la universidad la última vez que lo había visto.

—Fuera, Max.

De mala gana, el perro se bajó del regazo de Léa y resopló hasta el borde de la escalera del porche. Tirándose al suelo, se asomó a la oscuridad. Defendiendo su reino, sin duda.

—Le encantan las tormentas.

Mick le tendió una toalla. Léa le dio las gracias mientras la cogía y se secaba la cara, el pelo y los brazos. Los relámpagos parecían alejarse, pero la lluvia seguía cayendo con fuerza. Léa se sentía

extrañamente protegida aquí, en el porche. Miró a Max, que se puso de lado con un suspiro.

—Tengo que conseguir un perro.

—Pídele prestado un par de días. Eso debería curarte.

Observó a Mick moverse por el porche. Encendió un par de velas en grandes tarros de gelatina y las colocó en una mesa junto al asiento de ella. Cogió un taburete de madera de un rincón formado por la barandilla del porche y se sentó en él, frente a ella.

—Dame tu pie.

—Déjame echar un vistazo primero. —Ella cruzó el tobillo sobre la otra rodilla e intentó coger la linterna, pero él se la quitó de la mano.

—No seas cobarde. No te haré mucho daño —le rodeó el tobillo con una gran mano y tiró de ella hacia su regazo. Sin decir nada más, abrió el botiquín y se lo puso en el regazo.

Léa se apretó la toalla contra el pecho. No sabía cómo soportar las punzadas de calor que le recorrían la columna vertebral. Había una intimidad en su contacto a la que apenas estaba acostumbrada. Se echó hacia atrás en el asiento de mimbre, intentando crear cierta distancia entre ellos. Pero el calor se extendió aún más cuando los dedos de él empezaron a masajearle el talón y la planta del pie.

Al cabo de un momento puso la luz en el suelo, orientando el haz hacia arriba, y luego sacó algo del botiquín.

En un intento de mantener una ligera noción de la realidad, bajó la vista hacia el botiquín. Desde allí, su mirada se desvió hacia los muebles cuidadosamente colocados en el porche. Sin embargo, al instante siguiente se sintió fascinada por sus largas pestañas y su pelo corto. No pudo evitar admirar cómo le quedaba la camiseta sobre el pecho y los hombros.

—¡Ay! —ella prácticamente saltó de la silla, pero él no le soltó el pie—. ¿Qué estás haciendo? ¿Una endodoncia?

—Sólo quería asegurarme de que estabas despierta. —Le dedicó una media sonrisa y volvió a pinchar con las pinzas.

—Vale, estoy despierta.

Mick volvió a pinchar la astilla y ella se retorció en el asiento.

—Un momento, no he aceptado ninguna operación exploratoria. Quiero decir, soy donante de órganos, pero se supone que eso es después de…

—Deja de mover el pie. Está casi fuera.

Léa volvió a saltar de dolor. —Se supone que es una astilla.

—En realidad, era un árbol —levantó las pinzas para que ella pudiera ver el largo y feo trozo de madera astillada—. Ahora siéntate, tengo que limpiarlo.

Se echó hacia atrás y volvió a abrazar la toalla contra su pecho. —Gracias. Por la forma en que te pusiste durante un minuto, estaba segura de que no te ibas a conformar con menos que amputar.

—Sí, bueno, aún no he terminado. Aunque parece que lo tenemos todo.

Fuera lo que fuese lo que Mick había utilizado para limpiar la herida, escocía como un loco, pero Léa se mordió la lengua para quejarse. Max volvió a acercarse, esta vez con una pelota de tenis mordisqueada que había sacado de algún sitio, y la dejó caer en su regazo. Ella hizo rebotar la pelota en el suelo de madera, y él la atrapó al primer rebote. —¿Así que necesitas a alguien que lo cuide un par de días?

—La verdad es que no. Heather lo hace cuando estoy fuera trabajando —cogió un tubo de pomada y bajó la voz—. Esa bestia está tan mimada que tengo que amenazarle constantemente. Fíjate en esto. Perro de perrera, amigo.

A Léa no le pareció que Max pareciera demasiado asustado, pues ignoró por completo a su amo y volvió a dejar caer la pelota en su regazo.

—Heather es mi hija. Volvió a vivir conmigo hace un par de semanas. Su madre vive en Los Ángeles.

Léa no levantó la vista, pero siguió frotando las orejas del perro mientras Mick le ponía un gran vendaje adhesivo en la planta del pie. *Sentía* curiosidad por Mick, por lo que había estado haciendo durante todos estos años, por lo que había ido mal en su matrimonio, por cómo era su hija. Pero al mismo tiempo, había estado tan centrada durante tanto tiempo en sus responsabilidades en la vida que nunca había tenido mucho tiempo para socializar, ni siquiera para hacer buenos amigos. Y éste tampoco era un buen momento para empezar, se dijo a sí misma.

Puso el pie en el suelo mientras él empezaba a recoger sus provisiones.

—Gracias, Doc.

—No hay problema.

Era sorprendente lo fácil que había sido bajar la guardia durante unos segundos. Ser ella misma. Pero estaba en la ciudad sólo un par de días. Una semana como mucho. Sólo lo suficiente para cortar los últimos lazos que la unían a Stonybrook.

—Bueno, me voy. —Léa se puso en pie cuando él lo hizo.

—No tienes que irte todavía. Sólo estoy devolviendo estas cosas a la cocina.

Ella sonrió y negó con la cabeza. —Mañana tengo planeado un gran día.

—¿No quieres esperar al menos a que vuelva la luz?

Como si el mundo hubiera estado esperando su señal, las luces de la casa y de la calle volvieron a encenderse de golpe.

—Veo que tienes el poder —dijo en broma. Le dio al perro una última palmada en la cabeza y se dirigió hacia los escalones del porche—. Podrías haber hecho una fortuna durante la escasez de energía en la costa oeste.

—Un momento. No puedes salir descalza y estropear mi obra.

—No tengo once años, doctor Conklin, y no se trata de una urgencia vital.

—Tú sí que sabes cómo herir el ego de un tío —le puso una mano en el brazo—. Pero espera, voy a por un paraguas y te acompaño hasta la puerta.

Era innecesario, puesto que ya estaba mojada. Pero Léa se guardó su comentario para sí y le vio meter la mano por la puerta mosquitera. Oyó que el botiquín caía al suelo, y él reapareció con un par de zapatos negros y un paraguas de gran tamaño.

Miró los zuecos de plataforma alta que él dejó caer delante de ella. —No me gustaría llevarlos. ¿Seguro que no los necesitarás para salir más tarde?

—Muy gracioso. No te preocupes, son de Heather, no mías, y ha terminado por esta noche.

Léa sonrió y deslizó el pie dentro de los zapatos. —Me siento como si anduviera con zancos.

Abrió el paraguas y la cogió por el codo mientras bajaban los escalones.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí?

—Sólo para el fin de semana, creo.

—¿Y te lo estás pasando mal *ahí dentro*?

—Sí, así será más fácil hacer las cosas —hizo un esfuerzo consciente para no tropezar y caer o cojear. Al llegar a los decrépitos escalones de la entrada, miró hacia arriba y vio la puerta abierta de par en par, tal como la había dejado.

—¿Seguro que quieres subir por aquí? La puerta de atrás es mucho más segura.

—No, esto será estupendo. —Léa subió el escalón que faltaba y llegó al rellano, se quitó los zapatos y se los devolvió a Mick—. Dale las gracias a Heather de mi parte.

—Quizá la conozcas este fin de semana.

—Tal vez.

Léa hizo un pequeño gesto con la mano y se volvió para asomarse a la puerta, preguntándose de pronto por qué había tenido tanta prisa en volver a esta lúgubre casa de la muerte.

Marilyn se removió inquieta en el asiento del escenario. El viejo y ventoso político no había parado de burlarse. Hacía diez minutos que la aburría soberanamente. La entrega de los certificados de las Becas Foley prometía ser aún más larga y tediosa.

Tenía los pies hinchados y le dolían. Se miró la barriga, que se le había hinchado como un globo con este segundo embarazo. Quería dormir todo el tiempo, pero tener un niño pequeño correteando por la casa lo hacía totalmente imposible.

Nadie del público la miraba. Aparte de los habituales «¿Cuándo es la gran audiencia?» o «¿Cómo están Ted y Emily?», nadie había hecho ningún comentario sobre su aspecto. Ni siquiera recordaba la última vez que alguien le había mirado los pechos o el culo.

Lanzó una mirada resentida a su madre, sentada tan dignamente junto a ella en el escenario. Vestida con un elegante traje azul marino, Stephanie parecía joven, guapa y bien cuidada. La mirada de Marilyn se dirigió a Bob Slater, sentado en primera fila. Aquel estirado sólo tenía ojos para su mujer.

Su mirada se desvió hacia la entrepierna de él, y se preguntó distraídamente lo fácil que sería hacer que se le pusiera dura. Probablemente con una caricia. Se estremeció al pensar en darle a Stephanie una lección recordatoria sobre la infidelidad.

Se abrió la puerta trasera del auditorio y los vio entrar.

Ted llevaba a Emily en el portabebés a la espalda. La habitación era grande, pero Marilyn no tenía ninguna duda de que la atención de su marido sólo estaba puesta en ella. Sintió que todo su cuerpo empezaba a relajarse.

Marilyn le devolvió la cálida sonrisa y una vez más dejó que aquella extraña sensación de satisfacción la invadiera, expulsando la amargura.

Ted la quería más que a nadie.

Capítulo Seis



La tormenta había pasado, pero el aire seguía pesado y húmedo. Mick se quedó de pie en la pasarela, escuchando los grillos y viendo a Léa entrar en la casa vacía y cerrar la puerta tras de sí. Encontrarla al pie de aquellos escalones esta noche había sido como retroceder en el tiempo. Léa siempre había sido la valiente niña de ojos avellana de la puerta de al lado, siempre observando el mundo que la rodeaba a una prudente distancia. Cerró el paraguas.

Años atrás, cuando era adolescente, se había preocupado por ella con frecuencia. Todo el mundo *sabía* que aquella familia tenía graves problemas conyugales. Y todos sabían que los niños sufrían por ello. De niño, Ted era duro, extrovertido y simpático, y se desentendía de todo fingiendo que no le importaba nada. Era difícil saber de él. Léa, en cambio, era menos capaz de ocultar sus sentimientos. Nunca podía evitar mostrar su sensibilidad o su vulnerabilidad, por mucho que lo intentara. Para todo el mundo… bueno, al menos para Mick, Léa siempre había cargado con los problemas de su familia a la espalda.

A través de las ventanas delanteras, Mick vio a Léa subir las escaleras con una bolsa de viaje en una mano. Silbó a Max, y el

perro bajó saltando los escalones. Mick cogió la pelota de la boca del perro y la lanzó entre las dos casas, al patio trasero.

Ella le había sorprendido esta noche con su sentido del humor y su desenfado. Pero también le había sorprendido un poco su propia atracción inmediata hacia ella.

Una camioneta dobló la esquina y bajó lentamente por la calle. Mick se volvió y la observó con recelo. Cuando se acercó a la acera donde él estaba, vio que era el jefe de policía, Rich Weir, quien iba al volante. No llevaba uniforme. Rich bajó la ventanilla del acompañante y saludó a Mick de medio lado.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó, desviando la mirada hacia la casa de los Hardy.

Mick no sabía de dónde le venía, pero se encontró ligeramente molesto.

—¿Estás de servicio o no, Rich?

—Sabes que siempre estamos trabajando.

Mick olía a comida china. Había una pequeña caja de cartón llena de envases sobre el asiento.

—Y ese trabajo sería repartir comidas para el Dragón de Pekín, ¿eh?

—Qué overol, Conklin. Voy de camino a casa de Sheila.

—Salúdala de mi parte. —Mick silbó a su perro y emprendió el regreso hacia su propia casa.

—En serio, Mick —insistió Rich, mirando ahora el coche aparcado delante—. ¿Sabes quién se aloja en la casa?

Mick se volvió y le fulminó con la mirada. —Léa Hardy se queda allí el fin de semana.

—Me lo imaginaba —el policía frunció el ceño—. ¿Para qué demonios ha vuelto aquí?

—¿Alguna ley contra la permanencia de alguien en su propia propiedad, Rich? No hemos aprobado ninguna ordenanza nueva al respecto, ¿verdad?

El jefe fijó su mirada en Mick, pensativo. —Te he hecho una pregunta sencilla. ¿Tienes un bicho en el culo, amigo?

Mick se apoyó en la ventanilla abierta de la camioneta y miró la cara cuadrada de Rich. —Puede que sí. Pero éste es un país libre, Rich, y ella no está haciendo nada ni siquiera ligeramente fuera de lugar. Y teniendo en cuenta todo el dolor que ha tenido que soportar esta mujer, creo que deberías respetar su intimidad y dejar de merodear por aquí.

Rich soltó un silbido bajo. —Bonito discursito, amigo. Si no te conociera mejor, diría que parece que tú y ella tenéis algo entre manos.

—Entre Léa y yo *no pasa nada*.

—Lo siento, Mick —dijo con ironía—. Debes *parecer* cabreado.

—De hecho, estoy cabreado. ¿Y quieres saber por qué?

—Estoy impaciente.

—Porque ya has decidido controlarla sin ninguna maldita razón.

—¿No hay motivo, Mick? —El policía le devolvió la mirada—. Me pagan para mantener el orden en esta ciudad. Quiero que este asunto de Hardy acabe de una vez. Quiero que esta ciudad vuelva a estar en paz. Si está aquí para crear problemas, es razón suficiente para que la vigile. Vigilarla *de cerca*.

—Deja que te diga algo, jefe. Léa Hardy no es una alborotadora. Vino aquí sabiendo la mierda que esta ciudad iba a verter en su puerta. Esta mujer tiene agallas. *Deberías* considerar respetar eso en ella. —Mick se levantó de la camioneta—. Buenas noches, Rich. Tu entrega se enfría.

La estática del escáner de la policía chirriaba y crepitaba en las paredes de paneles baratos de la vieja caravana. Dusty Norris se acercó y ajustó el mando hasta que la voz del operador volvió a sonar nítida:

—Russo ha vuelto a llamar. Dice que un adolescente ha aparcado en la calle Maple bloqueando parcialmente el acceso a su entrada…

Bajo las bombillas fluorescentes desnudas, un periódico de Doylestown estaba extendido sobre la mesa de cartas que Dusty utilizaba como escritorio. Minuciosamente, siguió una línea recta mientras recortaba el último artículo del juicio por asesinato de las páginas húmedas.

—Jeff, ¿puedes comprobarlo? Estoy al otro lado de la ciudad.

Dejó el artículo a un lado y se puso a recortar la foto de Léa Hardy de una página interior. Se detuvo un momento y se quedó mirando la foto. Llevaba un traje de negocios oscuro y gafas, y cruzaba la calle en dirección al juzgado.

—Ya son dos seguidas las que me debes, Robin. Sabes que ese tío sólo se queja porque le gustas, chica.

Dusty recogió los dos recortes de periódico y se dirigió al tablón de corcho que colgaba junto a la puerta de la vieja caravana. La pizarra estaba llena de otros trozos de periódico que había recogido del juicio. Ajustó y movió algunos de ellos antes de encontrar por fin la posición adecuada para los nuevos recortes.

—No soy yo. Al viejo Russo se le pone dura contigo, chico…

—Por fin lo haces bien —murmuró Dusty en dirección a la radio, mientras caminaba hacia su antigua silla giratoria y se dejaba caer en ella. Subió los pies calzados al escritorio—. Ya era hora de que os dierais cuenta de que le gustan más los chicos.

Un gran cuchillo de caza y un trozo de madera a medio tallar —una tosca representación de una figura femenina— estaban sobre un barril de madera volcado a su lado. Los acercó a su regazo.

—Aquí no hay ningún coche bloqueando nada. Por el amor de Dios, me está haciendo señas para que entre desde su porche. Supongo que voy a entrar.

—Si no sales en una hora, Jeff, enviaremos unidades de refuerzo. —La risita del despachador por la radio hizo que a Dusty se le curvara el labio.

—Buena suerte, Jeff. Gilipollas. Asegúrate de llevar los pantalones subidos.

La hoja afilada del cuchillo rasuró la madera, y el borde de una sonrisa permaneció en el rostro sin afeitar de Dusty. Hizo una pausa y levantó la vista hacia la pared de cuadros y fotos de periódico que había sobre su escritorio.

Todas eran de Marilyn. Siempre le había gustado que le hicieran fotos, y era toda una colección. Un verdadero montaje dedicado sólo a ella. En el centro, una foto de boda de la que Ted había sido extirpado hacía tiempo. Marilyn, hermosa con un sexy vestido blanco, miraba directamente a la cámara. Directamente a Dusty. Su mirada se desvió hacia las otras fotos.

—¿Recuerdas cuando te conté lo de ver a Russo exhibiéndose ante aquellos chicos en el estanque? —la foto del baile de graduación de Marilyn le sonrió—. Te reíste, pero tuviste que añadirlo a la lista —Apuntó con la punta del cuchillo a la foto de su graduación y miró a los ojos chispeantes—. Sabías que estaba vigilando junto al bosque detrás de tu casa cuando le contrataste para que te hiciera algo de jardinería. Sabías que estaba ahí.

Se quedó mirando un recorte de periódico amarillento de una joven Marilyn ganando un torneo de tenis municipal.

—Cuando saliste en bañador y te sentaste en aquella tumbona del patio, pensé que el viejo cabrón iba a croar —Dusty se echó a reír—. Pero no fue suficiente. Tuviste que quitarte el top —giró la talla en su mano. Su pulgar acarició las curvas y los huecos de los pechos, las nalgas—. Te diste la vuelta y le pediste que te untara aceite en la espalda. En las piernas. Sé que le decías lo que tenía que hacer. Pero no deberías haberle hecho deslizar la mano por tus muslos. No debiste dejar que te tocara ahí.

La hoja del cuchillo atravesó la madera, y una viruta cayó al sucio suelo.

—Quería hacerlo, Merl. Se me puso tan dura viéndote —su voz se volvió ronca.

—Creo que te gustaba que te vigilara. Creo que aquel día con Russo… —La mirada de Dusty se clavó en una foto de Marilyn en bikini tumbada en una playa—. Creo que sabías que me había corrido mirándote. Sabías que no podía evitarlo… que no podía esperar.

La voz de la operadora volvió a llenar el remolque. *—Robin, necesito que compruebes el ladrido de un perro en la avenida Ridge.*

—Jeff sigue ahí dentro, ¿eh? —respondió ella.

Dusty sintió que un par de gotas de agua le golpeaban en el hombro, y miró hacia el techo manchado de agua mientras hacía girar un poco la silla para apartarse. Con la bota, empujó un cubo de metal para recoger las gotas.

—Robin, quizá Russo se quede con Jeff hasta que aceptes casarte con él.

—Ni hablar. Por mí, que se lo quede. Ahora me dirijo a Ridge.

Dusty miró a la izquierda de una pequeña ventana, donde había pegado decenas de recortes y fotos de Marilyn con otras personas. Había una foto de periódico en la que Marilyn colgaba una medalla

del cuello de Robin. Su mano rozaba el pecho de la agente de policía.

—Sí. Siempre te gustó que te vigilara, Merl.

Podía sentir cómo su erección, cada vez más dura, le presionaba los pantalones. Colocó con cuidado el cuchillo y la talla sobre el barril y se bajó la bragueta. Volvió a mirar la foto de la playa.

—Como la vez que trajiste a tu amiga de la universidad a la ciudad aquellas Navidades. Sí, claro que mereció la pena darle una vuelta por un molino cerrado en medio de una tormenta de nieve —rodeó con la mano su palpitante erección y sacó un trapo del bolsillo —. Los dos en el escritorio del despacho de arriba. Os vi a los dos. Cada uno haciéndoselo al otro.

Su respiración se iba entrecortando a medida que su mano se movía a lo largo de su miembro. —Me has visto, Merl. Echaste la cabeza hacia atrás. Me miraste a los ojos cuando te corriste.

—He vuelto. Y mi virginidad está intacta.

Dusty gruñó al estallar en el trapo.

—Más de lo que necesitábamos saber, Jeff.

—Claro, Robin. Puedes entrar ahí la próxima vez.

—Dejadlo ya, los dos —interrumpió el despachador con una risita —. *Jeff, ya que estás por el barrio, date una vuelta por la calle Poplar.*

Dusty se limpió con el trapo y lo tiró a un rincón.

—¿Qué pasa ahí?

—Ha llamado el jefe. La chica Hardy ha vuelto a la ciudad.

Se detuvo mientras se subía la cremallera de los pantalones, con todos los nervios en tensión y alerta. Le invadió una oleada de ira.

—¿No me digas? ¿Léa Hardy?

—El mismo. El jefe quiere un coche patrulla dando vueltas por el barrio toda la noche.

—¿Espera Rich problemas? —chirrió Robin.

Lentamente, Dusty cogió el cuchillo hasta que sus dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura.

—Maldita sea si lo sé. Pero esa familia no da más que problemas, por lo que sé.

Con un relámpago de movimiento, la silla giró y Dusty lanzó el cuchillo contra la foto de Léa en el tablón del otro lado del remolque. Dio en el clavo. La punta de la hoja cortó la imagen por la mitad y se enterró profundamente en la pared del remolque.

—Esta vez no —murmuró—. Esta vez ningún Hardy se acercará a mi Merl.

—Podrías renovar la vieja casa de la calle Poplar. O, si lo prefieres, puedes mudarte al lugar donde vivía Marilyn. Diablos, si no te gusta ninguna de esas dos, Stephanie probablemente te construirá una mansión si eso es lo que hace falta para convencerte de que traigas a esos bebés de vuelta a Stonybrook —Bob Slater puso una mano en el hombro de Ted—. Basta con mirarla. Se convierte en la viva imagen de una abuela cariñosa cada vez que se acerca a ellos.

Ted observó a su suegra dando el biberón a Hanna, de un mes, mientras Emily jugaba a sus pies. Sonrió, pero sacudió la cabeza.

—No podemos vivir en Stonybrook.

—Vamos, Ted. Esto no es lo de Hardy, ¿verdad? Nadie que viviera allí entonces se acuerda. Y el resto ni siquiera lo sabe.

Marilyn entró desde la cocina y Ted vio que la mirada de su mujer se dirigía inmediatamente a Stephanie. El rubor de la ira coloreó su cara en un instante.

—Ted, he dicho que quería que *dieras de comer a Hanna. —Cargó hacia su madre y le quitó bruscamente a la niña de los brazos.*

—Pero Marilyn —suplicó Estefanía.

—Trae a Emily, Ted. Es la hora de su siesta. —Lanzó una dura mirada a su madre mientras salía de la habitación—. Lo siento, se acabó el horario de visitas.

Ted no volvería a Stonybrook ni por un millón de pavos. Y no era cosa de Hardy.

Capítulo Siete



HEATHER SE PUSO la camiseta negra por encima de la cabeza y metió los brazos por las mangas. Se puso delante del espejo y se pintó los labios de negro.

La chica vestida de negro y con el pelo morado que la miraba tenía ojeras. Aparte de eso, su rostro no mostraba nada.

Heather cogió una mochila del suelo. Moviéndose por la habitación, metió su viejo osito de peluche en la mochila. Cogió su CD favorito, versiones de rap de canciones de Kurt Cobain. También lo metió, seguido de una camiseta de Metallica que había comprado en un concierto en Los Ángeles. Se dirigió a su cómoda y buscó en la parte superior hasta que encontró los pendientes de diamantes que su madre le había regalado por su decimoquinto cumpleaños. Los empujó al fondo de la bolsa.

Al salir, cogió la chaqueta de cuero del suelo y la metió también en la mochila. No consiguió cerrar la solapa de la abultada mochila, pero se la colgó del hombro de todos modos. Recordando sus cigarrillos, rebuscó en la estantería del armario y sacó un paquete y un mechero.

Oyó correr la ducha del cuarto de baño de su padre mientras pasaba a toda prisa junto a su puerta. Max apareció junto a Heather

al final de la escalera. Ignorando el entusiasta saludo del perro, bajó los escalones con el Golden retriever pisándole los talones.

Las manecillas del reloj de pie estaban rectas hacia arriba y hacia abajo, y las campanadas empezaron a sonar cuando ella llegó abajo. Contemplando la pieza antigua, se calzó los zuecos de plataforma. Con un rápido vistazo a las escaleras, atravesó la casa hasta la cocina y salió por la puerta trasera. El perro estuvo a punto de salir a empujones detrás de ella, pero cerró la puerta con fuerza.

—Quédate.

La niebla de primera hora de la mañana era espesa y lúgubre en los patios. La hierba estaba húmeda y las volutas de niebla parecían humo en el aire. Ni siquiera podía ver el muro de piedra del límite posterior de la propiedad, por no hablar de las casas que había más allá. Al bajar los escalones, Heather apenas podía ver el contorno del jardín de flores o la mitad superior de la morera. La mayor parte de la destartalada casa de al lado también estaba oculta.

Así era como a ella le gustaba.

Ajustándose la mochila al hombro, apagó un cigarrillo y lo encendió antes de atravesar los patios traseros. La lluvia de la hierba le mojó los zapatos en cuanto dio el primer paso. La situación empeoró cuando cruzó el patio de los Hardy y la hierba larga y húmeda le empapó los pantalones hasta los tobillos.

La vieja casa de carruajes, cuya madera gris asomaba casi negra por las grandes secciones donde se había desprendido la pintura, parecía blanda, empapada. Mientras Heather se acercaba, pensó que parecía haber adquirido un poco más de esbeltez durante la noche.

Se dirigió hacia el camino que había detrás de la casa de carruajes, pero se detuvo al ver una zarigüeya entre la niebla, que se paseaba por el muro de piedra delante de ella, y decidió no atajar por detrás del edificio.

Heather dio una calada a su cigarrillo y dirigió sus pasos hacia el camino de grava junto a la casa de los Hardy. Su mente iba a mil por hora mientras caminaba. Solía dormir mucho, pero ahora, a pesar de que lo fingía, no podía dormir en absoluto. Lo único que hacía era pensar. Pensar y enfadarse con su madre por no quererla más. Por echarla de casa. Con su padre por no darse cuenta de que ya no era una niña de dos años. Seguía pensando que se la podía mimar y conquistar con algún bonito regalo o un día de trabajo con «papá».

Por supuesto, descubrió que también se enfadaba mucho consigo misma. Era tan difícil preocuparse por algo. O hacer algo. Cada día era más tonta y perezosa. Aparte de algún que otro chute de azúcar, tampoco comía nada sano. Y *estaba* engordando. Tenía el culo demasiado grande y el pecho demasiado plano. Estaba cansada del pelo morado, pero la reacción que le producía la gente que conocía a su padre o a sus abuelos era demasiado buena para perdérsela. Se había convertido en una gilipollas, y se odiaba por ello.

Todo se reducía a que la vida era una mierda, y Heather *estaba* condenadamente cansada de ella.

No había terminado ni la mitad del primer cigarrillo, pero sacó un segundo, lo encendió y tiró el primero a la hierba húmeda. Dio una calada e ignoró el gruñido de hambre que sentía en el estómago.

—Buenos días.

El cigarrillo se le cayó de la boca al resbalar el pie de uno de los zuecos mojados. En un instante, estaba sentada sobre su trasero, con la grava clavándose en la palma de la mano donde había aterrizado. Con el corazón latiéndole en los oídos, se puso en pie de un salto y miró a su alrededor salvajemente a través de la niebla.

Hacía años, alguien le había dicho que la casa de los Hardy estaba encantada. Debería haberles creído.

—¿Estás bien? Siento haberte asustado. Por aquí.

Esta vez Heather vio la figura de la mujer inclinada sobre la barandilla lateral del porche. Saludaba con la mano y parecía preocupada. Recomponiéndose y quitándose la gravilla de la mano, Heather metió el pie en el zueco y se acercó un par de pasos.

—Qué tiempo más raro, ¿no crees?

La reacción habitual de Heather en un momento así sería mandar a la mierda al bocazas y ponerse en camino.

Sus pies, avanzando por el camino de entrada, parecían tener otros planes.

—Soy Léa Hardy.

—No me digas —no había querido decir esas palabras en voz alta. Pero las dijo, y Heather se quedó boquiabierta al ver a la mujer de aspecto sencillo que seguía inclinada sobre la barandilla. Llevaba el pelo recogido en una coleta y no tenía ni una pizca de maquillaje en su pálido rostro. La mujer Hardy sonrió y Heather decidió que tal vez no era fea, sino que no sabía qué hacer consigo misma.

—Supongo que todo el mundo en esta ciudad me conoce o ha oído hablar de mí —miró los zapatos de Heather y le tendió la mano —. Creo que yo también he oído hablar de ti.

Se quedó mirando la mano extendida de Léa y decidió no cogerla. —Tengo que irme.

La mujer volvió a apoyar las manos en la barandilla. —Gracias por usar tus zapatos.

Sorprendida, Heather miró sus zuecos mojados. —¿Qué?

—Anoche tuve una noche un poco loca —Léa se rió un poco—. Llegué justo en medio de la tormenta. La verdad es que estaba muerta de miedo de entrar. Hacía veinte años que no volvía por aquí. En fin, justo en medio de mi horror de Amityville, se apagaron las luces.

Heather no tenía ni idea de lo que era el horror de Amityville, pero se dio cuenta de que Léa Hardy parecía algo nerviosa. A veces, ella misma estaba muy nerviosa.

—De todos modos, acabé con el pie atascado en el escalón inferior.

Heather miró la escalera que faltaba.

—Eres Heather, ¿verdad?

Ella asintió con cautela.

—Tu padre tuvo la amabilidad de ayudarme y sentarme en el porche de tu casa mientras me quitaba el tocón del árbol que se me clavaba en la planta del pie. En fin, así es como acabé llevando tus zapatos. De ahí para acá —señaló su porche y volvió al suyo.

A través de los listones de la barandilla, Heather vio que la mujer llevaba un par de calcetines tobilleros. Pero había marcas de arañazos en una espinilla.

—Siento seguir parloteando. —Léa se enderezó—. Me sentí un poco bien al salir y ver a alguien vivo en el patio.

Algo en su franqueza impidió que Heather saliera corriendo. —¿Has venido para quedarte? ¿O algo así?

Léa negó con la cabeza. —Tengo que vender este lugar. Espero que pronto. Ya sabes, por motivos económicos.

—Tiene que ver con tu hermano, ¿no?

—De hecho, así es. Tengo que contratarle un nuevo abogado.

Según la experiencia de Heather, la mayoría de los adultos trataban a los adolescentes como niños o como imbéciles. Éste era bastante guay.

—Por cierto, ¿te parece bien que me cuele en tu casa y recoja mi bolso? —Léa miró hacia allí—. Creo que anoche me lo dejé en el porche.

—Claro, como quieras —se ajustó la mochila al hombro—. Tengo que irme.

—Gracias por venir.

Heather se encogió de hombros con indiferencia y reanudó la marcha. Sin embargo, al llegar al final del camino de entrada, se volvió y miró fijamente a la mujer Hardy, que seguía en el porche.

—Um, buena suerte encontrando un buen abogado. Espero que tu hermano salga.

Léa asintió una vez y se miró los calcetines blancos. Parecía realmente nerviosa.

Heather giró sobre sí misma y empezó a subir por la calle Poplar. No sabía qué le había dado por decir aquello.

No, ella sabía por qué. El primer verano que había hecho de canguro de Emily y Hanna, Ted solía venir mucho. Era un padre muy guay, como lo había sido su propio padre cuando ella era pequeña. Y a las niñas les caía muy bien Ted.

Las chicas. Heather se tragó el doloroso nudo que tenía en la garganta y encendió otro cigarrillo. Ahora no quería pensar en ellas. Tampoco quería pensar en Marilyn. Aunque se *alegraba* de que alguien se hubiera cargado a aquella zorra.

Sus pasos la condujeron hacia el parque. Aun así, no sabía por qué había sido amable con Léa. ¿Qué le importaba lo que la hermana de Ted pensara de ella?

Mierda, era demasiado tarde para ser amable. Demasiado tarde para ser algo. Porque a partir de mañana no importaría lo que la gente pensara de ella.

Probablemente parecía como si se hubiera tragado la lengua, pero Léa estaba realmente conmovida por lo que había dicho Heather. Y, de algún modo, podía decir… podía sentir que las palabras habían sido dichas en serio.

Esperó a que la niebla se cerrara tras la figura en retirada de la adolescente antes de calzarse las zapatillas y bajar los escalones. Hacia medianoche, cuando había sufrido otro ataque de pánico, Léa se había dado cuenta de que se había dejado el bolso en el porche de la casa de los Conklin. Sin las llaves, la cartera, el móvil ni el spray de pimienta, se había sentido terriblemente vulnerable. Pero no había forma de escapar de la casa. No tenía adónde ir. Y salir a hurtadillas y hacer que Max despertara al vecindario con sus ladridos también había quedado descartado. Así que Léa se había obligado a esperar a que se hiciera de noche.

Al llegar a la acera, se dio la vuelta para ver bien la casa por primera vez a la luz del día. Incluso a través de las suaves capas de niebla y neblina, las ventanas rotas, la pintura desconchada y el porche caído parecían tan feos como antes.

Léa se dirigió hacia la casa de los Conklin. El cuidado jardín en el que Ted y ella habían jugado estaba muy cubierto de maleza. Si quería causar una mejor primera impresión a los posibles compradores, primero tenía que limpiar el patio.

Detrás de la puerta mosquitera, la puerta principal de cristal biselado estaba cerrada. Léa se asomó por la barandilla. Su bolso yacía a los pies del sofá de mimbre, donde se le había caído la noche anterior.

Subió las escaleras del porche de puntillas, pero los ladridos de Max dentro de la casa le dijeron que no se había dejado engañar. Cuando se apresuró a coger el bolso, su único consuelo fue que

Heather ya se había levantado y estaba fuera. Quizá Mick también era madrugador.

Llevaba el bolso bajo el brazo y se disponía a escapar cuando se abrió la puerta principal.

—Léa.

Hizo una mueca de culpabilidad. —Otra vez yo.

—¿Cómo tienes el pie?

—Ya estoy mejor. De hecho, he vuelto a la normalidad —echó un vistazo al hombre y al perro que estaban detrás de la pantalla. Mick tenía el pelo mojado. No llevaba camisa. Bajó la mirada hacia Max, pero se encontró admirando los músculos de las piernas peludas de Mick bajo los pantalones cortos de color caqui. Se obligó a mirarle a la cara.

—Perdona que te sorprenda. Anoche me dejé esto aquí —levantó el bolso como prueba—. Cuando acabo de ver a Heather, me ha dicho que no había problema en que viniera a buscarlo.

—¿Has visto a Heather? —Sin esperar respuesta, empujó la puerta. Perro y hombre estaban en el porche en un instante. Max la rodeó una vez antes de bajar saltando las escaleras y entrar en el patio.

Léa centró su atención en el perro, luego en la barandilla y, por último, en los arbustos recortados profesionalmente. Intentó pensar en otra cosa que no fuera la extensión de los hombros de Mick o lo bajo que llegaba el bronceado de su espalda.

—¿Estaba fuera?

—Me dirijo hacia allí —señaló la calle.

—Quince años. Tiene quince años —murmuró antes de volverse hacia ella—. Tengo que recordarme una y otra vez que es lo bastante mayor para salir a pasear si le apetece.

Por experiencia, Léa sabía que no debía decir nada. Eso era exactamente lo que a veces necesitaban los padres. Alguien que les escuchara.

—Y supongo que en realidad no importa que estuviera planeando que pasáramos el día juntos —sin duda había un toque de arrepentimiento en su voz—. Pero esto es exactamente lo que le he estado pidiendo que hiciera. Que dejara de estar deprimida en casa y saliera más. Claro que tampoco esperaba que fuera de visita a las seis de la mañana.

Volvió a centrar su atención en ella.

—Siento descargarme contigo. Mi hija y yo estamos pasando por un periodo de adaptación. Tú tienes tus propios problemas.

Léa negó con la cabeza. —No pasa nada. Ha sido un placer conocerla.

—¿De verdad habló contigo?

—Bueno, cuando le di la oportunidad, cumplió su parte de la conversación.

—Conversación, ¿eh? ¿Estás segura de que es la *misma* Heather de la que estamos hablando? ¿Pelo morado?

—Cejas perforadas, orejas —se tocó el labio—. No estoy segura, pero creía que tenía un tachón en la lengua. Quizá no. Los mismos zapatos que me prestó anoche.

Mick se rió y su rostro se volvió pensativo. —¿Y cómo es ella en comparación?

—¿Comparar con qué?

—¿Con todos los adolescentes problemáticos con los que tratas en tu trabajo?

Léa intentó ocultar su sorpresa por el hecho de que Mick supiera a qué se dedicaba. —La apariencia por sí sola ya no me escandaliza. Es muy habitual que los adolescentes experimenten con estilos de

vestir y modales extraños. Intentan separarse de la unidad familiar. Es lo mismo en todas las generaciones.

—¿Es esto lo que intenta hacer?

—Es lo que hacen la mayoría de los adolescentes.

—Estás siendo evasivo. Mi pregunta era sobre Heather.

—Mick, sé que como padre quieres que alguien te dé una respuesta directa. Pero esta mañana sólo he intercambiado unas palabras con ella. Sin conocer realmente a Heather, me sería imposible diferenciar entre lo que es una rebeldía adolescente normal y lo que se pasa de la raya.

Una preocupación inmediata ensombreció su expresión. —¿Qué quieres decir con «pasarse de la raya»?

—No importa que haya dicho algo. —Léa sacudió la cabeza. No tenía derecho a preocuparle con algo que no existía—. Sólo hablaba de trabajo. A la gente como yo le cuesta dejar el trabajo en el trabajo.

—¿Qué quieres decir con «gente como tú»?

—Haces un montón de preguntas. ¿Por casualidad no fuiste a la Facultad de Derecho después de suspender en la de Medicina?

—No suspendí la carrera de medicina —ahora un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios—. Pero sigues sin responder a mi pregunta.

Gente como yo. Gente que no tenía vida personal propia, en absoluto. Pero no podía decírselo.

—Tiendo a encariñarme emocionalmente con los adolescentes problemáticos con los que trabajo —ella le hizo un gesto con la mano cuando empezó a responder—. ¡Lo sé! *No* es algo especialmente bueno para alguien de mi profesión, pero soy así. Y en ese sentido, me marcho.

—¿Ya has desayunado?

—No —dijo antes de pensar. Si se hubiera tomado un segundo antes de contestar, podría haber mentido. Ya estaba sintiendo cosas que no quería sentir. Pensaba cosas que no quería pensar. Y Mick Conklin estaba definitivamente fuera de su alcance—. Ahora voy a por algo.

—¿Adónde?

Ella lo miró de reojo. Se estaba frotando una mancha del pecho, y eso le distraía.

—¿Esto es cosa de veinte preguntas?

—Apenas. Sólo intento ser un buen vecino. ¿Dónde vas a desayunar? ¿Y puedo ir?

—¿Intentas ligar conmigo? —Léa apartó inmediatamente la mirada. Tardó un par de segundos en tragarse el nudo de vergüenza que la ahogaba—. Perdona. No sé por qué he dicho eso.

Cuando ella le devolvió la mirada, Mick estaba estudiando cada defecto de su rostro.

—A ver, señorita Hardy —dijo, con un brillo travieso en sus ojos azules—. Si quisiera ligar contigo, lo haría así. Primero, te invitaría a entrar a desayunar. Después, tras hacer un par de llamadas para cancelar mis citas del día, te prepararía mis mundialmente famosas tostadas francesas de pan con pasas y compota de manzana. Y digamos que eso sólo sería el principio.

Su tono era ligero, pero ella sabía que hablaba en serio. Léa intentó ignorar el calor que le subía desde el vientre hasta la punta de las orejas.

—Ah, la vieja frase de «tostadas francesas famosas en todo el mundo», ¿no? —dijo con displicencia—. ¿Puedo hacer un pedido para llevar?.

El estruendo de su risa la hizo sonreír. —Sí que sabes poner a un hombre en su sitio.

En eso tenía razón. Léa era una experta en rechazar ofertas. Toda una vida de práctica había perfeccionado su técnica. Bajó la mirada cuando Max volvió corriendo al porche.

—Hablando en serio, con todo lo que tengo en el plato para hoy y mañana, no tendré tiempo para ninguna comida sentada —sonrió cálidamente—. Te agradezco, sin embargo, lo que ya has hecho por mí. Ya nos veremos.

Bajó los escalones y cruzó el césped antes de que aquella tentación de dos metros a sus espaldas consiguiera nublar su pensamiento. Frunció el ceño mientras se dirigía a su coche, sabiendo que podría ser una vez en la vida que un hombre como Mick Conklin prestara algún tipo de atención a alguien como ella.

Bueno, quizá en su próxima vida tendría la oportunidad de aceptarlo.

—¿Qué es tan difícil de entender, Ted? No soy feliz. —Marilyn no se atrevía a mirarle. No permitiría que su dolor jugara con su culpabilidad. Volvió a colocar las maletas sobre la cama.

—Me acusas de trabajar demasiado. Bien, intentaré reducir mis horas. Afirmas que no te presto suficiente atención. Podemos arreglarlo. Pediré a Léa o a tu madre que vengan a quedarse con las niñas y haremos un viaje. Echas de menos vivir en Stonybrook —Levantó las manos, frustrado—. Volveremos a vivir allí. Huir no es la solución.

—No huyo, Ted. Me voy. Me voy de esta casa. Lejos de ti.

—¡Marilyn! —su ira bullía en el filo de su tono—. ¿Cómo voy a hacerte feliz si no nos das una oportunidad? ¿Cómo puedes renunciar a nosotros cuando nos jugamos tanto?

Hablaba de las chicas. Todo giraba en torno a ellas. El centro de su universo se había convertido en ellas.

—Me llevo a Emily y a Hanna conmigo. Puedes venir a vernos tan a menudo como quieras. No voy a pedir el divorcio, así que tómatelo como un descanso. Necesito separarme de ti. Y tú necesitas un descanso para aclarar tus ideas y pensar en una forma de convencerme de que nuestro matrimonio merece la pena.

Capítulo Ocho



El empleado de la gasolinera la miró fijamente a través del aparcamiento vacío. Heather dio la espalda a las hileras de surtidores de gasolina y siguió forcejeando con la caja de Goodwill situada cerca del borde de la acera.

Así las cosas, la mochila no cabía en el conducto metálico. Ni empujándola, ni retorciéndola, ni siquiera maldiciéndola funcionó. Frustrada, Heather arrastró la mochila y tiró de ella para abrirla.

La cazadora de cuero negro había sido un regalo de Navidad de su padre. La miró, recordando lo emocionada que se había sentido al ver que él había acertado *de* pleno, sin que ella se lo pidiera ni le diera ideas. Incluso le había perdonado que no viniera a California en Año Nuevo, como le había prometido por teléfono. A pesar de los cálidos días primaverales de Los Ángeles, se había puesto la chaqueta para ir al colegio todos los días durante el resto del curso.

Lo metió en el vertedero y vio cómo se lo tragaba la caja.

La camiseta de Metálica y el CD eran del primer concierto al que había ido. Heather se había sentido como una adulta, al ser invitada a ir con algunos de los hijos mayores de una amiga de Natalie. Aquello fue como la seda.

Algo le dio un tirón en el pecho cuando miró al viejo y desgastado osito de peluche. Era su amigo más antiguo. Desde que tenía memoria, siempre había estado ahí. En todos sus viajes de ida y vuelta por el país, Teddy siempre había viajado con ella, metido bajo el brazo. Le dolía pensar que esta noche no estaría allí para que Heather se acurrucara con él cuando se fuera a la cama. Empujó apresuradamente el peluche por el conducto.

Después de mañana, nada de eso importaba de todos modos.

Heather vio el par de pendientes de diamantes en el fondo de la bolsa. Una de sus amigas le había dicho que eran de un quilate o algo así cada uno, como si Heather supiera la diferencia. Pero era tan típico de su madre comprarle algo tan escandalosamente caro sólo porque Heather le había pedido unos pendientes. Natalie quería todo sencillo. No tenía tiempo para pensar ni planificar. Ni siquiera intentaba sorprender a su hija con algo original. Ella misma comía siempre en el mismo puñado de restaurantes. Siempre iba de vacaciones a la misma isla. Conducía el mismo tipo de coche. Siempre compraba lo que Heather le pedía.

Más de una vez en los últimos años, Heather se había preguntado cómo era posible que Mick y Natalie hubieran durado juntos tanto tiempo. En muchos aspectos, eran totalmente opuestos.

Decidió no tirar los pendientes individualmente. En lugar de eso, simplemente cerró la bolsa y la deslizó por el conducto. Esta vez no hubo problema.

—Heather.

Desde algún lugar detrás de ella oyó la voz de un adolescente, pero no se volvió ni contestó. Sacudió otro cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Heather, ¿eres tú?

Ignorando la persistente voz, empezó a bajar por la acera. El motor de un coche rugió en algún lugar de la gasolinera, y lo oyó avanzar a su lado.

—Heather, soy yo. Chris Webster.

Experimentó un momentáneo lapsus de juicio. Se volvió y miró. Al volante de una antigua furgoneta, la cara de un joven se descompuso en una enorme sonrisa. *Estupendo*. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para considerar a aquel imbécil su primer amor?

—He oído que has vuelto a la ciudad. Dios, no me lo puedo creer. Has vuelto de verdad.

Quiso decirle lo estúpido que sonaba, la forma en que repetía lo mismo. Pero no lo hizo, porque no quería animarle a quedarse. Dio otra calada a su cigarrillo y volvió a bajar por la calle.

—Oye, ¿tienes un minuto?

No esperó a que ella respondiera, sino que aparcó el coche en una plaza libre de la calle, apagó el motor y se bajó.

Era mucho más alto y se le había llenado el pecho. Heather también se dio cuenta de que su cara había cambiado. El aspecto de niño había desaparecido. De hecho, se había vuelto bastante guapo sin las feas gafas que solía llevar. Pero seguía teniendo pecas y el pelo rojo brillante. Vale, no era tonto.

—Dios mío, estás diferente.

Tuvo que detenerse, ya que ahora él se interponía en su camino.

—Tú también. Gran cosa —la única razón por la que le contestó fue porque no le había mirado los pechos nada más salir del coche. Según su experiencia, ése era el procedimiento habitual de la mayoría de los chicos.

—He oído que has vuelto a la ciudad.

—Eso ya lo has dicho —dio otra calada al cigarrillo.

Dudó. —¿Estás enfadada conmigo o algo así? Quiero decir, ¿por no llamarte cuando volviste?

Ella le lanzó una mirada incrédula. —¿Por qué iba a enfadarme por algo así?

Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Cómo voy a saberlo? Quién sabe por qué las chicas actúan como lo hacen. Si saliéramos juntos o algo así, sería diferente.

—Sí, bueno, nosotros no.

Sus ojos azules se volvieron suaves. —Pero pensé *que íbamos a* salir la última vez que estuviste aquí. Pero entonces, nunca contestaste a ninguno de mis correos electrónicos.

Heather tiró el cigarrillo a la acera y lo aplastó. —Bueno, ha sido un placer hablar contigo, pero tengo que irme —pasó a su lado.

—Oye, ¿puedes salir conmigo esta noche? —se colocó a su lado —. ¿Te acuerdas de Kevin? En fin, él y un par de tíos más montaron esta banda el año pasado, y tocan esta noche, y puedo salir pronto del trabajo.

—No puedo.

—De acuerdo. Entonces, ¿puedo llamarte? Digamos el lunes.

—No te molestes.

—¿Por qué no?

—Porque no estaré allí.

—He oído que te quedabas por aquí durante el verano, incluso durante el curso escolar.

Empezó a cruzar la calle en dirección al parque. Él la siguió.

—Oh, ya lo sé. Querías decir que no estarás el *lunes*. ¿Qué te parece el martes? Puedo llamarte cuando salga del trabajo.

Heather se giró para encararse con él junto a la entrada del parque. —No estaré allí el martes. Ni el miércoles. Ni el jueves. Ni

ningún día después. Y no, no puedes enviarme correos electrónicos ni ponerte en contacto conmigo. Déjalo, Chris. Considérame permanentemente no disponible. Punto.

Al entrar en el aparcamiento atestado de «Bucks Equipment Rental», Mick se dio cuenta de por qué nunca venía aquí los sábados a las 8 de la mañana. Todos los aficionados al bricolaje estaban fuera. Tuvo que rodear el edificio y aparcar en la parte trasera. Al salir de su camioneta, vio a un par de chicos de Doug luchando por colocar un enganche en un viejo Honda. Detrás del coche había un remolque abierto en el que ya habían cargado un cortacésped, un aspirador de taller, una lijadora de suelos, una recortadora de setos y un montón de herramientas eléctricas manuales.

—Hola, Mick.

—Parece que alguien está planeando un fin de semana de relax —bromeó, echando un rápido vistazo al interior del coche. En el asiento trasero se amontonaban botes de pintura, brochas, sartenes, rodillos, paños y otros cachivaches.

Uno de los hombres se levantó y señaló el coche con el pulgar. —Sólo si esta vieja arrocera tira de todo.

—¿No has oído que ahora estos coches se fabrican en América?

—No me digas.

Mick negó con la cabeza y se dirigió hacia la puerta trasera. —¿Está Doug?

—Sí, y he oído que tiene una pista sobre la retroexcavadora que querías para el lunes.

—Ya era hora.

Al llegar a la puerta de la tienda, se detuvo con la mano en el pomo y echó otro vistazo al coche. Desde este ángulo podía ver la matrícula. Maryland.

La puerta se movió contra su mano, y él se volvió para mirar a Léa que salía.

—*No* te estoy acosando.

—Eso es lo que dicen todos. —Su sonrisa llegó hasta sus ojos color avellana, y Mick sintió el mismo fuerte tirón de conciencia entre ellos. Los mechones de pelo rubio que se habían soltado de la coleta bailaban alrededor de su cara. El efecto era que parecía mucho más suave, más joven.

—¿Adónde vamos ahora?

Su sonrisa se convirtió en carcajada.

—Lo único que puedo decir —bajó la voz—, es que me alegro de que me hayas dicho que *no* me estás tirando los tejos.

Ella pasó a su lado. Dejó que la puerta se cerrara.

—¿Y si lo fuera?

Su mirada se desvió. Mientras observaba cómo el color subía a sus mejillas, Mick se descubrió admirando la suavidad de su piel. La forma en que su barbilla se curvaba delicadamente hacia el labio inferior.

—Entonces diría que no tengo muchas posibilidades —con una tímida mirada en su dirección, se dio la vuelta y cruzó el aparcamiento en dirección a su coche.

Mick permaneció de pie durante un minuto entero, observándola y dándose cuenta de que algo acababa de ocurrirle.

La agitación que sentía unos centímetros por debajo de su cinturón no le era desconocida, pero ese otro algo, esa chispa de conexión que saltaba de un contacto al *otro,* era lo aturdidor.

Siguió mirándola, admirando el perfecto ajuste de su trasero en los ajustados pantalones cortos vaqueros, las largas y torneadas piernas. Recordó cómo le había afectado ver su cuerpecito compacto con la camiseta mojada y los pantalones cortos la noche anterior. Había hecho todo lo posible por ocultarlo.

—¿Entras o salgo yo?

Mick se giró para ver al corpulento propietario de Bucks Equipment Rental sosteniendo la puerta abierta. Doug miró a Léa, que ahora se inclinaba para ayudar a los dos tipos con el enganche.

—Bonito culo.

—Cuida tus modales. —Mick agarró la puerta e indicó al propietario que volviera a entrar en la tienda.

—¿Qué? ¿Sólo porque eres soltero crees que tienes el monopolio de todas las mujeres atractivas de esta ciudad?

—No tiene nada que ver con eso. Es una clienta, por el amor de Dios. ¿Cómo demonios pretendes dirigir un negocio cuando una mujer no puede sentirse cómoda entrando aquí sin que la acosen?

Doug te guio hasta el pequeño despacho que había tras el mostrador. —No la estaba acosando. Demonios, ni siquiera la ayudé. Gracie lo hizo. Sólo admiraba su… eh, físico… y no a ella, sino *a ti* — se hundió en su silla mientras Mick se apoyaba en un archivador abollado—. Y deja de echarme tanta mierda. No hay ninguna ley que prohíba mirar.

Gracie asomó la cabeza sin contemplaciones en el despacho. —¿Te lo puedes creer? Era Léa Hardy.

—¿La hermana de Ted? ¿En serio? —Doug se puso en pie y se acercó a la ventana, subiendo las persianas—. Qué sabrás tú de eso.

—Alquiló bastantes cosas. —Gracie miró de Doug a Mick—. Quería saber cómo hacer para alquilar un contenedor para este fin

de semana. Le dije que estaba soñando si pensaba que podría conseguir uno en un mes.

Gracie se puso al lado de Doug y empezó a asomarse también.

—Está arreglando la casa que tienen antes de volver a ponerla en el mercado.

—Basurero, ¿eh? —dijo Doug pensativo—. Va a necesitar algo más que un contenedor para esa casa. Nadie de por aquí querría esa casa si ella la regalara. Ese sitio da mala suerte.

—¿Vosotros dos estáis alquilando material o dirigiendo una oficina inmobiliaria aquí? —Mick los miró con el ceño fruncido—. ¿Qué dices, Doug? ¿Vamos a llegar a mis trabajos o qué?

Con una sonrisa coqueta a Mick, Gracie salió del despacho, pero Doug siguió mirando hacia fuera.

—Olvídalo. —Mick se dirigió hacia la puerta.

—Espera, espera. Lo tengo aquí mismo —Doug cogió un papel de la bandeja de la impresora—. Azada trasera el lunes. Dos contenedores de basura antes de las 7 de la mañana en estas dos direcciones el martes. Veamos. Tenía otra lista que alguien de tu casa me envió ayer por fax. ¿Dónde diablos está? —se puso detrás de la mesa y empezó a rebuscar entre los papeles, pero su mirada no dejaba de desviarse hacia la ventana.

Mick se acercó a la ventana y tiró de la cuerda. Las persianas bajaron con un chasquido.

—¿Sabes lo que has dicho antes? —Puso las manos sobre el escritorio de Doug y se inclinó hacia él—. ¿Adivina qué? Estoy soltero. Y sí, puede que esté planeando monopolizar ésta. ¿Tienes alguna objeción?

Sorprendido, el hombre corpulento miró a Mick durante un largo instante. —Supongo que no.

La pila de zapatillas viejas que había en un rincón llenaba la habitación de la adolescente de cierto aroma inconfundible.

La otra cara del comportamiento organizado y responsable de Chris, pensaba su madre, era su incapacidad para tirar los zapatos viejos. Patricia Webster dejó la puerta abierta y dejó caer el cesto de la ropa doblada sobre la cama de su hijo. Subió las persianas y abrió las ventanas de par en par.

La niebla se había disipado por fin en el exterior. Respiró profundamente el aire de la mañana.

El teléfono sonó junto a la cama, pero antes de que pudiera alcanzarlo, oyó que su marido contestaba abajo.

Sacó del cesto un montón de ropa bien doblada y lo puso en la cómoda junto al otro montón que Chris aún no había guardado. También movió la media docena de calcetines que él había dejado junto al ordenador de su escritorio y los puso con los otros montones. Patricia pensaba que su hijo trabajaba demasiado. Pero su marido seguía presionándole.

Todos los sábados, durante todo el año, trabajaba detrás de la caja registradora y abastecía las estanterías de la farmacia del centro. Además, dos veces por semana durante los meses de verano, cortaba el césped y recortaba setos y hacía todo tipo de trabajos al aire libre con una empresa de jardinería. Por si fuera poco, ahora fregaba los platos en Hughes Grille cada vez que el chico de Brian no aparecía, lo cual ocurría prácticamente cada dos noches.

Dejó el cesto de la ropa sucia vacío en el suelo y se quedó mirando un momento las estanterías de trofeos, certificados y fotos que cubrían la pared.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez Patricia ni siquiera se molestó en cogerlo, pues estaba segura de que su marido se ocuparía de ello. Cada vez más, parecía que él se ocupaba de todo en sus vidas.

Patricia sonrió mientras empezaba a guardar la ropa para Chris. Todos los cajones estaban perfectamente organizados. Los calzoncillos en un extremo del cajón, las camisetas en el otro. Las camisas con cuello separadas de las camisetas. Las camisetas de diario separadas de las más bonitas. Muy parecido a su padre. No podía evitar preguntarse si algún día Chris decidiría seguir el ejemplo de Allan y convertirse en ministro.

Abrió el desbordante cajón inferior donde Chris guardaba los calcetines. No es propio de él, pensó. Aquí todo estaba hecho un desastre.

—Por fin has dejado algo para que lo haga tu madre. —Patricia se arrodilló en la alfombra con el montón limpio y se puso manos a la obra. Sacó puñados del revoltijo. A medida que sacaba más y más calcetines, hurgaba más en el cajón. Entonces, sus dedos rozaron algo en el fondo. Era un sobre gastado y parcialmente doblado.

A Patricia se le encogió el corazón. Sabía lo que era incluso antes de sacarlo, y le temblaban los dedos cuando lo cogió. Dio la vuelta al sobre y lo abrió.

Se quedó mirando la media docena de fotos que cayeron sobre la alfombra cuando sacó la carta manuscrita.

—No. Por favor, no —su cuerpo se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Los dedos le temblaban tanto que las palabras eran borrosas. Pero se obligó a leer.

Querido Christopher:

Aquí tienes algo para que sigas sonriendo hasta la semana que viene.

Estaré esperando.

Marilyn

—¡Puta! ¡Puta! —gritó angustiada, haciendo jirones la carta—. ¿Por qué no nos dejas en paz?

Las fotos podrían haber parecido bastante inocentes a alguien que no las conociera, o que no las hubiera visto antes, o que no hubiera oído explicar con detalle gráfico los acontecimientos que siguieron a la toma de estas.

Marilyn de pie detrás de Chris, con la mano en la hebilla de su cinturón. En la siguiente, él estaba sentado en la mesa de su cocina y ella se inclinaba sobre él. Sus pechos salían de la blusa escotada junto a su cara. Había una junto al coche. Otra de Chris solo, estirado en una cama, sonriendo.

—No. Por Dios, no —sollozó Patricia. Con las lágrimas corriéndole por las mejillas, cogió las fotos de una en una, rompiéndolas por la mitad, y luego otra vez por la mitad, y otra vez, hasta que fueron jirones esparcidos por sus rodillas.

—Estaba al teléfono. Te oí gritar. Corrí a ver… —El gran cuerpo de Allan llenaba la puerta. Intentó recuperar el aliento—. ¿Qué te pasa, Patricia?

Las lágrimas seguían cayendo. —No está muerta. No está muerta, te lo digo. Levantó una mano impotente hacia su marido. —Marilyn *no* está muerta.

Se arrodilló junto a su esposa, estrechando contra sí su delgada figura. —No digas tonterías, amor mío. No lo hagas. La mujer se ha *ido*.

Patricia negó con la cabeza. —Un sobre. Una carta —señaló los jirones esparcidos por el suelo—. Eran las mismas fotos que prometió destruir. Me lo prometió, Allan. Hablamos. Volví otra vez. Le supliqué. Me dijo que no volvería a poner sus sucias manos sobre

nuestro hijo. Y tú… me dijiste que el Señor se ocupa de las cosas. Dijiste que te asegurarías de que nunca volviera.

—No va a volver, mi amor. Ya nos hemos ocupado de todo. *Nunca* volverá. Créeme, nunca volverá a hacernos daño.

Ven a la ciudad y te diré quién lo hizo.

Léa había vuelto a la ciudad, pero tenía que asegurarse de que todo el mundo lo supiera. Hacer una parada en la concurrida tienda de periódicos de Main Street fue una idea de última hora. Metió el coche y el remolque en una plaza de aparcamiento doble y cruzó la calle a toda prisa.

Cogió un periódico y pagó a la mujer corpulenta que estaba detrás de la caja registradora. —La última vez que estuve en la ciudad, esto era una heladería —comentó.

—De eso hace ya mucho tiempo.

—Supongo que fue… bueno, hace veinte años. Debería presentarme. —Extendió una mano sobre el mostrador—. Soy Léa Hardy.

La mujer le estrechó la mano con una sonrisa agradable, pero Léa notó que algunas cabezas de la tienda se volvían en su dirección. *Misión cumplida*.

Un par de minutos después, Léa salió de la tienda y se dirigió a su coche. Cuando cruzaba el carril de circulación, un Cadillac gris se apartó del bordillo y aceleró rápidamente. Al oír una aguda advertencia, saltó al bordillo mientras el coche pasaba a toda velocidad.

—¡Caramba! —Vio a Stephanie Slater conduciendo el coche. Con el corazón acelerado, Léa se quedó en la acera, mirándola fijamente.

Un ciclista se detuvo a su lado. —Ha estado cerca. ¿Has visto la matrícula?

—No, no lo hice.

—Ese lunático casi te atropella.

—Estoy bien —susurró Léa, con una inclinación de cabeza agradecida hacia el hombre. Evidentemente, era un forastero y no sabía que en Stonybrook no era delito atropellar a un Hardy.

—Estoy harto de ella. Estoy harto de este matrimonio.

—No puedes renunciar a ella, Ted —suplicó Stephanie.

—No me ha dejado otra opción. —Arrugó la carta que Marilyn le había dejado—. No voy a morder su anzuelo. Ni una más. Puede hacer lo que le dé la gana. Me importa un bledo.

—Por favor, Ted. Cuéntame lo que ha pasado. Cuando me llamó para pedirme esta tarde que viniera a vigilar a las niñas, me dio la impresión de que iba a salir contigo esta noche. Pensé que tal vez… tal vez estaba entrando en razón y dándose cuenta de lo difícil que ha sido toda esta situación para ti y para las niñas.

—Ya somos dos. —Arrojó el papel arrugado a la chimenea—. Me pide que vaya a cenar sólo para dejarme una nota diciendo que va a salir en una cita y que no sabe cuándo volverá. Cada vez… me pone al alcance de la mano para poder abofetearme.

—Pero sabes que ésta es su manera de hacer las cosas —razonó Estefanía—. Cree que poniéndote celoso conseguirá que le prestes más atención.

—Bueno, ella ya sabe que eso no funciona. No es la primera vez que intenta hacer esta mierda —se paseó inquieto por la habitación —. Ya no puedo más. No voy a aguantar sus juegos, sus mentiras,

sus juergas descaradas. Voy a pedir el divorcio. Una vez fui ingenuo y pensé que podría cambiar, pero en eso tenía razón. Dijo que aprendería a odiarla. Y la odio.

Estefanía se hundió en la silla. —Esto será muy duro para las niñas. Están tan unidas a ti.

—Los llevaré conmigo.

—Pero ella no te lo permitirá. Sabe lo mucho que significan para ti, así que luchará contigo por ellos.

—Déjala —dijo Ted fríamente—. Pero no ganará. Es negligente e incompetente como madre. Cristo, es incompetente como ser humano. Haré que mis abogados obtengan una declaración de todos los que la conocen. Yo también puedo jugar duro si hace falta para conseguir la custodia de mis hijos. No le quedará más remedio.

Capítulo Nueve



Lo había intentado media docena de veces. Cada vez que arrancaba el cortacésped y empezaba a enfrentarse al campo de heno que antes llamaba césped, el motor se apagaba. Finalmente, Léa se convenció. Tendría que levantar las cuchillas y cortar la hierba un par de veces. Parecía que no había forma rápida de hacer nada.

Estaba arrodillada junto al cortacésped cuando un coche de policía se detuvo en la acera. El agente observaba el coche y el remolque. Empezó a hablar por la radio.

Léa desconfiaba profundamente de la policía de Stonybrook, pero se obligó a mantener la cabeza fría. Se levantó y se limpió una mancha de grasa de la mano en el asiento de los vaqueros. Caminó hacia el joven que salía de su coche patrulla y observó que al menos a éste nunca lo había visto declarar ante un tribunal.

—Buenos días, agente.

—¿Es éste su vehículo, señora? —señaló el coche y el remolque.

—Lo he alquilado esta mañana. No hace ni una hora. Lo necesitaba para traer estas cosas del lugar de alquiler de equipos —señaló el cortacésped que tenía detrás y las demás cosas que aún había en el remolque—. ¿Hay algún problema?

Sacó un bolígrafo y su talonario de billetes.

—¿Es necesario? —Léa intentó mantener un tono amable—. Quiero decir que si hay algún problema…

El policía la miró a través de sus gafas de sol de espejo. Hablando despacio, como si ella fuera incapaz de comprender, pasó a explicarle sus infracciones. Estaba aparcada en dirección contraria en una calle de doble sentido. El morro de su coche bloqueaba ligeramente la entrada de su vecino de la izquierda. La rueda del remolque estaba aproximadamente a doce pulgadas y media del bordillo. Había una grieta diminuta en el plástico rojo de la luz de freno izquierda del remolque.

—Mira, siento haber aparcado así. Tenía toda la intención de aparcar en la entrada, pero pensé en descargar primero el cortacésped —apartó la mirada, intentando controlar su frustración —. ¿Me pondrías esta multa si te dijera que me llamo Liz Smith y que vivo en la calle de al lado?

—Sí, Sra. Hardy.

Claro, sabían quién era. Ya habían decidido hacérselo pasar mal. Léa no pudo evitar preguntarse si el inspector de edificios y el jefe de bomberos serían los siguientes en pasarse por allí. Extendió la mano para coger el billete.

—Que tenga un buen día, oficial.

Cogió las llaves del porche y fue a mover el remolque. El policía estaba sentado en su patrullero, observándola mientras ella subía al coche. Obviamente, la intimidación iba a formar parte del enfoque.

Sería bastante fácil dar la vuelta a la manzana y aparcar en el lado derecho de la calle, o incluso entrar en la calzada. Pero probablemente la detendrían por algo más, como la luz de freno temperamental del remolque sobre la que le había advertido la empresa de alquiler. O puede que le pusieran una multa por chirriar los frenos. Sólo Dios sabe lo que se les ocurriría.

—No vas a hacerme esto —murmuró en voz baja—. No voy a sentir que tengo que mirar por encima del hombro cada vez que me doy la vuelta.

Léa golpeó el volante con la mano y apagó el motor. Salió del coche y caminó decidida hacia el coche de policía que seguía aparcado detrás. El agente hablaba por la radio. Bajó la ventanilla.

—Me alegro mucho de que siga aquí, agente… agente… —Miró la placa con su nombre. Thomas Whiting—. Tom.

Mientras él la miraba molesto, ella esbozó una sonrisa no amenazadora. —Sé que eres un *gran* conductor, así que me preguntaba si podría pedirte tu opinión sobre algo… bueno, ¿relacionado con los coches?

—Estamos aquí para servir y proteger, señora.

—Exacto —se dio media vuelta para mirar hacia la caravana—. Verás, todas esas cosas del remolque son alquiladas, así que pensé que sería más seguro si lo metía en mi entrada. Pero no puedo meter el coche de cabeza, porque podría tener problemas para salir marcha atrás. Pero dar marcha atrás en el camino de entrada también es muy difícil. ¿Crees que… bueno, podrías explicarme cómo puedo hacerlo sin causar muchos daños a todo? No quiero quitar todo el seto que invade el camino de entrada. Debes de ser muy bueno haciendo este tipo de cosas. Quiero decir, pareces un hombre de campo. Debes tener experiencia con remolques enormes.

Ella lo miró esperanzada, y al cabo de un momento él asintió y salió del coche patrulla. Debía de haber tocado su ego masculino en su justa medida, porque inmediatamente se lanzó a una elaborada explicación sobre hasta dónde sacar el coche a la calle y cuándo y cómo girar el volante mientras ella retrocedía.

—¿Estás seguro de que no golpearé la casa ni nada? —preguntó en tono encantador—. *No me gustaría* dañar nada.

—En realidad no es demasiado difícil, Srta. Hardy.

—Por favor, llámame Léa —dijo agradablemente.

—Bien. Como he dicho antes, todo lo que tienes que hacer es…

—Tom, ¿sería mucha molestia *pedirte* que movieras el coche por mí? —Ella le miró esperanzada—. Perdona, no importa que te lo haya pedido. Debes de estar muy ocupado. Fue un error por mi parte retenerte aquí tanto tiempo.

—No, en absoluto —cogió las llaves de Léa y, mientras ella se quedaba mirando, hizo retroceder el remolque y el coche hasta la entrada de su casa.

Léa había utilizado exactamente el mismo enfoque años atrás, cuando había empezado como trabajadora social en un instituto decadente del sur de Filadelfia. Todos los profesores le explicaron lo inseguras que eran las aulas y le dijeron lo que podía esperar con respecto a los continuos daños de su coche. Léa había conseguido conocer a algunos de los chicos más duros desde el principio, y habían acabado siendo sus mejores aliados. Aquellos años le habían proporcionado una base muy buena para trabajar con adolescentes difíciles. Este adolescente de uniforme no era diferente.

Cuando el agente volvió a salir, ella mantuvo la sonrisa. —Gracias, Tom.

Le hizo un gesto cortés con la cabeza y le devolvió las llaves. —Ni lo menciones, señora… eh, Léa.

Se paró junto al cortacésped y se despidió con la mano mientras el policía se alejaba. Esperó a que el coche girara a la izquierda en la esquina.

Sacudiendo la cabeza, tiró de la cuerda del cortacésped y lo escuchó rugir.

Al oír el ruido de las ruedas en el camino de grava, Bob Slater cerró el portátil. Cuando oyó el agudo chasquido de los zapatos de Stephanie sobre las baldosas de la cocina, su silla de ruedas eléctrica ya ronroneaba por la casa para ir a su encuentro.

Se detuvo en la amplia puerta que daba a la cocina y observó los agitados movimientos de su mujer mientras volcaba una gran bolsa de la compra sobre la encimera. Algo la había alterado. Otra vez.

Las flores cortadas en un envoltorio de celofán acabaron debajo del pan y grandes latas de otra cosa aterrizaron encima de ellas antes de rodar por el mostrador y el suelo. Buscó entre el resto de las cosas y sacó el cartón de cigarrillos. Sus manos no se movían lo bastante rápido. Vio que le temblaban los hombros.

—¿Qué pasa?

—Está en la ciudad. —Las manos de Estefanía atacaron el cartón, rompiéndolo y esparciendo paquetes de cigarrillos por todas partes —. Léa está en Stonybrook.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La he visto —espetó Estefanía, encendiendo un cigarrillo antes de darse la vuelta por fin—. Y va por la ciudad. A la ferretería, a la gasolinera, al supermercado. De compras. Hablando con todo el mundo como si no pasara nada. Como si ni siquiera estuviera emparentada con ese asesino. Como si ella perteneciera a este lugar.

Había estado llorando y tenía la cara manchada de rímel. Sus dedos temblorosos no alejaron el cigarrillo más de un centímetro de sus labios. Dio otra calada.

—Mató a mis nietos.

—S-Steph, T-Ted los mató. N-no, Léa.

—Está en el corredor de la muerte. Donde debe estar. Se va a freír por matar a mis bebés.

—N-no ella. T-Ted.

Ni siquiera podía oírle. Sus delirios habían vuelto con toda su fuerza.

—Rich dijo que me dejarían mirar. Quiero verla muerta. Quiero ver el dolor en su cara. En sus ojos.

Bob ya no se molestó en corregirla. Estaba claro que ella no le oía. Estefanía siguió dando caladas al cigarrillo. Había vuelto a cruzar el umbral de su otro mundo. El lugar donde confundía personas, lugares, tiempos. Pero siempre recordaba que Marilyn y las chicas estaban muertas. Bob la había visto ir allí muchas veces en los últimos dos años, pero pensaba que parecía estar mejorando. Hasta ahora. Apagó el cigarrillo en el fregadero.

—Ha salido. —Inmediatamente encendió otro cigarrillo—. Está paseando por las calles. A plena luz del día. Debe haberse escapado.

Bob pulsó el botón y acercó su silla a la pared.

—Tengo que llamar a la policía. Ella… no tiene derecho a estar aquí. La asesina. La asesina —Stephanie cogió el teléfono de la encimera—. Llamaré a Rich. Él se encargará.

El número del jefe de policía estaba en una lista pegada a la pared, y lo marcó. Esperó, dando una calada al cigarrillo mientras una lágrima negra más rodaba por su mejilla y caía sobre su blusa blanca manchada. Siguió esperando.

Bob dejó caer al suelo de la cocina el cable que conectaba el auricular a la toma de teléfono. Movió la silla hacia su mujer. Todo el mundo pensaba que Stephanie era la que cuidaba de él desde su apoplejía. Pero él también cuidaba de ella.

No iban a internar a su mujer en ningún hospital sólo porque se saliera de quicio de vez en cuando.

No, Bob siempre se aseguraría de proteger y cuidar a Estefanía. Se lo debía, al menos.

HEATHER SACÓ el talonario de recetas del bolsillo trasero y entró en la farmacia. El mostrador del farmacéutico estaba al fondo. Cuando empezó a caminar en esa dirección, vio a Chris almacenando libros y revistas en un estante a mitad de camino. Rápidamente, cambió de dirección y subió por el siguiente pasillo.

Había tres personas sentadas en la sala de espera. Otra mujer, con un bebé inquieto en brazos, recorría un camino de dos metros de un lado a otro delante del mostrador. Heather vio al farmacéutico, el Sr. Rice, en un extremo hablando por teléfono.

Andrew Rice había sido el farmacéutico la última vez que Heather estuvo en Stonybrook. Era el único farmacéutico negro que había conocido, incluso en California. Conocía a su padre y muchas veces, cuando ella iba a por una receta para Marilyn o las niñas, se paraba a hablar con él. Pero hoy no. Ni siquiera se tomó un segundo para levantar la vista.

—¿Puedo ayudarte?

La atención de Heather se volvió hacia el empleado que llevaba la caja registradora detrás del mostrador de recetas.

—Sí —dejó el papel sobre el mostrador—. Quiero que me lo llenes.

—¿Es la primera vez que surte una receta aquí?

—No, estuve viviendo aquí hace un par de años. Todo lo del seguro es igual.

—Ahora tenemos un nuevo sistema informático.

Heather dejó caer la tarjeta del seguro y siguió recitando la fecha de nacimiento, la dirección y el número de teléfono. —La esperaré.

—Lo siento, pero estamos tan saturados que, a menos que sea una emergencia…

—¿Y si digo que lo es?

La chica lanzó una mirada al farmacéutico, que seguía al teléfono. —Puedes esperar al Sr. Rice y explicárselo, si quieres. O puedes pedirle a tu médico que nos llame.

—¿Cuánto habría que esperar si decido volver? —preguntó Heather irritada.

La chica miró el reloj de la pared. —Media tarde, creo. Hay muchas recetas por delante de la tuya. ¿Sobre las tres? Puedo llamarte si quieres. O incluso te las llevamos a domicilio, si puedes esperar hasta el lunes por la mañana.

—No te preocupes. Volveré a las tres.

Heather ignoró las miradas curiosas de los demás clientes y salió de la farmacia, evitando de nuevo a Chris Webster mientras se marchaba.

Bueno, eso era todo, pensó. A las tres de la tarde tendría *todo lo* que necesitaba. Todo lo que necesitaría.

Mick llamó a casa un par de veces durante la mañana, pero el contestador automático fue todo lo que obtuvo. No es que a Heather se le ocurriera coger el teléfono si sonaba. Aun así, empezaba a preocuparse un poco por su paradero.

Tras su última cita a las 12:30, se dirigió directamente a casa. Al girar por la calle Poplar, lo primero que notó fue el cambio en la casa de Hardys. El césped estaba cortado. Y los arbustos de hoja perenne que rodeaban la casa y bordeaban el camino de entrada habían sido podados.

Pero con lo bueno venía lo feo. Cuando bajó de la camioneta, se detuvo y miró la pintura desconchada, las tablas de madera

combadas y las molduras que faltaban. Todo se veía mucho más ahora que la casa estaba expuesta. Era como cortarse el pelo al final del verano. La línea de bronceado era brutal.

Cuando Mick subió los escalones del porche, vio a Léa arrastrando una manta llena de hierba y recortes de setos hacia la parte trasera de la casa de carruajes.

Sabía que sólo sería de buen vecino ofrecerle el uso del equipo de jardinería y cualquier otra cosa que quisiera de su cobertizo. Pero al ayudarla, Mick sabía que se involucraría. Y no sólo en la venta de la casa, sino en la complicación de la defensa de Ted.

No sabía lo que sentía por nada de eso ahora mismo.

Max rebotó a su alrededor como un cachorro cuando entró.

—¿Heather? —llamó subiendo las escaleras. No obtuvo respuesta. Sujetó al perro un momento mientras escuchaba—. Espera un momento, maníaco.

Atravesó la casa, dejando las llaves en el cajón de la cocina. No había rastro de ella ni nota alguna.

—¿Heather? —Mick subió los escalones de tres en tres. Su dormitorio estaba vacío y en las mismas condiciones en que lo había dejado esta mañana. Se quedó en lo alto de la escalera pensando y acariciando distraídamente al perro. Por lo que él sabía, no había llamado a ninguno de sus antiguos amigos desde que había vuelto. Tampoco había venido nadie.

A pesar de lo mucho que le había alegrado esta mañana saber que Heather por fin había decidido salir de casa, ahora le preocupaba saber adónde podría haber ido.

Volvió a comprobar si le habían dejado algún mensaje en el móvil. No había ninguno. Hizo lo mismo con el contestador automático. A excepción de sus propios mensajes, sólo había otro.

Andrew Rice había llamado pidiendo a Mick que le llamara a la farmacia.

Cuando terminó de escuchar los mensajes, el perro estaba encima de él, ansioso por salir.

Mick buscó el número de Andrew y cogió el teléfono mientras dejaba salir a Max por la puerta trasera. De pie en el porche trasero, observando cómo el perro hacía sus necesidades, marcó el número. Tras esperar un par de minutos, oyó la voz del farmacéutico.

—Mira, amigo, me dijiste que estaba bien no empezar la ampliación del segundo piso de tu casa hasta octubre. No me digas que quieres que empecemos mañana.

—¿Mañana? —Andrew se rió—. Quiero que empiece hoy y *acabe* mañana.

Hubo una serie de chasquidos en la línea.

—Oye, ¿puedes esperar un momento en la línea, Mick? Tengo una llamada de la consulta de un médico.

—Por supuesto.

Con el teléfono apoyado entre el cuello y el hombro, Mick descendió los peldaños traseros y arrojó el frisbee de Max. El perro lo atrapó volando junto a la propiedad de los Hardy.

Léa volvía de detrás de la cochera con una manta vacía. Mick la saludó amistosamente.

—¿Sigues ahí, Mick?

—Sí. —Intentó agarrar el collar de Max, pero la bestia escapó y corrió hacia Léa.

—Hoy este lugar está plagado de enfermos. Será mejor que me ponga manos a la obra. Sólo Dios sabe cuándo llegará la próxima llamada.

Léa dejó caer la manta y le indicó que estaba bien con el perro. Mick la observó arañando y acariciando al excitado animal.

—¿Qué pasa?

—Heather me ha dejado esta mañana una receta para que la surta. Y antes de que la recoja esta tarde, quería asegurarme de que lo sabías.

El alivio instantáneo de Mick al saber que su hija no se había escapado se vio inmediatamente ensombrecido por la idea de que estaba enferma. —¿Para qué es la receta?

—Unos somníferos de dosis baja. Está en el talón de recetas de tu mujer, y parece que lo firmó ella. Para asegurarme, ya he llamado a su oficina de Los Ángeles, pero el servicio de contestador me ha dicho que estará de baja las próximas dos semanas. Es algo rutinario que hacemos, Mick. Ya sabes, con todas las cosas que pasan con los adolescentes. Probablemente no sea nada, pero sigue siendo menor de edad y estos comprimidos tienen algo de efecto.

—Te agradezco que me hayas llamado, Andrew. Y no, no lo sabía —y todo el tiempo había estado pensando que Heather dormía demasiado—. Natalie *era* su médico cuando estaba en California. Pero me gustaría hablar de ello con Heather *y* su madre.

—Puedo guardarlo hasta que vuelvas a llamarme, si quieres.

Era una solución bastante razonable, pero Mick no quería levantar más muros entre ellos. Sobre todo si Heather realmente necesitaba esas cosas. Pero somníferos para una niña de quince años. No tenía sentido. Dejó de mirar las payasadas que hacían Max y Léa.

—¿Hay alguna forma de que puedas hacer un relleno parcial? Intento ganar algo de tiempo hasta que consiga hablar con mi exmujer o llevar a Heather a un médico local de aquí.

—No hay problema.

—Pero no quiero que Heather sepa que fue sugerencia mía.

La voz del hombre se volvió confidencial. —No lo hará. De vez en cuando nos faltan medicamentos los sábados. Puede llamarme cuando quiera que le surtamos el resto de la receta.

La mente de Mick ya estaba acelerada. Era cierto que Natalie no parecía encontrar tiempo suficiente en su vida para su hija, pero no era en absoluto una madre negligente ni una médica chapucera. Era estrictamente recta.

—Te agradezco la llamada, Andrew. Te avisaré.

—Como he dicho, no hay problema. Por cierto, he oído que tu vecina de al lado, Léa Hardy, ha vuelto a la ciudad. Si la ves, salúdala de mi parte. Ella y yo fuimos compañeras de clase en… Tengo otra llamada. Lo siento, Mick. Tengo que irme.

Durante un largo minuto, Mick se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano. Luego marcó inmediatamente el número de casa de Natalie. El contestador automático contestó. En lugar de dejar un mensaje, probó con el móvil. Otra vez lo mismo.

No podía llevar su vida así. Heather y él tenían que empezar a hablar. Marcó el número de la casa de la madre de Natalie. Casi le sorprendió que hubiera una persona al otro lado, aunque fuera el ama de llaves. Pero al menos la mujer sabía quién era Mick y no dudó en responder a sus preguntas.

Natalie y su marido se habían ido de viaje dos semanas a una de las islas de Hawái. No sabía a qué isla. Pero podía llamar más tarde y hablar con la madre de Natalie.

Mick miró cansado a su alrededor en busca del perro mientras colgaba. A pocos pasos, Léa estaba agachada junto a Max y lo sujetaba por el collar. Tenía la mirada fija en Mick.

—No pasa nada —dijo un poco más bruscamente de lo que pretendía.

—Vale, pero no te lo he pedido —soltó al perro y se puso rígidamente en pie.

Al verla coger la manta, de repente se sintió como una mierda. Ella se dirigía de nuevo hacia los setos del camino de entrada.

La alcanzó mientras recogía un rastrillo. —Mira, siento haberte arrancado la cabeza hace un momento. No has sido tú.

Se llevó una mano a la frente e inclinó la cabeza de un lado a otro. —*Creo que* sigue pegada.

A Mick le fascinaba el buen aspecto que tenía con las ramitas atascadas en el pelo y la suciedad manchada en la cara, ya quemada por el sol. Había recortes de hierba por toda la camiseta sin mangas.

—Supongo que tendré que esforzarme más la próxima vez.

Sonrió, pero no dejó de trabajar, limpiando los recortes sobre la manta.

—¿Adónde irías en esta ciudad si tuvieras quince años y no tuvieras demasiados amigos y sólo quisieras pasar el rato en algún sitio fuera de casa?

Mick sabía por qué le había hecho esta pregunta a Léa. Ella también había sido una solitaria. En cierto modo, como Heather.

—El parque. Probablemente pasaría el rato junto a la laguna y daría de comer a los patos.

Capítulo Diez



Tenía los pantalones mojados de estar sentada en el suelo empapado por la lluvia, pero a Heather ya no le importaba. Volvió a mirar el reloj. La una y media. Media hora más, pensó, y volvería a la farmacia. Siempre tenían las cosas listas antes de avisar a los clientes.

Se quedó mirando la bolsa vacía de comida para llevar. No quedaba nada del pedido de patatas fritas que había cogido en el restaurante de comida rápida de la colina, pero los patos no parecían convencidos. Un par de ellos seguían parados a medio metro de sus zapatos, emitiendo pequeños sonidos de queja mientras la miraban con la cabeza ladeada. Media docena de gansos canadienses pastaban junto a la orilla de la laguna. También la vigilaban.

Agitó un pie hacia los patos, pero sólo se alejaron trotando unos pasos y luego volvieron hacia ella.

Heather volvió sus pensamientos a las pocas cosas que tenía que hacer esta noche. Las cartas. Quería escribir cartas de despedida a sus padres y a sus abuelos. Todos ellos merecían saber por qué lo hacía. También quería escribir cartas a un par de amigos con los que solía salir en noveno de Los Ángeles. No había pensado en escribirle

hasta hoy, pero ahora se daba cuenta de que tenía que hacerlo. Tenía que explicárselo. Arrugó la bolsa vacía del almuerzo y la arrojó al cubo verde de la basura. Entró.

Apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando a un par de niños más pequeños que daban patadas a una pelota al otro lado de la laguna.

Heather también quería redactar un testamento. Ya se había deshecho de las cosas que más le importaban en la caja de Goodwill. Pero había otras cosas que quería dar a la gente.

Los dos patos estallaron de repente en una ráfaga de graznidos, alas y plumas. Girándose, medio corrieron, medio volaron por la orilla hacia el agua. Los gansos también se giraron como una unidad y nadaron hacia la laguna.

—¿Fue algo que dije? —gritó Heather tras ellos. Una fracción de segundo después, oyó la respiración entusiasta del Golden retriever que corría por el paseo del río hacia ella. Miró hacia el sendero y sintió que se le formaba un nudo de preocupación en la boca del estómago. Su padre también venía, con la correa de Max colgando de la mano.

Volvió a centrar su atención en la laguna y puso cara de aburrimiento. Nada como un poco de actitud para desviar el interés de un adulto.

Max no se desanimó en absoluto, y Heather se preparó. El cabeza de chorlito la derribó igualmente.

—En este parque hay una ley sobre la correa, ¿sabes? —se quejó en voz alta, incorporándose. Su padre se estaba tomando su tiempo para alcanzar al perro.

El excitado animal estaba encima de ella, lamiéndole la cara, tirando de uno de sus zapatos hasta que se lo metió en la boca. Ella intentó alcanzarlo, pero él retrocedió justo fuera de su alcance,

esperando con el culo al aire, meneando la cola a sesenta kilómetros por hora.

Parecía tan overol, pero Heather no se atrevía a decirlo en voz alta. —Devuélvemelo —le dijo enfadada—. Ahora. *Tráelo aquí*.

—Te echó de menos esta mañana. —Mick cogió el zapato del perro y lo dejó caer sobre la hierba junto a ella—. Y yo también.

Era el momento de decir algo amable, pero Heather no se atrevía a hacerlo. No, a estas alturas del partido. —No te engañes. Los dos estáis *mucho* mejor sin mí.

No apartó los ojos de Max, que nadaba hacia la laguna tras los gansos.

—No sé por qué dices eso.

—Porque es la verdad.

—Pero *no* lo es —dejó escapar un suspiro exasperado—. Heather, eres mi hija. *Quería* que volvieras y vivieras conmigo. He estado esperando la oportunidad de volver a acercarme a ti. Pero te seré sincero. Me cuesta entender a esta nueva tú.

—No debería ser tan difícil de entender —dijo tajantemente—. Es el hecho de reconocer que estabas mucho mejor antes de que yo volviera. Que tu vida era mucho más sencilla antes de que yo llegara. Más manejable, más fácil de llevar, rutinaria, agradable. Llámalo como quieras. Pero ese es el hecho.

—¿Cómo se te ocurre? —su expresión mostraba el dolor. Pero no se daba por vencido. Sus ojos azules eran penetrantes cuando se encontraron con los de ella—. ¿Qué he dicho o hecho para que pienses eso?

Cuando Heather empezó a negar con la cabeza, él la agarró firmemente por el brazo y atrajo de nuevo su atención hacia él.

—¿Y qué te hace pensar que lo que busco es una vida *más sencilla*? ¿Cómo podría querer sustituir a mi hija por algo sencillo?

—Mamá lo hizo.

—No soy tu madre.

—Ya lo sé —replicó ella—. Y quizá simple no sea la palabra adecuada. Pero mírate. Tu vida ha ido cuesta abajo desde que volví. Tienes treinta y ocho años. Un hombre sano, soltero y guapo por el que babean la mayoría de las mujeres. ¿Cómo es que de repente no tienes novia?

Su risa carecía de convicción. —¿Te molesta que no salga con alguien ahora mismo?

—No has tenido ninguna cita desde que llegué a casa —cogió un guijarro y lo arrojó al agua—. Yo era una quinta rueda cuando vivía con Natalie, y lo sabía. Y ahora estás arruinando tu vida social para que yo no me sienta igual aquí. Ya no soy una niña. Soy lo bastante mayor para darme cuenta de las cosas. Soy lo bastante mayor para saber que no pertenezco a este lugar.

—Echas de menos a tu madre, ¿verdad? De eso se trata todo esto. Echar de menos a tu madre. ¿Es eso cierto?

—Caray, papá. A veces eres tan tonto —sacudió la cabeza—. Has estado demasiado tiempo lejos de ella. Natalie sólo sirve para *cosas*. Yo pido y ella compra. Es un arreglo sencillo. Y es como a ella le gusta —Heather miró fijamente a su padre—. Pero ya no necesito cosas. No la necesito a ella. De hecho, no os necesito a ninguno de los dos.

Heather se levantó de un salto y metió el pie en el zapato. Emprendió el camino.

—Espera un momento, Heather. Este *no* es el final de esta conversación. —Silbando al perro, Mick se puso a su altura. En un minuto, Max trotaba un par de pasos por delante de ellos, con el pelaje empapado—. Veo que hay malentendidos que *tenemos* que solucionar entre nosotros. Que tenemos que solucionar.

Dejó de hablar cuando ella sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo. Sacudió uno y lo encendió.

—¿Cuándo empezaste a fumar?

Heather sonrió intencionadamente ante la nota de desaprobación que oyó en su voz. —Sé realista. Esto no es nada nuevo.

—Tienes quince años, por el amor de Dios. ¿Has oído hablar del cáncer de pulmón? ¿Sabes el daño que te estás haciendo?

—Ahórratelo, papá. —Aceleró el paso y dio otra calada al cigarrillo.

—Ni siquiera es legal. ¿Sabe Natalie que fumas?

—Claro que sí —mintió Heather—. Pero con todas las otras cosas en las que me he metido… ya sabes, drogas y sexo, enrollarme… —Se encogió de hombros—. Joder, fumar no era nada.

Heather se sorprendió cuando él le arrebató el cigarrillo de la boca. La cogió del brazo y la hizo girar para que le mirara. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Escúchame —gruñó—. No sé qué es lo que intentas venderme aquí, pero *no* te creo. Sé que tu madre está ocupada y tiene una carrera muy importante. Pero a pesar de todo eso, sé que ella tampoco sería tan tonta como para comprar esto.

Aplastó el cigarrillo bajo el pie.

—A partir de ahora, hay reglas que seguirás. Básicas. ¿Entendido? Y respetarás estas normas. Y me importa un bledo lo salvaje que fueras en Los Ángeles. Ahora vuelves a estar aquí conmigo *y* cambiarás este feo comportamiento. Ahora, ¿lo entiendes?

—Perfectamente —se sacudió el brazo y dio un paso atrás—. Sigue soñando.

Mientras se alejaba, le oyó detrás de ella. Debería haber sabido que él no la dejaría escapar con esa nota.

—¡Heather!

LÉA ESTABA cansada hasta los huesos cuando se instaló en el porche. Y asqueada. Y le dolían las articulaciones. La noche estaba nublada y no corría brisa. La larga y fría ducha que se había dado y el ligero vestido de verano sin mangas que se había puesto no contribuían a refrescarla. Aún podía sentir una gota de sudor goteando lentamente entre sus pechos.

La idea de poner la casa en condiciones de venderse empezaba a abrumarla. Llevaba todo el día cortando, recogiendo y rastrillando en el jardín. Raspando la pintura desconchada de las paredes exteriores. Podando y recortando setos. Y a pesar de haberse dejado la piel, ni siquiera había empezado con el interior.

Pero eso no era lo único que la apremiaba. Cada vez que volvía del patio, comprobaba el buzón de la puerta principal, pensando que tal vez habría otra carta. Había vuelto aquí como él o ella, le había dicho que hiciera.

—Niña estúpida —murmuró en voz baja mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de una mano.

Léa respiró hondo, sabiendo que tenía que dejar de pensar en todo aquello, aunque sólo fuera durante unos minutos. Tenía que sacarse de la cabeza a Ted, el juicio, la casa, Stonybrook y todas aquellas malditas cartas. Durante unos minutos, tenía que obligar a su mente y a su cuerpo a relajarse. A descansar. A recuperarse.

Estiró las piernas desnudas sobre la vieja manta y se apoyó en la pared de tablas de la casa. Con los ojos cerrados, trató de imaginarse algo llamativo: un elegante velero blanco surcando un mar azul centelleante. Audaz. Libre. Intrépido.

—¿Dormido?

Léa abrió los ojos sobresaltada al oír el susurro. Se relajó de inmediato al reconocer la voz. Mick estaba en el jardín delantero, mirándola por encima de la barandilla del porche.

—No, sólo tomo descansos energéticos.

—Oh, perdona. Me iré.

—No lo hagas. Ya estoy bien descansada. De hecho, soy una mujer nueva.

Su sonrisa era tan poderosa que ella sintió su patada en el estómago.

—¿Esa nueva mujer no tendría hambre?

Hambrienta, pensó, de compañía humana. —Cené un bocadillo.

—Bien. Porque no te he traído la cena. Pero sí he traído algo más importante. ¿Puedo subir?

—Si puedes con los escalones delanteros.

—No hay problema.

Léa le vio llegar al porche. Llevaba un plato en una mano y otra cosa bajo el brazo.

—Lo siento, en realidad no estoy equipada para entretener. —Empujó un par de botes de pintura junto a la barandilla para que él se sentara si quería.

—No necesito que me entretengan.

Iba descalzo y vestido con unos vaqueros viejos y una camiseta. —Quiero que sepas que es la primera vez en mucho tiempo que me siento seguro caminando descalzo por ese césped.

Léa sonrió y cogió las dos botellas de cerveza que él le tendió. Cuando él empezó a bajar sobre la manta, ella se deslizó para hacerle sitio.

—Por cierto, ¿bebes cerveza?

—En ocasiones.

Él llenaba el espacio, y ella se encontraba muy contenta con ello.

—Entonces déjame que te haga esta pregunta. ¿Estás seguro de que tienes edad para beber?

—Deberías saberlo. —Ella echó un vistazo bajo el papel de aluminio que cubría el plato que él puso entre los dos e inmediatamente dejó escapar un suspiro de placer cuando el olor que desprendía se elevó—. ¡Galletas con pepitas de chocolate! Y aún calientes. ¿Las has hecho tú?

Se encogió de hombros. —Me gusta hornear. Y, si me permites decirlo, soy un cocinero bastante decente.

—Sí, me lo advertiste esta mañana —robó uno y le dio un mordisco—. Mmmm. De otro mundo.

Se metió el resto de la galleta en la boca.

—Pero tienes que lavarlo con esto —abrió las dos botellas y le entregó una—. Cerveza y galletas. No hay nada igual.

Ella negó con la cabeza, dudosa, pero bebió un sorbo. Él la observaba, así que dejó que el sabor permaneciera en su boca y volvió a beber. Cogió otra galleta.

—No está mal, ¿eh?

—¿Mi primera impresión? Pensé que sería lo bastante asqueroso como para utilizarlo en una campaña de Madres contra la bebida —dio un mordisco y lo siguió con un trago de cerveza—. Pero he aprendido a no fiarme de las primeras impresiones. Así que, para darte una opinión sincera, tendré que probar unas cuantas más… para asegurarme. —Léa terminó el resto de la galleta y cogió otra.

—Si esto es un truco para terminar el plato y no dejarme galletas, me pongo en tu contra.

—Y yo que pensaba que habías traído todo el plato sólo para mí.

—En realidad, sí. Esperaba que me dejaras preguntarte algo.

Léa vio inquietud en su rostro. Había algo en su mirada. —Se trata de Heather, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Mick, si necesitas una caja de resonancia, alguien con quien hablar, estaré encantada de serlo. Pero quiero que sepas que no soy psicóloga ni terapeuta licenciada—. Suavizó el tono y le rozó ligeramente el dorso de la mano—. En todo caso, sólo sirvo para identificar problemas. Y quizá pueda encontrar los nombres de profesionales cualificados de la zona a los que podrías llamar.

—Creo que… —hizo una pausa—. No, *espero que* lo único que necesito es que alguien me escuche. Supongo que quiero asegurarme de que no soy sólo yo, que todos los padres pasan por esto. Y preferiría no hablar con un desconocido. Quiero hablar contigo.

Léa sintió mariposas en su interior, y no sólo estaban estirando las alas. Se agitaban como una tormenta.

Mick golpeó suavemente su botella con la suya. —¿Qué me dices? ¿Puedes darme un par de minutos?

—Soy todo oídos.

—Es un poco difícil saber por dónde empezar, teniendo en cuenta que no creía que Heather y yo tuviéramos un problema serio hasta esta tarde.

Léa observó su perfil. La tensión estaba ahí. En la mandíbula. Alrededor del ojo. En el adelgazamiento de sus labios.

—La conociste. Viste la mirada, la imagen o lo que sea que intenta presentar.

—¿Te refieres a la mirada de adolescente desafiante?

Mick asintió. —Mi exmujer, Natalie, me advirtió de ello, así que estaba preparado cuando recogí a Heather en el aeropuerto. Y, para ser sincero, su aspecto no me preocupaba realmente. Sé que todos

pasamos por etapas —dejó la botella a un lado—. Pero lo que me cogió totalmente desprevenido fue su actitud. La actitud de «me importa un bledo». La pereza. La falta de interés por todo. Quedarse en su habitación todo el tiempo. No comer, a menos que sea una botella de refresco de dos litros o un paquete de galletas. No hablar conmigo. No expresar ningún sentimiento bueno o malo. Traer a Heather aquí no fue como lanzarla a una nueva ciudad o a un nuevo hogar. No es como si no conociera a nadie. La última vez que estuvo en Stonybrook, había al menos media docena de niños con los que salía. Iba en bici a todas partes. Tenía un trabajo de verano. Era una niña feliz. Desde luego, una diferente.

Mick se pasó una mano por el pelo corto.

—No sabía cuánto tiempo debía dejarlo pasar. Pensé que seguiría la corriente. Pero hace casi tres semanas que ha vuelto y sigue sin cambiar de actitud. Así que anoche exploté y le di un largo sermón. Entonces, por alguna razón, salió de su habitación. Pero no por mucho tiempo. Pronto volvimos a estar como al principio.

—Entonces salió esta mañana temprano.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado esta tarde?

—Fui al parque —se volvió hacia ella—. Tenías razón. Estaba allí, junto a la laguna, incluso dando de comer a los patos.

Léa recordó cómo, a una edad mucho más temprana que Heather, ella también había descubierto y utilizado aquel parque como refugio.

—Hoy se ha expresado muy bien.

—Es un buen comienzo.

—La verdad es que no —Mick negó con la cabeza—. No de forma constructiva. Simplemente me atacó. Estaba enfadada conmigo, enfadada con su madre, enfadada con el mundo. Me dijo que todos

estábamos mejor sin ella. Que ella tampoco nos necesitaba a ninguno. La actitud de «me importa un bledo» que tenía antes, hoy la había convertido en ira. Y luego, cuando intenté hablar con ella, explicárselo, se metió un cigarrillo en la boca y se marchó —se volvió bruscamente hacia Léa—. ¿Cuántos de tus adolescentes fuman?

—Unos cuantos, seguro. Pero nunca en la escuela, donde *yo* pueda verlos.

—Bueno, Heather me ha dicho hoy que con todo el sexo y las drogas en las que se ha metido, fumar debería ser la menor de mis preocupaciones.

—¿Qué dijiste cuando te contó todo esto?

—Perdí la cabeza. Fui tras ella y le ladré una lista de expectativas de un kilómetro de largo. Cosas que le dije que serían de comportamiento obligatorio mientras viviera conmigo. La machaqué con todo. Incluso la golpeé con lo de la culpa por cómo está haciendo daño a todo el mundo con esta fase de rechazo, incluidos su madre y yo.

—Pero ella no escuchaba.

—No. Pero eso no me detuvo. Seguí hablando de lo importante que es la familia. De cómo debería valorar lo que tiene, en lugar de tirarlo por la borda.

—¿Cuál fue su respuesta a eso?

—No dijo nada. —Mick miró hacia su casa, al otro lado del césped—. Simplemente se fue a la calle. Y se habría matado si aquella mujer hubiera ido a toda velocidad o no hubiera podido frenar lo bastante deprisa.

La atención de Léa se centró en él, en todo lo que Mick acababa de decir.

—*¿Intentaba* suicidarse?

—¡No! Ella sólo quería asustarme. Quería hacerme callar. Que la dejara en paz. Mick cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. —Y lo consiguió.

—¿Dónde está ahora?

Señaló con la cabeza hacia su casa. —Arriba, en su habitación, probablemente con música a todo volumen en los auriculares.

—¿Se ha arriesgado mucho Heather últimamente? ¿Regalando cosas? ¿Hablando de la muerte?

—¿Adónde quieres llegar? —de repente parecía enfadado.

—Hablo de señales de alarma, de cosas reveladoras que buscamos cuando un chico puede tener problemas.

Mick parecía más disgustado que antes. Léa apartó el plato de galletas y su cerveza y se sentó con las piernas cruzadas sobre la manta, frente a él.

—Mira, sólo soy una trabajadora social. No estoy cualificada para aconsejarte. Pero oyéndote hablar, creo que es posible que Heather esté luchando contra un caso de depresión adolescente.

—Pero tiene mucho a su favor. Gente que la quiere. Cosas con las que sueña cualquier adolescente. Es inteligente. Guapa, a pesar de hacer todo lo posible por ocultar su aspecto. ¿Por qué debería estar deprimida?

—Apenas la conozco, así que no puedo decirlo realmente. Pero puedo decirte, por lo que he visto en mi trabajo, que muchos adolescentes acaban luchando contra la depresión simplemente porque se sienten incapaces de articular sus sentimientos. Y sus sentimientos suelen ser ira, o pena, por alguna pérdida o vergüenza o esperanza frustrada. La depresión es un mundo de entumecimiento, de *no* sentir.

—No lo sé.

—Pero mira lo que me acabas de decir. Heather se ha enfadado hoy. Te ha echado la bronca. Eso es algo muy bueno, porque significa que, al menos durante un rato, ha encontrado la voz para expresar sus sentimientos.

—Pero no llegamos a ninguna parte. Cuando terminamos, me marché más frustrado que antes. Y creo que ella tampoco estaba mejor.

—No he dicho que hoy hayas resuelto todos tus problemas. Lo único que sugiero es que la comunicación, en cualquiera de sus formas, te da un punto de partida —Léa sabía que Mick se opondría a su siguiente sugerencia, así que suavizó el tono, intentó presentarla en un sentido práctico—. Parece que Heather se ha resistido a tener una vida estructurada. A diferencia de muchos chicos de su edad, no se pone en contacto con sus amigos. Supongo que tampoco participaba en ninguna actividad ni deporte en California. Nada que proporcione algún sentido de rutina a su vida.

—Ya no es una niña de cinco años. No puedo decirle que salga a dar patadas a la pelota, y tampoco puedo arrastrarla a clase de costura.

A pesar de la brusquedad de su tono, Léa asintió con la cabeza. —Otra forma posible de abordar una situación como ésta, y es una recomendación que hago a menudo a los padres de los niños, es que su hijo o hija acuda a algún tipo de terapia.

No dijo nada de inmediato, pero el rechazo a la idea estaba grabado en su rostro. Léa casi podía leer sus pensamientos. Ted y ella llevaban años de terapia, y sabía de primera mano que la mayoría de la gente seguía atribuyéndole una etiqueta negativa. La mayoría de la gente no sabía cuánto alivio podía aportar.

—Ni siquiera tiene que ser una sesión individual —insistió—. Bastaría con que recibiera algunas clases de identificación de

sentimientos o de desarrollo de cierto sentido de la asertividad para que Heather saliera de su caparazón. Es muy posible que necesite a alguien que no sean sus padres para ayudarla a salir del bache en el que se encuentra.

—Esas preguntas que hacías antes sobre correr riesgos o hablar de la muerte. ¿No crees que podrías estar exagerando un poco?

Su tono era acusador, pero Léa reconoció que ya no estaba hablando con Mick, su gran enamorado de al lado. Estaba asesorando a un padre preocupado que posiblemente negaba la existencia de su problemática hija adolescente.

—Te lo advertí antes de empezar, Mick. No soy la persona más cualificada para una situación como la tuya. Sólo hago recomendaciones sobre los adolescentes con los que trabajo después de pasar muchos, muchos días con ellos. Realmente no conozco a Heather, y cualquier exageración de la que creas que soy culpable sólo se basa en lo que me has contado.

—Eso está bien —se puso en pie—. Gracias, Léa. Ha sido muy instructivo.

—De nada —murmuró Léa, sintiéndose como si le hubieran dado una patada, por dentro y por fuera.

Mientras observaba a Mick volver a su casa, Léa se reprendió en silencio. Debería habérselo esperado. Ya lo creo. Había vuelto a Stonybrook. Aquí, sólo los Hardy tenían problemas. Los demás eran perfectos.

Al menos en apariencia.

ERA el último que quedaba en la cocina.

Chris terminó de enjuagar el gran fregadero doble de acero inoxidable y utilizó una toalla para secarlo y abrillantarlo, tal y como Brian quería.

Al terminar, limpió la parte superior de los fogones y la encimera, y luego pasó un trapo limpio por la parte delantera de las puertas del frigorífico y el congelador. Los grandes cuencos para mezclar se guardaron ordenados por tamaño. Las ollas y sartenes colgadas de sus ganchos. Los utensilios alineados en el cajón. Chris cerró bien las puertas de los armarios y cogió la fregona para pasarla una última vez por los suelos de baldosas. Brian no tendría nada de qué quejarse.

Además de ser la segunda generación de propietarios de Hughes Grille, Brian Hughes era también el chef. A sus cuarenta y tantos años, el hombre se sentía muy orgulloso del establecimiento que se había esforzado en mejorar. Y tenía normas estrictas que todos sus empleados debían cumplir. La limpieza y el orden encabezaban la lista.

Hermana Mary Brian, le llamaban algunos a sus espaldas. Pero no, Chris.

El suelo brillaba por el lavado. Satisfecho, Chris vertió el cubo en el fregadero junto a la puerta trasera y lo enjuagó todo. Al guardar la fregona y el cubo, vio un coche deportivo aparcado junto a la puerta mosquitera. El adolescente miró hacia las puertas dobles que daban al restaurante y se preguntó si Brian sabría que Jason había vuelto.

Chris nunca tuvo problemas para llevarse bien con Brian, por muy quisquilloso y particular que fuera. Pero soportar a Jason Shanahan era otra cosa. No es que tuviera ningún problema con que el dueño del restaurante fuera gay. Brian era un tipo sólido, y parecía comprometido con su relación con Jason del mismo modo

que la mayoría de los matrimonios de la ciudad estaban comprometidos el uno con el otro.

Pero Chris vio cómo actuaba Jason a espaldas de su compañero, y eso no hizo más que aumentar su antipatía por aquel hombre.

El delantal del adolescente estaba empapado, y lo tiró con el resto de la colada de la cocina para que lo recogieran mañana. Su propio coche estaba aparcado en la parte trasera, pero decidió asomar la cabeza para avisar a Brian de que había terminado.

Salió y se abrió paso de nuevo a través de la cocina hasta la alcoba que conducía al oscuro comedor. Después de las brillantes luces fluorescentes y las baldosas de la cocina, la oscuridad y la moqueta hacían que el comedor pareciera una tumba.

En cuanto la puerta giratoria de la cocina se cerró tras él, Chris pudo oír la discusión que se estaba produciendo en la zona delantera del bar. Se acercó con cautela, inseguro de cómo hacer notar su presencia.

—…se encargó de ello —el dueño del restaurante estaba descontento. Muy descontento.

—¿Y *qué* si cometí un error? ¡Eso fue hace dos malditos años! Agua pasada, ¿recuerdas? Te pones así por nada, Brian.

—¡Nada, una mierda! ¿Cuándo demonios se te va a meter en la cabeza que, mientras haya pruebas ahí fuera, nos pueden señalar con el dedo? ¿A mí?

—La escoria está muerta. Su marido se va a freír. Y *si* no encuentro a esa mierda, nadie más lo hará tampoco —hubo una larga pausa—. Y recuerda que nadie la está buscando. Así que ya está. Ahora deja de dar la lata y cerremos. He tenido un día duro.

—No, no puedes quitártelo de encima así como así. Escúchame, Jason —Brian bajó la voz—. Hoy ha salido en toda la ciudad que Léa ha vuelto. Lo desenterrará, maldita sea. Y sí…

Al acercarse a la barra, la cadera de Chris rozó la esquina de una mesa. El delicado jarrón de flores se cayó con un suave golpe, y el agua se derramó sobre el mantel. Rápidamente enderezó el jarrón, pero las luces del comedor se encendieron al instante.

Jason se asomó desconfiado desde el arco que conducía al bar. —¿Qué quieres?

—He terminado en la cocina. He entrado para decirle a Brian que voy de camino a casa. ¿Está… está aquí fuera? —Chris utilizó una de las servilletas de tela preparadas para el almuerzo de mañana para absorber el agua—. Lo siento. Estaba tan oscuro que no veía nada.

—Déjalo, Chris —Brian apareció detrás de su novio. Tenía la cara sonrojada—. Es tarde. Tus padres estarán preocupados. Yo me ocuparé.

Con un gesto de agradecimiento, Chris salió por donde había entrado. Sin embargo, antes de desaparecer por la puerta batiente, lanzó una última mirada por encima del hombro. Jason había vuelto a desaparecer en el bar, pero Brian estaba cambiando el mantel mojado.

Chris no recordaba haber visto nunca a Brian Hughes tan alterado.

—Consígueme los nombres, maldita sea —gritó Marilyn a través del teléfono a su abogado—. Quiero el nombre de todos los malditos traidores de esta ciudad que han declarado ante los abogados de Ted sobre mí.

Colgó el teléfono de golpe.

—¿Quieres jugar sucio? Yo te enseñaré lo que es sucio.

Capítulo Once



¿Qué otra cosa podía esperar de una farmacia de mala muerte?

Heather añadió las tres míseras pastillas al frasco más grande que había estado escondiendo en la estantería del armario. Arrugó la bolsa después de mirar una vez más la nota que le decía que el resto de la receta estaría disponible el martes.

—Para entonces estaré a dos metros bajo tierra —murmuró, metiéndose la botella en el bolsillo delantero del pantalón.

De todos modos, no los necesitaba. Su madre le había dado la receta original en California hacía seis meses, y Heather la había surtido enseguida. Había hecho que Natalie le escribiera el talonario justo antes de venir al este, pero no importaba. Tenía suficiente para hacer el trabajo.

Heather echó un último vistazo a la habitación. Todas las cartas, los sobres claramente marcados con los nombres de los destinatarios, estaban pegadas al espejo de la cómoda. Los montones de ropa del suelo estaban más o menos limpios. No quería perder el tiempo guardándolas, así que las había metido en el armario. El efecto era bastante bueno.

Consultó su reloj. Eran las 2:10 de la madrugada. Tenía tiempo de sobra. Salió de su dormitorio al oscuro pasillo.

Esta noche, Heather había llegado a la conclusión de que tomar las pastillas aquí, en su habitación, no estaría bien. Teniendo en cuenta cómo había actuado hoy su padre, decidió que no podría soportarlo. Se volvería loco, simple y llanamente. Y aunque la casa había pertenecido a su familia durante un par de generaciones, pensó que él ya no podría vivir aquí. No, si moría aquí mismo, en la casa.

Como siempre, Max la siguió paso a paso mientras recorría la casa en silencio. En la cocina, Heather sacó un par de latas de refresco de la nevera y una gran bolsa de galletas Oreo del armario. Max gimoteó suavemente mientras ella se acercaba a la puerta trasera. En vez de intentar salir antes que ella, o de agarrarse la correa con la boca, o de saltar a la puerta, se sentó sobre sus ancas con sus grandes ojos marrón chocolate mirándola fijamente.

Heather se agachó y le dio un fuerte abrazo. Siempre fue un perro inteligente.

Se escabulló por la puerta trasera antes de que se le saltaran las lágrimas.

UNA RAMA cortada colgaba del seto, rozando la ventanilla del conductor. Los ojos de Léa observaban vacíos el hipnótico vaivén de las hojas con la brisa, mientras su mente rozaba el delgado filo del sueño.

Estaba acurrucada en el asiento delantero, de espaldas a la casa. Tenía las piernas extendidas sobre la consola central. La llave seguía en el contacto y el bolso en el suelo. Los párpados de Léa se cerraron un segundo, y sintió con gratitud el avance de las primeras oleadas de olvido.

Aquí fuera, al menos, podría dormir. No tenía que tener miedo. No tenía que escuchar cada crujido en el bosque, segura de que eran los pasos de algún extraño. Aquí fuera, no tenía que contemplar las sombras e imaginar a su padre vivo de nuevo. Preparándose para hacer lo impensable. Aquí fuera podía escapar. Estaba a salvo en este coche.

Un músculo saltó en su pierna y su pie se apretó involuntariamente contra la puerta del conductor. Y volvió a abrir los ojos.

—*Por favor* —no se dirigió a nadie más que a sí misma. El agotamiento la tenía al borde de las lágrimas, y sólo podía culparse a sí misma. ¿Por qué, después de tantos años, seguía siendo incapaz de bloquear los demonios del pasado?

—Aquí hace demasiado calor —hizo un ovillo con la manta que le cubría parcialmente las piernas y la arrojó al asiento trasero del coche. Al hacerlo, vio que la sombra atravesaba el patio trasero y desaparecía en el interior de la cochera.

El escalofrío que recorrió la espina dorsal de Léa la congeló. Durante un momento de confusión, se quedó mirando, preguntándose qué era exactamente lo que había visto. La noche era muy oscura. El equipo del remolque, que seguía enganchado a la parte trasera de su coche, oscurecía parcialmente su visión. Mientras intentaba aclarar su mente, no podía comprender si lo que había visto era real o imaginario.

La sombra de la rama de un árbol, se dijo a sí misma. Nubes atravesando la luna. Léa sabía que lo mejor que podía hacer era ignorarlo y volver a dormir. Pero no podía apartar la mirada de la cochera. Su mente no dejaba de pensar en lo peor. Alguien al acecho en el patio. Un acosador vigilando la casa. Vigilándola a ella.

O tal vez, pensó, una adolescente encontrándose con alguien. O una joven escondiéndose en un lugar donde no la encontrarían durante un tiempo.

De repente, a Léa se le revolvió el estómago. Le temblaban las manos cuando sacó las llaves del contacto. El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando salió del coche y se quedó de pie en el oscuro camino de entrada.

Dio un paso hacia la cochera y se detuvo. Metió la mano en el coche y sacó el spray de pimienta del bolso. Podía equivocarse, y los años de inteligencia callejera estaban arraigados en ella.

Léa bordeó el coche y luego el remolque en dirección a la casa de carruajes. Cada sonido, cada movimiento parecía anormalmente distinto. La brisa estival revoloteando entre las hojas. El roce de las ramas en lo alto. El ladrido de un perro al otro lado de la ciudad. Incluso el leve roce de sus pies calzados con zapatillas sobre la grava.

Cuando llegó a la sombra que proyectaba la casa de carruajes, tuvo serias dudas sobre lo que había visto. Se asomó a través de una amplia grieta provocada por una de las tablas torcidas de la pared. Dentro todo estaba quieto y oscuro. Cualquier criatura, salvaje y peligrosa, podría estar viviendo en aquel lugar. Léa recordó su linterna recién comprada. Estaba en el asiento trasero de su coche.

Un ruido suave, como el chasquido de una botella de plástico, atrajo de nuevo su atención hacia el interior del edificio. Había alguien dentro. Se dirigió en silencio hacia la puerta lateral. Estaba ligeramente entreabierta. Sin dejar de sujetar el espray de pimienta con fuerza en una mano, agarró el pestillo y tiró de la puerta para abrirla un poco más. Una estrecha franja de luz tenue se ensanchó

en el interior. En el borde de esta, Léa vio la punta de un zapato oscuro.

—¿Heather? —susurró suavemente.

El zapato retrocedió inmediatamente hacia las sombras. Léa se detuvo junto a la puerta parcialmente abierta y miró fijamente hacia la oscuridad. El sonido de su propia respiración nerviosa bloqueaba cualquier sonido procedente del interior. La repentina duda de que la hija de Mick pudiera no ser la sombra que acechaba en la oscuridad le heló la sangre. Léa dio un paso atrás, vacilante.

—¡Puta! —el susurro procedía de detrás. Al mirar por encima del hombro, vio el objeto oscuro que se dirigía hacia su cabeza.

El golpe fue seco, y la cabeza de Léa rebotó contra la puerta como una pelota de goma mientras caía con fuerza sobre la hierba.

Antes de que su mente se despejara de las capas grises del sueño, antes incluso de que se diera cuenta de quién gritaba, Mick estaba fuera de la cama y corría por el pasillo.

En un momento, estaba de pie en la puerta de su hija. La habitación estaba vacía. Abajo, Max ladraba furiosamente, y Mick miró confundido el cuarto de baño vacío que había al final del pasillo.

Los gritos cesaron, pero ahora podía oír a Heather llamándole. Cada grito estaba cargado de una urgencia rayana en el pánico. Se dio cuenta de que los gritos procedían de la ventana abierta de la habitación de su hija. Cruzó hacia ella y la abrió de un tirón. Una sombra estaba encorvada junto a la cochera de la propiedad de los Hardy. Heather volvió a llamarle a gritos.

Bajó los escalones y atravesó la casa en cuestión de segundos. Max ladraba y arañaba la puerta trasera. Mick encendió los focos del patio trasero y salió por la puerta detrás del perro.

—¿Heather? —Mick cruzó corriendo el patio.

—Papá, soy Léa.

—¿Qué ocurre?

—Está… muerta. Léa ha muerto —ella se volvió hacia él. Tenía las manos brillantes de sangre. Tenía los ojos desorbitados. Estaba histérica—. La empujé… golpeé la puerta. Está sangrando.

—Vuelve a la casa. Llama al 911. —Mick se agachó junto a Léa. Para su alivio, comprobó que el pulso latía con fuerza en su cuello. Heather seguía sollozando desgarradamente a su lado—. Está viva. Muévete. *Ahora mismo*.

La adolescente se puso en pie y corrió hacia la casa. Max seguía ladrando furiosamente junto al muro de piedra de la parte trasera de la propiedad. La sangre cubría la frente de Léa y él le levantó el pelo. Tenía un corte largo justo debajo de la línea del pelo. La sangre seguía rezumando. Ella respiraba.

Léa dijo algo ininteligible en voz baja.

—Te pondrás bien, cariño.

Mick le revisó los hombros, los brazos, las manos, las piernas. Buscó algún hueso roto. Sus dedos apretaron la mano de él.

Un vecino de dos puertas más arriba atravesó los patios traseros en albornoz, con una linterna en una mano. —¿Va todo bien por aquí?

—Heather —su voz era débil. La atención de Mick se volvió hacia Léa. Tenía los ojos abiertos e intentaba enfocar su rostro—. ¿Dónde… está Heather?

Se sintió aliviado al oírla hablar. —Entró para pedir ayuda.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Mick? —el vecino se inclinó sobre ellos, con el pelo canoso erizado como una vaina de cardo.

—¿Está… bien? —sin soltarse, Léa trató de incorporarse, pero hizo un gesto de dolor y se llevó una mano a la cabeza.

—Apóyate en mí. La ambulancia llegará en cualquier momento.

El vecino apuntó la linterna a la cara de Léa. —Debería haberme imaginado que era esta casa.

Levantó una mano para bloquear la luz. Mick apartó la mano del hombre. Inmediatamente se oyó el sonido de las sirenas a lo lejos. —Ray, ve delante y espérales. Que vuelvan aquí.

Cuando el hombre mayor salió a la calle, Mick volvió a centrar su atención en Léa. Estaba fría, y le frotó las manos por los brazos desnudos. Ella se acercó más a su pecho.

—¿Está bien, Heather? —volvió a preguntar.

—Está bien —entrelazó sus dedos con los de ella—. ¿Qué ha pasado aquí, Léa?

Los vehículos de emergencia se detuvieron en seco delante de la casa.

—Alguien… alguien me golpeó.

—¿Quién?

—No lo sé.

Antes de que pudiera preguntar nada más, el patio trasero estalló de actividad. Mick retrocedió mientras un par de médicos se hacían cargo. Un agente uniformado estaba hablando con el vecino cercano a la casa, y dos más se acercaban y dirigían los haces de sus linternas por el patio trasero. Miró a su alrededor y vio a Heather sentada en el escalón trasero, agarrada con fuerza al cuello de Max. Incluso desde aquella distancia, parecía aterrorizada.

Ahora que el patio trasero empezaba a llenarse, Mick pensó que probablemente debería ponerse algo más que los calzoncillos. Miró a

Léa y la encontró hablando con uno de los agentes mientras los médicos seguían examinándola.

Empezó a cruzar el césped, pero uno de los policías uniformados se le acercó. Mick lo reconoció. Era uno de los nuevos miembros del cuerpo.

—Sr. Conklin, ¿sabe lo que ha pasado aquí?

—Léa me dijo que alguien la había golpeado en la cabeza —volvió a mirar a Heather—. Tengo que ponerme algo de ropa. Ahora vuelvo.

Sin esperar la respuesta del hombre, Mick cruzó el césped hacia su hija.

—Vamos dentro.

Aún le lloraban los ojos cuando levantó la vista. Se había lavado la sangre de las manos. —¿Se pondrá bien?

—Creo que sí —agarró a Max por el cuello—. Pero necesito hablar contigo. Vamos.

Ella no le dio ningún argumento y subió las escaleras delante de él. En la cocina, soltó al perro y se puso una camiseta y unos pantalones cortos de correr de una cesta de ropa limpia que había junto a la puerta de la lavandería. Cuando se volvió hacia Heather, estaba sentada en una silla junto a la mesa de la cocina, abrazándose las rodillas contra el pecho.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Creía que estaba muerta.

—¿Viste lo que pasó?

Enterró la cabeza contra las rodillas y sacudió la cabeza.

—Saliste después de que la atacaran.

Ella asintió sin mirarle.

—Léa tenía miedo de ti. Me preguntó *si* estabas bien —Mick se agachó ante su hija—. ¿Viste a alguien más ahí fuera?

Sacudió rápidamente la cabeza. —Yo… creía que estaba muerta.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó con dulzura, cogiéndole la barbilla y levantándosela hasta mirarle la cara manchada de lágrimas.

Ella asintió.

—Tengo que salir para hablar con la policía y ver cómo está Léa. Tú quédate aquí y…

—Ya voy. —Se puso en pie de un salto.

Mick miró a su hija un momento. No tenía sentido rechazarla. Se calzó un par de zapatillas y, dejando al perro dentro, salió por la puerta trasera con Heather pisándole los talones. Más vecinos se habían reunido en pequeños grupos junto a la calle. Todas las luces de las casas de la calle parecían encendidas. Léa tenía la cabeza vendada, pero estaba sentada en la camilla, hablando con una agente de policía.

—Y dices que no está aquí para crear problemas.

Mick se volvió hacia Rich Weir, pero Heather pasó por delante de ellos, dirigiéndose directamente hacia Léa.

—Parece que estás un poco confundido sobre quién es la víctima aquí, jefe.

El jefe de policía de mandíbula cuadrada le lanzó una mirada molesta y sacó un bloc de papel y un bolígrafo. —¿Tú o tu hijo tenéis algo que aportar al informe sobre lo que ha ocurrido aquí o no?

—Heather salió cuando Léa ya estaba en el suelo. Oí que mi hija me llamaba y salí después.

—¿Es ésa su habitación?

Mick miró hacia la ventana que señalaba Rich. Daba al patio trasero de los Hardy y a la casa de carruajes. —Ésa es.

—¿Vio a alguien?

—Dijo que no.

El jefe volvió a guardarse el papel y el bolígrafo en el bolsillo y empezó a caminar hacia la calle. Mick fue tras él. —¿Qué tienes?

—Nada. Se resbaló y se golpeó la cabeza contra la puerta —hizo un gesto de impaciencia en dirección a los tres coches de policía y el vehículo de emergencias que bloqueaban la calle—. Toda esta mano de obra desperdiciada, me parece a mí. La próxima vez, llévala a urgencias, ¿por qué no? Así nos ahorraremos algunos impuestos.

—Creo que Léa conoce la diferencia entre golpearse la cabeza y que alguien la ataque —se puso delante del jefe y bajó la voz—. Escucha, Rich. No hagas que te pierda todo mi respeto en una noche. Te lo estás cepillando porque es una Hardy.

—¿Qué quieres de mí, Mick?

—Investígalo bien. ¿Hay huellas? Mi perro fue a por algo a la pared del fondo cuando salimos. ¿Has buscado algún tipo de objeto contundente por ahí? ¿Huellas dactilares? ¿Cómo demonios voy a saber lo que debes hacer? Éste es tu trabajo —miró ferozmente al jefe—. Pero, ¿cómo puedes pensar sinceramente que una mujer joven podría entrar en su propio patio trasero a las dos de la madrugada y hacerse una herida tan grave?

—Porque los Hardys son bombas de relojería andantes. Son un problema —Rich apartó la mirada, mostrando frustración en su rostro—. ¿Me vas a decir por qué esta mujer acampaba en su coche cuando tiene una casa enorme para dormir? No puedes. Te digo que esta maldita familia está jodida. Por lo que sé, probablemente se despertó y pensó que esa casa de carruajes era el maldito retrete.

Rodeó a Mick y se detuvo.

—La próxima vez, no te molestes en llamarnos.

—Emily se arañó el codo y las rodillas al caerse del columpio del parque infantil. Allí había al menos media docena de padres. Lo vieron —Ted se esforzó por controlar su temperamento—. Nunca haría daño a mi hija intencionadamente.

El trabajador de los Servicios Familiares, acompañado de un agente de policía, quería los nombres de los testigos. Ted les dio todo lo que buscaban.

Marilyn había llamado a la policía. Había llamado a Servicios Familiares, al hospital, a su abogado, a todas las apestosas personas que conocía, para acusar a Ted de abusar de su hija. Sólo porque había puesto un par de tiritas en el codo y las rodillas de Emily.

Estaba enferma. Ted ahora lo comprendía. Lo aceptaba. Y episodios como éste le hacían estar más decidido que nunca a alejar a sus hijos de ella.

Capítulo Doce



Con cada palabra que decía la mujer, sentía como si golpearan un gong y lo dejaran vibrar en la cabeza de Léa. Sabía que no podría aguantar mucho más. Los médicos la miraban con curiosa incredulidad, pero el agente seguía haciéndole preguntas.

—Una vez más. ¿Por qué dijiste que estabas sentado en el coche?

—Para refrescarla. Para alejarme de los humos de la casa. Porque no podía dormir —Léa hablaba entrecortadamente, cansada. Miró el nombre que figuraba en la placa del agente—. Escucha, Robin.

—Sí, señora.

—¿Puedes decirme qué tienen que ver todas estas preguntas sobre que estoy en mi coche con la persona que me golpeó en la cabeza?

—Estamos intentando averiguarlo ahora, señora —la mujer volvió a anotar algo en su papel—. Has dicho que viste algo correr por el patio y que fue entonces cuando viniste aquí. ¿Podrías ser más concreta sobre lo que viste?

—Ya os he explicado todo lo que sé a ti y a tu compañero. —Léa cerró los ojos y deseó que desaparecieran los latidos. Sólo quería acurrucarse y dormir.

—¿Recuerdas la forma o el tamaño aproximado de esta «cosa»?

Sacudió la cabeza.

—¿Podría haber sido un gato o un perro callejero?

Léa abrió los ojos y vio que Heather estaba de pie a un par de pasos, cerca de un médico que ya no ocultaba su impaciencia. —No lo sé. Tal vez.

—¿Es posible que tal vez tropezaras con esta cosa? ¿Este animal?

—Alguien me golpeó en la cabeza —volvió a centrar su atención en el agente.

—Pero hay sangre en el pestillo, señora. Parece que te has cortado la frente con la puerta vieja.

—No tropecé. Me habré golpeado con la puerta al bajar.

—Parece como si hubieras estado inconsciente durante un par de minutos. ¿Cómo puedes estar tan segura de lo que recuerdas?

—No me imaginaba la voz. Alguien me maldijo por detrás. Me giré y…

—Pero no estás seguro de si era una voz femenina o masculina. Tal vez fuera el gorjeo de un pájaro o el ladrido de un perro. O de un búho.

—*No* miente, si te refieres a eso. —La aguda protesta de Heather fue totalmente inesperada. El agente y los médicos se volvieron hacia la adolescente—. Quiero decir que la encontré. Estaba cubierta de sangre. Pregunta a estos tipos —señaló a los médicos que estaban a su lado—. Debe de tener un chichón en la cabeza. Estaba muy herida. Puedes ver que aún lo está.

—Volvamos al ruido que has oído —dijo Robin a Léa, desviando su atención de Heather—. ¿Se asusta con facilidad, señorita Hardy?

—No se moleste, agente —dijo Léa débilmente—. Debes de haber decidido lo que pasó incluso antes de llegar aquí. He

terminado de hablar contigo —miró agradecida a la adolescente. Heather parecía tan disgustada como se sentía Léa.

Siguiendo su indicación, uno de los médicos se inclinó y le dijo a Léa que la llevaban al hospital para que le pusieran unos puntos y le hicieran unas pruebas.

Léa sintió que se desvanecía. El policía siguió haciéndole algunas preguntas más, pero Léa no le prestó atención. Estaba agotada, emocional y físicamente. Cerró los ojos y se agarró a los lados de la camilla mientras la llevaban sobre ruedas por el césped. No podía permitirse recordar lo vulnerable que había sido, pero la palabra y el golpe seco seguían resonando en su cabeza. Alguien la había perseguido. Alguien había intentado asustarla. Herirla. Tal vez matarla.

Léa se llevó una mano a la frente cuando la camilla se detuvo. Una apisonadora de emociones la estaba dejando sin aliento. Las dudas sobre lo que quería hacer y su capacidad para hacerlo la inundaron de repente, desangrándola de las pocas fuerzas que tenía. Estaba perdida.

Sintió que una mano, fuerte y cálida, envolvía sus dedos fríos y sin sangre, y abrió los ojos. Mick.

—Seguiremos a la ambulancia hasta el hospital. No estarás sola.

Léa no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Heather —consiguió decir—. Tienes que quedarte con Heather.

—Ella también viene —le quitó suavemente la humedad de la cara—. Todo irá bien.

Sus propios sollozos la despertaron.

Sin moverse, Patricia Webster abrió los ojos y miró al techo a través de la oscuridad.

Otra vez. ¡Otra vez ese horrible sueño!

Temblorosa, cogió un pañuelo de papel de la mesilla de noche. Tenía la cara húmeda. Las lágrimas le habían humedecido el pelo de las sienes. Se lo secó.

Miró el reloj. Los números rojos indicaban que sólo eran las 4:12. Se volvió hacia donde debía estar Allan. Su lado de la cama estaba vacío.

Patricia se incorporó, repentinamente preocupada. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la luz apagada. Volvió a mirar la sábana vuelta y se inclinó para tocar la almohada de su marido. Estaba fría y suave. No estaba segura de que se hubiera acostado anoche.

Se bajó de la cama y se puso una bata. La casa estaba en silencio mientras caminaba descalza por el pasillo. Junto a la puerta cerrada del dormitorio de Chris, Patricia se detuvo. Anoche se había acostado antes de que él llegara a casa. Allan había estado trabajando en su sermón y había prometido quedarse despierto y esperar al chico. En un momento de pánico, se preguntó si le habría pasado algo a su hijo. Empujó la puerta y se asomó.

Con la tenue luz que entraba por la ventana, se sintió aliviada al distinguir la silueta del cuerpo de Chris tendido en la cama. Le costó no entrar, no tocarle el pelo ni levantarle las sábanas. Era imposible soltarlo.

A pesar del impulso, Patricia retrocedió hasta el vestíbulo y bajó las escaleras en silencio.

El televisor de la sala de estar estaba apagado. No había luces encendidas en el despacho de Allan. No se había dormido en su sillón favorito leyendo para preparar el servicio dominical. No

recordaba haber oído sonar el teléfono y, además, él siempre le avisaba cuando recibía una llamada de urgencia y tenía que salir en mitad de la noche. Pero tampoco había oído entrar a Chris. Quizá él la había despertado y ella no se acordaba.

En la cocina, Patricia puso la tetera en el fuego para hervir agua para el té. No se molestó en encender las luces. Agradeció la oscuridad, la seguridad de su hogar, la tranquilidad de la noche. Sí, últimamente la tranquilidad era una sensación cada vez más difícil de alcanzar.

A su manera práctica, Allan siempre la estaba presionando para que participara en algún comité u otro. Siempre intentaba sacarla de casa. Se le ocurrió la idea de que los hombres rara vez entienden lo que realmente necesitan las mujeres. ¿Cómo podía explicarle que *eso* era lo que necesitaba? Lo que la hacía sentirse segura. Lo que la hacía feliz. Su casa. Su familia. ¿Por qué era tan difícil?

Se preparó una taza de té y se sentó en el gran ventanal que daba al patio y al camino que conducía al paseo fluvial.

Llevaba sentada sólo uno o dos minutos cuando vio la figura que subía a grandes zancadas por el sendero. Al principio no lo reconoció, y una sensación de inquietud se apoderó de ella. Se movía deprisa, con un robusto bastón en la mano. Respiró mejor a medida que se acercaba. Distinguió las gafas, la mata de pelo gris.

Patricia vio que su marido se detenía junto a la pila de leña que tenían apilada junto al cobertizo. Sonrió cuando él metió el palo que llevaba detrás del montón. Parecía que Allan hacía muchas cosas curiosas últimamente.

Dio un par de pasos hacia la casa, pero luego se detuvo y se limitó a mirar al cielo. Ella le había visto hacerlo antes, cuando algo le preocupaba. Se quedaba de pie, como estaba haciendo ahora, y

miraba al cielo como si pudiera ver a Dios. Como si pudiera hablar con él.

Dio un sorbo a su té y encendió la lámpara de pie que había junto a la ventana.

El rostro de Allan estaba enrojecido cuando entró en la casa.

—Te has levantado temprano —se quitó el ligero cortavientos y se alisó el pelo.

—Y tú te quedas despierto hasta demasiado tarde —envolvió con las manos la taza de té caliente.

—La verdad es que no. Me quedé dormida trabajando en mi sermón y me desperté hace sólo un par de minutos. Pensé en salir a tomar el aire.

—Estoy preocupada por ti, Allan. Preocupada por nosotros. Por… todo.

Le dedicó una sonrisa confiada y le estampó un beso en la frente.

—No hay nada de qué preocuparse, amor mío. Lo tengo todo bajo control.

Mick arrancó el coche y sacudió la cabeza.

—*No* te vas a registrar en ningún motel, y tampoco vas a volver en coche hasta tu habitación de hotel en Doylestown. Lo siento, Léa, pero has sido superada. Te quedas con nosotros.

Mientras ella apoyaba la cabeza en el respaldo, obviamente intentando pensar en su siguiente argumento, Mick se acercó a ella, tiró del cinturón de seguridad y lo bloqueó.

Suspiró audiblemente. —*No* estoy indefensa, vosotros dos.

Se oyó un bufido procedente del asiento trasero. Mick miró por el retrovisor del conductor y vio a Heather poniendo los ojos en blanco. Algo en su expresión, la simple respuesta a aquella situación, le hizo sonreír. Era un atisbo de su antigua Heather.

Salió del aparcamiento del hospital. De algún modo, el amanecer había hecho a un lado la noche mientras esperaban dentro, y el sol asomaba ahora por el este.

—No hay forma de que pueda pagaros lo que ya habéis hecho por mí. Es decir, realmente no había ninguna razón para que os quedarais por aquí todo este tiempo. Y me siento tan avergonzada de ser la causa de todos estos problemas para ti. Podría haber cogido un taxi.

—¿Te han dado alguna receta de sedantes que deberíamos haberte dado? —espetó. A pesar del vendaje en forma de corona que llevaba en la cabeza, Mick vio la estrecha mirada que recibía a cambio. —Conozco al farmacéutico del pueblo. Podría llamarle y…

—No vas a llamar a nadie en mi nombre a estas horas. Además, se supone que debo permanecer despierta. De hecho, el médico ha dicho que debo intentar seguir hablando durante las próximas horas. ¿Seguro que no quieres dejarme en la parada de autobús más cercana?

—¿Le hemos comprado un bozal a Max? —La pregunta de Heather fue tan inesperada que Mick se echó a reír. Mirando en dirección a Léa, vio que también a ella se le dibujaba una sonrisa en los labios.

—De acuerdo. Si vais a confabular contra mí, ahora me callo.

A pesar de su esfuerzo por mostrarse valiente, Léa parecía muerta de cansancio. Y eso que la habían magullado, cortado, interrogado y cosido, todo en unas pocas horas. Una de las enfermeras le dijo a Mick que Léa había acabado con dieciocho

puntos de sutura. También lucía otro chichón a un par de centímetros del golpe que se había dado en la línea del pelo. Que una sola caída le hubiera provocado dos heridas, como quería creer Rich Weir, era demasiado.

No, ese perro no caza, pensó Mick. No era detective, pero sabía lo suficiente sobre medicina y lesiones como para darse cuenta de que era muy improbable que una simple caída pudiera haberle causado tanto daño.

Era comprensible que el regreso de Léa a Stonybrook resultara un poco amenazador para algunas personas de la ciudad, pero la respuesta del jefe de policía fue exagerada. Claro que algunas personas podrían temer que ella abriera una caja de Pandora, pero hasta esta noche Mick nunca habría creído que alguien llegaría tan lejos como para intentar hacerle daño.

Echó un vistazo al parque mientras pasaban por delante, y se le heló la sangre al recordar a Heather en aquel patio llorando desconsoladamente. Sola. Asustada. Necesitándole mientras dormía. Algún padre.

Mick miró a su hija por el retrovisor. Su mirada estaba clavada en Léa. Esta noche y esta mañana había estado más receptiva, más comprometida, de lo que él la había visto en mucho tiempo. Estaba realmente preocupada por el estado de Léa en aquel hospital. Tenía la sensación de que aún no había terminado de preocuparse.

Mick no podía ignorar la punzante sensación de que tal vez Heather había visto más de lo que admitía. Dobló la esquina de la calle Poplar y detuvo el coche delante de su casa.

Los coches de policía habían desaparecido. No había señales de los disturbios de anoche por ninguna parte. Una calle vacía y casas tranquilas. Una mañana de domingo cualquiera.

—Llévala tú, papá. Yo iré a por su bolso. —Heather abrió la puerta del coche y saltó antes de que ninguno de los dos pudiera decir una palabra.

—Estoy muy bien —dijo Léa inmediatamente—. Es que hoy tengo mucho que hacer.

—Lo único que tienes que hacer es tomártelo con calma y descansar.

—Lo dices tú.

Cuando le rodeó la muñeca con la mano, sintió que se le aceleraba el pulso. La mirada de Mick se fijó en la suave piel de su cuello, en sus labios entreabiertos, en el vendaje de aspecto ridículo que llevaba en la cabeza. Algo se agolpaba en su interior y no podía comprender cómo se lo había hecho, incluso con aquel aspecto.

—No hagas que me ponga duro contigo. Te tumbarás durante un par de horas. Después, estarás en mejores condiciones para decidir.

Ella sonrió, y Mick se encontró de repente luchando contra el impulso de inclinarse hacia ella y besarla. Luchando y perdiendo.

Sin embargo, la visión de Heather en el porche de Léa atrajo su atención, y el pensamiento de que no debería haberla dejado ir sola se agitó en su interior. La vio empujar la puerta y entrar. A través de las ventanas sin cortinas, pudo ver a su hija paseando.

Nunca le había preocupado la seguridad de Heather en Stonybrook. Pero ahora se encontraba tan alerta como un guardia de prisión en época de motines.

—Ahora son las seis menos diez. Me quedaré hasta las ocho, pero ése es mi límite —sin esperarle, Léa empujó la puerta e intentó salir—. Realmente tengo trabajo que hacer.

—Qué testarudos somos —saltó y se acercó para ayudarla. Ella ya había dado un par de pasos por la acera antes de que él la

alcanzara. Pero Mick la vio tambalearse, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí—. No tan deprisa.

Durante un largo minuto permaneció acurrucada contra él. Sus brazos habían rodeado naturalmente su cintura, y su mejilla estaba apretada contra su pecho. Mick sintió su necesidad. Sólo quería que la abrazaran, y eso despertó en él toda una nueva mezcla de sensaciones.

De repente, se echó hacia atrás. —Lo siento. Debo haberme levantado demasiado deprisa.

Un profundo rubor se extendió por sus mejillas. Él no le quitó el brazo de la cintura. Heather apareció en el porche de Léa y cruzó el césped hacia ellos. Llevaba una bolsa de viaje colgada de un hombro y algo en la otra mano.

—¿Estas son *todas* tus cosas? —preguntó.

Léa no respondió. Mick miró hacia abajo y vio que su rostro se había vuelto ceniciento a la luz de la mañana. Miraba fijamente la mano de Heather.

—Encontré esta carta justo dentro de la puerta. Lleva tu nombre.

La entrepierna del pantalón sobredimensionado le llegaba prácticamente a las rodillas. La camiseta negra que llevaba debajo de la camisa deportiva desabrochada tenía *Luzer* estampado en el pecho. Había dejado su vieja furgoneta en marcha y ahora se apoyaba en la puerta del copiloto.

Bob Slater equilibró la cartera sobre la rodilla con la mano izquierda, parcialmente paralizada, y sacó un billete de cincuenta dólares. —¿Esto lo cubre, T-T. J.?

—Claro, por el trabajo de anoche. —T.J. se metió el dinero en el bolsillo delantero y rodeó la parte delantera de la furgoneta hasta el lado del conductor—. Manda una bengala cuando vuelvas a necesitarme.

Bob observó cómo el adolescente entraba en la vieja furgoneta y recorría el camino circular de grava. Cuando el vehículo desapareció tras la verja, el banquero jubilado miró la casa por encima del hombro. Dirigió su silla eléctrica por el paseo hacia el patio trasero.

La mañana había sido sorprendentemente clara, más propia de septiembre que de junio. El rocío que había brillado en el césped finamente cuidado se había evaporado hacía una hora, y el sol estaba alto.

Se detuvo en el patio pavimentado de ladrillo. El río, marrón por el barro que había arrastrado la tormenta, seguía corriendo por encima del césped, los jardines y las arboledas cuidadosamente colocadas. Mañana correría, claro, y las rocas lisas ahora ocultas romperían la superficie, canalizarían las aguas, crearían movimiento y vida. Sólido, inmóvil y, sin embargo, potente.

Condujo la silla hasta el borde de los ladrillos y consideró la posibilidad de llevarla a través del césped hasta el paseo del río. Estaría bien bajar allí, sentir en la cara el aire fresco y más fresco del agua. Mientras pulsaba el mando, oyó que la puerta de la cocina se abría tras él.

Se detuvo.

—¿Quién era el chico de delante?

Bob dio la vuelta a su silla. Stephanie ya estaba dando caladas a un cigarrillo mientras cruzaba el patio. El maquillaje de la noche anterior seguía emborronado alrededor de sus ojos e iba envuelta en una bata verde de estampado japonés.

Le había comprado aquella bata hacía años. Le sentaba de maravilla, sobre todo cuando se la ponía sin nada debajo. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sexo. Y aún más desde que pensó en sexo con ella.

—Vive en el barrio —tocó la bolsa de periódicos que colgaba del lateral de su silla de ruedas—. Me los trae. Ya lo sabes.

La pequeña sacudida de su cabeza fue más un reconocimiento de que había hablado que un acuerdo, pero Bob no tenía interés en seguir con ese tema.

—Llamé a Rich esta mañana —tiró el cigarrillo a una maceta que había al borde de la albañilería y buscó otro en el bolsillo de la bata —. Le conté que Léa estaba en la ciudad.

Sus ojos brillaban de odio mientras encendía el cigarrillo.

—Dijo que se está ocupando de las cosas. Dijo que se irá muy, muy pronto.

Capítulo Trece



—Tienes la opción de compartir este cuarto de baño con Heather, o puedes compartir el mío. Pero eso significa que tienes que atravesar mi dormitorio.

De pie en la estrecha puerta del cuarto de baño de azulejos decorativos, Léa sintió el calor del cuerpo de Mick detrás de ella. Levantó la vista hacia él. Aún no había tenido ocasión de afeitarse esta mañana, y ella estaba fascinada por el crecimiento rubio de su barbilla, y por las ganas que tenía de tocar la barba incipiente.

—Sólo me quedaré un par de horas. Puede que no necesite ir al baño.

—Bueno, sé que se supone que no debes mojar esas suturas, pero un largo baño te sentará muy bien —su mirada recorrió la parte delantera de su vestido arrugado y manchado antes de encontrarse con la de ella—. Puedo abrir el grifo y ayudarte a desvestirte.

Con todo lo que tenía en la cabeza, resultaba casi chocante cómo reaccionaba su cuerpo ante él. Era como si hubieran pulsado una cuerda de violín, que iba desde su cerebro hasta algún lugar profundo de su estómago, y la vibración zumbara por todo su cuerpo.

—Creo que puedo arreglármelas sola —se mordió la sonrisa—. Pero gracias por la oferta.

Un par de pasos más atrás, en el pasillo, justo enfrente de la habitación de Heather, estaba el dormitorio de invitados. Un juego de camas gemelas anticuadas cubiertas con colchas de colores estaba colocado contra cada pared. Una alfombra trenzada y una mecedora en un rincón daban al lugar una sensación hogareña. La única ventana daba a un huerto en el jardín del vecino de al lado.

—Tendrás que compartir esto con Max.

Como si demostrara lo que decía su amo, el perro apareció y se abrió paso entre ellos. Se acomodó cómodamente en la alfombra. Léa miró más allá de Mick en busca de alguna señal de Heather. La adolescente se había ofrecido voluntaria para sacar a Max a pasear cuando llegaron.

Mick puso la bolsa de lona en una de las camas y le indicó dónde estaba el armario de la ropa blanca. —Puedes dormir, pero tendré que despertarte de vez en cuando para comprobar si…

—Somnolencia, náuseas. Recuerdo las instrucciones, doctor Conklin —se apoyó en la jamba de la puerta—. Soy más dura que la paciente media. De verdad, no tienes que preocuparte por mí.

—Pero quiero hacerlo.

A Léa se le cortó la respiración cuando su mano le tocó la cara.

—Aunque sólo sea por un par de horas, creo que ya es hora de que dejes que otra persona cuide de *ti*, para variar.

Atónita y sin habla, miró fijamente sus ojos azules. Se le hizo un nudo en la garganta al ver la sinceridad que había en ellos. La carta que sostenía en la mano se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo de madera.

Mick se agachó y lo cogió. Sonriendo, se lo tendió. —Tendré tu desayuno, tostadas francesas con pasas y compota de manzana,

listo cuando bajes.

¿Dijo «baja» o «cálmate»?, pensó mientras se daba la vuelta. Sabía que el mareo que sentía no tenía nada que ver con el golpe que se había dado en la cabeza la noche anterior. Era Mick Conklin, pura y simplemente. Le resultó imposible apartar la mirada de su espalda cuando desapareció escaleras abajo.

Sin embargo, el tacto de la carta en su mano fue una bofetada de realidad.

Léa entró en la habitación de invitados y empezó a cerrar la puerta. Mirando a Max, dejó la puerta parcialmente abierta para darle la oportunidad de salir si quería. El perro parecía perfectamente contento, acurrucado en el suelo.

No se había atrevido a abrir la carta por miedo a involucrar a Mick y a su hija más de lo que ya estaban. Probablemente Heather tenía sus razones para no admitir nada, pero Léa estaba segura de que la adolescente había estado anoche en la casa de carruajes.

También estaba bastante segura de que estaba viva gracias a Heather.

Léa se sentó en el borde de una de las camas y se quedó mirando la dirección mecanografiada. El sobre no estaba franqueado. En algún momento entre la hora en que había salido hacia su coche para pasar la noche y esta mañana, cuando había vuelto del hospital, alguien había deslizado esta carta por la ranura del correo de su puerta principal.

Lo abrió. Dentro había una sola hoja mecanografiada.

El lunes a las diez de la mañana siéntate en el banco que hay junto a la entrada del parque por la calle principal. Te reunirás con el Club del Odio de Marilyn. Estarán todos allí.

Léa pasó la página. Nada más.

Llamaron suavemente a la puerta y Heather asomó su cabeza morada. Léa dobló inmediatamente la carta y la volvió a meter en el sobre.

—Estoy bien. Estoy bien. Sin mareos.

—Bueno, eso no está bien. Se supone que tienes que estar deprimido y no sentirte muy bien. Así podré ir a buscar a mi padre.

Max se dirigió a la puerta para saludar al adolescente.

—¿Te ha metido en esto?

—De ninguna manera. Se me ocurrió a mí solo.

Léa metió la carta en un bolsillo exterior de la bolsa de viaje. —Bueno, a pesar de lo que quieran los demás, estoy demasiado tensa para tumbarme. Pasa.

Heather se encogió de hombros, pero entró de todos modos y se estiró sobre un codo en la cama de enfrente.

—Yo.

—Yo…

Los dos empezaron a hablar a la vez, y los dos se detuvieron en el mismo momento. Léa se rió. —Vale, tú primero.

Max apoyaba su gran cabeza en la cama, frente a Heather. La chica miró al perro, le rascó las orejas y le acarició el hocico durante un minuto. Finalmente, levantó la vista y se encontró con la mirada de Léa antes de apartar la vista.

—Estaba muy asustada —sus ojos azules eran idénticos a los de Mick—. Creí que habías muerto.

Léa tuvo que reprimir el impulso de ir hacia ella. No quería que Heather dejara de hablar.

—No… bueno, no fue sólo el ataque, aunque fue entonces cuando empecé a gritar. Fue la sangre. Creí que había llegado el momento. El final. Algún asqueroso decidió acabar con todo por ti. Y

no sólo por ti. Toda esa gente que debe estar contando contigo. Gente como tu hermano —se apartó una lágrima de la cara—. Verte así me hizo darme cuenta de que ni siquiera podía imaginar lo que pasaría si alguien hiciera daño a mi padre. No sé lo que haría.

—Seguro que tu padre piensa lo mismo —dijo Léa en voz baja—. Si *te* ocurriera algo.

Heather no dijo nada y Léa dejó que se hiciera el silencio durante un par de minutos antes de volver a hablar.

—Sé que muchos de nosotros, en un momento u otro de nuestras vidas, pensamos en la muerte como una respuesta a los problemas. Lo triste es que no es una respuesta. Sólo traslada nuestros problemas a otra persona. A los que sobreviven. Lo sé.

—Supongo que sí —dijo Heather en voz baja.

—Pero entonces, una cosa como este ataque, este accidente, sólo nos recuerda lo frágil que es la vida, lo permanente que es la muerte y cuánto amor tenemos dentro de nosotros para dar.

Las mejillas de Heather se enrojecieron bajo el maquillaje. Miró hacia la puerta; parecía dispuesta a salir corriendo.

—Y a mi avanzada edad, he descubierto que hay una gran diferencia entre la realidad y la romantización.

La adolescente volvió la mirada hacia Léa. —¿Qué quieres decir?

Léa miró alrededor de la habitación. Quería ganarse la confianza de la adolescente, no ponerla en un aprieto. Sobre todo, no quería ser la causa de que volviera a hundirse en su anterior melancolía. Una campana de iglesia sonó en algún lugar a lo lejos.

—Lo que intento decir es que en nuestra cultura estamos rodeados de imágenes románticas de la muerte.

—Oh, te refieres al rock and roll. Eso fue antes de mi época.

Léa sonrió y negó con la cabeza. —No. Hablo de otras cosas que nos rodean día a día. Como la religión. Cuando era niña e iba a la

escuela dominical, nos enseñaban que la crucifixión era una especie de regalo. Jesús nos amaba y por eso murió. Y esto es cierto en todas las religiones. Algunos cristianos aún creen en la autoflagelación como forma de purificar sus almas. Otros creen que morir por una buena causa les enviará al cielo —la campana de la iglesia seguía sonando. Léa miró hacia la ventana y soltó una carcajada—. Pero no estoy hablando en contra de la religión un domingo por la mañana. Todas esas religiones también *dan la bienvenida a* la vida. Lo que quiero decir es que la romantización de la muerte está en todas partes: en los libros, en la música, en las películas. Ni siquiera puedo contar cuántas versiones distintas de *Romeo y Julieta* he visto a lo largo de los años.

La atención de Heather parecía centrada en el perro, pero Léa sabía que estaba escuchando cada palabra.

—No pretendía dar un sermón. Pero lo que quiero decir tiene que ver con mi propia vida. Con mi propia familia. En realidad, con la situación de Ted —volvió a captar la atención de la adolescente—. Un jurado de ahí fuera le declaró culpable de matar a su propia familia. Pero yo creo que él no lo hizo. Y también creo que su continuo silencio, su depresión, su falta de ganas de luchar por su inocencia, todo forma parte del dolor de un padre por haber perdido a los que amaba. Para mí, ésa es la realidad de la muerte y lo que hace a los que se quedan atrás.

—Eso no tiene nada de romántico.

—Tienes razón.

Léa se limpió las frías palmas de las manos en la colcha. Quería decir muchas cosas más. Si Heather *había* pensado seriamente en acabar con su vida, entonces necesitaba mucho apoyo y asesoramiento. Pero todo eran conjeturas, y Léa no quería presionarla y que la adolescente se encerrara en su caparazón.

Léa le sonrió. —Lo que iba a decir era gracias. Gracias por estar ahí fuera. Sé que me has salvado la vida.

El rubor de la adolescente se hizo más intenso y se levantó. —Supongo que será mejor que te deje dormir o algo.

Léa se dio cuenta de que Heather no negaba estar ahí fuera. —Creo que mejor voy a intentar darme una ducha o un baño. Debo oler como la habitación de un hospital.

—En realidad, tienes peor aspecto del que hueles.

Léa también se levantó. —¿Siempre eres tan sincero?

—Sólo con la gente que me gusta.

Se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto —dijo Heather, deteniéndose junto a la puerta—. Lo contaría si viera quién te ha hecho esto.

—Lo sé. —Léa asintió y observó cómo la chica y el perro desaparecían por el pasillo.

Como casi todo en Stonybrook, la Floristería Miller siempre había estado cerrada los domingos.

A pesar de la tradición, desde hacía varios años Joanna Miller insistía en abrir el pequeño invernadero del vivero de atrás siete días a la semana durante la temporada de siembra. Lo necesitaba. No necesariamente por dinero, aunque unos dólares extra nunca venían mal. No, lo necesitaba por sí misma.

Porque los domingos eran todos de Joanna. Hacia las siete, de marzo a junio, sacaba su cajita de la floristería, junto con la vieja cafetera y una bandeja de pastas, y abría el local. Y llegaron los clientes. A cuentagotas, al principio. Pero luego se corrió la voz y las

cosas mejoraron. Algunos domingos, el negocio estaba bastante animado.

A Joanna le encantaba. Atendía a los clientes. Charlaba, reía y visitaba a los amigos y vecinos que pasaban a tomar café o simplemente a saludar. A veces compraban tomates, pimientos, hierbas aromáticas o plantas anuales, pero Joanna nunca presionaba a nadie. Era sólo una forma agradable de pasar una mañana agradable para un bicho raro de Stonybrook.

Mientras enchufaba el café y quitaba el plástico de la bandeja de bollería esta mañana, supo que uno de los verdaderos placeres de estas mañanas de domingo era no tener que lidiar con su hermana mayor Gwen mirándola por encima del hombro.

Con un poco más de dinero, quizá incluso el año que viene, Joanna pensó que podrían sustituir parte del invernadero cubierto de plástico por cristal, como era originalmente. Así podría hacer que esta tradición vernal durara todo el año.

Pero todo eso era sólo tal vez, pues el negocio era realmente de Gwen, y su hermana mayor ya estaba descontenta por lo que consideraba pura extravagancia por parte de Joanna.

Sólo las separaban doce años, pero había veces en que Joanna sentía que Gwen le llevaba el doble. Así se había sentido esta mañana.

—No fueron los croissants de mala muerte, y lo sabes —murmuró para sí misma.

Eran celos. Gwen estaba enfadada con Joanna porque ella tenía una vida. La gente de la ciudad la quería. Tenía vida *sexual*, por el amor de Dios. Se puso de pie con las manos en cada extremo de la bandeja de pasteles y se quedó mirando los colores de la hiedra geranio en las hileras de cestas colgantes hasta que su frustración empezó a remitir.

—Estás ganando la batalla. No te rindas.

—Espero que tengas razón. —Joanna sonreía incluso antes de volverse para ver a Andrew Rice—. No he oído tu coche.

—Estaba haciendo una caminata y decidí pasar por aquí.

Miró las pulcras líneas de hierbas en las mesas de plantación, y Joanna dejó que su mirada se detuviera en las musculosas piernas morenas, en los anchos y poderosos hombros de la camisa sin mangas.

—Estás estupendo, Andrew. Me gusta cómo te queda esa camisa.

—Gracias. —La rápida sonrisa hizo que su ritmo cardíaco se duplicara. Se tocó el vientre perfectamente plano—. He perdido cinco kilos, pero me quedan cinco más. Cada vez me cuesta más perder la grasa del invierno.

Joanna se sintió decepcionada al ver que dirigía su atención hacia las cestas colgantes.

—Pensaba enviar unas flores a una amiga que ha vuelto a la ciudad.

Se acercó a él.

—Estos estarían bien para una inauguración —Joanna se inclinó delante de él para señalar un grupo de macetas llenas de plantas perennes variadas. Su pecho le rozó el brazo y él se apartó un paso cortésmente.

—En realidad no es una inauguración. En realidad, es más bien una bienvenida —le dirigió una media mirada—. Es para Léa Hardy. He oído que ha vuelto y está trabajando en la vieja casa de la calle Poplar. Pensé que le vendría bien un poco de ánimo.

—Estoy segura. Yo también oí que había vuelto —la puñalada de envidia fue sorprendentemente profunda—. Tengo aquí algunas cosas que podrían ser un regalo apropiado.

La siguió hasta la siguiente fila de mesas. —¿«Crisantemos»? —Creía que eran flores de otoño.

—También tenemos crisantemos de primavera. Y en la cultura italiana se consideran flores funerarias. Especialmente apropiadas, ¿no crees?

—Joanna.

—O puedo preparar un bonito arreglo de girasoles. Los indios de las llanuras americanas los ponían en las tumbas de sus muertos. Ahora los gladiolos, o los claveles, incluso las rosas, son más universales por naturaleza. Pero no tengo nada de eso fuera.

—Jo…

Se sacudió el brazo y señaló una maceta de flores. —Toma. Las bocas de dragón podrían ser el regalo perfecto. Se supone que protegen de las maldiciones.

—Jo. Estás siendo totalmente inmadura. Para.

Le devolvió la mirada. A su rostro apuesto y a la terquedad de su boca. —¿Qué, no estás contento con mis recomendaciones?

—No me gusta cómo te comportas.

—Tienes razón —dijo ella—. Lo siento. En serio, dentro tengo una selección mucho mejor. Entra y echa un vistazo.

—Pero la tienda está cerrada los domingos.

Joanna enlazó su brazo con el de él y tiró de él hacia la puerta trasera de la tienda. —Ese horario es para todos los demás. Pero tú eres una excepción.

—¿Y por qué soy yo una excepción?

—Porque eres mi cliente *favorito* —dijo alegremente—. Y porque no te irás hasta que encontremos justo lo que quieres.

Sacó una llave del bolsillo de su vestido de verano y abrió la puerta.

—Últimamente no hemos tenido mucha suerte con lo que quiero.

—Lo que sólo significa que tenemos que esforzarnos más.

La tienda estaba a oscuras, pero Joanna no se molestó en encender las luces. En lugar de eso, tiró de él hacia dentro y cerró la puerta.

—Por favor —su boca atacó los labios de él. Sus dedos subieron por el pecho de él—. Hazme el amor, Andrew. No vendrá nadie hasta dentro de media hora.

—Jo.

—Andrew, te he echado tanto de menos. —Le besó los labios, la mejilla. Lo empujó contra la puerta y le mordió la piel salada del cuello.

—Jo, me has estado viendo por la ciudad todos los días. Así que no me has echado de menos.

—Sí, lo he hecho —dejó que sus manos palparan los contornos de su espalda, la curva de sus firmes nalgas.

Le puso las manos firmemente sobre los hombros y la obligó a mirarle a los ojos castaños oscuros. —Has echado de menos el sexo, Jo.

Ella se encrespó. —Eso no es cierto. A pesar de lo que puedas pensar, hay muchos hombres disponibles en esta ciudad.

Frunció el ceño. —Entonces, ¿a qué esperas? Adelante.

—¡Porque eso no es lo que quiero! —le rodeó con fuerza con los brazos y apretó la cara contra su pecho—. Por favor, no nos peleemos. Por favor. Por favor. Estas dos últimas semanas han sido horribles. No contestas a mis llamadas. Nos vemos por la ciudad, pero miras a través de mí. Como si yo no existiera. Como si todo el tiempo que hemos pasado juntos no significara nada. Andrew, me has hecho daño.

Pareció una eternidad antes de que sus brazos la rodearan. —Jo, a mí también me ha dolido. Pero no quiero seguir como estábamos.

Ya te lo he dicho antes. Estoy preparado para dar el siguiente paso. El tonteo ya no es suficiente. Quiero llevarte a citas de verdad, en las que la gente nos vea juntos. No estamos en los años 50. Podemos dormir juntos. Despertarnos juntos. Podemos pasar juntos los fines de semana.

—No te merezco.

—Eso es mentira, y lo sabes —acomodó la cabeza de ella bajo su barbilla—. Es hora de salir de esa morgue que tu hermana llama hogar. Es hora de que florezcas. Quiero mimarte, Jo. ¿Es mucho pedir?

—Lo haremos. Haremos todas esas cosas.

—¿Cuándo? —le agarró la barbilla y obligó de nuevo a Joanna a encontrarse con su mirada preocupada—. Si esto entre nosotros va a funcionar, me cansaré de tener que hacer una vigilancia de 360 grados antes de cogerte de la mano.

—Sólo lo hemos hecho por Gwen. Se volvería loca si se enterara.

—¿Que tienes un novio negro?

—Que tengo *algún* tipo serio. Todo gira en torno a Cate y su suicidio.

—Vamos, Jo.

—Gwen aún no lo ha superado. Y sé que estaría destrozada si pensara que la abandono ahora.

—Jo, tú tuviste una hermana que murió trágicamente, pero *de* eso *hace cuatro años*. Respeto el dolor de Gwen. Pero creo que está haciendo una carrera de por vida trabajando en la culpa de los demás.

Ella intentó apartar la mirada, pero él le sujetó la barbilla.

—Mira, no importa una mierda si Cate era lesbiana o no. Ni siquiera importa ya si fue Marilyn la que empezó a mover las lenguas en esta ciudad.

—Marilyn fue quien arruinó la vida de Cate.

—Puede que lo fuera. Pero tu hermana se suicidó diez años después de dejar Stonybrook. Y tú misma me has dicho que no sabes por qué lo hizo. Gwen, en cambio, se empeñó en culpar a Marilyn hasta el día en que la asesinaron.

Joanna apartó la mirada. Las palabras de Andrew sonaban demasiado a verdad.

—Cate está muerta. Déjalo.

—Lo he dejado.

—Puede que sí. Pero Gwen aún no ha terminado. Empezó contigo el día que Cate se marchó. No podías irte de esta ciudad… ¡Ni de esa casa, por el amor de Dios! Fuiste a la universidad pública porque Gwen no quería que te mudaras. Y cuando terminaste la carrera, tuviste que seguir trabajando en esta tienda. ¿Qué espera ella que hagas? ¿Qué trabajes aquí como una esclava, bajo su pulgar, para siempre?

—Vamos, Andrew.

—Te lo digo en serio. ¿Cuánto tiempo vas a dejar que te controle, Jo? ¿No te has sacrificado lo suficiente? No sé…

Un golpe en la puerta, detrás de Andrew, los detuvo a ambos. Inquieta, Joanna se acercó inmediatamente y encendió las luces del techo. Al oír el sonido de una llave girando en la puerta, cruzó la habitación hacia una de las vitrinas refrigeradas.

—Buenos días, *Dr.* Rice. ¿Qué te trae por aquí un domingo por la mañana?

Joanna observó cómo su hermana miraba a Andrew. Gwen siempre se aseguraba de reconocer su título profesional. El problema era que parecía utilizarlo para limitar hasta dónde podía llegar su sociabilidad. Siempre formal.

—Su hermana tuvo la amabilidad de recomendarme un arreglo floral para una amiga.

En el momento justo, Joanna se encontró metiendo la mano en el frigorífico y sacando un gran y exótico arreglo de flores silvestres. —Ésta era la que quería que vieras. Es mi favorita. Si quieres, puedo llevarlo a tu casa esta tarde, ya que no tienes coche.

—No será necesario —dijo Andrew con frialdad—. Me encargaré de que lo recojan mañana. Hasta luego, Gwen.

Los pasos de Joanna se movieron por sí solos hacia la puerta, siguiéndole. Algo había cambiado en su relación, y una sensación de frío temor la invadió. Pero no iba a perderle. No podía permitir que saliera de su vida. Le quería.

La mano de Gwen rodeó su muñeca.

—Necesito hablar contigo, Joanna. He tenido una mañana muy dura.

—Mi nombre está en todas las malditas campañas benéficas del condado. Paso la mitad de mi tiempo yendo a comidas aburridas o cenas insulsas. Cada vez que me doy la vuelta, hay otra mano tendida buscando otro cheque —Marilyn apoyó las manos en el escritorio de su nuevo abogado y miró fijamente al hombre de aspecto distinguido—. ¿Me estás diciendo que todo eso no significa nada cuando se trata de ganarle a Ted la custodia de las niñas?

—Yo no he dicho eso —respondió el hombre con calma—. Pero tu marido ha conseguido un apoyo muy fuerte de los miembros de tu propia comunidad.

—¿Quién? —Ya lo he preguntado antes—. ¿A quién tiene?

El hombre abrió una carpeta de su escritorio. —Gwen Miller. Prestó declaración declarando que creaste un escándalo en relación con su hermana hace unos años.

—¡Increíble! La misma mierda de siempre, de historia antigua, de colegiala. Bueno, puedo darte suficiente información para que te quedes completamente sin aliento.

—Por supuesto. Los tribunales entienden que siempre hay otra parte —volvió a sus archivos—. Brian Hughes, propietario de un restaurante en Stonybrook. Dice que te ha visto beber mucho y comportarte bruscamente con tus hijos en compañía de varios hombres en su establecimiento. También hay una declaración muy contundente del reverendo Allan Webster.

—Puedo ocuparme de ellos, no hay problema. Retirarán sus declaraciones —se aseguraría de que lo hicieran.

—Sí, seguro que cualquier enmienda que hagan lo «aclarará» todo —el abogado miró a Marilyn—. Pero el mayor perjuicio para tu posición proviene de esta siguiente declaración, en la que te califican de «madre no apta».

—No me lo creo. Nadie se atrevería a decir algo así de mí.

—Me temo que sí.

—¿Quién?

El hombre dudó un largo instante antes de contestar. —Stephanie Slater. Tu madre ha declarado inequívocamente que cree que tu marido debe obtener la custodia de las dos niñas.

Capítulo Catorce



Cuando Heather entró por la puerta trasera con el perro, Mick echó un vistazo por encima del periódico abierto.

—¿Está Max enfermo?

—No. ¿Por qué? —Heather abrió la puerta de la nevera. La vio mover unas latas de refresco del armario a la nevera. Abrió una. Luchó contra el impulso de decirle que era demasiado temprano para tomar refrescos. Diablos, él había bebido cosas peores que refrescos por la mañana cuando tenía su edad.

—Pues porque ya le has eliminado tres veces.

—Creo que sus horas deben estar mezcladas o algo así. No sabe si es de día o de noche. Yo pienso lo mismo.

—¿Alguna vez tienes problemas para dormir?

Una expresión cautelosa apareció en su rostro. —¿Por qué preguntas eso?

Mick optó por el enfoque directo. —Ayer me llamaron de la farmacia. Sobre una receta que dejaste.

—Me estaban controlando —dio un largo trago al refresco—. ¿Y qué les dijiste? ¿Que no lo llenara?

—No, no he dicho eso —dobló el periódico—. Confío en ti, Heather. Y también confío en tu madre. Creo que es una pediatra

muy buena. Lo que me lleva de nuevo a la razón por la que hice la pregunta para empezar. He concertado una cita para que veas mañana por la tarde a un médico de la ciudad. Es médico general.

—¿Para qué? No estoy enferma ni nada.

—No he dicho que lo fueras. Pero como vas a estudiar aquí en otoño, necesitas un médico local —la sospecha seguía siendo evidente en su rostro. Mick se recostó en la silla—. Además, esperaba que pudieras investigar a este tipo para Léa. En el hospital esta mañana le dijeron que debería ver a su propio médico dentro de un par de días para comprobar los puntos. Pero creo que ya no conoce a ningún médico local. Así que si nos das información sobre este tipo…

—Claro, utilicemos a Heather como conejillo de indias.

—Oye, este tipo me lo recomendó tu abuelo. Sólo quiero saber si es bueno con las mujeres.

Heather pareció pensárselo un momento y luego dejó la lata de refresco vacía junto al fregadero. —¿Crees que se quedará por aquí?

—Leyendo lo que aparece en el periódico de hoy, parece que sí —Mick empujó el periódico al otro lado de la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Han publicado un artículo sobre su vida en el periódico de Filadelfia. Aún no he terminado de leerlo entero.

Heather cogió el periódico. Lo hojeó hasta que encontró la página. —Una foto horrible. Parece un muerto viviente. *¡Cuestión de apelación!* Buen título. Muy pegadizo. ¿La entrevistaron o algo para esto?

—No, dicen que no aceptaría ser entrevistada. Pero hay mucho material de todos los demás con los que trabajó.

—Genial. Aquí tienes una foto de su casa. Incluso tiene la esquina de *nuestra* casa. ¿Dice que va a andar por Stonybrook?

Mick dudó un momento. Su hija estaba realmente entusiasmada.

—Dice que puede estar buscando una nueva representación para su hermano. Y menciona que su casa estuvo en venta hasta la semana pasada. Puede que los dos estén relacionados.

—*Está* intentando venderlo. Por el dinero para un nuevo abogado. Ella misma me lo dijo —los ojos azules de Heather se clavaron en los de Mick—. ¿Por qué no la ayudas? Con la casa y todo eso. Hazte cargo. Tu gente no tardaría nada en arreglarla.

La misma pregunta había cruzado la mente de Mick mientras leía el artículo. Ahora todo recaía claramente sobre los hombros de Léa. Su devoción por su hermano era lo único atractivo de todo este juicio. Hacía dos años que había decidido que no se involucraría. No era asunto suyo. No tenía nada personal en juego. Incluso se había negado a formarse una opinión sobre si Ted era capaz de matar a su familia.

El artículo ofrecía una imagen clara de lo que había sido su vida en los dos últimos años. El cuidado de una tía moribunda. Los viajes de ida y vuelta entre Maryland y Pensilvania. Las presiones de su trabajo, el juicio, la carga económica. Y aún no tenía fin. Incluso aquellos periodistas hastiados pensaban claramente que la actuación del abogado de Ted durante el juicio había bordeado los límites de la competencia. Lo que significaba que necesitaba ayuda económica inmediata para un nuevo abogado. Por supuesto, Mick no podía creer que arreglar y vender la casa proporcionara dinero con la rapidez suficiente para cambiar las cosas. Diablos, el abogado que tenía ahora probablemente ya había embargado la casa.

—¿Y bien, papá? ¿Qué te parece?

Mick se levantó para servirse otra taza de café. —No creo que a Léa le gustara que intentara hacerme cargo de su vida. Además,

vender la casa de inmediato podría no ser la solución a sus problemas. No tenemos forma de saber qué le pasa.

—Pero debe haber una forma de que puedas ayudarla. Tú tienes amigos. Ella no tiene a nadie. Como esta mañana en el hospital. Si no hubiéramos estado allí, no habría tenido a nadie a quien llamar para que viniera a recogerla.

—Lo último que necesita ahora es pensar que nos compadecemos de ella. Puede que tenga mala suerte estos días, pero nunca ha perdido su orgullo —se sirvió un vaso de zumo de naranja y lo llevó a la mesa, poniéndolo delante de Heather—. Creo que podemos ayudarla con sólo estar aquí. Pero le ofreceré mi ayuda. Ya sea reparando su casa o estableciendo contactos con otros abogados o lo que sea. O simplemente apoyándola como amiga. Al mismo tiempo, tenemos que respetar su decisión sobre hasta qué punto está dispuesta a aceptarnos.

—Sabes que ésta es una de las grandes diferencias entre tú y mamá. Ella se limitaría a extender un cheque.

—¿Estás diciendo que debo extender un cheque?

—No —cerró y dobló el periódico sobre la mesa—. Tú… piensas en los sentimientos de la gente. Lo piensas e intentas hacer lo correcto.

—Puede que la forma en que tu madre y yo hacemos las cosas tenga que ver con nuestros trabajos. Con nuestros estilos de vida. Quizá con el lugar donde vivimos.

—No, la situación sería idéntica independientemente de mi lugar de residencia. Además, no es necesario que la justifiques —tomó el periódico—. ¿Puedo llevármelo a la planta superior para leerlo?

—¿Vas a bajar luego a desayunar con nosotros?

—¿Tengo que comer tu comida?

—Siempre hay cereales fríos.

Ella lo miró de reojo y se metió el papel bajo el brazo. —Puede ser. Me lo pensaré.

Mick la vio coger el vaso de zumo de naranja y sacarlo de la cocina.

Zumo de naranja. Definitivamente, habían superado otro hito.

LÉA ESTABA DEMASIADO inquieta para tumbarse. El baño de cinco minutos y los dos Tylenols le habían sentado muy bien.

Los recursos del juicio y los honorarios de los abogados y la venta de la casa y las extrañas cartas de algún chiflado seguían siendo urgentes. Y desde la noche anterior, había que añadir a la lista el asunto de un asqueroso que intentaba dejarla inconsciente.

Pero, por encima de todo eso, sus sospechas sobre la posibilidad de que Heather fuera una suicida eran las más inquietantes. Ya sabía cuál sería la reacción de Mick si le contaba sus sospechas. Por el momento, la única respuesta era que Léa vigilara a Heather mientras estuviera cerca.

Vestida con su última camiseta limpia y un pantalón corto vaquero, guardó su bolsa de lona con la colada y ordenó la habitación.

Hacía unos minutos que había oído cerrarse la puerta de la habitación de Heather. Léa aprovechó la ocasión y bajó las escaleras.

Max salió a su encuentro al pie de la escalera, meneando la cola. Lo acarició y luego echó otra mirada apreciativa a las habitaciones del primer piso, tan bien decoradas, mientras seguía al perro hasta la cocina. Encontró a Mick trabajando en su despacho, una habitación contigua a la cocina.

—Buenos días.

Levantó los ojos del papeleo que tenía sobre la mesa e inmediatamente se levantó. —¿Qué haces ya levantado? Se supone que deberías estar descansando.

—He descansado.

—¿Tocaste alguna vez la almohada? ¿Te metiste en la cama?

Se apoyó en la puerta. —Creo que las camas están sobrevaloradas.

—Depende de para qué las utilices.

—Realmente necesito dormir muy poco.

—Eso deja mucho espacio para ser creativo.

Léa miró la presión de su cadera contra el escritorio. El estiramiento de sus largas piernas en los vaqueros desteñidos. Los pies descalzos. Levantó la vista y vio el brillo burlón de sus ojos azules.

—¿Estamos hablando de lo mismo? —preguntó inocentemente.

Se apartó del escritorio y se acercó a ella. —Hablaba de dormir. ¿Y tú?

—Sí. Yo también. —Léa salió de la habitación antes de que él llegara a la puerta—. Entonces, todas esas promesas sobre el desayuno. ¿Era sólo palabrería, o realmente sabes cocinar?

—¿Tienes hambre?

—Muerto de hambre.

Su mirada ondulaba sobre ella, como el agua sobre los guijarros, cubriéndolo y tocándolo todo. —Sí. Yo también.

—Dime qué tengo que hacer —ella se adelantó a él. La recorrieron las sensaciones más extrañas. Quería correr, crear espacio entre ellos. Al mismo tiempo, quería que la atraparan. Y *ésa* era la primera vez.

—Puedes poner la mesa y servir un poco de zumo. Por cierto, ¿té o café?

—He olido café. Si tienes suficiente, me encantaría una taza.

Mick le sirvió un poco y luego le enseñó dónde estaba todo. Mientras él se dedicaba a preparar el desayuno, Léa aprovechó para decir lo que tenía en mente.

—Me preguntaba si te opondrías si le ofreciera trabajo a Heather.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Ayudándome con unos proyectos al lado. —Léa dobló y volvió a doblar la misma servilleta—. No tengo más remedio que quedarme por aquí un tiempo. Así que he pensado que, si te parece bien, ya que parece que va a pasar el verano en casa, podría convencerla para que pinte algo. Todo sería en el interior. Prometo darle sólo trabajos seguros. Nada de escaleras altas. Nada de herramientas eléctricas.

Ella vio la vacilación en su rostro.

—Mick, entiendo perfectamente que estés en contra. No le he mencionado nada de esto. En realidad, ahora que lo pienso, con esto que pasó anoche… —Se tocó la venda de la frente—. Fue un error por mi parte incluso…

—Heather es muy buena con las herramientas eléctricas.

Léa no pudo ocultar su alegría por su respuesta. —¿Lo es?

—Le enseñé yo mismo. A mí tampoco se me dan mal las herramientas eléctricas.

Ella le lanzó una mirada suspicaz. —Debe de ser cosa de hombres. *Todos* decís que se os dan bien las herramientas eléctricas.

—Pues resulta que yo soy mejor que la mayoría —mojó el pan con pasas en la masa y lo puso en la plancha.

Se dirigió a un cajón para coger unos cubiertos. —Si ésta es una de esas líneas para impresionar a las chicas, hace unos desayunos estupendos y es bueno con las herramientas eléctricas, no la necesitas conmigo.

—Así que nada de mí te impresiona, ¿eh? Rodeó a Léa con el brazo y la estrechó contra su costado.

La conmoción de su acto hizo que se le entretuviera el aliento en el pecho. Se había duchado y afeitado. Léa se sintió atraída por el tenue aroma de su colonia, por la curva completa de su labio inferior, por los profundos ojos azules que la miraban fijamente. Se dio cuenta de que lo que más deseaba era que la besara en aquel momento.

—Al contrario de lo que piensas —susurró—, todo en ti me impresiona.

El chisporroteo de la mantequilla en la plancha rompió el momento, y él la soltó para dar la vuelta a las torrijas. Ella se obligó a apartarse de su alcance y volver a la mesa del desayuno, al otro lado de la habitación.

¿Qué le pasaba? Dispuso los cuchillos y los tenedores.

—Lo utilizo como parte de mi trabajo, Léa —miró a su alrededor —. Herramientas eléctricas. Soy contratista. Constructor. Nos ganamos la vida reformando casas o negocios.

—¿En serio? —estaba realmente sorprendida. Y entonces cayó en la cuenta—. Claro que lo eres. La camioneta que conducías ayer —se acercó a la ventana que daba a la entrada. Junto al Volvo negro con el que la había traído a casa desde el hospital, estaba la misma camioneta roja que le había visto conducir ayer—. El nombre en el lateral. Constructores de Piedra. No estaba pensando. ¡Qué bien! ¿De verdad te ganas la vida así?

Colocó la primera tanda de tostadas en una bandeja metálica, la metió en el horno y empezó con una segunda tanda. —Sí, y sí, dejé la facultad de medicina para utilizar las manos en otras cosas y trabajar al sol y ser mi propio jefe. Bastante poco impresionante, ¿no?

—En absoluto —Léa negó con la cabeza, volviendo a poner la mesa—. Pero no me hagas soltarte uno de mis largos discursos sobre la importancia de *cada* carrera. Paso por esto todos los años con mis hijos de noveno curso. En realidad, lo que he descubierto a lo largo de los años es que *ellos* tienen razón, y los supuestos adultos se equivocan. Los chicos ven el trabajo como una forma de conseguir dinero de bolsillo. Trabajan para vivir. La mayoría de sus padres viven para trabajar.

—¿Dónde te sitúas en esa escala?

—Supongo que llevo un tiempo deslizándome entre los dos extremos. Al menos desde que empezó el juicio de Ted, he tenido que trabajar por motivos económicos. Al mismo tiempo, había muchos días en los que no veía la hora de volver a mi trabajo como forma de escapar de esa realidad. —Léa no quería pensar en eso. No quería recordar que ahora seguía siendo la realidad que guiaba su vida—. Basta ya de hablar de mí. ¿Cómo te enganchaste a los Constructores de Piedra? Hace tiempo que existen, ¿no?

—Unos cincuenta años. —Se acercó con la cafetera y le llenó la taza—. Los compré.

En realidad, a Léa no le sorprendía. La madre de Mick había tenido mucho dinero y su padre debió de ganar su parte durante los años que ejerció la medicina en Stonybrook. Y Mick era hijo único. El chico de oro.

—Era cosa de la segunda generación. El hijo del fundador había llevado el negocio prácticamente a la quiebra, así que trabajé allí y acabé dirigiéndolo durante más de siete años. Cuando volvió a tener un nombre que valía la pena, se dirigió a mí. Así que eso es lo que realmente compré. El nombre.

Hizo una pausa, sintiéndose culpable. Mick también había luchado contra toda una vida de etiquetas. Y ella no era diferente de

los demás a la hora de sacar conclusiones precipitadas.

—Lo que me lleva al punto de partida. —Le dio la vuelta a la tostada francesa—. Léa, si estás dispuesta, puedo hacer que algunos de los míos trabajen en tu casa. Pueden hacer la mayor parte del trabajo por ti en poco tiempo.

Su objeción fue inmediata. —Mick, tú y Heather ya habéis hecho bastante por mí. No puedo aceptar algo así.

—Puedes tratarlo como una especie de préstamo que puedes pagar más adelante. Míralo como una propuesta de negocio.

—Entonces eres un mal hombre de negocios. No puedo dejar que lo hagas —Léa negó con la cabeza cuando él empezó a discutir—. Te agradezco lo que intentas hacer, pero ni siquiera yo misma sé cuánto tiempo estaré por aquí, ni cuánto trabajo haré en la casa, ni si la sacaré a subasta, ni si la alquilaré o lo que sea. Ahora mismo hay demasiadas cosas en el aire. Y contratar ayuda a tiempo parcial es realmente el máximo compromiso que puedo asumir.

—Vale, sólo quería ofrecértelo. Y no tengo ningún problema si quieres pedírselo a Heather.

—Gracias. —Su consentimiento significaba su confianza, y Léa estaba agradecida por ello. Se apoyó en la puerta de la nevera, viéndole añadir especias a una olla de compota de manzana—. Sería estupendo que lo consideraras.

—Heather me ha dicho que también estás buscando un nuevo abogado. ¿Has encontrado ya a alguien?

—Lo he hecho. O al menos, eso espero. Tiene una reputación excelente. Pero aún no sé si va a aceptar el caso o no. Ha estado mirando las transcripciones de los juicios durante el fin de semana, y se supone que la llamaré mañana por la tarde.

—¿Cómo se llama?

—Sarah Rand. No es originaria de por aquí. Por lo que he oído, se trasladó a la zona no hace mucho. Ya se está haciendo un nombre.

—La conozco.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y su marido. Está casada con Owen Dean, el actor. En realidad, ahora es productor. Es la misma mujer que la policía pensaba que había sido asesinada por un juez amigo suyo hace un par de años. En Rhode Island. Owen la ayudó de algún modo y, cuando se resolvió todo el embrollo, acabaron casándose. Sus nombres y fotos aparecieron en todos los periódicos del país, creo.

—Sabía que estaba casada con Owen Dean, pero nada del resto. Eso demuestra lo desconectada que he estado. ¿Pero de verdad los conoces personalmente?

—Construí una ampliación en una granja de piedra que compraron el año pasado. Está a media hora de aquí. En Buckingham —apagó los quemadores bajo la plancha—. Al principio iban a estar fuera, en Rhode Island, la mayor parte del verano. Pero Owen participó en una película que se rodaba por aquí. Así que estuvieron aquí viviendo en la casa mientras trabajábamos. Llegué a conocerlos bastante bien.

—Vaya, ahora sí que estoy impresionada.

—Son buena gente. Muy normales. Y tienes razón, se dice que es una abogada muy capaz.

—Es maravilloso saberlo —dejó escapar un suspiro melancólico —. Ahora tengo que cruzar los dedos y esperar que quiera el caso.

—Todo está listo. ¿Vas a servir zumo o qué? —sonriéndole, se dirigió a la puerta de la cocina y llamó a Heather.

Léa despejó su mente de todo excepto de esta cocina, estas personas, este desayuno. Abrió la puerta del frigorífico y se quedó

mirando la selección de zumos. —¿Qué quieres beber?

—¿A ver? Elecciones, elecciones.

Estaba cerca de ella, tan cerca que sintió el cosquilleo de su aliento en el cuello. Se estremeció y entonces su espalda se apretó contra el pecho de él.

—¿Tienes frío?

Léa negó con la cabeza. Parecía como si no pudiera decidirse. —Te gusta tomarte tu tiempo, ¿verdad?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Hipotéticamente, diría que me gustaría. Pero en mi vida, el tiempo es un lujo que hace tiempo que no experimento.

—Entonces tendremos que trabajar en eso, ¿no?

Léa miró por encima del hombro y lo encontró mirándola a los labios. No supo lo mucho que le necesitaba hasta que él acercó su rostro y puso su boca sobre la de ella. Era como un sueño, así que no se atrevió a cerrar los ojos por miedo a que todo desapareciera. Sus pestañas eran largas, sus ojos azules ahumados y, en un instante, su sabor y su olor sumergieron a Léa en un torbellino de sensaciones.

Mick se apartó del beso demasiado pronto, pero sus ojos se detuvieron en los labios de ella.

—¿Has decidido qué quieres beber? —consiguió preguntar de algún modo.

—Sí, definitivamente sé lo que quiero.

Léa sonrió y se giró ligeramente en sus brazos. Mick volvió a besarla, como si sellara su decisión. Pero esta vez ella le devolvió el beso, acariciándole la mandíbula, la oreja, pasándole los dedos por el pelo corto, sintiendo el calor de su piel mientras permanecían de pie frente a la nevera abierta.

Cobró vida con el abrazo. El beso se hizo más profundo y una extraña euforia la recorrió. Léa sintió el segundo exacto en que Mick empezó a perder el control. Su cabeza se inclinó, sus brazos se cerraron con fuerza en torno a ella y en su garganta se oyó un profundo sonido de satisfacción.

Los pasos de Max, que arañaban y repiqueteaban al doblar la esquina al pie de los escalones, fueron seguidos por el gruñido de Heather sobre algo que había hecho el perro. Léa y Mick se separaron de un salto como dos adolescentes culpables. Léa prácticamente se arrastró hasta el interior del frigorífico, mientras Mick se dirigía al fregadero y abría el grifo de los platos sucios.

—¿Estáis bien?

Capítulo Quince



Ninguna de sus respuestas sonaba mínimamente coherente. Heather miró de la espalda de su padre a la de Léa y luego a la cabeza de Max, que estaba prácticamente apoyada en la mesa del desayuno. Dejó caer el periódico doblado sobre la encimera.

—Bonito artículo. —Metió la mano en un armario y empezó a servirse cereales—. Te hace parecer una supermujer o algo así. Por cierto, ¿por qué no aceptaste hablar con ese tipo? Suena bastante justo y obviamente cree que eres la próxima Madre Teresa.

Léa la miró por encima de la puerta abierta de la nevera. —¿Qué, tío?

Heather pensó que parecía sonrojada. —¿Tienes calor o algo? ¿Tienes fiebre?

—No. Estoy bien. ¿Te sirvo un poco de zumo?

—Refresco. No te molestes en tomar un vaso.

—Beberá zumo de naranja —su padre puso la bandeja de comida y un cuenco de compota de manzana sobre la mesa—. Yo tomaré lo mismo.

Heather observó con interés cómo la mirada de Mick tardaba en apartarse de Léa. Estaba observando a Léa, pensó, un poco sorprendida. De hecho, esperó a que ella viniera a sentarse antes de

que se sentara él. No lo hacía cuando comían los dos. Su mano rozó la de Léa varias veces, y cuando Max intentó meterse debajo de la mesa, Heather miró hacia abajo y vio que sus pies descalzos se tocaban.

Ocultó la sonrisa y se sirvió la leche en los cereales. No recordaba la última vez que se había sentido tan normal. No recordaba la última vez que había comido cereales.

—No tienes por qué ocultarme tus travesuras, ¿sabes? Creo que es algo bueno para los dos.

Léa se sonrojó *y* sonrió, luego escondió la cara detrás de la taza de café.

Mick sacudió la cabeza y sonrió. —Pensé en seguir tu consejo.

—Ya era hora —Heather alargó la mano detrás de ella y volvió a coger el periódico, echando un vistazo a la foto—. Pero *tenemos* que hacer algo con una foto publicitaria para ti. Si vamos a salir, entonces también hablamos de *mi* reputación.

—¿De qué estás hablando?

—No creo que pueda hacer mucho al respecto durante un tiempo. No con todos esos puntos y los vendajes —Mick le quitó el periódico a Heather y lo miró con más detenimiento—. En realidad, no sé por qué no te gusta ésta. Parece muy profesional.

—Estoy totalmente perdido. Déjame verlo. —Léa se acercó para coger el papel, pero Mick le robó un beso antes de entregárselo.

A Heather le pareció bonito que Léa se sonrojara.

—Eh, perdona. No nos pasemos con esto, ¿vale? Me gustaría no desayunar —se quedó atónita cuando su padre se inclinó hacia ella y también la besó. Atónita y complacida—. Oh, ya que estamos, vamos a deformarnos del todo.

Sonó el teléfono.

—Yo voy —dijo su padre—. Comed vosotros.

Heather vio cómo la expresión de Mick se volvía seria mientras escuchaba a quienquiera que estuviera al otro lado, y sus nervios volvieron a hacer mella en ella. Había salido a buscar en aquella cochera tres veces esta mañana y aún no había podido encontrar el frasco de somníferos. Si podía evitarlo, no quería que nadie le hiciera preguntas sobre ellos, aunque tuviera una razón legítima para tomar la medicación. Por si acaso, se había inventado rápidamente una historia. El frasco se le había caído del bolsillo la tarde anterior, cuando había perseguido a Max hasta allí… o algo así.

La etiqueta llevaba su nombre, y lo único que pudo deducir fue que uno de aquellos policías debía de haberla recogido esta mañana temprano.

Era una cuestión de privacidad. No era asunto suyo que ella tuviera las pastillas. No había cometido ningún delito, se recordó Heather, mientras Mick salía de la cocina y se llevaba el teléfono para hablar en privado en su despacho. La única mentira había sido que había salido *cuando* Léa ya estaba en el suelo. Pero incluso estando tan cerca, no había visto al asqueroso.

Heather miró a través de la mesa hacia la cabeza vendada de Léa. La mirada de la mujer se apartó inmediatamente del papel y se encontró con la suya.

—Sólo con leer este trocito, estoy asombrado. ¿En qué parte del artículo suelta la bomba?

—No lo hace. En realidad, es bastante bueno.

Léa aún negó con la cabeza, dubitativa, antes de dejar el papel a un lado. —Creo que aceptaré tu palabra.

La compota de manzana que Léa estaba echando en la tostada francesa parecía comestible. Heather cogió una cucharada y se la puso en los cereales.

—Debe de haber un defecto genético en esta familia. A tu padre le gusta la cerveza con sus galletas. A ti te gusta la compota de manzana con los cereales. A los dos os dan bien las herramientas eléctricas.

Heather se encogió de hombros, pero no pudo contener la sonrisa. —Eso has oído.

—Sin duda, es un padre orgulloso. Y con razón, por lo que veo.

La cálida sensación que se extendía en su interior era sorprendente. Esta mañana estaba llena de sorpresas. Heather sólo podía pensar en lo cerca que había estado de acabar con su vida la noche anterior. Clavó la mirada en el cuenco de cereales y sintió que se le atragantaba. La amplia oscilación de sus emociones en unas pocas horas era un poco aterradora.

—Me preguntaba… no, en realidad esperaba… —Léa hizo una pausa hasta que Heather levantó la vista—. ¿Considerarías la posibilidad de hacer algún trabajo para mí durante las próximas dos semanas?

—¿Haciendo qué?

—Trabajar en la casa. No sé, tal vez algo de raspado y pintura.

—Eso es bastante aburrido.

Léa le señaló con un tenedor. —Haz un buen trabajo con eso, y puede que te deje pasar a lijar suelos.

—¿Significa esto que vas a quedarte por aquí un tiempo?

—Lo estoy considerando.

Heather intentó no mostrar su alegría ante la noticia. —¿Cuánto me vas a pagar?

—¿Cuál es la tarifa actual?

—A ver —dio un sorbo al café de su padre y casi se dio la vuelta. No tenía azúcar. Añadió dos cucharadas colmadas y removió—. ¿Qué te parecen veinte pavos la hora?

—Como un atraco a mano armada. —Léa se cruzó de brazos—. ¿Qué te parecen cinco?

—Que sean seis, y podría considerarlo.

—Hecho. —Léa cogió el cuchillo y el tenedor y volvió a atacar la comida del plato—. Estoy impresionada. Está buenísimo. ¿Por qué están tan buenas las torrijas?

—Pone extracto de vainilla en la masa y se cree Chef Boyardee.

Heather pensó en probar las tostadas francesas. Antes le encantaban, pero en vez de eso dio otro sorbo al café. Necesitaba más azúcar.

—Tengo algunas condiciones. Llámalo beneficios marginales o algo así —añadió otra cucharada de azúcar y removió.

—¿Tu padre también fue quien te enseñó a negociar?

—Lo llevamos en la sangre. Vuelvo a mis condiciones de trabajo.

—Te daré guantes y gafas de trabajo. ¿Qué más podrías necesitar?

—Empiezo cada vez que me levanto por la mañana. Y no me das la lata con la bebida.

—Supongo que te refieres a un refresco.

Heather asintió a medias.

—Si quieres pudrirte los dientes y arruinar el revestimiento de tu estómago, por mí está bien.

—Ahórratelo. Ya lo he oído todo antes —cogió un trozo de tostada francesa y lo mojó en la compota de manzana—. ¿Qué me dices?

Léa se encogió de hombros. —Adelante. No pago el seguro dental. Puedes elegir tu dentadura postiza la próxima vez que estés en el centro.

Heather se mordió la sonrisa. —Y lo segundo es que no me das la tabarra con lo de fumar.

—No. De ninguna manera —Léa negó con la cabeza—. Esas cosas pueden matarte, y no quiero saber nada de ellas.

—Ayer no dijiste nada cuando me viste en la entrada —dio un mordisco al pan.

—Entonces no te ofrecía trabajo. Además, estaba demasiado lejos. Sin peligro de humo ajeno.

—No intentes decirme que tienes miedo al humo de segunda mano.

—En realidad, sí —dijo Léa rotundamente—. Además, estoy arreglando esa casa para venderla. No quiero que huela a humo cuando todos los posibles compradores hagan cola para verla. Esa cosa apesta *y* se pega durante mucho tiempo.

Heather se planteó suspenderlo todo. Pero en vez de eso, puso otra cucharada de azúcar en la taza de Mick. Tenía que admitir que sería divertido levantarse por la mañana e ir a trabajar. Y aún más divertido sería estar con Léa todo el día. Era guay.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pensarlo?

—No tengo por qué. —Heather volvió a probar el café. Era demasiado dulce, incluso para ella. Volvió a dejarlo junto al plato de su padre—. Aceptaré el trabajo. Pero no es porque me caigas bien ni nada de eso, ni porque me crea eso de fumar y todo eso. Lo haré… bueno, porque me parece muy guay que tengas un hermano condenado a muerte.

Léa la miró un momento con cara de asombro. Entonces, Heather vio que su mano cruzaba la mesa y cogía la suya.

—Gracias —dijo Léa en voz baja.

Sus ojos color avellana se empañaron, pero Mick volvió a entrar en la cocina en ese momento, y Léa se afanó en enderezar los pliegues del papel. Una mirada suya y Heather supo que algo no iba bien.

—Hay un problema en uno de los trabajos. Tengo que dejaros solos esta mañana. ¿Creéis que podréis cuidar el uno del otro?

—No necesito una niñera —dijo Heather a la defensiva.

—Sé *que tú* no, pero ella sí. —Aún de pie, dio un mordisco a su plato y cogió el café para bajarlo.

La expresión de su cara no tenía precio mientras se comía un bocado. No podía escupirlo en el fregadero lo bastante rápido.

—Yo tampoco podría bebérmelo —dijo Heather inocentemente—. Demasiado dulce.

—Limpia la cocina, mocosa —le ordenó Mick, fulminándola con la mirada—. Tengo que hablar con Léa.

—No hay problema. —Heather apartó los cereales empapados y, despreocupada, puso delante de ella la compota de manzana y las tostadas francesas. Mientras cogía un cuchillo y un tenedor, vio cómo su padre conducía a Léa a su despacho y cerraba la puerta.

—Quiero que te quedes aquí.

—¡Claro! Heather y yo vamos a pasar toda la mañana juntas. Ha aceptado ayudarme a un lado.

—Eso está muy bien. Pero me refiero a que te quedes aquí con nosotros mientras trabajas en tu casa. —Mick hojeó un archivador y encontró lo que buscaba. Dejó caer la carpeta sobre su escritorio—. Quiero que utilices esta casa como base, donde te alojes y duermas. No quiero que estés sola allí por la noche.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta. —Estaré bien, Mick. Anoche no me habría pasado nada si no hubiera salido en mitad de la noche.

—Sí, podría ser —se calzó las zapatillas—. Por favor, Léa, hazlo por mí. Algo loco está ocurriendo en Stonybrook, y me sentiría mucho mejor si estuvieras en algún lugar donde pudiera vigilarte.

—Esto tiene algo que ver con la llamada telefónica, ¿no? ¿Ha ocurrido algo en uno de tus trabajos porque me has estado ayudando? —ella ni siquiera le dejó responder—. Lo siento mucho, Mick. Debería haberme mantenido alejada de ti y de Heather. Me he equivocado mucho.

—No hay ninguna relación entre que estés aquí y que un imbécil haya destrozado una obra. Pero aun así te quiero aquí.

Cuando ella empezó a negar con la cabeza, él le agarró la barbilla. Su piel era tan suave. Recordó el beso que se habían dado en la cocina, pero estaba herida y cansada. Mick sabía que no debía aprovecharse de ella cuando estaba tan vulnerable. Puso cara de negocios.

—Veamos el lado práctico de las cosas. Tu casa no es habitable tal como está. Todo irá mucho más rápido si no luchas por vivir y trabajar en las mismas habitaciones.

—Puedo alojarme en un motel. De hecho, había planeado eso en un principio.

—Eso no funcionará —volvió a mirar desde su cabeza vendada hasta sus labios. Todas sus buenas intenciones desaparecieron en un instante. —No querrás tener a Heather aquí sola sólo porque yo no pueda alejarme de ti, ¿verdad?

Ella se sonrojó y él sintió que los escudos empezaban a levantarse. —Mick, sobre eso. No creo que tú y yo debamos…

En cuanto sus labios rozaron los de ella, los dedos de ella se aferraron a su camisa y él casi pudo oír cómo aquellos escudos se estrellaban contra el suelo. Ella lo abrazó.

—Creo que deberíamos hacerlo.

Esta vez no había que empezar despacio. Su sabor y su tacto eran embriagadores. Tenía una boca increíble. Mick pensó que podría seguir haciéndole el amor así durante horas. Pero eso fue antes de que Léa metiera los dedos en la cintura de sus vaqueros y retrocediera hasta la pared, arrastrándolo con ella.

La sangre de Mick latía con fuerza y su cuerpo se endurecía y él se apretaba y amoldaba a cada curva de su hermosa figura. Sus bocas jugaban y saboreaban y atormentaban, y sus cuerpos se esforzaban por encajar más cerca.

Los dedos de Léa se movieron bajo su camiseta y subieron por su espalda. Mick consiguió empujar hacia abajo uno de los tirantes de su overol y coger su pecho a través de la camiseta. No llevaba sujetador, y el pezón se endureció bajo su pulgar.

—Estás llena de sorpresas —sonrió antes de profundizar en el beso. Las caderas de Léa se movían inquietas contra las suyas. Lo deseaba tanto como él a ella.

Su móvil empezó a sonar y ella apartó la boca. Ninguno de los dos pudo recuperar el aliento por un momento.

—Tú… debes llegar tarde.

Maldiciendo, Mick miró la llamada entrante. Era del mismo lugar de trabajo.

—Lo estoy —volvió a levantarle la barbilla. Tenía la cara sonrojada y los labios un poco hinchados por el intercambio—. ¿Me prometes que te quedarás?

—Hablaremos cuando vuelvas. —Se echó la correa al hombro y le abrió la puerta—. Ten cuidado.

En la colina, justo debajo de la cresta que bordeaba Stonybrook por el norte, los patriarcas y matriarcas de muchas de las familias acomodadas de la ciudad, muertos hacía tiempo, yacían en sus ornamentados panteones familiares y contemplaban las luchas de sus hijos. Cada lugar de descanso de granito y mármol rivalizaba en atención con su vecino. Ángeles con las alas desplegadas. Cruces con incrustaciones de oro. Suficientes grupos de pequeños querubines como para sonrojar incluso a Rafael.

En los bordes del cementerio, siguiendo la cresta hacia el este y el oeste, las parcelas más nuevas no eran tan ostentosas. La mayoría eran lápidas de granito. Se veían algunas criptas bajas aquí y allá. Todas ellas talladas con los mismos apellidos de los personajes mucho, mucho más importantes que las precedieron.

Al desviarse de la empinada carretera que conducía a la cresta sobre el pueblo, el Cadillac gris se deslizó a través de los pilares de piedra de la puerta del cementerio. El vehículo pasó lentamente junto a un césped impecablemente cuidado y entró en un pequeño aparcamiento.

El conductor del Cadillac apagó el motor y se sentó. Desde la perspectiva de la ciudad de abajo, aquel lugar y todos y cada uno de sus habitantes formaban parte de un pasado lejano. Escondido. Olvidado. No sonaban campanas en la antigua capilla de piedra junto a la carretera, ni siquiera durante el ocasional servicio funerario. Casi nadie venía aquí. Sólo algún turista fortuito que siguiera un rastro genealógico, o un historiador del arte, curioso por una escultura u otra. Desde la ciudad, nadie se molestaba en subir aquella colina.

Excepto Estefanía.

Recogió del asiento los dos pequeños ramos de flores de verano, margaritas y lirios, y salió del coche.

El sol brillaba en lo alto. Una suave brisa hacía casi soportable el creciente calor del día. A excepción de una vieja furgoneta que subía lentamente por la colina más allá de las puertas, no había un alma viviente hasta donde alcanzaba la vista.

Stephanie se bajó de los zapatos de tacón y volvió a meter en el coche el pañuelo de seda que se había enrollado alrededor de la garganta. Cerró el coche y se puso en marcha por uno de los senderos. Mientras avanzaba, olió las flores que tenía en la mano. Ya no tenían el mismo aroma brillante de cuando era niña.

Para ella era más que una costumbre, ese viaje hasta aquí cada domingo por la mañana. Ahora era su religión. De hecho, pensó Stéphanie mientras caminaba, era el deber de una abuela visitar a sus nietos.

—Un lazo amarillo para ti esta semana, Emily, y uno rosa muy bonito para Hanna.

Colocadas a cada lado de la lápida, las largas cintas y las flores frescas no hacían más que acentuar el color gris oscuro del granito. Mientras las miraba, Stephanie se dio cuenta de que había pequeños restos de hierba adheridos a la lápida de las niñas. Se puso de rodillas y empezó a quitar la hierba. Pasó las manos por toda la piedra. Estaba fría al tacto. Sorprendentemente fría. Mientras tanto, hablaba de los nuevos vestidos que había visto en un catálogo y de los nuevos juguetes que anunciaban en la televisión.

—Sabes que tienes que empezar a hacer tu lista de Navidad. Nunca es demasiado pronto para unas chicas tan buenas como vosotras —tenía las manos cubiertas de tierra cuando por fin volvió a sentarse en la hierba. Las rodillas de sus pantalones blancos ya estaban manchadas—. Emily, tendrás que escribir por ti y por Hannah. Pero yo te ayudaré, si quieres.

Mientras hablaba con ellas, la brisa agitó las flores del lado de Hanna. Stephanie estiró la mano y enderezó el arreglo.

—Y ya que os habéis portado tan bien, he pensado que podríamos abrir nuestros regalos en Nochebuena. No queremos que ese viejo y gordo Papá Noel se lleve ningún mérito por lo que la abuela ha comprado para sus preciosas niñas.

Otra brisa trajo consigo un olor. Cada nervio del cuerpo de Estefanía se puso en alerta al reconocerlo inmediatamente. Se puso en pie y miró alocadamente por el cementerio.

De pie junto al camino, Dusty la observaba.

Por un momento, el pánico se apoderó de ella mientras miraba fijamente al demonio. Miró desesperada a sus pies en busca de algo que pudiera utilizar como arma, pero no había nada.

Seguía mirándola fijamente. La atravesaba con la mirada. Y como siempre, cuando se trataba de él, ella estaba totalmente expuesta.

Estefanía hizo acopio de todo su valor y se quedó vigilando las dos pequeñas tumbas mientras él se acercaba.

Dusty apestaba con un olor que era todo suyo. Sus ropas estaban más andrajosas que nunca, y la piel enferma de su rostro asomaba a través de su barba en grandes manchas rojas.

Nada de esto la asustaba. Su visión, su olor, sólo la llenaban de repulsión.

Pero cuando miró desde las tumbas de los niños a la de Marilyn, junto a ellos, la forma en que aquellos ojos oscuros se volvieron fríos de odio la hizo estremecerse.

—¿Dónde están las flores de Merl?

Estefanía trató de serenarse y retrocedió hasta la lápida de los niños, creando un poco de distancia entre el intruso y ella.

—¿Dónde están las flores de Merl? —Cuando dio un paso hacia ella, retrocedió involuntariamente.

—No lo sé. No había nada aquí cuando llegué.

—¿No le has traído nada?

Se quitó el polvo y el polen de encima de la piedra de granito. —He venido a ver a mis nietos. Eso es todo.

Dusty se agachó y recogió los dos ramos de flores.

—Aparta tus asquerosas manos de ellas. —Ella se movió con la rapidez de un gato hacia él, intentando arrebatarle las flores.

La apartó de un empujón y llevó las flores a la tumba de Marilyn. —Para ti, Merl. Tu madre es una zorra estúpida, pero te quiere de verdad.

—Devuélvemelas. No se los merece. —Estefanía intentó rodearle, pero él la apartó, esta vez con más fuerza que antes.

Al aterrizar en el suelo, su mano golpeó la lápida y se estremeció de dolor.

—Te mereces algo mejor, Merl. —Arrancó las cintas de uno de los ramos y empezó a esparcir las flores sobre la tumba—. Muchas flores. Bonitas, como tú.

—¡Es fea! —gritó Estefanía, frotándose la mano.

En su mente podía ver a Emily sollozando en su dormitorio mientras Marilyn le cerraba la puerta en las narices. Recordó que al salir al jardín encontró a Hanna balbuceando y casi ahogándose en la piscina, mientras Marilyn entraba despreocupadamente en casa con el teléfono pegado a la oreja.

—¡Es vil y fea! ¿Me oyes?

—Mi bonito Merl. Tan bonito —Dusty empezó con el segundo ramo—. No creas nada de lo que dice. Te quiere, Merl.

La repulsiva imagen de Marilyn de rodillas relampagueó en su memoria. De rodillas y chupándosela a Charlie en el salón. La muy zorra había contado con que Stephanie los descubriera. Su cara lo había dicho todo.

—La odio. ¿Me oyes? La *odio* —arrastrándose sobre manos y rodillas, Estefanía se acercó a la tumba de su hija—. No es más que una puta.

—Está celosa de ti, Merl —pasó los dedos por la inscripción tallada en la lápida—. La estúpida zorra es vieja y está amargada, y sabemos por qué.

—Eres repugnante.

—Es porque me gustas más. Porque ahora lo hago contigo.

—Cierra tu sucia boca —empezaron a brotar las lágrimas. Cogió puñados de flores de la tumba y los volvió a poner en las tumbas de los niños.

—¡Está celosa! —Soltó una carcajada y se sentó sobre sus ancas, viéndola derrumbarse—. ¿Se lo decimos, Merl? Por favor, por favor, déjame decírselo.

Estefanía enroscó la cinta amarilla alrededor de un par de tallos de margarita. La enrolló cada vez más fuerte. Era fácil imaginarse enrollándola alrededor del cuello de Marilyn. Los tallos se rompieron.

—¿Las chicas? —continuó su conversación con la lápida—. No, no queremos decírselo a las niñas ahora. Se quejarán y llorarán, y no quiero que pase nada de eso antes de que lo hagamos. De todas formas, las queremos mayores. Las queremos como eras tú. ¿Qué edad tenías cuando lo hicimos por primera vez? ¿Quince?

—¡Cállate!

—¿El verano anterior?

—¡Cállate! —cada nervio de su cuerpo estaba tenso y afilado como la cuerda de un piano. El mundo giraba en torno a su cabeza.

—Sí. Catorce —volvió a reírse—. Tendrás que traerlos de uno en uno. Después de un tiempo, cuando se acostumbren a…

—¡No tocarás a mis bebés! —se abalanzó sobre él, derribándolo sobre la hierba—. No te acercarás a mis bebés, cabrón. —Sus puños

volaban hacia su cara.

Él le cogió las manos, pero ella siguió luchando contra él.

—Te mataré. Te sacaré los ojos con mis uñas desnudas. Te apuñalaré hasta que mueras.

Cuando intentó morderle la mano, Dusty hizo rodar a Stephanie sobre su espalda y echó pesadamente su cuerpo sobre ella. Le goteaba sangre de la nariz, pero no pareció darse cuenta. Su aliento era fétido cuando respiraba en la cara de ella.

—Zorra estúpida. ¿No crees que tengo tanto derecho a esas chicas como tú?

Ella le miró horrorizada. —Son *mis* nietos —jadeó—. *Mis* bebés.

Tenía los ojos rasgados por el odio. —Son las hijas de Marilyn. Así que también son mías. ¿O lo has olvidado, Stephanie?

—Marilyn se ha vuelto más despiadada de lo que nunca había sido. Y todos los que la rodean están pagando el precio.

—No está haciendo daño a Emily ni a Hanna, ¿verdad? —preguntó Ted con preocupación.

—Les inflige un tipo diferente de magulladuras. No el daño que la gente puede ver —Stephanie empezó a llorar—. He venido a verte porque sé de lo que es capaz. Conozco el alcance de su ira. La profundidad de su odio. Y sé hasta dónde es capaz de llegar para conseguir lo que quiere.

—La primera vista es dentro de dos semanas. Mi abogado cree que, a pesar de todas las mentiras y acusaciones de Marilyn, aún tengo muchas posibilidades de conseguir la custodia de las niñas.

—Aunque estuviste casado con ella, no la conoces. No comprendes… la mala semilla de la que ella proviene. La venganza

es lo único que la mueve. Durante años, yo fui su principal objetivo —Stephanie cogió la mano de Ted antes de que pudiera responder —. Tengo algo que decirte. Dusty Norris es su verdadero padre.

—¿Dusty? —No sabía nada de eso.

—Y desde el día en que Dusty le contó la verdad, el objetivo de su vida pasó a ser castigarme. Pero ahora su objetivo eres tú y todos los que se ponen de tu lado. Todos los que te importan. Es despiadada y no se detendrá. Soy su madre, Ted, pero te digo que… Marilyn es malvada.

Capítulo Dieciséis



Las casitas, situadas en discretas hendiduras a lo largo de la orilla del lago, habían sido populares entre los turistas veraniegos desde el día en que la Posada del León las mandó construir, allá por los años cincuenta. El lago era largo y curvo, profundo en el centro y un lugar favorito para la pesca y la navegación. El último propietario del León había dado a las casitas nombres como Nairobi, Mombasa y Victoria, y las había amueblado con cuadros y muebles de temática safari, que entonces abundaban y eran baratos, gracias a la economía de posguerra.

Desde el principio, la cabaña llamada Serengeti había resultado ser la más solicitada. Más apartada que las demás, ofrecía la intimidad que los recién casados y los amantes habían buscado con una regularidad que no sorprendió a la sucesión de directores de hotel. Pero desde hacía casi una década, el alquiler del lugar durante todo el año por parte de cierto individuo había eliminado definitivamente esta cabaña de las listas de disponibles.

Al conducir hasta la posada, Mick supo que, de algún modo, el problema estaría en la cabaña de Marilyn. Mientras fruncía el ceño en la puerta abierta del lugar, su capataz Chuck se movió incómodo detrás de él.

—Este lugar no se parecía *en nada* a esto cuando fuimos en abril a hacer el presupuesto. —Chuck hojeó la carpeta que Mick había traído y sacó la hoja de fotografías—. Me alegro de que hiciéramos estas fotos.

El hedor del interior era de algo más que el olor a cerrado y a humedad que encontraban habitualmente en las reformas de edificios antiguos. Éste olía a cerveza rancia. O a meado de perro.

—Esto nos retrasa un par de semanas como mínimo, jefe —Chuck miró su portapapeles—. En Serengeti, el propietario sólo quería pintura fresca en las paredes superiores y una capa de barniz en el arrimadero, y suelo nuevo para la cocina y el baño. Pero con todos estos desperfectos, pensé que era mejor no tocar nada hasta que llegaras.

—¿Llamaste a Evans como te dije?

—Sí. No estaba en casa y tampoco en la posada. Le dejé mensajes en ambos sitios.

Mientras Mick se abría paso por la amplia sala de estar, su mirada se fijó en los profundos cortes del arrimadero. El interior de la madera, cubierto por décadas de manchas, barnices y años, se mostraba asombrosamente blanco, como la carne de una herida profunda en el momento anterior a la aparición de la sangre.

—¿Has vuelto a comprobar el resto de las casitas? ¿Hay daños en algún otro sitio?

—Dos tienen gente dentro. Así que no pude comprobarlo. Pero el resto de las casitas están bien, con todos los muebles sacados y todo. Parecen listas para irse. Es sólo este bebé.

Mick miró atentamente la encimera de la pequeña cocina. Los mismos cortes profundos estropeaban la superficie. Eran demasiado anchos para haber sido hechos con un cuchillo. Más bien con una palanca o algo similar.

—En mi opinión —dijo Chuck—, parece que alguien se ha vuelto loco aquí.

—Yo diría que sí. —Miró al techo. La lámpara colgaba hacia abajo. Había grandes abolladuras en el yeso de las paredes, como si alguien hubiera martillado una y otra vez contra el yeso—. ¿Qué hiciste con el equipo que trajiste en horas extras para trabajar en ésta?

—Los he puesto en marcha en la casa de campo más cercana al muelle de la posada —volvió a mirar su portapapeles—. Mombasa. Están raspando y quitando las alfombras y el viejo linóleo. Podríamos empezar a pintar allí hoy si quieres.

Habían arrancado y hecho pedazos las puertas plegables de un armario despensa. Dentro, todas las estanterías habían sido arrancadas de las paredes y yacían esparcidas por el suelo.

En el cuarto de baño, el espejo se había roto en un millón de pedazos. Había cristales por todas partes en el antiguo suelo de linóleo.

—¿Tocaste algo cuando entraste? —preguntó Mick, fijándose en las salpicaduras rojas de lo que muy bien podría haber sido sangre en la cortina de plástico de la ducha.

—La puerta principal. Pero sólo llegué hasta la cocina y supe que aquí estaba pasando algo grave. Salí enseguida y te llamé. Luego dejé los mensajes para Evans y puse a los chicos a trabajar en la otra casa de campo. Después te volví a llamar para ponerte al día.

Mick cogió el móvil y llamó a la policía.

Nada podría haberle preparado para el lugar y el olor del dormitorio de la casa de campo. Había salpicaduras de pintura de color rojo sangre en las paredes y parte del techo. Había pequeños charcos congelados en la base de las paredes. Las lámparas estaban destrozadas. Los daños en el yeso eran similares a los que habían

visto en las otras habitaciones. Al otro lado del dormitorio, las puertas correderas de cristal que daban al lago estaban agrietadas, y las fisuras se extendían hacia el exterior de los cristales como telas de araña.

—¡Santo cielo! —Chuck señaló el techo y las paredes—. Esto parece una carnicería.

Mick se quedó mirando las manchas oscuras de la moqueta gris y las manchas de la pared.

—Pero yo diría que quien hizo esto pensó que esta habitación era un urinario. —El olor era repugnante, y los dos hombres retrocedieron fuera de la habitación—. ¿Algún daño fuera?

—Nada.

—Cuando entraste, ¿usaste la llave maestra?

—Sí. Lo recogí en la oficina de la posada. Funciona en todas las casas.

—¿Así que el lugar estaba cerrado?

—Apretado como el culo de un mosquito.

Salieron al exterior. El verdor de las suaves colinas que rodeaban el lago parecía el Jardín del Edén después de lo que habían visto dentro. Por supuesto, pensó Mick, en todos los jardines hay una serpiente.

Rodeó la casa con su capataz pisándole los talones. Desde el revestimiento de tejas hasta las ventanas altas y pequeñas, todo parecía perfectamente normal desde fuera. Pasaron junto a un bosquecillo de árboles de hoja perenne hasta la orilla del lago y se detuvieron. Con el pequeño muelle a sus espaldas, Mick contempló el lugar. Incluso desde aquel ángulo, lo único que se veía era la puerta corredera de cristal agrietada.

—Déjame ver esas fotos otra vez.

Mick echó un vistazo a la fecha impresa debajo. Abril. A diferencia del resto de las casitas, ésta había sido vaciada de muebles cuando él y Chuck habían revisado los lugares con el propietario. Era fácil ver las paredes intactas, la moqueta nueva del dormitorio. Evans había sustituido el viejo suelo después de que acabara la policía.

La cabeza de Mick empezaba a latir con fuerza cuando emprendieron el camino de vuelta hacia la casa de campo. Hacía dos meses, cuando había estado preparando el presupuesto, había estado pensando en dos cosas: La llegada de Heather de California y su empresa.

Este tipo de trabajo era perfecto para Stone Builders. Repartida en dos años, toda la renovación era muy manejable para una empresa de su tamaño. El propietario quería que las casitas se hicieran primero; el trabajo en el edificio principal, con sus reparaciones estructurales más serias además del trabajo cosmético, se haría durante dos periodos fuera de temporada. Construirían un nuevo cobertizo para botes y renovarían los muelles el verano siguiente. El proyecto ofrecía grandes primas por cada mes que pudieran terminar antes de lo previsto. Era ideal.

Entre todos los detalles y preparativos que Mick y su gente habían llevado a cabo, había dejado de lado algo que le había parecido muy extraño en su recorrido inicial por el lugar.

Esta casa de campo, Serengeti, llevaba meses sin estar a disposición del propietario tras el asesinato de Marilyn. A Mick le habían dicho que la policía de Stonybrook había retirado montañas de objetos personales pertenecientes a la mujer muerta. Después, tras devolver la cabaña a la posada, se habían hecho algunas reformas menores. Pero a pesar de los gastos, Serengeti no se había alquilado. ¿Por qué?

—¿Has dicho algo, jefe?

—Hablando solo.

—Tengo que ir a ver a la tripulación. Nos vemos dentro de un rato.

Mick asintió distraídamente y se encontró de nuevo ante la puerta principal de la casa de campo. *La policía se había llevado montañas de objetos personales*. Recordó lo que Sheila había mencionado cuando le estaba cortando el pelo. *Ciertas personas entretenían a Marilyn en la posada.*

Se preguntó cuánto de esto se había presentado en el juicio de Ted, y de repente deseó haber prestado más atención a las noticias.

Unos minutos después, Mick seguía sin estar contento consigo mismo cuando la jefa Weir llegó sola al lugar de los hechos.

—¿De verdad tú y tu hermano los encontrasteis muertos aquí? —la voz de Heather resonó en la casa vacía.

Léa miró la bolsa de basura llena que había bajado. La dejó junto a la puerta principal y se dirigió a regañadientes hacia la cocina.

Aún no había pisado aquella habitación.

Hacía aproximadamente una hora, ellas dos y Max habían llegado a la casa. Léa había decidido embolsar y transportar parte de la basura del piso de arriba mientras Heather y Max curioseaban por su cuenta.

Léa se detuvo ante la puerta de la cocina. El recuerdo instantáneo fue doloroso, pero luchó contra el pánico y las lágrimas.

—Sí. Estábamos de pie justo donde estamos ahora. Mi padre estaba en la mesa de la cocina y mi madre… en el suelo —señaló con el dedo y apartó la mirada.

El viejo suelo de linóleo era de un feo gris distinto al marmolado que recordaba de su infancia. Todos los armarios de la cocina estaban pintados de un horrible tono amarillo que, se dio cuenta, podría haber empezado siendo blanco en algún momento durante los años que había estado fuera. Pero un vistazo a la habitación le mostró que todo lo demás parecía igual. El horno, el frigorífico, la estantería de madera de la pared de enfrente.

Su madre siempre guardaba al menos una docena de macetas de violetas africanas en aquella estantería. Léa aún recordaba estar de pie en una silla de la cocina; aún recordaba el olor de las plantas y de la tierra. Ahora la decoración era una pirámide de latas de cerveza vacías.

La mirada de Léa se fijó en la mesa de metal barato y las sillas plegables dobladas y rotas. Estaban exactamente donde los Hardy solían tener *la* mesa y las sillas del desayuno.

—¿Volviste aquí después de aquel día?

Sacudió la cabeza. Las palabras tardaron en salir. —No. Ni una sola vez.

Heather volvió sus ojos azules hacia el rostro de Léa. —Estás un poco pálida. ¿Estás segura de que no te estás forzando demasiado?

La parte posterior de su garganta ardía por la oleada de emociones. —Estoy bien. Cuando la mano de la adolescente se deslizó suavemente entre las suyas, se le escaparon las lágrimas.

—Lo siento, no debería haber dicho nada —Heather buscó las palabras—. Esto es lo último que necesitas, que alguien te pregunte cosas así.

—No. Está bien. *Quiero* que me lo pidas. —Léa sonrió débilmente y se apuñaló las lágrimas—. He estado posponiendo enfrentarme a esta habitación. Pero ahora, contigo aquí, quizá pueda afrontarlo. Quizá incluso pueda acercarme un poco más a averiguar quién era y

en qué me he convertido ahora. No pasa nada, Heather. Es hora de dejarlo ir.

Suéltalo. Tan fácil de decir. Léa fue a la habitación delantera y cogió unas bolsas de basura vacías, unas toallitas de papel y un limpiador en spray. ¿Cómo dejas ir algo que te ha perseguido año tras año durante la mayor parte de tu vida? ¿Cómo te desprendes de una pérdida así?

Volvió a la cocina, dándose cuenta de que ni siquiera había pensado en quién había limpiado después de que se llevaran a sus padres. No tenía ni idea de quién había limpiado la sangre del suelo. No tenía ni idea de quién había cerrado los ojos de su madre.

Heather y Max ya habían entrado en la cocina, pero Léa volvió a vacilar en la puerta.

Había vuelto a Stonybrook con una sola cosa en mente. Acabar con esta casa. Usarla para ayudar a Ted. Sin embargo, ni ella misma había acabado con ella. Todo el daño infligido aquí, todo el dolor soportado aquí, nunca se había resuelto. Permaneció desatendida, abierta como una herida profunda, durante todos estos años. Incluso ahora.

Heather se acercó, cogió una de las bolsas y la mantuvo abierta. —¿Seguro que estás bien?

—Lo estoy. Estoy lista. —Léa dio los primeros pasos y empezó por limpiar la estantería de sus latas de cerveza vacías.

Limpia la herida.

—Adelante. Pregunta —dijo. La expresión de Heather mostró su reticencia.

—La gente dice que todas las familias tienen un esqueleto en el armario. Resulta que la nuestra tiene mucha basura —Léa dejó caer el último bote en la bolsa con una floritura—. Ahora, si la gente de Stonybrook creyera lo inocentes que somos en realidad.

—¿Qué tienen los Hardy y esta ciudad? —Heather se recostó contra un mueble, observando a Léa—. Recuerdo haber oído que Marilyn y Ted se fugaron y nunca celebraron una boda de verdad aquí. Sé que vivían a veinte minutos de aquí y que ella sólo volvió después de que se separaran. Quiero decir que incluso antes de… bueno, de que asesinaran a Marilyn y a las niñas, siempre había susurros de cosas cada vez que tu familia salía en una conversación. Más de lo que les pasó a tus padres, quiero decir.

—Ahí hay una historia muy seria. —Ninguna tirita puede cubrir un tajo de doce pulgadas. Léa sabía que tendría que cavar hondo antes de sacar toda la mugre de aquella herida—. Podría decirse que la gente ya hablaba de los Greenwood, que era la familia de mi madre, antes de que se pusieran a hablar de los Hardy.

—¿Por qué?

—Bueno, mi bisabuelo Greenwood era propietario y regentaba la farmacia de la ciudad en los años treinta, cuarenta y cincuenta.

—¿La misma que dirige ahora Andrew Rice?

—El mismo.

—Está bien.

—Creía que era cuando era joven. —Léa roció un estante y empezó a limpiarlo. El hecho de que *en otro tiempo hubieran* sido respetables, que su familia hubiera *pertenecido a ellos, había* levantado muchas veces el ánimo de Léa cuando era niña.

—¿Qué hicieron mal los Greenwood?

—En la primavera de 1947, la única hija de los Greenwood, una chica de dieciséis años pero ya muy guapa, volvió embarazada de una escuela de acabado de Connecticut.

—¿Qué tiene eso de chocante?

—Estamos hablando de 1947. Recuerda la época y la ciudad. Y nunca admitiría quién era el padre del niño —había habido muchas

ocasiones en la vida de Léa en las que había querido culpar de todos sus problemas, de toda su mala suerte y de su lucha durante los años intermedios, al hombre misterioso de Liz Greenwood. Si él hubiera asumido su responsabilidad, si hubiera estado a su lado, quizá sí lo hubiera sabido. Léa se enderezó tras limpiar la estantería y decidió que esta última explicación era la que más le gustaba. Era la más fácil de aceptar y perdonar. No debía saberlo.

—¿Así que ésta era tu abuela?

—Sí. —Léa miró por encima del hombro y encontró a Heather limpiando los estantes superiores de dos de los armarios—. No tienes por qué hacerlo.

Heather le hizo un gesto para que se fuera. —¿Se quedó con el bebé?

—Por supuesto. Mi madre, Lynn Greenwood, nació unos cuatro meses después.

—Eso no parece lo bastante jugoso como para seguir insistiendo en ello después de tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo. Pero el bebé no tenía ni seis meses cuando su madre lo abandonó y huyó.

—¿Dejó a su bebé? —Heather miró a Léa al otro lado de la habitación.

—Mi opinión es que debía de sentir cierta presión en esta casa. Y también en la ciudad. En cualquier caso, se había ido —como todo lo demás en su pasado; Léa también se había cuestionado esto. ¿Habría sido mejor que los abuelos criaran a su madre? Si la madre soltera se hubiera quedado, ¿habría sido capaz de mejorar en algo la vida de su hija? Éstas eran respuestas que Léa nunca tendría. Y sabía que había llegado el momento de dejar de preguntar.

—¿Volvió alguna vez?

—No, creo que no. Pero la historia era que cuatro o cinco años después, ahora no estoy seguro exactamente, pero lo que me contaron fue que murió en un accidente de coche en la Costa Oeste.

—Eso es muy triste. ¿Así que tu madre nunca conoció a sus padres?

Léa negó con la cabeza. —Mis bisabuelos criaron a mi madre. Pero para entonces ya eran bastante mayores. Supongo que eran muy desconfiados y muy, muy protectores con ella.

Y estaban heridos. Y estaban sufriendo. Y habían perdido a su único hijo. Ella nunca había pensado en lo que podía ser perder a un hijo hasta que vio cómo había afectado a Ted una tragedia así. Ahora Léa lo entendía claramente. Se atrevió a abrir la puerta de la nevera y mirar dentro. Se sintió aliviada al verla vacía.

—«Una vez quemada, dos veces tímida», dice mi abuela—, respondió Heather, volviendo a trabajar en las estanterías del armario.

—Creo que así es.

—¿Cuándo entró tu padre en escena?

Léa tuvo que luchar contra una nueva oleada de emociones al mencionarle. Tuvo que recordarse a sí misma que él había sido amable una vez. Había sido cariñoso. Si retrocedía lo suficiente en el tiempo, recordaría que había tratado bien a su madre. —John Hardy llegó a Stonybrook a principios de los sesenta para dirigir la fábrica. Era apuesto y rondaba la treintena cuando conoció a mi madre. Era un viejo soltero.

—¿Tarde de treinta le convierte en *un* solterón? Estoy deseando decírselo a mi padre.

Léa sonrió. —Tu padre es cualquier cosa menos viejo. Pero mi padre había vivido mucho. Hay una gran diferencia en la forma de envejecer de la gente cuando abusa de su cuerpo —y su vida dura

tampoco había sido sólo una cuestión de elección. Léa había aprendido muchas cosas sobre John Hardy después de irse a vivir con la tía Janice. Allí también había recibido una educación dura.

—¿Bebiendo?

—Sí.

Heather asintió con complicidad.

Léa no tuvo tanta suerte con el horno como con el frigorífico. Sacó un par de sartenes viejas. La de arriba tenía restos de alguna cena prehistórica y a la otra le faltaba el mango. No las miró demasiado antes de tirarlo todo a la bolsa de basura. Era la misma forma que tenía de lidiar con el equipaje de la historia de su padre. Se había ido. Muerto. Tenía que desprenderse de la culpa y la culpabilidad y hacer el nudo en la bolsa.

—¿Qué edad tenía tu madre cuando se conocieron?

—Diecinueve.

—*Eso* es muy retorcido. Tenía edad suficiente para ser su padre.

Léa asintió. Decidir dejarlo ir le tranquilizaba mucho la conciencia. Ahora podía hablar de ellos. —Después de haber estado aislada y vigilada durante la mayor parte de su vida, creo que estaba desesperada.

Heather saltó de la silla y la trasladó a otro par de armarios. —Al menos, espero que fuera amable con ella al principio.

—Creo que mi madre entró en ese matrimonio con los ojos bien abiertos —Léa buscó la forma adecuada de explicarlo—. Todo tenía que ver con las opciones. Por lo que mi madre sabía, sus dos únicas opciones eran quedarse en casa y que sus abuelos la vigilaran las veinticuatro horas del día, o casarse con John Hardy. Por lo visto, era el único que le había mostrado interés.

—Porque era de fuera.

—Supongo que eso puede haber sido parte de ello.

—Así que se casó con él.

Léa asintió. —Pero, por mala suerte, mi bisabuela enfermó poco después, y todos acabaron viviendo en esta casa, donde mi madre podía cuidar de todos. Y ahora tenía tres pares de ojos vigilándola día y noche.

—Eso es horrible. ¿Cuándo nacisteis Ted y tú? Quiero decir, ¿vivía todo el mundo aquí entonces?

—Era sólo un bebé cuando murió mi bisabuelo. Después, mi bisabuela se trasladó a una residencia de ancianos durante un par de años antes de fallecer. No recuerdo mucho de ella —y esto se parecía mucho a una tradición de Hardy y Greenwood. Lynn Hardy perdiendo a gente a la que quería. Su marido quedándose sin trabajo poco después. La espiral descendente de la mala suerte. Sus hijos sin edad suficiente para defenderla o ayudarla.

—¿Y luego qué pasó?

—Ted y yo crecimos en esta casa. Mi padre trabajó en la fábrica hasta que la cerraron y despidieron a todo el mundo. Mi madre siempre se quedó en casa y fuimos a la escuela como todos los demás niños de por aquí.

Léa enrolló una corbata alrededor de la primera bolsa de basura llena y la arrastró hasta la puerta trasera.

—Cuando eras niño, ¿conocías a mi padre?

—Por supuesto —conocía más que de sobra a Mick Conklin. No podía dejar de pensar en él.

—Vale, cuéntame. ¿Cómo era?

—¿Quién? —dijo Léa, fingiendo que no sabía de quién hablaban.

—Mi padre.

—Oh. Era mayor. Siete años mayor. Yo le observaba desde la puerta de al lado mientras crecía. Pero para responder a tu pregunta, era muy guapo y *muy* popular entre las chicas. Creo que

tus abuelos estuvieron muy ocupados desde que él tenía unos doce años.

—¿Estabas enamorada de él?

—Todas las chicas del pueblo lo hacían.

—¿Lo *has* hecho?

—Yo era el enclenque niño de al lado. Créeme, ni siquiera estábamos en el mismo universo.

—Vamos. Confiesa —exigió Heather.

—Vale, de acuerdo. Lo he hecho. ¿Estás contenta?

—Ya me lo imaginaba —Heather sonrió y volvió a centrar su atención en los armarios.

El recuerdo de los besos de Mick aquella mañana inundó de calor el cuerpo de Léa. Durante los treinta y un años de su vida, no había habido un solo momento en el que recordara haberse sentido tan viva y vibrante como durante aquellos pocos minutos en sus brazos. Las pocas citas que había tenido en la universidad y desde entonces ni siquiera se le habían acercado.

—¿Ted y tú visteis venir lo de vuestros padres?

La pregunta devolvió a Léa a la realidad.

—No. Es decir, tenían problemas. Mi padre era alcohólico, pero nunca imaginamos algo tan horrible —sacudió la cabeza—. Si lo hubiéramos hecho, habríamos hecho algo, no sé qué, pero *algo* para evitar que ocurriera.

—No quería decir que fuera culpa tuya ni nada de eso —Heather hizo una pausa en su trabajo—. Sólo preguntaba porque creo que a veces vemos venir los problemas. Suponemos que algo horrible puede ocurrir… ocurrirá.

Léa se apoyó en el mostrador. —¿Estás pensando en la ruptura de tus padres?

—No, en realidad. Estaba pensando en Marilyn.

—¿Qué quieres decir?

—Yo cuidaba a las niñas, de vez en cuando, el año antes de que la asesinaran. Y vi cosas que sabía que no eran demasiado buenas. Las niñas estaban constantemente desatendidas. Y había todo tipo de tipos extraños rondando a Marilyn. Y un par de meses antes de morir, hubo unas llamadas furiosas de Dios sabe quién. Era como esperar a que estallara una bomba. Pero yo no podía hacer nada.

Vio cómo los ojos de Heather se llenaban de lágrimas.

—No podrías. —Léa se acercó a ella—. Nunca deberías hacerte responsable de algo así.

A la adolescente le temblaban las manos. El cambio de humor de la alegría a la tristeza había sido rápido, pero Léa entendía por qué.

Heather giró la silla y se sentó en la encimera. —Creo que no está bien que Emily y Hanna tuvieran que morir porque *ella* era un desastre. No me habría importado menos que Marilyn hubiera saltado de un puente o se hubiera roto el cuello, pero esas niñas eran… eran tan inocentes. Sólo eran bebés. Aquel viernes por la tarde las vigilé después del colegio. Estaban tan emocionadas por pasar el fin de semana con su padre. No debería haberlas llevado a casa aquella noche.

Léa no pudo contener sus propias lágrimas. Las caritas dulces la rodeaban. Los recuerdos. Aferró con fuerza las manos de Heather entre las suyas.

—No ha sido culpa tuya.

—Pero así fue.

—No, no lo era.

—Debería habérselo contado a alguien. Debería habérselo contado, no sé, a Ted o a mi padre. A alguien. Era horrible, y lo que hacía… —Las palabras se deshicieron en sollozos.

Léa la estrechó entre sus brazos. —*No fue* culpa tuya, Heather. No has sido tú.

Heather se agarró a Léa, sin decir nada, sólo llorando.

Mientras caían sus lágrimas, Léa recordó la culpa que la había perseguido durante toda su adolescencia. Se había permitido creer *que* podría haber evitado el asesinato de sus padres.

Pero eso ya había quedado atrás. Había terminado. La herida estaba limpia. Cubierta. Curada.

O al menos empezando a curarse.

—Necesito un cigarrillo —graznó Heather, zafándose del abrazo —. Estaré en el porche de atrás.

—¿Puedo sentarme contigo?

—¿Me vas a echar mierda por fumar?

—Probablemente, pero aún así quiero venir.

Heather se secó las lágrimas. —De acuerdo.

Robert Evans, el propietario de mediana edad de la Posada del León, esperó con Mick fuera mientras Rich Weir y dos de los agentes de policía a los que había llamado el jefe pasaban por la cabaña Serengeti.

—¿Habías tenido antes algún problema con alguien que entrara a robar en estas casas de campo? —le preguntó Mick. Evans había llegado un minuto después que el jefe de policía. Ambos estaban de pie junto a la mesa de picnic de madera y la barbacoa abierta cerca de la puerta principal.

—No en los nueve años que he sido propietario. A veces pillamos a chicos de fiesta por la noche junto al lago. Y de vez en cuando algunos universitarios alquilan uno de estos lugares para el fin de

semana e intentan meter a unos cincuenta de sus amigos en dos habitaciones pequeñas, pero nunca nada como esto. Esto es bastante extraño. No lo entiendo en absoluto.

—¿Quién fue la última persona que alquiló este lugar? —Al ver que el hombre dudaba en contestar, Mick decidió reformular la pregunta—. Me refería a *cuándo* fue la última vez que alguien se alojó en éste.

—Sé lo que preguntas —Evans negó con la cabeza—. Y no hay razón para ocultarlo. Nadie se ha quedado en esta casa de campo desde el asesinato de Marilyn Hardy.

—¿Por qué?

—Ninguna razón en particular. Ha sido una cosa u otra. Primero, la policía la tuvo siempre. Luego hicimos unas pequeñas obras en ella con la intención de alquilarla a veraneantes. Pero mi abogado se apresuró a recordarme que Marilyn había firmado otro contrato de alquiler de dos años justo antes de morir. —Evans sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente—. Estaba muerta. No pagaba alquiler. Pero el papeleo, y la devolución del dinero del depósito, y algunos otros problemas con su familia… todo el asunto se atascó. Tardamos seis malditos meses en solucionarlo. Para entonces, la gente de «Bucks County Historical» nos había aprobado el préstamo para este trabajo de renovación. No merecía la pena perder el tiempo.

—¿Cuántas personas crees que tienen llave del lugar? —preguntó Mick

—Cristo, no lo sé. Ya conoces Stonybrook. No creo que *hayamos* cambiado nunca las cerraduras de ninguno de estos sitios. Puede que haya algunas flotando por ahí.

—¿Qué me dices de la última vez que uno de los tuyos comprobó su interior? —insistió Mick—. Hace dos meses, cuando tú y yo pasamos por allí, todo estaba en orden.

Evan frunció el ceño. —Ahora que lo mencionas, le había pedido a mi chico de mantenimiento que revisara todas estas casas hace un par de semanas para asegurarme de que estaban listas para que vosotros empezarais el trabajo. No dijo nada de nada de esto. Así que tuvo que ser desde entonces.

La atención de Mick se dirigió a la puerta de la cabaña cuando salió Rich Weir.

—¿Qué tengo, jefe? —preguntó Evans—. ¿Adoradores del diablo desangrando a sus cerdos ahí dentro, o qué?

—No. Yo diría que nada tan dramático —el hombretón miró por encima del hombro hacia la puerta mientras salía uno de sus agentes—. Eso es sólo pintura en el dormitorio.

—¿También había pintura en el baño? —preguntó Mick.

El jefe de policía sólo le dirigió una breve mirada, dirigiendo sus comentarios al dueño de la posada. —Tomamos algunas muestras, huellas dactilares, fotos, cosas así. Mi suposición es que la fiesta de unos chicos de instituto viajó desde una de las cabañas privadas del lago. Enviaré a un par de mis hombres cuando acabemos aquí. Tendremos listo un informe mañana por la tarde, por si quieres recoger una copia para tu compañía de seguros.

—¿Has mirado bien las encimeras de la cocina y el revestimiento de madera, jefe? —preguntó Mick, que volvía a sentirse irritado por la actitud indiferente de Rich—. ¿Crees que un par de botellas de cerveza han dejado surcos tan profundos?

—Qué gusto, Conklin, verte tantas veces en un fin de semana.

—¿Y no sería algo si todas estas cosas estuvieran relacionadas de algún modo? —desafió Mick.

—Vale, ¿qué hiciste después de golpear a Léa Hardy con ese dos por cuatro anoche? ¿Viniste aquí y measte en la alfombra?

—Bueno, si no consigues que analicen algunas de estas cosas, supongo que nunca sabrás si lo hice o no —Mick se encontró con la mirada del oficial—. Pero puedo decirte una cosa, jefe: esta vez no puedes culpar a un Hardy. Entre los médicos y las enfermeras de urgencias y un servidor, tiene mucha gente que le sirve de coartada.

—Sabes, Conklin, no sé qué coño te pasa últimamente —sacudió la cabeza y se volvió hacia el dueño de la posada—. Tendrá que disculpar mi francés, Sr. Evans. Este intratable hijo de puta lleva dos días friéndome el tocino.

Mick sacó su móvil y se alejó. Aquello era el colmo. A partir de ahora, estaba oficialmente implicado.

Marilyn abrió la puerta corredera de cristal y salió al pequeño rellano que daba al oscuro lago. El aire estaba cargado; se avecinaba una tormenta. Los relámpagos iluminaban las colinas lejanas. Los destellos de sus florecientes planes de venganza corrían por su mente. Por fin iba a acabar con todos ellos. Y Ted también caería.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan desdichada y sola?

—¿Nadie va a venir a ver a Merl esta noche?

Vio a Dusty de pie entre las sombras de los árboles. —No. No viene nadie.

—¿Nadie quiere a Merl esta noche?

—Sí —se desabrochó el cinturón y se quitó la bata de los hombros, dejando que el material satinado se enredara alrededor de sus pies—. Papá, sí.

Capítulo Diecisiete



HEATHER VOLVIÓ al salón con dos vasos altos de té helado, y se detuvo al ver a Léa acurrucada y profundamente dormida en el gran sillón de cuero junto a la ventana. El libro de bolsillo que estaba leyendo estaba metido en un ángulo incómodo bajo su barbilla, pero la adolescente no se atrevió a tocarla por miedo a perturbar su descanso, que tanto necesitaba.

Su padre había llamado dos veces hoy. La primera vez, había dejado un mensaje justo antes del mediodía. La segunda vez, sobre las seis, había estado aquí y había hablado con Heather y Léa. Algo sobre el trabajo en la Posada del León lo retrasaba. Quería comprobar que Léa se quedaba. ¿Y qué cenarían?

Eso era muy propio de él. Como si fueran niños o algo así y necesitaran que él les dijera que tenían que comer o irse a dormir, pensó Heather con una sonrisa. Dejó las bebidas en la mesita y cogió una revista antes de estirarse en el sofá.

Era de lo más extraño sentirse así de bien durante tantas horas seguidas. Era aún más extraño no tener ganas de fumar. Había fumado un cigarrillo en el porche trasero de Léa esta mañana, y eso había sido todo. Ni siquiera había pensado en ello hasta ahora, y seguía sin querer uno.

Hoy habían hablado tanto como habían trabajado, pero Léa dijo que no había problema. Aunque no habían hecho tanto en su casa como ella había planeado, dijo que era bueno para los dos. Era algo curativo. Que despedirse del dolor era algo que ambos tenían que aprender a hacer.

A Heather no le importaba si tenía nombre o no, pero se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Volvió a sonreír al mirar a la mujer dormida. Léa le doblaba la edad, pero Heather se sentía más cómoda con ella de lo que nunca se había sentido, ni siquiera con sus amigas. Y le había contado a Léa cosas de su vida, cosas que la entristecían, la frustraban o la enfadaban, que nunca se plantearía contarle a su propia madre.

El caso es que Léa no la sermoneó. No se entrometió. No se ofreció a arreglar las cosas. Escuchaba. Y luego animaba a Heather a sentir y a expresar cualquier sentimiento que guardara en su interior. Al mismo tiempo, Léa le contaba cosas de su propio pasado, de los años posteriores a dejar Stonybrook.

Sin duda me abrió los ojos oír lo difícil que puede ser la vida cuando pierdes a ambos padres. Hizo reflexionar a Heather. Aunque fueran un grano en el culo la mayor parte del tiempo, al menos seguía teniéndolos a los dos.

Cuando volvieron para pedir pizza, se lo creyó cuando Léa dijo que ambas se habían ayudado mutuamente.

Los faros de la camioneta de su padre se reflejaron en las paredes durante un segundo cuando giró en la entrada. Heather se levantó de un salto y siguió a Max hasta la puerta trasera para saludarle.

A Mick se le dibujó una gran sonrisa en la cara cuando entró por la puerta de la cocina y la encontró allí esperando.

—Hola.

—Como en los viejos tiempos —acarició al perro, levantó la vista y volvió a sonreír—. Los he echado de menos.

Heather vio la lucha en su rostro cansado. No estaba muy segura de lo que debía hacer. Bueno, al menos por esta noche, le importaba un bledo lo que estaba bien y lo que no. Se acercó a él y le dio un fuerte abrazo.

Y luego retrocedió rápidamente antes de que las cosas se pusieran demasiado sensibleras.

—¿Ya has cenado? —preguntó en voz baja.

—Comí algo por el camino.

—¿Una ardilla muerta?

—Sabes que tengo debilidad por los animales muertos en la carretera —sonrió y dejó las llaves en el cajón—. ¿Y vosotros dos?

—Pizza.

—¿Dónde está Léa?

—Se ha desmayado en tu silla de la habitación delantera hace una hora. No hagas ruido cuando entres ahí. Estaba muerta de cansancio.

—Supongo que hoy no se lo ha tomado con calma, ¿verdad?

—Intenté distraerla todo lo que pude, pero es muy dura —le vio estirar los músculos del hombro—. ¿Te traigo algo de beber? ¿Una cerveza? ¿Té helado? ¿Un vaso de leche?

—Claro. Me encantaría un té helado.

La miró como si le hubieran crecido dos cabezas mientras se dirigía a la nevera. Por supuesto, no podía culparle. Últimamente se había comportado como una mega bruja.

Sacó un par de galletas del tarro que había sobre la encimera. —Siento haber estado colgado todo el día. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Estaba bastante bien —le entregó el vaso—. Pasamos la mayor parte del día al lado. Ayudé a Léa a sacar los trastos del piso de arriba, del piso de abajo y de la cocina a la calzada. Hay cosas pesadas en el sótano que creo que necesitarán tus músculos para moverlas. Además, creo que va a necesitar un contenedor, o al menos la parte trasera de tu camioneta, para deshacerse de estas cosas.

Apoyó una cadera en la esquina de la mesa de la cocina. —Puedo hacer que uno de mis chicos venga y se lo lleve todo al vertedero mañana.

—Además, sé que estaba algo preocupada por la devolución de las cosas alquiladas. Se suponía que tenía que devolverlo todo antes de las cinco de la tarde. Pero estábamos trabajando y hablando y perdimos la noción del tiempo. Les dejó un mensaje en el contestador.

—Me aseguraré de que no le cobren el día extra.

Ésta era la clase de ayuda que le gustaba. Como había dicho su padre esta mañana. *Podemos ayudarla con sólo estar aquí.*

—¿Algo más?

—No sé si está en condiciones de conducir. Pero si va a devolver esas cosas mañana…

—Me ofreceré a conducirlo por ella, si me deja.

Por la mente de Heather pasaban docenas de cosas más. Léa necesitaba ver pronto a un médico por los puntos. Y aún quedaba el…

—Necesita un amigo más que un protector.

El comentario de su padre llamó su atención. —Quiero ayudarla.

—Sé que lo haces. La estás ayudando. Pero no creo que deje que te hagas cargo de su vida, igual que no me deja a mí.

—Cielos. Por un segundo, sombras de Natalie revivieron en mí. —Se estremeció y fue capaz de sonreír.

—Dicen que nos convertimos en nuestros padres.

—¿Qué pretendes, asustarme?

—No digo que yo sea mejor, pero tienes dos padres, ¿sabes?

—Y me alegro de tenerte a ti.

Heather sintió que se ponía nerviosa al ver la expresión de ahogo de su cara.

—Creo que yo también me iré a la cama. Hoy he trabajado más que en mucho tiempo —se dirigió hacia la puerta, pero luego se volvió hacia él—. ¿Crees que se pondrá demasiado rígida durmiendo en la silla toda la noche?

Asintió con la cabeza. —La llevaré arriba.

Heather no se ofreció a quedarse y ayudar. Léa y ella ya habían entablado una bonita amistad. Quizá su padre se esforzara por llevar *su* relación con ella al siguiente nivel.

Sí. Definitivamente podría vivir con eso.

Mick no sabía qué era exactamente lo que Léa le había dicho a Heather, pero había sido como magia. Claro que Heather seguía teniendo su nuevo aspecto, pero aparte de eso sentía como si volviera a tener a su antigua hija.

Le debía a Léa más de lo que ella creía.

Sólo eran las 9:30, pero él también estaba muerto de cansancio. Llevó a Max a hacer sus necesidades por la noche. De pie en el oscuro patio trasero, Mick echó un vistazo a la casa de al lado. A pesar de todas las reparaciones que quedaban por hacer, la casa empezaba a parecer viva.

Mick se preguntó si Léa sabía siquiera que tenía el tacto.

Este reconocimiento, aunque para sí mismo, sin duda dio un nuevo giro a su vida. Se sentía atraído por ella. Diablos, a pesar de todos los sitios a los que había ido y de todas las personas con las que había hablado hoy, Léa siempre había estado en su mente.

No era como ninguna otra mujer con la que había salido en los últimos años. Quizá nunca. Se centraba en el exterior. Estaba acostumbrada a dar y no a pedir, ni siquiera a recibir. Era independiente y no necesitaba ayuda de nadie. No permitía que nadie entrara en su vida. Ni amigos. Ni conocidos cercanos. Lo había leído en el artículo del periódico de esta mañana.

Miró hacia la ventana oscurecida de Heather. Al oír el entusiasmo de su hija, se dio cuenta de que Léa *la había* dejado entrar en aquellas paredes.

Quizá Mick tuviera una oportunidad.

El perro respondió a su silbido y subió corriendo los escalones traseros delante de él.

Mick apagó las luces mientras recorría la casa. En el salón, la imagen de Léa acurrucada en su sillón favorito le dio un fuerte tirón en el corazón.

Durante un largo momento, al contemplarla ahora, no vio a la mujer deseable que estaba empezando a conocer, sino a la joven valiente por la que nunca podía dejar de preocuparse cuando era más joven. Recordó cómo, cuando tenía unos catorce años, la había encontrado sentada junto a su bicicleta volcada en el parque. Se había hecho un corte profundo en el tobillo, pero no se había quejado en absoluto mientras él la acompañaba por la colina hasta su casa. Su padre le había contado más tarde, aquella misma noche, que había acabado dándole a Léa seis puntos de sutura. La mirada

de Mick se fijó en su delgado tobillo. Podía ver la débil cicatriz en forma de media luna que aún quedaba allí.

Max puso fin rápidamente a los pensamientos de su amo cuando decidió que era el momento de acercarse lo suficiente para lamerle la cara. Mick agarró al perro por la cola y lo arrastró hacia atrás antes de que la bestia pudiera ponerle la lengua encima.

Mick se agachó ante ella. El vendaje de la cabeza estaba sucio y había que cambiárselo. Tenía las manos metidas bajo la barbilla. Respiraba profundamente. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, y la mente de Mick se llenó de ideas que no tenían nada que ver con la niña que había conocido y sí con la mujer que ahora tenía delante.

Cuando le metió la mano por debajo de las rodillas y la espalda y la levantó contra su pecho, los ojos de Léa se abrieron de golpe.

—Mick. Has vuelto.

—Calla, vuelve a dormirte —se levantó, cargándola con facilidad.

—¿Qué haces? —Los brazos de Léa volaron alrededor de su cuello y se aferró con fuerza.

—Llevarte a la cama —al ver que sus ojos color avellana se redondeaban, sonrió con picardía—. A mi cama no. A tu cama.

El alivio en su expresión le dijo que tenía algunas dudas sobre hacia dónde iba su relación, y su ego, se dio cuenta, estaba un poco magullado.

—Realmente *puedo* andar.

—Heather me ha dicho que hoy has trabajado mucho. Dale al interruptor por mí, ¿quieres?

Alargó una mano y accionó el interruptor de la pared, sumergiéndolos en la oscuridad.

—¿Dónde está Heather?

—Está durmiendo.

—Esto es totalmente innecesario —dijo en voz mucho más baja.

Cuando Mick empezó a subir las escaleras, ella le rodeó el cuello con los brazos y escondió la cara en su nuca.

—No tienes miedo a las alturas, ¿verdad?

—No. Tengo miedo de que me dejes caer.

—¿Crees que haría algo así? —Mick movió el peso de ella entre sus brazos y los de ella se tensaron aún más.

—Eres el diablo, Mick Conklin —le susurró al oído.

—Y me estás estrangulando.

—Bien. Y eso no es *todo lo* que voy a hacerte.

—Promesas. Y más promesas.

No se veía ninguna luz bajo la puerta de la habitación de Heather. —¿Quieres ir primero al baño?

—Puedo arreglármelas sola, gracias. Bájame.

—Todavía no —entró en la oscuridad del dormitorio de invitados —. ¿Quieres encender la luz?

—No lo haré. Bájame primero.

—De acuerdo —la llevó a una de las camas—. Al menos, acércate y retira las mantas.

—No lo haré, Mick. Bájame.

—Pareces un disco rayado —la bajó sobre el edredón—. No ha estado tan mal, ¿verdad?

Los brazos de Léa seguían rodeándole el cuello con fuerza. La luz de la luna que entraba por la ventana proyectaba un suave resplandor. Mick vio que sus ojos estudiaban su rostro y luego se centraban en sus labios. Y entonces lo besó. Profundamente. Su boca era suave y dispuesta y se entregó con tanta dulzura y pasión como hizo falta. Mick estaba a punto de perder el control cuando ella se apartó.

—No está mal, en absoluto —dijo ella, soltándolo y hundiéndose de nuevo en la almohada—. Buenas noches, Mick.

—¿Y dices que soy el diablo? —sus ojos se detuvieron en su rostro sonriente y luego recorrieron la suave subida y bajada de sus pechos bajo el overol, e incluso bajaron hasta sus piernas y pies desnudos. Volvió a mirarla a los ojos—. Estás jugando con fuego.

—¿Lo soy?

Asintió una vez. —Un fuego muy caliente, de hecho.

—¿Cómo de caliente?

—¿Sabes lo que quiero hacerte ahora mismo?

Sacudió la cabeza.

—Quiero desabrocharte el overol y despegarlo de tu cuerpo. Quiero empujarte la camiseta por la cabeza y deslizar la ropa interior por tus piernas. Quiero saborear cada centímetro de tu piel, desde los labios hasta los dedos de los pies. —Mick vio cómo separaba ligeramente los labios, oyó cómo se le cortaba la respiración en la garganta—. Quiero bajarme la cremallera de los pantalones y que te sientes en mi regazo y me lleves a lo más profundo de tu cuerpo. Quiero sentir tu calor rodeándome mientras me cabalgas hasta…

Hizo una pausa interminable. Su respiración era el único sonido.

Luego, de repente, con una media sonrisa, se puso en pie. —Ahora voy a darme una ducha fría. Buenas noches, Léa.

Capítulo Dieciocho



Estaban todos aquí.

Jason Shanahan se quedó mirando las fotos. Marilyn a cuatro patas con el culo al aire. Marilyn apoyada contra la pared con él detrás de ella. Marilyn inclinada sobre una silla y Brian sujetándole las caderas, dispuesto a penetrarla de nuevo.

Lo recordaba como si fuera ayer y empezó a empalmarse. La expresión de su cara en cada foto no tenía precio.

—Has perdido tu vocación —dijo en voz alta—. Deberías haber sido estrella del porno.

Una voz chirriante surgió del escáner de la policía antes de convertirse en estática. Jason se había sorprendido un poco al verlo al entrar y lo había encendido. Ahora se acercó y lo apagó.

Recogió las fotos de la mesa y las metió en un sobre. Volviendo a centrar su atención en la caja de acero que contenía varias docenas de sobres similares, levantó el otro que llevaba su nombre. Lo tiró sobre la mesa y extendió las fotos.

—Zorra. Has cogido más —murmuró. No se había dado cuenta de que ella las había hecho. Habían sido tomadas en un día distinto al de las fotos que le había enviado a Brian.

En realidad, éstas le gustaban. La definición de sus músculos se veía mejor en estas fotografías que en el otro set. Hizo una pausa, mirando una foto especialmente buena de Marilyn chupándosela contra la puerta corredera.

Habían follado unas cuantas veces, y no había sido nada especial. Ella se le había insinuado en el gimnasio, y él había pensado que era discreta. ¡Qué risa! Después de que ella sacara las fotos y bromeara con hacer carteles con ellas, era natural que él se enfadara un poco. Aquella había sido la segunda, o quizá la tercera vez que se habían visto en su casa de campo. Pero Marilyn le había dado el rollo de película como si nada.

Pero aún no había acabado con la mierda.

Una semana después, Marilyn había enviado por correo unas fotos a Brian.

Había sido un infierno. Jason frunció el ceño al recordar lo cabreado que se había puesto Brian. Se había enfadado lo suficiente como para matar a la zorra… y a él. Aquella noche, Brian lo había echado a la calle.

Marilyn era la primera mujer con la que Jason había follado desde que se enroló con Brian Hughes. Aunque no era la primera *vez*. Estaba aquel universitario musculoso de New Hope y aquel motero que había conocido en el club de Filadelfia. Aquel tipo había sido divertido durante seis meses. Pero nada de eso significaba una mierda, y supuso que Brian no tenía por qué enterarse de nada. Tenían algo bueno entre ellos. Jason era más joven que Brian, pero la vieja reina seguía siendo buena en la cama, el dinero nunca era un problema y Jason le importaba de verdad. Definitivamente, Brian era algo bueno.

Hasta que Marilyn casi consiguió arruinarlo todo.

Fue la respuesta a las plegarias de Jason cuando la zorra fue asesinada.

Y allí estaba ella, sonriendo como una reina del baile mientras se inclinaba sobre la mesa de la cocina con su polla en el culo.

Conociendo la naturaleza indulgente de su amante, Jason se había arrastrado hasta él sobre manos y rodillas una vez que la zorra se hubo ido, y Brian le había llevado de vuelta.

Después de eso, la vida había ido volviendo poco a poco a la normalidad hasta esta semana, cuando este gilipollas decidió abrir de nuevo esa caja de Pandora.

Jason recogió del suelo una bolsa de papel marrón arrugada y metió en ella los dos sobres de fotos.

Había empezado igual que la última vez. Un par de fotos en el correo, dirigidas a Brian. Ninguna carta. Ninguna petición de una cantidad escandalosa de dinero. Nada que insinuara quién estaba detrás. Jason se encogía incluso ahora, pensando en cómo Brian había estado a punto de atravesar el techo otra vez. Pero las fotos eran algunas de las mismas que le habían enviado la última vez. Marilyn y él y bla, bla, bla. Pero ella ya estaba muerta.

Jason no podía entenderlo al principio. Ya era bastante malo que alguien estuviera jugando con sus mentes, pero se dio cuenta de que algo nuevo estaba encendiendo la olla. Esta vez Brian tenía miedo. Miedo de que la policía encontrara las fotos. Miedo de que alguien pudiera pensar que los dos hombres tenían motivos suficientes para cargarse a la zorra.

Su argumento de que Ted se iba a freír por el asesinato no era suficiente. Jason tenía que llegar al fondo del asunto. Tenía que averiguar quién tenía las malditas fotos.

Un poco de investigación y había sido tan fácil como sumar dos y dos. O tal vez Jason Shanahan simplemente tenía esa buena suerte

irlandesa trabajando OT para él. Fuera lo que fuese, una vez que supo de quién se trataba, fue fácil ver que Marilyn confiaría en el perdedor para que mantuviera ocultas estas cosas para ella.

Cerró la bolsa de papel. Ya tenía lo que había venido a buscar. Se estaba haciendo tarde. Miró los otros paquetes de fotos que había en la caja de acero. Era una tentación demasiado grande. Hojeó los sobres, leyendo los nombres.

Sacó uno. Luego otro. Era como un Quién es quién de Stonybrook. Y entonces cayó en la cuenta.

Aquí había chantaje *del bueno*. El tercer sobre era incluso mejor que los dos primeros.

—Asaltacunas —murmuró.

Jason pasó por las dos siguientes series de fotos, pero la tercera le dejó silbando bruscamente.

—Maldita sea, aquí se puede hacer una fortuna —dejó escapar una risa grosera—. Si se hace bien, claro.

Jason volvió a meter todas las fotos en la caja de acero y la cerró.

Nunca oyó los pasos detrás de él mientras se enderezaba con la caja en las manos. Sólo oyó la ráfaga de aire justo antes de que su cabeza se arrugara como una bola de plástico por el impacto.

LÉA UTILIZÓ una toalla de mano para limpiar el vapor del espejo y se quedó mirando la sangre que rezumaba de los feos puntos de su frente.

La idea de que tal vez no debería haberse duchado fue rápidamente descartada. Ya no soportaba la mugre apelmazada en

el pelo. Se peinó el pelo mojado para apartarlo del corte y se envolvió una toalla bien apretada por encima de los pechos.

Un vistazo al reloj de pared le indicó que sólo eran las seis menos cuarto. Léa salió a hurtadillas del cuarto de baño y caminó en silencio de puntillas por el pasillo y bajó las escaleras. No había ni una puntada de ropa en su bolsa de viaje que no estuviera manchada de sangre o cubierta de suciedad por haber trabajado en la casa, así que había empezado a lavar la ropa antes de meterse en la ducha.

Max estaba tumbado junto a la puerta trasera cuando ella entró en la cocina. Levantó la cabeza soñoliento y le dio un par de meneos de cola mientras ella se acercaba a la puerta cerrada del lavadero. Alargó la mano hacia el pomo; Léa oyó el ruido sordo de la secadora y se detuvo.

—Espero que todo lo que hay ahí pueda ir a la secadora.

Cada centímetro del cuerpo de Léa se estremeció de excitación al oír el gruñido de la voz de Mick detrás de ella. Lo vio apoyado en la puerta de la cocina. Parecía como si acabara de salir de la cama y se hubiera puesto unos pantalones cortos. No llevaba camisa, y ella notó, con un salto en su pulso, que no había llegado a abrocharse la parte superior de los pantalones.

—Espero que no te importe que haya utilizado tu lavadora. No me quedaba nada limpio —aferró con fuerza el pomo de la puerta al recordar las palabras que él le había susurrado la noche anterior. Inconscientemente, su mano se dirigió al borde de la toalla, justo encima del pecho. Él había dicho algo sobre «pelarse», recordó ella.

—Tu ropa aún no estará seca. Acabo de ponerla.

—No pretendía despertarte. —Sus brazos y su pecho tenían el aspecto poderoso de un atleta que se había convertido en un hombre trabajador. Su vientre no era plano como el de un

adolescente. También era musculoso, pero con el engrosamiento sólido y ondulado propio de la virilidad.

—Ésta es la hora a la que normalmente me levanto. Pensé que esta mañana me daría un subidón de cafeína antes de meterme en la ducha. —Cruzó la cocina y empezó a preparar café.

—¿«Cafeína»? ¿No has dormido bien?

—La verdad es que no. Estaba un poco distraído. ¿Y tú?

—Me desmayé —mintió.

La mirada que le dirigió hizo que Léa se sonrojara hasta la raíz del pelo. También se dio cuenta de lo poco que cubría la toalla que llevaba puesta.

Empujó la puerta de la lavandería. —Algunas de estas cosas ya deben de estar secas.

—No lo estarán —puso la cafetera en el fuego—. Pero mientras esperas, déjame ver esos puntos.

Léa se debatía entre encerrarse en el lavadero o agredir físicamente a Mick aquí mismo, en medio de la cocina.

Apartó una silla de la mesa e hizo un gesto hacia ella. —Ven y siéntate. Ese corte no se ve muy bien desde aquí.

Se sentó. La suave madera del asiento de la silla le refrescó las piernas, y comprobó que la toalla estaba bien recogida. Mick reapareció con su botiquín. Se colocó frente a ella y se estremeció cuando apretó una gasa contra los puntos.

—No seas tan crío. Sólo lo estoy limpiando.

—Eso ya lo he oído antes. Por cierto, aún no me han quitado los puntos.

—Uy —contestó—. Deberías habérmelo dicho antes.

Léa le dio un manotazo en el costado de la pierna, pero enseguida supo que no debía hacerlo, pues su piel estaba

demasiado caliente al tacto, y su mirada se sintió atraída sin control por la cintura desabrochada y los rizos de pelo que allí desaparecían.

Cerró los ojos y deseó que desapareciera la agitación entre sus piernas.

Sus manos estaban seguras mientras trabajaba alrededor de su herida. —¿Qué tienes hoy en la agenda?

Esto era lo que necesitaba. Un terreno seguro. —Esta mañana, a primera hora, tengo que devolver esa carga de material al lugar de alquiler.

—¿Terminaste con todo?

—Por ahora. He sido demasiado ambicioso en mi planificación. La próxima vez, alquilaré una cosa cada vez.

—Deja que te los devuelva.

El pliegue de la toalla se había aflojado. Se movió en el asiento y lo reajustó. —Realmente puedo aguantar…

—De todas formas, tengo que ir allí esta mañana —buscó un tubo de pomada en el botiquín—. Confía en mí, no estará fuera de mi camino.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Estoy abierto a sugerencias.

Léa se mordió el labio para ocultar una sonrisa, y volvió a estremecerse al sentir el frío escozor del ungüento en el corte.

—Tengo que hacer algo más que devolver las cosas. Seguro que les debo dinero. El material tenía que haberse devuelto ayer por la tarde.

—Razón de más para que me vaya. Ayer tuviste una lesión inesperada. Deja que me encargue yo. Todos los años envío toneladas de negocios a Doug, y él y yo hemos aprendido a hablar el mismo idioma.

Cuando empezó a negar con la cabeza, Mick le cogió la barbilla y la levantó hasta que ella le miró a los ojos.

—Tienes demasiadas cosas que hacer esta semana. Así que, si no puedes aceptar mi ayuda como amigo, ¿qué tal como el tipo al que estás volviendo loco?

—Es la toalla, ¿no?

—Es lo que hay debajo de la toalla —le soltó la barbilla.

—Puedes devolver el equipo —graznó, obligándose a mirar a cualquier parte menos a ese botón de la cintura… o a cualquier punto al sur de él.

—¿Qué más tienes que hacer?

—Tengo que llamar a Sarah Rand. —Léa intentó concentrarse en sus manos mientras retiraban el envoltorio de una gasa estéril—. Y tengo que ir a Doylestown a sacar algunas cosas de la habitación de hotel que alquilo allí.

Decidió no hablarle de su cita de las diez en el banco de la calle Mayor, a la entrada del parque. Tenía la fuerte sensación de que él no aprobaría que fuera sola al encuentro de un lunático escritor de cartas.

Su pierna rozó la de ella mientras le aplicaba la almohadilla antiadherente en los puntos. Léa no pudo evitar que su mirada se fijara en la parte delantera de los calzoncillos de él; la pesada cresta que se extendía por una pierna destacaba demasiado sobre el color caqui. Tragó saliva.

—Un montón de… qué…

—¿Hay algo que te distrae? Había picardía en su voz, inquietándola aún más.

—No. Nada —se quedó mirándole las manos y el rollo de gasa que ahora sostenía—. Todo lo demás depende del resultado de mi conversación con Sarah Rand.

—Creo que lo más seguro sería que envolviera esto de la misma forma que lo hicieron en el hospital. No deberías dejarlo expuesto hasta que te vea un médico.

—Cierto. Exponerse no es bueno.

—Bueno, eso depende. —Mick se colocó detrás de ella y empezó a envolverle la cabeza con la gasa—. Inclínate hacia atrás.

Apoyó la cabeza en el vientre firme y cálido de él. Sintió que un calor similar se extendía fluidamente por ella.

—¿Te parece bien que te pida cita con el médico de Heather para mañana a alguna hora? Y no te preocupes, no es pediatra.

—Sí, claro. Se me está bajando demasiado la gasa en la frente —se tocó la frente—. Quiero poder ver.

—Pero creía que el look momia estaba de moda este año. —Mick desenvolvió un poco la gasa y volvió a envolverla. Léa se tocó la cabeza mientras lo hacía, comprobando que estuviera bien apretada.

—¿Me dejas que te lleve a tu hotel en Doylestown?

—Puedo conducir bien. Mick, tu trabajo…

—Podemos ir durante mi hora de comer.

—Un almuerzo un poco largo. —La toalla empezó a aflojarse de nuevo. Léa alargó la mano para arreglarla, pero las manos de Mick la agarraron, deteniéndola.

—Déjalo.

Léa se estremeció al sentir su cálido aliento sobre su hombro desnudo. Su boca besó y saboreó la piel de su cuello.

—Me estoy volviendo loco así. Te deseo —su susurro sonó ronco en su oído. Le levantó las manos lentamente, enlazándolas detrás de su cuello. Ella cerró los ojos y se sintió arrullada por el pulso seductor de su voz.

—Abre los ojos. Léa. Mira qué guapa eres.

Abrió los ojos y vio cómo se aflojaba la toalla. Las curvas blancas de sus pechos subían y bajaban como si intentaran escapar de los confines de la tela. Le mordió el lóbulo de la oreja y ella hundió los dedos en su pelo corto. El pliegue cedió, y ella vio cómo la toalla se deslizaba hacia abajo y se enredaba alrededor de su cintura.

Sus manos se deslizaron bajo sus pechos, levantándolos mientras sus pulgares acariciaban los hormigueantes pezones. Léa giró la cabeza y encontró su boca hambrienta. Se acometieron mutuamente en un frenesí de necesidad: saborear, tomar, dar. Se le cortó la respiración cuando la mano de él bajó por su vientre y le acarició su femineidad. Ella se levantó de la silla y, mientras sus bocas mantenían un duelo sin tregua, los dedos de él acariciaron sus pliegues húmedos. Léa metió la mano en los calzoncillos de Mick y rodeó con los dedos su pene palpitante.

Eso fue todo lo que hizo falta. Léa apenas pudo arrancar la toalla de la silla antes de que él la metiera en el lavadero y cerrara la puerta tras ellos.

Él intentó chuparle los pechos. Ella luchó por bajarle los calzoncillos. La secadora retumbaba en la pequeña habitación, enmascarando los ruidos provocados por su impaciencia.

—Sé que te lo prometí despacio —la levantó sobre la secadora.

—La lentitud está sobrevalorada —ella le rodeó la cintura con las piernas.

Se introdujo en ella. Las manos, las piernas y la boca de Léa lo atrajeron hacia sí. Nunca en su vida se había sentido tan viva como ahora.

Mick la agarró por las nalgas y la penetró a un ritmo cada vez más rápido. Léa respondía a cada uno de sus golpes, meciéndose en la cálida máquina para recibirlo, para introducirlo más profundamente en su interior. Era tan grande, tan potente. El ajuste

era perfecto. El creciente estremecimiento era casi insoportable. Los sonidos que emitía en su oído eran tan primitivos.

Cuando ella gritó por la fuerza de su liberación, sintió que todo el cuerpo de él se ponía rígido al explotar él también. Se aferraron el uno al otro durante unos instantes, una maraña de miembros y cuerpos sin aliento.

Como si fuera una señal, sonó el timbre de la secadora.

Capítulo Diecinueve



—He quedado con un par de personas en el centro. ¿Seguro que no puedes llamar a alguien para que venga y se quede contigo?

—Deja de preocuparte. —Heather agarró a Léa por los hombros y la empujó hacia la puerta principal—. Vete y vuelve. Papá ha dicho que te recogerá aquí a mediodía. Hazlo.

Léa plantó los pies. —Entonces vendrás con nosotros a Doylestown. Tú y Mick podríais comer algo mientras yo voy al hotel a por mis cosas.

—Te equivocas de nuevo, concursante, pero gracias por jugar. —Heather abrió la puerta—. Quiero hacer unas llamadas a mis amigos. Tendréis que aguantar un par de horas sin mí.

—Heather —Léa se volvió en la puerta abierta—. Me preocupa que estés sola aquí. Un asqueroso me dio un buen golpe en la cabeza en el patio.

—Es de día. Todos los entrometidos del barrio están despiertos y vigilan sus ventanas. Tengo quince años. Tengo un perro asesino. Y mido medio metro más que tú.

—En tus sueños. Vale, quizá con los zuecos puestos.

Heather se irguió, mirando a Léa. —Además, mi aspecto es lo bastante intimidatorio como para asustar a cualquiera.

Léa abrazó a la adolescente. —Bueno, eso definitivamente no es cierto.

Lo inesperado del abrazo desconcertó a Heather. Entonces, se sorprendió aún más devolviendo el abrazo.

Se apartó bruscamente. —Ponte en marcha.

—Aquí está mi móvil. —Léa metió el aparato en la mano de Heather—. Enciéndelo. Déjalo encendido. Y llévatelo contigo si sales de casa. Y todo lo de al lado puede esperar a que lleguemos juntas más tarde.

—Ponte en marcha —empujó a su nueva amiga hacia la puerta.

Heather se agarró al cuello de Max y se apoyó en la puerta mientras veía a Léa caminar por la calle.

—Hora de ir a trabajar —anunció entusiasmada al perro en cuanto Léa desapareció de su vista. Subió las escaleras y entró en su habitación.

La idea de hacer algo bueno por Léa había estado rondando la mente de Heather desde ayer por la mañana, cuando había leído aquel artículo. Había estado pensando en lo mucho de lo que Léa debía de haber prescindido en los últimos años. Como cuidadora solitaria de alguien con Alzheimer en fase avanzada, como solucionadora de problemas para un hermano que estaba en un aprieto del que probablemente nunca saldría, como proveedora de todo, Léa era una persona que necesitaba que le devolvieran algo. Pero no era en regalos en lo que pensaba Heather.

Sobre la cama de Heather había unos viejos vaqueros. Tras ponérselos y ponerse una camiseta blanca por encima, tuvo que mirarse por segunda vez en el espejo ante la nueva desconocida que le devolvía la mirada.

Qué raro ver a ese desconocido sonriéndole en el espejo.

Max le pisó los talones cuando bajó al sótano a por unos guantes de trabajo y una gorra de pintor. Un par de minutos después, los dos salieron corriendo por la puerta trasera.

La idea se le había ocurrido esta mañana. No había problema, había pensado Heather. Tendría la habitación delantera pintada para cuando volvieran. Era perfecta.

Las bolsas de basura llenas y las viejas alfombras enrolladas y los demás trastos que habían sacado ayer seguían amontonados al final del camino de entrada, junto a la casa de carruajes.

Ella y Max entraron por la puerta trasera. El lugar ya parecía mucho más habitable sin todos los trastos. Heather encontró la pintura y los rodillos y brochas en el comedor. Por suerte, Léa había elegido el mismo aburrido color cáscara de huevo para todas las habitaciones.

Max la siguió hasta el sótano. Había un montón de sábanas y mantas viejas que había visto el día anterior. Apestaban, pero servirían perfectamente como manteles.

Cuando volvió arriba, el perro se quedó atrás. Para él, aquel sótano debía de tener olores más interesantes que una convención de gatos en julio. Dejó caer el fardo de paños en el salón trasero, sacudió una sábana grande y se volvió para entrar en la sala de estar.

Una cara se apretó contra el cristal de la puerta principal, y Heather gritó y saltó hacia atrás.

Max subió las escaleras del sótano de un salto. Heather se tapó la boca avergonzada y se apoyó en la pared para recuperar el aliento. Reconoció a Chris, que la saludaba a través del cristal, pero Max no. El perro saltó contra la puerta, ladrando furiosamente.

—Perdona. No pretendía asustarte. —La voz apagada de Chris entró por la puerta. Heather apenas podía distinguir lo que decía por

encima de los gruñidos y ladridos del perro. Abrió la puerta.

—Me has dado un susto de muerte, Chris Webster.

Max seguía como loco, así que Heather se agarró con fuerza a su cuello.

—No sabía si había alguien o no —dijo Chris, manteniéndose a una distancia prudencial del perro.

—Creo que Miss Modales suele incluir «llamar a la puerta» en sus respuestas sobre este tema. No recuerdo que «mirar dentro» esté en su lista de formas apropiadas de acercarse a una casa en la que no vives.

—Tenía que entregar unas flores para mi jefe.

—¿Trabajas para la floristería?

—No, la farmacia —respondió Chris por encima de la continua fogosidad de Max. Chris le lanzó una mirada incómoda—. El señor Rice, el farmacéutico, eligió esto para la señorita Hardy. Me dijo que se lo dejara mientras hacía el reparto de recetas esta mañana.

Hace dos días, Heather había odiado a Andrew Rice por no surtirle la receta. Esta mañana, sin embargo, el hombre había vuelto a ser «bastante bueno» para ella. Ahora mismo, no estaba segura de cómo debía sentirse respecto a él, teniendo en cuenta que le enviaba flores a Léa.

—¿Dónde están?

Chris parecía confuso.

—¿Las flores? ¿Dónde están?

—¡Oh! Espera. Voy a por ellos. —El larguirucho adolescente saltó los escalones rotos y se dirigió a su vieja camioneta aparcada enfrente. A pesar de sus recelos, Heather tuvo que aprobar el buen gusto del farmacéutico cuando Chris sacó la gran cesta de flores silvestres de la parte trasera del coche.

—¿Dónde los dejo?

—¿Por qué no los traes?

Miró con recelo al perro que gruñía.

—¡Venga! Max no muerde —entró, tirando del perro con ella—. Justo ahí, junto a la ventana, tiene buena pinta.

En cuanto dejó las flores, soltó a Max. El perro se acercó corriendo y empezó a olisquear las zapatillas y las esposas de Chris.

—Le gusta olerlo todo. Puedes acariciarle si quieres. No te hará daño.

En lugar de eso, se metió las manos en los bolsillos. Heather lo estudió durante un par de segundos. Ahora que no estaba enfadada con el mundo, admitió que había salido bastante guapo. Era alto, quizá tanto como su padre, el reverendo Webster, el ministro presbiteriano del pueblo. Y se estaba volviendo ancho y musculoso de pecho. No era sólo su aspecto musculoso. También había en él una sensación de confianza que a Heather le gustaba.

Era evidente que no estaba contento con las atenciones del perro, pero desde luego no tenía miedo.

—Lo siento, no llevo dinero encima, así que no puedo darte propina ni nada —dijo sólo para iniciar la conversación.

Sacudió la cabeza y sonrió. —Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Trabajando. —Cogió una de las sábanas y la sacudió—. Raspando, pintando, haciendo reparaciones. Lo que haga falta.

—¿Tu padre está reformando esta pocilga?

—No, estoy trabajando con Léa. Los dos estamos trabajando en ello. Y no es un basurero.

Puso los ojos en blanco.

—Pues no lo será cuando acabemos.

Chris empezó a pasear y a echar un vistazo a las habitaciones.

—Así que los rumores son ciertos. Se queda por aquí.

En cierto modo, Heather deseaba egoístamente que fuera cierto. —Eso parece.

—Y la famosa cocina —se quedó en la puerta, mirando hacia dentro—. Me sorprende que no se asuste cada vez que entra aquí.

—No sé por qué debería hacerlo. —El comentario irritó a Heather —. Eso ocurrió hace veinte años. Además, tiene la cabeza más atornillada que la mayoría de nosotros.

Se volvió hacia ella. —Eso no es lo que dicen.

—¿Quién? La gente de este patético pueblecito de nada. ¿Qué sabrán ellos? Léa no ha vuelto desde que tenía once años. Y desde entonces, ha hecho muchas cosas con su vida. ¿No leíste el artículo de ayer en el periódico?

Sacudió la cabeza. —Sólo te decía lo que dice la gente.

—¡Pues no! La gente no tiene licencia para cotillear sobre ella sólo porque sea una Hardy —Heather llevó las sábanas y las mantas a la habitación delantera y empezó a extenderlas sobre el suelo de madera. Chris la siguió y se quedó en la puerta.

—No hay razón para que te enfades tanto, Heather. La gente siempre cotillea.

—No, no lo hacen. La última vez que estuve por aquí no estaba sordo ni ciego. Vi la mierda que estaba pasando con Marilyn.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Todo el pueblo lo vio. Pero Dios nos libre de que alguien susurre una palabra sobre la hija de una de nuestras familias más antiguas. La mujer era una puta, pero ¿alguien siquiera…?

Las palabras se atascaron en la garganta de Heather cuando miró a Chris a la cara. No le había visto cruzar la habitación. Sus ojos azules parecían fieros mientras la miraba fijamente.

—Ahora estás más buena que cuando te fuiste.

—Cállate.

—Y yo que pensaba que eras una nena. —Extendió la mano y le acarició suavemente los pendientes de la oreja—. ¿Lo decías en serio el sábado cuando dijiste que no estabas disponible permanentemente?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Heather cuando su dedo rozó su cuello, justo debajo de la oreja. Cuando ella no dijo nada, él sonrió y dejó que la mano le recorriera la espalda, hasta que finalmente enganchó un dedo en la cintura baja de sus vaqueros.

—Yo… ese día no estaba de muy buen humor.

Se apartó de él. Sentía calor. Excitada. Pero, de repente, él parecía mucho mayor, más experimentado que ella. Había cambiado mucho.

—Tengo mucho que hacer aquí, Chris. Creo que deberías irte.

Volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—¿Puedes salir esta noche?

Dudó.

—Nos lo tomaremos con mucha calma, Heather —Sus ojos eran suaves, amables. Volvía a parecerse al adolescente que ella conocía —. Iremos al cine y te traeré de vuelta.

—De acuerdo —dijo Heather por impulso—. Tengo cita con el médico a las cinco. Recógeme a las seis y media, aquí al lado.

Le dedicó una sonrisa mientras salía por la puerta principal, y ella se quedó mirando por la ventana a su espalda.

Después de todo, ¿quién iba a pensar que Chris Webster saldría tan bueno?

—No *es la misma persona con la que me casé. Es imposible creer que sea la madre de mis hijos.*

—Sé que esto te resulta difícil de tragar —el abogado recogió el informe del investigador que Ted estaba escaneando—. Pero enfrentarse a alguien con su dinero y sus contactos, nunca está de más estar preparado.

¿Preparados? ¡Estaban más que preparados! Aquí había tierra suficiente para enterrar a aquella mujer por toda la eternidad. Y ahora mismo, después de todo lo que ella le había hecho pasar, eso era exactamente lo que él quería hacer. Enterrarla.

Capítulo Veinte



Léa se tomó su tiempo para caminar por el centro. Tenía tantas cosas rondándole por la cabeza, tantos sentimientos arremolinándose en su interior. Todo se estaba volviendo muy complicado. Necesitaba simplificarlo.

Se detuvo a comprar un periódico. La mujer de la caja se acordó de ella y fue muy amable. Léa compró sellos en correos. Aun así, llegó a su destino quince minutos antes.

Pasó junto al banco vacío del parque de la calle Mayor. Llevaba grabadas las palabras «Regalo de los Portadores de la Antorcha de la Libertad»; le resultaba demasiado incómodo y obvio sentarse y mirar a todo el que pasaba. Caminó hasta el siguiente cruce y echó un vistazo a la hilera de escaparates a ambos lados de la calle. Al llegar al último edificio del lado del parque de la calle principal, se fijó en un hombre elegante y con un poco de sobrepeso que cruzaba la calle a toda prisa. El hombre, calvo y de mediana edad, llevaba un periódico bajo el brazo y la miró de reojo. Había algo vagamente familiar en él que hizo que Léa se detuviera y volviera a mirar.

Recordó haberle visto en el juzgado, durante el juicio.

El hombre parecía ajeno a todo y a todos en la calle, como si el peso del mundo recayera sobre sus encorvados hombros. Hasta que

no le vio sacar una llave del bolsillo y abrir la puerta principal de Hughes Grille, no se dio cuenta de la conexión.

Era un Hughes. Desde luego, demasiado joven para ser el Sr. Hughes que había regentado el Grille en tiempos de su propio padre, pero tal vez un hijo, pensó.

Léa volvió a mirar hacia el banco cercano a la entrada del parque y se preguntó si debía considerar a aquel hombre entre las personas mencionadas en la carta. El Club del Odio de Marilyn.

Dio media vuelta y regresó por la calle hasta el banco. Pasaba una cantidad moderada de tráfico.

Léa reconoció el Cadillac gris de Estefanía, aparcado enfrente del Franklin Trust Bank.

Bob Slater, el fundador del banco, lo dirigía desde hacía al menos treinta años. También era el segundo marido de Stephanie. Charlie Foley, el primer marido de Stephanie y padre de Marilyn, había sido el propietario del molino y, en una época, había poseído prácticamente todo lo que valía la pena tener en Stonybrook. Había fallecido hacía unos diez años, dejándoselo todo a su mujer y a su hija. Bob Slater, en aquel momento un saludable viudo de mediana edad, se había casado con Stephanie un año después.

Durante los pocos años que Ted y Marilyn habían vivido juntos como pareja fuera de Stonybrook, Léa había visto a Bob y Stephanie quizá media docena de veces, todas con ocasión del bautizo o el cumpleaños de la niña. Al principio, Léa había atribuido la frialdad de la pareja a la división normal de las diferencias sociales y de clase. Había pensado que, debido a esas barreras, quizá los Slater nunca aceptarían a los Hardy. Pero con el paso de los años, Léa había observado un constante acercamiento de Stephanie hacia Ted. De hecho, tras su separación de Marilyn, Léa había oído decir a su hermano que su suegra estaba a favor de que obtuviera la custodia

de las niñas. Nada de eso importó después de que Ted fuera detenido por el asesinato de su familia. Estefanía había arremetido contra él con más fuerza que nadie.

Léa se sentó en un extremo del banco y abrió el periódico que tenía sobre el regazo. Se bajó las gafas de sol y miró por encima del periódico a la gente que iba y venía por la calle. Miró los coches que entraban en los aparcamientos y los desconocidos que salían de ellos. Los edificios le resultaban familiares, pero las caras no significaban nada. Veinte años era mucho tiempo para estar lejos, y Léa se preguntó cómo iba a encontrarle algún sentido a la críptica carta cuando ni siquiera podía identificar a las personas.

Metió la mano en el bolso, sacó el sobre y volvió a leer las palabras.

El lunes a las diez de la mañana siéntate en el banco que hay junto a la entrada del parque por la calle principal. Te reunirás con el Club del Odio de Marilyn. Todos ellos…

—¡Léa!

Dobló la carta y la metió en el bolso. Una pelirroja pechugona, un poco mayor que ella, cruzaba la calle a toda velocidad hacia ella. Llevaba un top negro con medias a juego, y su atuendo acentuaba cada curva. La habían maquillado con sumo cuidado y llevaba el pelo bien cortado. Léa la observó acercarse con creciente curiosidad.

—*Eres* Léa Hardy, ¿verdad?

Léa asintió vacilante. La mujer tenía unos amistosos ojos verdes y le tendió la mano antes incluso de llegar al banco.

—Sheila Sheila Desjardins. Fui al instituto con tu hermano. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Léa sonrió y se levantó, aceptando el apretón de manos. —Creo que sí. Vivías un par de calles más arriba, ¿no? Tus padres tenían un viejo San Bernardo que dormía a la sombra delante de la puerta del garaje.

—Éramos nosotros —la mujer sonrió—. Mis padres vendieron aquella casa en el 93 y se mudaron a Florida. Yo quería comprarla, pero era una hipoteca demasiado grande para una sola persona. Pero ahora alquilo un apartamento justo al final de la calle de la casa. ¿Estás esperando a alguien? ¿Puedo sentarme contigo?

—Claro. —Léa recogió los papeles, haciéndole sitio para sentarse.

—Se está muy bien aquí. Un sitio perfecto —Sheila hizo un rápido repaso de la gente que pasaba y se sentó junto a Léa—. Seguramente te estarás preguntando qué demonios hago deambulando por las calles sin bolso ni nada.

—No. En realidad, no lo estaba.

—Me han llamado y he cancelado mi cita de corte y confección hace cinco minutos. ¿Te imaginas el descaro de la mujer?

—No puedo.

—Sabes, primero estaba muy enfadada. Luego, estaba mirando por la ventana y te vi pasar al otro lado de la calle. Así que pensé en asomarme y saludarte. Esa es mi tienda de enfrente.

Léa miró en la dirección que señalaba Sheila.

—Justo ahí. Impresiones capilares Desjardins. Rich dice que es un trabalenguas, pero no me importa. Durante los tres últimos años he sido el único espectáculo de la ciudad, y no oigo que ninguno de mis clientes se queje.

—¿Qué me dices de la cita cancelada? ¿No crees que intentaba hacer una declaración sobre el nombre? —Léa se sintió muy orgullosa de haber dicho más de dos palabras.

Sheila pareció sobresaltada durante un segundo; luego sus ojos se redondearon con fingido horror. —¿De verdad lo crees?

—Oye, esto es Stonybrook. ¿Quién sabe?

La piel alrededor de los ojos verdes se arrugó cuando sonrió. —Sabes, estás monísima así de cerca, y muchísimo mejor que en las fotos del periódico. Pero eso que llevas en la cabeza, ¿cuándo te lo van a quitar?

—Los puntos se quitan en diez días. Los vendajes deberían reducirse mucho antes. —Léa hizo una pausa, sorprendida de que Sheila no le hubiera preguntado cómo se había hecho la herida—. ¿Cómo lo supiste?

—Cariño, no se me escapa nada —bajó la voz y se deslizó más cerca de Léa—. Como sufrida novia del jefe de policía, no hay mucho que ocurra en este burgo de lo que no me entere —Sheila apoyó una mano en la rodilla de Léa—. Pero no deberías culpar a Rich. Verás, tiene un problema de control. Ya sabes, cuando tenemos sexo. Sobre todo cuando llevo esta cosa de leopardo transparente de una pieza que compré a través de un catálogo estupendo que tengo. Así que, de todos modos, vi a una terapeuta sexual o algo así en uno de los programas de la tarde, y me dijo que para ayudarle, para salvar *tu* vida sexual, tienes que quitarle presión hablando con él y haciendo que hable mientras estamos…

—De verdad, Sheila, no creo que necesite oír esto.

—Y funcionó. Sólo tengo que hacerle hablar. Así se olvida de su Jefe Pequeño, y se sabe que hemos estado hablando durante…

—Sheila, por favor.

—Está bien, cariño. Pero sabes, no hay nada impropio en que Rich me cuente cosas. Quiero decir que la mitad de la gente de Stonybrook tiene uno de esos escáneres policiales junto a su azucarero, y la otra mitad los tiene encima de sus televisores. Uno

pensaría que con la incorporación por cable del Canal Playboy hace un par de años, las cosas mejorarían. Pero ni hablar. Stonybrook está lleno de mirones a los que les gusta saber en qué se mete todo el mundo. Yo tampoco tengo tiempo para ellos.

Léa no sabía cómo se sentía charlando con la novia de uno de sus enemigos. Pero no importaba; Sheila empezó de nuevo.

—Sabes, hace dos semanas, después del Festival de Arte Spring Fling que celebramos aquí en el centro, conseguí que me hablara de todas y cada una de las cincuenta y cuatro infracciones de aparcamiento, de los seis casos de conducción bajo los efectos del alcohol, del caso de robo en un coche abierto y de la pareja de adolescentes que pillaron haciéndolo en el asiento trasero de un coche de policía que estaba aparcado en el aparcamiento de ese edificio. La puerta estaba abierta. Fue como un milagro.

Léa echó un vistazo a la comisaría de policía, calle abajo, y se preguntó qué pensaría Rich Weir de que un Hardy se enterara de lo del Jefecito y sus «defectos» sexuales.

—Pero eso ni siquiera era lo bueno —una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios perfectamente pintados—. Cuando terminamos en mi casa, hice que me llevara al centro y me enseñara qué era exactamente lo que hacían esos chicos en el asiento trasero de aquel coche. Fue el *mejor* sexo que he tenido en mucho tiempo.

Se abanicó con las manos y echó otro vistazo rápido a los transeúntes.

—¿Cómo es *tu* vida sexual, cariño?

Léa se quedó boquiabierta.

—Bueno, he oído que te quedas en casa de Mick. —Las cejas finamente depiladas de Sheila subieron y bajaron significativamente.

—Él y Heather me llevaron ayer del hospital. Eso fue todo.

Léa intentó no pensar en el increíble sexo que habían tenido en el lavadero esta mañana. Se obligó a no pensar en la promesa que él le había susurrado al oído antes de irse a trabajar. Algo sobre la hora de comer, una habitación de hotel en Doylestown y lo que pensaba hacerle. Y esta vez, *muy* despacio.

—Oh, creía que te quedabas en su casa.

—Pues sí. Pero en la habitación de invitados, y sólo anoche —no sabía qué la movía a contestar. No era asunto de nadie. Pero, de nuevo, pensó, quizá fuera bueno dejar las cosas claras con Sheila. Era obvio que la habilidad de esta mujer para pregonar la información era mejor que publicarla en el periódico.

—Es un número caliente. —Sheila cogió uno de los periódicos doblados del regazo de Léa y se abanicó—. No hay mujer en esta ciudad que no haya soñado con estar donde tú estás ahora, cariño.

—Estábamos bajo el mismo techo, no en la misma habitación.

—De acuerdo, si tú lo dices. Dios sabe que, a medida que Mick se hace mayor y mejor, debo añadir, se ha vuelto bastante quisquilloso.

—Estoy segura de que, con un adolescente en casa, la discreción y la idoneidad son un problema para él.

Sheila enarcó una ceja y luego se encogió de hombros. —Puede que sea eso, cariño, o puede que no. Creo que este cambio en él empezó incluso antes de que volviera Heather. Realmente creo que tiene que ver con que está harto de las mismas nenas egoístas que han estado colgadas de él toda su vida. El hombre tiene treinta y ocho años y todas las relaciones que ha tenido han sido así… Mick da. Mick compra. Mick cuida de ella. Mick se hace el simpático y deja que ella anteponga su vida y sus necesidades a las de él. En resumen, Mick la mima muchísimo. Si tu vida amorosa fuera así, ¿no te hartarías un poco?

Léa estaba pendiente de cada palabra. Sheila saludó a un coche de policía que pasaba lentamente.

—Quiero decir, mira a su exmujer. Inteligente, guapa y mimada. Le enganchó en la universidad, tuvo un bebé y le utilizó hasta que salió de esa facultad de medicina de la Costa Oeste y ya no le necesitó. Entonces… ¿Qué, hace nueve años vuelve a casa, recién divorciado, y con quién empieza a salir? La reina reinante del egoísmo, Marilyn Foley.

Sheila asintió a Léa, pues debió de leer la incredulidad en su rostro.

—No te preocupes, eso fue durante el año anterior a que Ted y Marilyn se casaran. Por suerte, Mick debió de darse cuenta. La dejó antes de que pudiera clavarle demasiado las garras. Ahora, después de eso, las mujeres estaban menos jodidas que Marilyn y quizá su ex, pero seguía sin haber mucha mejora que yo pudiera ver.

—¿Ha habido muchas mujeres? —preguntó Léa, sintiendo un dolor vacío que sabía que no tenía derecho a sentir.

Sheila hizo un gesto significativo con la cabeza. —Quizá no tantos como podría haber tenido. Pero estaba la chica del tiempo de la emisora de cable de Jersey. Un abogado que se trasladó a Washington D. C. Un ingeniero de una de esas empresas farmacéuticas de la carretera. También había otros. He perdido la cuenta con los años. Pero tienes que reconocerlo. No le gustan los tontos.

Sheila sonrió a la pareja que cruzaba la calle hacia ellos. —Hola, reverendo Webster. No olvides que vienes a cortarte esta tarde, Pat —El clérigo era un hombre de aspecto muy distinguido, con el pelo rojizo y canoso. La mujer, de complexión pequeña, miró fijamente a Léa y luego dirigió a su marido hacia ellos.

—Ahora, ¿qué estaba diciendo? —dijo Sheila, volviéndose hacia Léa—. Ah, sí. Mick. Creo que hace tiempo que está harto de todo esto. Créeme, me doy cuenta de estas cosas. Últimamente sale cada vez menos. Pero quién podría culparle con todos los tiburones que hay en el agua.

Léa se sintió mal, pensando en sí misma como la siguiente de una fila de tiburones.

Nunca había sido una aprovechada y, sin embargo, aquí estaba, arrastrando a Mick e incluso a Heather a su lúgubre situación. Se subió las gafas de sol al puente de la nariz y deseó poder olvidar lo maravillosos que habían sido todos los minutos que había pasado con él.

—¡Joanna!¡Joanna!

La voz de Sheila devolvió la atención de Léa al presente. Una furgoneta gris con flores silvestres estampadas en un lateral acababa de aparcar.

—*¡Jo*! Ven aquí.

Una joven alta y muy llamativa, de pelo castaño largo y rizado, con un vestido de verano floreado, se detuvo tras cerrar la puerta del conductor. Miró en su dirección.

—Ven aquí, Jo. Hay alguien que quiero que conozcas.

Léa vio cómo la mujer se echaba al hombro un gran bolso tejido y empezaba a avanzar lentamente hacia ellos.

—Joanna Miller y su hermana Gwen son las dueñas de la floristería Miller —susurró Sheila a Léa—. Gwen es una zorra, pero Jo siempre ha sido una marginada entre los viejos del pueblo… algo así como tú, supongo.

En el interior de Léa se formó inmediatamente un punto cálido ante aquel comentario. Se puso en pie y estrechó la mano de Joanna mientras Sheila hacía las presentaciones.

—Vosotros dos no erais compañeros de clase ni nada parecido. Creo que Jo era un par de años más joven. Pero, de todas formas, es imposible que la hubieras reconocido. Por aquel entonces, no llevaba ningún sujetador de talla doble D como ahora.

—¿Mira quién habla? La señorita Medusa Implantes en persona —los ojos castaños de Jo miraron a Sheila por encima de las gafas antes de volverse hacia Léa—. Ten cuidado con ella. Cobra un ojo de la cara.

—Hablando de eso, necesitas un corte, mujer salvaje. —Sheila cogió unos mechones del pelo de Joanna y sacudió la cabeza con desaprobación tras mirar detenidamente las puntas. A continuación se volvió hacia Léa—. Y tú necesitas un cambio de imagen *total*. Mírala, Jo. Con esos ojos y sus pómulos altos. Podría cortarle un poco de flequillo… tal vez hacerle capas en los lados y en la espalda. Un poco de maquillaje aquí y allá. Yo digo que se parecerá a esa actriz de cine. ¿Cómo se llama? La mujer de David Duchovny.

—Téa Leoni eso es —dijo Sheila entusiasmada—. Puedo hacerte un espacio esta tarde si quieres venir.

—Gracias. Creo que de momento tendré que dejarlo para otro día —respondió Léa.

—Como quieras. Pero no lo pospongas demasiado. Quieres impresionar a esa persona con el que vives.

—*No* vivo con nadie.

—Di lo que quieras, cariño —Sheila hizo un guiño cómplice a Joanna—. Se queda con Mick Conklin y no juega a los médicos con el niño.

—¿Te quedas con Mick? —preguntó Joanna, mostrando su sorpresa en el rostro.

—Sólo temporalmente

—¡Lo mismo que tú y Andrew Rice os habéis estado jodiendo *temporalmente* los sesos el uno al otro durante no sé cuánto tiempo!

—*Sheila* —se quejó.

—Al menos, uno de nosotros no lo niega. —La peluquera rechazó sus miradas y miró al otro lado de la calle. Rich Weir se dirigía hacia su tienda—. Lo siento, chicas, pero tengo que irme. Creo que me espera un convite de sobremesa en la trastienda. Sólo espero que haya muchos, muchos crímenes en la mente del Gran Jefe. Los suficientes para que el Pequeño Jefe tenga tiempo de hacerlo bien. Te lo contaré todo más tarde.

Totalmente asombrada, Léa observó cómo Sheila cruzaba la calle a toda prisa tras su pretendiente. —¿De verdad intentará contárnoslo después?

—Puedes contar con ello.

Léa no pudo contener la risa. Cuando se volvió hacia Joanna, la encontró también sonriendo.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Lo tuyo con Mick?

Esta vez Léa se sonrojó. —Somos amigos. Viejos vecinos.

Jo le lanzó una mirada de «no te creo» por encima de las gafas de sol.

—¿Tengo algo tatuado en la frente?

—Con Sheila haciendo el interrogatorio, no necesitas un tatuaje. —La expresión de Jo era más suave, más amistosa, cuando se quitó las gafas de sol—. ¿Qué te han parecido las flores?

—¿Qué flores?

—Los que Andrew Rice hizo entregar en tu casa esta mañana.

—No los he visto. Debí irme antes de que llegaran —el comentario de Sheila sobre Jo y Andrew parpadeó en la mente de Léa—. Andrew y yo éramos amigos cuando éramos niños. Sé que compró la farmacia que tenía mi bisabuelo hace eones, pero hace

mucho, mucho tiempo que no le veo ni hablo con él. ¿Por qué me envía flores?

—Creo que para ponerme celosa —dijo Joanna con nostalgia—. Yo he sido la que, bueno, ha estado a favor de mantener nuestro romance en secreto, y a él no le hace mucha gracia.

Léa no sabía cómo era que se habían sentido tan cómodos el uno con el otro tan rápido, pero decidió que probablemente no era el momento adecuado para analizarlo.

—¿Estás en una situación de la que quieres salir? —preguntó.

—¡Claro que no! —Jo sacudió la cabeza—. Dios, estar con Andrew es lo único que me hace querer quedarme en este apestoso pueblo. Él lo es todo para mí.

El sonido de un grito de mujer resonó en los escaparates. La puerta del conductor del Cadillac gris estaba abierta de par en par. Stephanie Slater salió dando tumbos del volante, histérica, llorando y gritando incoherencias. Llevaba un pequeño objeto en una mano.

Varios peatones se detuvieron y se quedaron mirando desde una distancia prudencial. Pero ninguno se acercó a la angustiada mujer.

—*¡Hanna*!

Esta vez a Léa no le costó entender el grito desgarrador de la anciana.

—Quizá podamos hablar más tarde —dijo, tocando el brazo de Joanna y dando un par de pasos hacia la calle.

Se detuvo. De todos los habitantes de la ciudad, Léa sabía que ella sería la última a la que Estefanía querría ver en ese momento. La angustiada mujer se apoyó en el coche.

Léa volvió a mirar a su alrededor en busca de alguna señal de que alguien fuera hacia ella. A la entrada del parque, no lejos del banco donde había estado sentada, un vagabundo de aspecto harapiento estaba de pie observando el espectáculo que se ofrecía al

otro lado de la calle. El pelo más largo, un poco más sucio de lo que ella recordaba de su infancia, la espalda ligeramente más redondeada. Pero recordaba a Dusty. Si alguna vez una sonrisa podía calificarse de desagradable, era la suya.

—Hanna. Por favor*… ¡Hanna*!

Los gritos ahogados de Estefanía hicieron brotar lágrimas de los ojos de Léa. Cuando volvió a mirar a Dusty, éste estaba desapareciendo en el parque.

—Hanna, ¿dónde está tu hermana? Busca a tu hermana.

Los coches aminoraban la marcha, pero nadie se detenía. Los rostros se asomaban a las ventanas de las tiendas, pero nadie salía. Léa apartó la duda y cruzó la calle.

—¡Hanna!

Léa alargó la mano y tocó el brazo de Estefanía. La mujer mayor se giró y la miró.

—¿Has visto a mi nieta? ¡Eres tú! —Ahora empezó a llorar con más fuerza—. ¡Tú! ¿Qué has hecho con mis hijos? Tráelos de vuelta. ¡Monstruo!

Léa no se echó atrás. —Soy yo, Estefanía. Soy Léa.

—Tú los mataste. Me los arrebataste.

—Yo les quería, igual que tú. Estefanía, escúchame. —Cogió a la histérica mujer por el brazo. Aferraba con fuerza contra su pecho un pequeño peluche. Temblaba violentamente. Ignorando su débil intento de forcejear, Léa la rodeó con los brazos y se limitó a sujetarla.

—Devuélvemelas —sollozó Estefanía—. Quiero que me devuelvas a mis hijas.

—Yo también quiero que me los devuelvan. —Léa abrió la puerta trasera del coche y la hizo sentar con suavidad. Se agachó ante ella. Los ojos de Estefanía estaban clavados en el tigre de peluche.

—Hanna está aquí. Está en algún lugar del centro. Búscamela —Ya no arremetía contra Léa, sino que le suplicaba. Las lágrimas y el rímel le manchaban la cara. Agarró la mano de Léa—. Por favor, búscala.

—Lo haría si pudiera —Léa lloró con ella—. Pero se ha ido, Estefanía. Hanna está en el cielo, ahora.

—No. Está aquí —la mujer mayor negó con la cabeza—. Me dejó esto, en el coche, cuando estaba dentro —puso el pequeño tigre de juguete en manos de Léa—. Está aquí. Tiene que estar.

El peluche era idéntico a uno que había pertenecido a Hanna. La niña y el tigre habían sido inseparables. Pero también era idéntico a otros miles que se vendían en las jugueterías de toda América. Léa se puso en pie y miró a los espectadores que contemplaban la miseria de la anciana como si fuera una actividad de ocio. Se preguntó quién de ellos podría ser tan cruel como para arrojar algo así dentro del coche.

—¿La ves? —insistió Estefanía, tirando con la mano del brazo de Léa.

—No, no lo sé. —Miró a la mujer rota y se secó las lágrimas—. No creo que vaya a volver.

Un sollozo doloroso escapó de la abuela, pero ya no quedaba negación en ella. Las manos temblorosas bajaron por el brazo de Léa. Luego, durante unos brevísimos segundos, apretó la mano de Léa antes de desplomarse contra el asiento.

—Quiero irme a casa.

Léa sintió un suave toque en el hombro. Se volvió y vio a Joanna detrás de ella.

—La llevaré a casa.

Capítulo Veintiuno



El tráfico en la calle principal avanzaba a paso de tortuga.

Mick buscó a Léa mientras seguía la fila de coches que se movía lentamente. Una pequeña multitud de gente que estaba cerca de Hughes Grille miraba fijamente al otro lado de la calle. Un Cadillac gris se adentró en el tráfico. Reconoció el coche de Stephanie Slater, pero la conductora era Joanna Miller.

Vio que Léa se alejaba del Cadillac. Hablaba con alguien en el asiento trasero y parecía disgustada. Mick abrió de un empujón la puerta de la camioneta, ignorando el bocinazo de los coches que venían detrás, y fue hacia ella.

—¡Léa!

Se volvió sorprendida. Había lágrimas brillando en sus ojos color avellana. Sin importarle las decenas de curiosos, la rodeó con el brazo.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Alguien le gastó una broma pesada a Estefanía —se aferró a él y su voz vaciló—. Dejaron un juguete, como uno de los de Hanna, en su asiento delantero. Ella pensó… pensó que Hanna seguía viva. Estaba confusa y alterada.

Mick la estrechó contra él.

—No te culpaba a ti, ¿verdad?

Léa negó con la cabeza. —Sólo estuvo confusa un momento o dos. Eso es todo. Pero me parece muy cruel que alguien haga eso.

La multitud se estaba alejando, pero él sabía que las lenguas ya se estarían moviendo. Le importaba un bledo. —¿Habéis visto quién lo ha hecho? ¿Alguien vio quién lo puso ahí?

Léa negó con la cabeza y se soltó de él, pareciendo repentinamente tímida.

—Lo siento. Soy un desastre —se secó las lágrimas y se puso las gafas de sol—. ¿Qué haces aquí?

Los coches intentaban rodear su camioneta.

—He venido a recoger a mi cita, ¿recuerdas? —Cogió la mano de Léa y se dirigió hacia el vehículo en ralentí—. Vamos.

Ella sonrió mientras él le sujetaba la puerta. —Es pronto. Sólo son las once y media. ¿Cómo sabías que estaba aquí abajo?

Dio la vuelta y se puso al volante. —Me ha llamado Heather y me lo ha dicho.

—¿Está bien?

—Está bien —dijo—. Después de que salieras de casa, Sarah Rand te llamó e intentó localizarte en el móvil.

—¿Lo hizo?

—Le pidió a Heather que la llamara aquí —sacó un papel—. Heather se puso en contacto conmigo y me transmitió el mensaje.

—No debe querer el caso.

Mick le apretó la mano. —*Sólo* podían ser buenas noticias. ¿No le habías dejado dicho que *la* llamarías esta tarde?

—Sí.

—¿Por qué iba a llamar si no quería encargarse del caso? —le entregó su móvil—. ¿Por qué no la llamas ahora mismo y lo averiguas?

—Puedo llamar desde casa.

—No vamos a parar allí. Vamos directamente al hotel.

Ella le lanzó una mirada ansiosa. —Quizá llame desde allí.

—Me temo que no tendrás tiempo para llamadas telefónicas. Pienso ocupar cada minuto que tengamos a solas.

Vio el rubor que había aparecido en sus hermosas mejillas. El recuerdo de ella, desnuda y envolviéndole, volvió a su mente. Esta mañana, más que ninguna otra cosa, había deseado llevarla a su dormitorio y tomarse su tiempo para hacerle el amor de nuevo. Tuvo que suspender sus planes al oír el ruido de la ducha en el cuarto de baño de Heather.

—Mira, Mick. Ahora hablo en serio.

—Yo también. Esta mañana me ha costado muchísimo concentrarme en cualquier trabajo. Si esto sigue así, tendré que dedicarme a otra cosa —Mick vio el rastro de una sonrisa, pero se dio cuenta de que seguía muy tensa—. Quizá marketing. Sí, podríamos empezar una nueva campaña publicitaria de secadoras de ropa. Incluso podríamos vender accesorios para acompañarlas. Cojines para la parte superior. Botiquines con montones de gasas para envolver y desenvolver a tu pareja. Y toallas. Toallas muy escasas.

—Compraría cualquier cosa en la que salieras *tú*.

Su comentario en voz baja hizo que las entrañas de Mick se tensaran. El semáforo del cruce se puso en amarillo. Aunque normalmente se lo habría saltado, ahora detuvo la camioneta y se acercó a ella.

A Léa se le escapó un suspiro cuando él aplastó su boca contra la suya. Al instante siguiente, ella le devolvió el beso con suficiente hambre y pasión como para llevarlo al límite. Cuando el semáforo se

puso en verde, un impaciente conductor hizo sonar el claxon detrás de ellos.

Mick terminó el beso a regañadientes. —Voy a batir todo tipo de récords de velocidad terrestre llevándonos a esa habitación de hotel.

—Entonces será mejor que llame ya a ese abogado.

Mick vio cómo le temblaba la mano al marcar el número. Intentó mantener la atención en la carretera. Dijo pocas palabras, pero su voz era fuerte.

Mientras hablaba con la abogada, se descubrió admirando una vez más su valentía y su capacidad para enfrentarse a los retos a pesar de las distracciones. Y Mick sabía que ahora la distracción era él. Aunque pudiera, no cambiaría nada. Ella se estaba abriendo camino bajo su piel, y a él le encantaba sentirlo. La sensación de ella.

Sarah parecía ser la que más hablaba. Cuando Léa terminó por fin la llamada y se volvió hacia él, la expresión de su rostro le hizo apartarse hacia el arcén.

Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó hasta los brazos de él. —Cree que hay esperanza. Algo más que esperanza. Cree que hay motivos reales para conseguir un nuevo juicio.

Mick la abrazó con fuerza durante un minuto antes de que ella se apartara, con los ojos empañados.

—¿Qué más ha dicho?

Léa le apretó la mano. —Antes incluso de leer las transcripciones del juicio, dijo que la falta de cooperación de Ted y su intento de suicidarse en la cárcel podrían darnos motivos para recurrir la pena de muerte. Dijo que el suicidio asistido por el Estado no tiene mucho éxito hoy en día. Pero ahora, después de haber leído el material, piensa que la discutible ineficacia de la defensa de Browning ofrece aún más posibilidades de apelación. Aparte de eso, Sarah sospecha

que puede haber pruebas sobre el asesinato de Marilyn que la fiscalía no entregó a la defensa. No hay nada sobre su estilo de vida ni sobre otras personas que pudieran tener un motivo para matarla. En el juicio se presentaron muy pocas pruebas de la escena del crimen, aparte de lo que apuntaba a Ted. Ella cree que eso significa que Browning estaba dormido o que simplemente no recibió la información que debería haber recibido. No quiso entrar en detalles sobre los procedimientos policiales por teléfono, pero cree que ahí hay mucho con lo que trabajar. En resumen, es muy optimista sobre la posibilidad de conseguir un nuevo juicio.

—¿Parece que va a aceptar el caso?

Léa se apartó y se secó la cara. —Todavía no. Al menos, no hasta que nos reunamos mañana con Ted. Ha dicho que quiere que los dos hablemos con él antes de darme su respuesta definitiva.

—Estás en camino. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No sé. ¿Qué pasa si Ted decide darle a Sarah también el tratamiento del silencio? ¿Y si ella decide que si él no está interesado en su propia defensa, entonces ella no va a luchar por él?

—Creo que quiere conocerlo para tener una reacción visceral de si cree que es culpable o inocente. Si yo fuera abogado, querría conocer a mi cliente antes de aceptar un caso.

—Espero que tengas razón. —Léa desdobló y volvió a doblar el trozo de papel con el número de teléfono del abogado—. Mañana va a tardar una eternidad en llegar.

La mano de Mick se deslizó hasta su rodilla desnuda. Acarició suavemente la piel sedosa. —No tiene por qué. Se me ocurren unas cuantas distracciones para llenar el tiempo.

Ella le dedicó una tímida sonrisa. —Creía que habías prometido batir el récord de velocidad terrestre hasta el hotel.

—Abróchate el cinturón, amor. Te espera un viaje.

Brian Hughes salió de la bulliciosa cocina y atravesó la multitud que almorzaba en el comedor para atender la llamada de su línea privada en el pequeño despacho que había detrás de la barra.

—Por favor, dame buenas noticias, Jane —suplicó al teléfono.

—Lo siento, Brian, pero esta mañana no ha habido ni rastro de él por el gimnasio. He tenido que llamar a otro entrenador para que se encargue de sus citas de las 9:30 y las 10:45.

Con el abrecartas, empezó a rasgar el correo del día que tenía sobre la mesa.

—¿Qué hay de lo demás, Jane? ¿La sala de pesas? ¿Su sesión de bronceado? No sé, ¿los otros sitios por los que pasa el rato?

—No acudió a su hora habitual en el balneario, y nadie le ha visto tampoco en ningún otro lugar de las instalaciones. Lo siento, Brian. Ojalá pudiera ayudarte, pero… ya sabes… —La mujer hizo una pausa, obviamente intentando elegir sus palabras con cuidado—. No es la primera vez que Jason no aparece. Quizá se haya quedado colgado en algún sitio. Quizá está con la familia. O con amigos, y se olvidó de llamarte.

Brian sabía exactamente lo que ella intentaba decirle. Decía que quizá Jason le estaba engañando.

¡Cristo! ¡El cabrón estaba jodiendo otra vez y todos los demás lo sabían! Brian sintió que se le hinchaba un bulto en el pecho hasta que pensó que se moriría. Allí mismo. El dolor le desgarraba y cerró los ojos con fuerza.

Todo el mundo lo sabía, pero él había estado demasiado ciego para verlo hasta hacía un par de años, cuando aquella zorra de

Marilyn se había asegurado de que lo supiera.

Las fotografías ya eran bastante malas, pero las palabras de la carta que ella le había enviado por separado se le habían grabado a fuego en el cerebro. Le había contado, en los términos más gráficos, cómo había contratado a Jason como entrenador de pesas, y lo bien que se lo habían pasado fuera del horario de trabajo. En las máquinas de pesas. Y en las camas de bronceado. Y en la sauna y la ducha de hombres. Y cómo solía venir a la casa de campo que ella alquilaba en el lago. Se había repetido una y otra vez lo obsesionado que Jason parecía estar con su culo prieto. Se preguntó si Brian realmente quería que todo el mundo en Stonybrook viera esas fotos.

A la zorra loca no le importaba que estuviera en ellos. Para ella todo era un concurso de meadas. Y si Brian decidía seguir adelante con lo de ayudar a Ted, entonces ella quería que supiera que pagaría el precio. Y punto.

—¿Sigues ahí, Brian?

El abrecartas se le escurrió de los dedos y se quedó mirando los profundos cortes que había hecho en la superficie del antiguo escritorio de madera.

—Sí, aquí estoy. Gracias por comprobarlo, Jane —pasó los dedos por los surcos y deslizó el calendario de escritorio por encima—. ¿Me llamarás, por favor, si aparece?

—Por supuesto. Y Brian, lo siento.

Colgó el teléfono y durante un buen rato se quedó mirando la colección de fotos enmarcadas que tenía por el despacho. La mayoría eran de Jason, o en ellas aparecía el apuesto sonovabitch. Sus dedos trazaron la sonrisa del hombre más joven en un marco más grande que había sobre el escritorio. Luego, bruscamente, puso la foto boca abajo.

—No volverás a hacerme esto. ¿Me oyes? Me diste tu palabra, cabrón. Es la última vez que confío en ti.

Tenía un nudo en la garganta y deseaba morir. Pero la sensación de fatalidad que se cernía sobre él, de que algo iba terriblemente mal, era casi una fuente de esperanza. Sabía que era retorcido, pero se encontró con la esperanza de que a Jason le hubiera ocurrido algo. Que estuviera ahí fuera, en alguna parte. Quizá se le había estropeado el coche o había caído en una zanja. Quizá estuviera en coma.

Brian dejó que el ruido de la multitud en el restaurante le sacara del despacho. Intentó entablar conversación con algunos de los clientes habituales. Entonces vio a la jefa Weir y a Sheila almorzando en una mesa tranquila apartada de la ventana.

Por impulso, se dirigió a la mesa.

—Me encanta este lenguado relleno, Brian. ¿Qué has…?

—Perdona, Sheila —Brian puso una mano en el hombro de la mujer y se volvió hacia Rich—. Jefe, ¿cuánto tiempo hay que esperar para poder denunciar la desaparición de una persona?

Su brusca pregunta cogió por sorpresa al jefe de policía.

—¿Quién falta? —intervino inmediatamente Sheila.

—Jason —respondió.

—Anoche le vi trabajando detrás de la barra —dijo Sheila.

—Lo sé. Desapareció después de aquello.

—¡Pero son menos de doce horas!

—¿Ahora estás en nómina del jefe? —espetó Brian—. Sólo he hecho una simple pregunta. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar para denunciar oficialmente su desaparición?

Rich Weir se reclinó en su silla. —Depende. ¿Tienes alguna sospecha de que pueda haber juego sucio?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Dímelo tú. Tú eres el que está preocupado.

—¿Quieres decir si vi a alguien ponerle una pistola en la cabeza y meterlo en su propio maletero antes de marcharse? No, no lo vi.

El intento de sarcasmo de Brian sólo le valió una mirada mordaz del jefe. Entre la sensación de traición que le acechaba y el escenario que acababa de describir, se le revolvió el estómago.

—Lo siento. Estoy muy preocupada —continuó—. No es propio de Jason no decirme adónde va y cuándo va a volver. No se iría así como así.

—¿Has llamado a todos tus conocidos?

Brian sabía que no podía explicar el miedo que sentía en las tripas de que algo terrible le hubiera ocurrido a Jason. Definitivamente, no quería decir nada sobre el lunático que andaba por ahí sacándose las castañas del fuego enviándoles fotos de Marilyn y Jason.

—He llamado al gimnasio. Hoy no se ha presentado a trabajar. —Miró en dirección a la puerta de la cocina mientras dos camareras casi chocaban al entrar y al salir—. Tengo que volver al trabajo.

—Mira, Brian. Sin pruebas de juego sucio o violencia, no puedo poner su nombre en el ordenador de personas desaparecidas de todo el país. Todavía no. Pero hay algunas cosas que ambos podemos hacer en este momento. Primero, ¿por qué no haces una lista de personas a las que llamar? A todo el que conozcas o conozca a Jason. Es duro llamar a la gente y decir que tu amigo ha desaparecido, pero tienes que buscar todas las posibilidades. Mientras lo haces, pondré un aviso de «motorista desaparecido» para él en los departamentos de la zona. Así, nuestros chicos también estarán pendientes de su coche.

—Gracias, jefe. Haré lo que me has sugerido ahora mismo.

Mientras Brian se alejaba, deseó poder estar satisfecho con eso. Pero no lo estaba. Aquella sensación carcomida en las tripas seguía comiéndoselo vivo.

—Desde luego, las cosas han cambiado a tu favor esta última semana —comentó alegremente el abogado de Marilyn—. Ya ha perdido dos veces los nervios en público, y tenemos declaraciones de testigos sobre su «comportamiento inestable y errático». Y todas menos una de las personas que estaban dispuestas a hablar en su contra han retirado las declaraciones que hicieron.

—Déjame adivinar. Mi madre sigue aguantando.

—Ahh, sí. Y francamente, ella podría ser el testigo de carácter más perjudicial de todos.

Marilyn volvió a sentarse en la silla y cruzó las piernas. —No se preocupe, abogado. Estoy trabajando en ella.

Capítulo Veintidós



Las llaves, el correo, el teléfono, el bolso, las gafas… todo estaba tirado en la mesita que había junto a la puerta. Desde allí hasta la cama individual había un reguero de ropa desechada a toda prisa, esparcida por el suelo. En la propia cama, los dos se aferraban el uno al otro, envueltos en las dichosas secuelas de su frenético acto sexual… y cada uno con el vago temor de que, si se soltaban, uno de los dos acabaría en el suelo.

—Demasiado para ir despacio. —Mick le mordisqueó la oreja antes de apoyarse en los codos para sostener parte de su peso.

Léa lo rodeó con los brazos, apreciando su tacto, amando las sensaciones que seguían recorriendo su cuerpo. El santuario de aquel momento, encantada, deseada y protegida por él, ya estaba firmemente grabado en su mente.

—Al menos hemos llegado a la cama —dijo.

—Y aunque parezca increíble, esta vez he conseguido ponerme un condón.

Cuando él desplazó su peso hacia un lado, Léa sintió que el calor se iba y que volvía la ansiedad. Durante toda la mañana había evitado pensar en eso, en las consecuencias de lo que habían hecho antes.

Como alguien que siempre había predicado a sus alumnos la importancia del sexo seguro, y preferiblemente *nada de* sexo hasta que fueran mayores y estuvieran más seguros en sus relaciones, había infringido sus propias normas. Pero ya no podía ignorarlo. A pesar de su malestar, había una pregunta muy importante que seguía sin respuesta entre ellos.

—Hace mucho tiempo que no me relaciono físicamente con nadie —empezó—. Y creo firmemente en las revisiones físicas periódicas.

Mick le levantó la barbilla hasta obligarla a mirarle a los ojos azules. —Desde que me divorcié de Natalie, esta mañana ha sido la primera vez que no he utilizado preservativo.

—Bueno, eso lo arregla todo —respondió Léa con toda la energía que pudo, pero él no la soltó.

—No, no es así. ¿Y los anticonceptivos?

Le incomodaba hablar de todo esto con él ahora. No mientras se sentía tan desnuda, por dentro y por fuera. —Estoy bien. No tienes que preocuparte por eso.

Léa intentó rodar fuera de la cama, pero el brazo de él la atrapó. —*No* estoy preocupada. Quiero saberlo.

—Mira, tengo treinta y un años. He dado varias vueltas a la manzana. No necesitamos tener esta discusión.

—Yo digo que lo hagamos —su voz era grave y seria.

A Léa le resultaba inquietante que se fijara tanto en ella, como si pudiera ver a través de ella y leerle la mente. Le gustaría poder mentir, pero no podía.

—Vale, no utilizo ningún método anticonceptivo. Pero no importa. Es el momento equivocado del mes.

—Eso no me vale. Soy hijo de médico. Mi padre solía afirmar que la mitad de sus pacientes eran concebidos en el momento equivocado del mes.

Léa no entendía la contradicción de su tono serio y la sonrisa que le tiraba de los labios. —He respondido a tu pregunta.

—Pero tengo más.

—Bueno, yo diría que has alcanzado tu cuota —consiguió incorporarse y balancear las piernas sobre el lateral de la cama.

—No sabía que habías puesto alguna cuota, así que estoy exento.

Léa buscó su blusa en el suelo. Las palabras de Sheila sobre que Mick se ocupaba del tipo de mujeres codiciosas con las que normalmente salía inundaron su conciencia. Él lo estaba haciendo ahora mismo, entrando en su modo «generoso» mientras se esperaba que ella se deslizara hacia el «egocéntrico». Ya se estaba preocupando por lo que haría si ella se quedaba embarazada.

—Estás enfadada.

—Yo no —se puso la camisa por encima de la cabeza—. Pero espero que sepas que fui y sigo siendo un adulto que consiente esta relación.

—Desde luego que sí.

Sintió que su mano le acariciaba la espalda, pero Léa no se permitió darse la vuelta y caer una vez más bajo su encanto. —Y también quiero que sepas que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Yo también lo sé.

—Bien. —Léa cogió la ropa interior y los calzoncillos del suelo y corrió hacia el cuarto de baño.

Léa abrió el grifo de agua fría del lavabo y se salpicó la cara con ella. Estaba febril y temblorosa. Enfadada sin motivo. Le oía moverse en la otra habitación. Era adulta. Habían hecho el amor dos veces. Tenían una aventura. Eso era lo que hacían los adultos. Al menos,

los adultos que no ignoraban su vida personal durante más de una década seguida.

Entonces, ¿por qué demonios se dejaba molestar por el relato de Sheila sobre las novias anteriores de Mick? Ella *no* era una de ellas. *No* era como ellas. *No* iba a utilizarlo. ¿Por qué no podía dejarlo pasar y disfrutar de los pocos días que pasarían juntos?

—¿Era tu tía una mujer débil?

—¿Qué? —Léa se sorprendió al verle entrar a empujones en el pequeño cuarto de baño. Seguía desnudo—. ¡No! ¿Por qué dices eso?

—Entonces Ted debe de ser el débil.

—Si esto es un juego al cual quieres jugar, debes saber que yo no juego a menos que conozca las reglas.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de perder?

Léa negó con la cabeza y le vio moverse detrás de ella.

—Entonces, ¿tienes miedo de que los demás no piensen muy bien de ti? —sus manos se deslizaron alrededor de su cintura. Mirándola en el espejo, levantó el dobladillo de la camiseta lo suficiente para dejar al descubierto uno de sus pechos, y luego volvió a bajarlo—. ¿Te preocupa no estar a la altura?

—No sé de qué me hablas.

—Entonces responde a mi pregunta. ¿Era Ted débil?

—No. Léa estaba librando una batalla perdida contra las sensaciones de hormigueo que recorrían su cuerpo.

—Pero te ocupaste de él, ¿verdad?

—Nos cuidamos mutuamente.

—¿Y tú tía? Hizo todo el trabajo y…

—¡No! Janice cuidó de nosotros durante años antes de enfermar. Era fuerte. Vibrante. Capaz. Era una mujer muy independiente.

—Entonces apuesto a que tenía la fuerza y la inteligencia necesarias para gestionarlo todo en su vida. Hace falta ese equilibrio para que la vida no te tire. Dios sabe que criar hijos adolescentes no es fácil.

—Seguro que no.

—Debió permitir que amigos, vecinos y profesores la ayudaran. Y dejarles participar en la acción no la hacía menos fuerte ni menos independiente, ¿verdad? Desde luego, no la hizo necesitada. Su ego no estaba herido porque otras personas se preocuparan.

—Ya sé de qué va todo esto. Sacas a relucir todas estas cosas porque no me comporto como la otra mujer con la que sales —se dio la vuelta y se encaró con él—. No te pido que dirijas mi vida, así que no encajo en el molde esperado.

—Te equivocas en todo. No comparo a la gente, y ya me resulta bastante difícil llevar mi propia vida —la atrajo con fuerza hacia sí—. Y lo único que sé de los moldes es que juntos encajamos *increíblemente*.

Habría sido mucho más fácil dejarlo todo, menos este minuto. Léa sabía que tenía el poder de distraerle. Podía dejar que le hiciera el amor. Ambos dejarían de pensar y de preguntarse por qué estaba asustada, por qué sentía la necesidad de huir, incluso por qué no podía dejar que se alejara de él.

Pero eso también sería utilizarle. Ella no podía hacer eso.

—¿Qué quieres de mí, Mick?

Sus ojos azules se oscurecieron. Levantó la mano y le acarició la mejilla. —Eso es fácil. Amistad. Pasión.

—Yo también quiero eso.

—Y confianza —añadió—. Pero sé que eso es algo que se gana y no se da.

Léa se sintió vacilar de nuevo. Le había dado su confianza a través de Heather. Pero, ¿qué le había dado ella?

—Confío en ti, Mick —le tembló la voz al pronunciar las palabras.

—¿Y tú? —la obligó a volver a mirarle—. ¿Confías en mí lo suficiente como para confiar en mí, para pedirme ayuda, para dejarme estar a tu lado cuando estás sola? ¿Confías en mí lo suficiente como para dejar de creer que tu independencia se ve perjudicada porque yo quiera compartir las cosas difíciles y las alegrías?

Éste era el núcleo de todo. No la independencia, sino el hecho de compartir. Al estar sola durante tanto tiempo, había aprendido a sobrevivir por su cuenta como una cuestión de necesidad. Léa no sabía cómo expresar todo esto con palabras, cómo transmitir el temor de que, independientemente de lo que ocurriera ahora entre ellos, un día no muy lejano volvería a estar allí. Sola.

Esperaba una respuesta.

—Puedo intentarlo —se le escapó por fin—. Pero sin promesas. El problema no eres tú, sino yo. Sé que hace falta mucha paciencia para tratar conmigo. Pero necesito aprender a hacer estas cosas. Cómo funcionar con alguien. A ser amable con ellos, supongo.

—No tienes que ser amable con nadie más que conmigo —la rodeó con los brazos—. Quizá también con Heather. Podrías ser amable con ella, supongo.

Léa se sintió aliviada al oír que su tono se aligeraba. —¿Sin rencores? ¿Nada de «hazlo a mi manera o si no»?

Sacudió la cabeza y le besó la punta de la nariz. —¿No te escapas?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y dejó escapar una respiración agitada. —No huyas.

—Bien —la levantó de un salto y la metió en la bañera, trepando tras ella.

—¿Qué haces?

—Conmemorar nuestro acuerdo con un concurso de camisetas mojadas.

—No puedo creer lo niño que puedes llegar a ser.

Ella se rió mientras él encendía el spray.

—Bueno, quizá debería enjabonarte, ya que estamos aquí.

—Si insistes —respondió él, tomando su boca en un beso.

Había vuelto de fisioterapia.

El zumbido del elevador de la furgoneta bajando la silla de ruedas hasta el camino de grava se coló por las ventanas abiertas. Un minuto después, la silla de ruedas de Bob subió por la rampa, y Estefanía vio que el conductor abría la puerta principal de la casa antes que su marido.

—Buenas tardes, Sra. Slater.

—Hola, Sandy. —Stephanie dejó caer las fotos y el sobre de su regazo sobre la mesita. Apagó un cigarrillo y cogió otro.

—Hoy habrías estado muy orgulloso de este chico. Los terapeutas dijeron que trabajó muy duro —sostuvo la puerta hasta que Bob pasó—. Ven a verle alguna vez. Cuando fui a buscarle, estaba terminando sus ejercicios de equilibrio. No te creerías lo mucho que está mejorando.

Stephanie dejó el comentario sin respuesta, encendió el cigarrillo y se reclinó en la silla. Observó cómo su marido maniobraba con la silla de ruedas alrededor de los muebles hasta que estuvo frente a la pila de correo que ella había dejado sobre una mesa auxiliar. Era lo

único que esperaba con impaciencia desde que sufrió el derrame cerebral.

Sandy miró su portapapeles. —Te he apuntado para el miércoles a las diez y el viernes a la una para esta semana.

—De acuerdo —respondió Bob distraídamente, hojeando los sobres.

—Que te vaya bien, Sra. Slater. Hasta luego, Bob —la mujer saludó con la mano antes de cerrar la puerta tras de sí.

Estefanía dio una calada profunda al cigarrillo y se quedó mirando el perfil de su marido. Su pelo canoso estaba ralo. Su rostro se había vuelto regordete y pálido. Desde el infarto había engordado mucho, y tenía al menos dos rollitos en la barriga. Se inclinó hacia delante y volvió a coger las fotos.

El que había dejado encima era el más favorecedor de todos. Bob llevaba su bañador y una camisa de manga corta con los botones abiertos. Marilyn, por supuesto, tenía que salir en topless en la foto. La guarra estaba sentada en su regazo en el patio trasero de su casa. Su erección era visible en el bañador.

Bob debió percibir que ella le miraba fijamente, porque dio la vuelta a su silla.

—¿B-buen día?

—No. Fue horrible.

Ahora también tenía las piernas mucho más delgadas que antes. Estefanía hojeó las fotos hasta que encontró la de él tumbado en la cama con Marilyn preparándose para chuparle la polla. Definitivamente, antes tenía unos músculos bonitos.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien está intentando meterme en un embrollo, y casi lo han conseguido.

Dio otra calada profunda y miró a ver si había alguna foto de él de pie.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—Cuando estaba en el banco, alguien puso un peluche en el asiento delantero de mi coche. Uno como el tigre que solía llevar Hanna. Lo perdí durante un par de minutos. Volví a confundirme. —Le temblaban las manos, así que Stephanie se inclinó y apagó el cigarrillo.

—P-podría ser un ac-cidente. Algún niño lo dejó allí.

—No fue un maldito accidente. —Por acto reflejo, cogió el paquete de tabaco, pero luego se echó hacia atrás y agarró las fotos —. No era la primera vez que ocurría algo así. La semana pasada, un asqueroso me metió un triciclo debajo del coche cuando estaba en el cementerio. Era igual que el que le compré a Emily en su quinto cumpleaños.

—N-no me lo habías dicho.

Estefanía se encogió de hombros. —Se lo dije a Rich Weir.

—Deberías… habérmelo dicho.

—¿Por qué? No *me* lo cuentas todo —volvió a mirar las fotos—. *No* hay ni una sola de ti de pie. Creo que no tengo ninguna foto tuya de pie.

—¿Qué es eso?

—Oh, ¿no te lo había dicho? Han llegado en el correo de hoy de algún desconocido admirador tuyo… o quizá admirador mío, ya que el sobre iba dirigido a mí.

Ella arrojó las fotos sobre la mesita y se extendieron como un abanico delante de él. Bob con la mano en la entrepierna de su hijastra. Bob apretando la teta de Marilyn mientras la follaba por detrás. Y todas las demás.

—Hay doce de ellos ahí dentro y ninguno de vosotros en pie.

Levantó la mirada de las asquerosas imágenes al rostro de su marido. Estaba pálido y podía oírle resollar. Tenía los ojos cerrados y podía ver cada una de sus pestañas. Podría haberlas contado. Le parecía casi gracioso lo claras y nítidas que se volvían a veces las cosas, sobre todo después de aquellos momentos de confusión. Colores. Las líneas. La línea entre la luz y la sombra.

—Supongo —dijo—, que no es la primera vez que los ves.

—Cometí un e… error. Me prometió que no lo sabrías. Dijo que destruiría esto. Mintió… mintió.

—Que sí —comentó secamente Estefanía—. Pero tuve la suerte de no tener que esperar a esas fotos. Ella me llamó. Sí, me llamó. Me contó con todo lujo de detalles cómo se follaba a mi marido. Detalles gráficos. A mi propia hija. Me advirtió que más valía que me callara y me ocupara de mis asuntos sobre la custodia de esas dos niñas, o no había forma de saber lo que podría hacer para avergonzarte a ti, al banco y a todos nosotros.

Cada nervio de su cuerpo saltaba. El enfoque cambiaba, se distorsionaba. La rabia por la traición la apuñalaba, le perforaba el cerebro, le arrancaba trozos de razón. Volvió a sentir la confusión y luchó contra ella. Cogió un cigarrillo y, de algún modo, lo encendió.

—Debería haberle dicho que se fuera a tomar por culo. Debería haberme llevado a las chicas. Presionar a Ted para acelerar el divorcio.

Las lágrimas empezaron a rodar por su rostro. Los había amado. Ted los había amado. Pero luego los había matado. También había traicionado a esos niños. Había traicionado su confianza. Su confianza. La suya. Ella también se había quemado. Dos veces quemada. Malditos sean los padres. Malditos todos los hombres.

—Intenté protegerte. Salvar tu reputación. Tu nombre. Intenté darte el beneficio de la duda. Era una víbora. Una zorra. Un

monstruo antinatural. No quería creerla —el férreo control por el que había estado luchando se quebró y se desvaneció—. Pero no valías la pena.

—La odiaba. *La odiaba* —la mano de Bob tembló violentamente —. Te las envió antes de morir. Dijo que no lo haría, pero lo hizo. Yo las vi primero. Las destruí porque te quería. Me engañaron. Engañado. Lo… lo… lo siento.

—¿*«Perdón»*? ¿Sentir qué? ¿Sientes que tras su muerte no pudieras encontrar otra puta como ella? ¿Sientes haber sufrido un derrame cerebral y haberte convertido en el medio hombre que eres ahora?

—Lo siento, no la detuve antes. Era malvada. Merecía morir. *Tenía* que morir.

¡Tenía que morir! Stephanie había dado a luz a los engendros del diablo. Dusty y Marilyn. Estaban cortados por el mismo vil patrón. Padre e hija, que sólo vivían para manchar todo lo que estuviera a su alcance. Lo único bueno que había salido de ella, alguna vez, eran Emily y Hanna. Pero era porque tenían el corazón de Ted. Cerró los ojos y vio en su mente al hombre condenado y destrozado. Afligido. Dolido.

Siento no haberla detenido antes. Las palabras de Bob volvieron a resonar en su mente. La mano de Estefanía, con el cigarrillo colgando y olvidado, cayó sobre el brazo de la silla.

—¿Detenerla antes? —Ella le miró a través de las lágrimas que nublaban su visión.

—Me enamoré. Me enamoré de ella… y la vi mudar de piel. S-serpiente. Malvada. Planeó destruirte… a mí… a nosotros. Tenía que morir.

Unos brillantes haces de luz la cegaban. Estefanía no creía que pudiera soportar el resplandor.

—Aquella noche, la noche en que ella y las chicas fueron asesinadas, yo estaba en Delaware. Tú estabas aquí sola.

—S-sí.

—Te llamé. Varias veces. Pero nunca contestaste al teléfono.

Apartó la mirada. —Hace mucho tiempo.

Estefanía sintió que se le salían las garras. Había estado culpando a Ted. Se había sentido aplastada por la presión de su traición. Pero se equivocaba. —*Tú* la mataste.

—¡N-no! N-no. ¡No! —gritó.

—Mis preciosas niñas estaban en esa casa. Esos bebés inocentes estaban arriba —se puso en pie.

—¡No… *¡No!* —las lágrimas le corrían por la cara—. Yo… no lo hice.

Estefanía no pudo controlar el violento temblor de su cuerpo. El cigarrillo se le cayó de los dedos, pero no se dio cuenta. Se quedó mirando al hombre arruinado que había sido su marido durante casi una década. Miró el conjunto de fotografías que mostraban su traición.

—Sólo una vez. Ahora. Dime la verdad. Necesito saberlo. *Tú mataste a Marilyn*.

—¡No! —movió la cabeza—. ¡Yo no!

Su visión se aclaraba. Los rayos de luz se suavizaban. Inclinándose sobre la mesa, recogió apresuradamente las fotos y las metió en el sobre.

—¿Qué haces… con ellos?

—Los llevaré a la policía. No voy a contenerme. Ya no te protejo ni a ti ni a nadie. Se dirigió hacia la puerta. —Quiero que Rich averigüe quién intenta castigarme ahora. Tan tarde en el juego.

Capítulo Veintitrés



—A Léa le ha emocionado mucho lo que has hecho hoy.

—Acabo de pintar una habitación. —Heather se volvió hacia su padre. Aún no podía deshacerse de la cálida sensación que la había rodeado al ver la reacción de Léa. Se había reído. Había llorado. Y luego había cogido a Heather en brazos y la había abrazado con tanta fuerza y durante tanto tiempo que apenas podía respirar. Heather se había sentido avergonzada, pero también le había encantado cada minuto—. No fue para tanto.

—*Ha sido* algo grande. Estoy muy orgulloso de ti. Y, por supuesto, estoy un poco enfadado.

—¿Por qué?

—Porque ahora no importa lo que haga por ella. Nunca podría superar tu sorpresa.

—Pues no le regales una cesta de flores. Ni se dará cuenta.

Cuando él le lanzó una mirada interrogativa, ella continuó.

—¿Esa cesta grande y cara de flores silvestres que hay en el salón? La envió Andrew Rice esta mañana. Ni siquiera le ha echado un segundo vistazo.

—Ahora bien, ¿podría deberse a que tenías un paño cubriéndote?

—¡No! Se lo conté antes de entrar en su casa. Antes de que viera la habitación. No. Léa no me parece una mujer de flores y chocolate. Es más bien del tipo cariñoso. Ya sabes, cogidos de la mano, abrazados, buena conversación, mucho sexo.

—Heather.

Puso los ojos en blanco. —Sólo intento ayudar.

—Creo que podré arreglármelas sola en ese aspecto, gracias.

Ella ocultó una sonrisa y volvió los ojos hacia las casas y los barrios por los que pasaban. —Le pediste cita para que le revisaran esos puntos, ¿verdad?

—Para mañana por la tarde.

—Y tú vas a conducirla.

—Sí, así es. ¿Algo más?

—Llévala a cenar a un sitio bonito.

—No quiere salir. La viste antes de que nos fuéramos. Ya estaba en ropa de trabajo y decidida a quemar el aceite de medianoche en esa casa.

—Sí, pero aun así, trae algo bueno a casa para cenar —le miró con severidad—. Y nada de pizza. Ya la comimos anoche.

—Sí, señora.

La consulta del médico se había atascado. Les habían dicho que todas las citas se retrasaban entre cuarenta y cinco minutos y una hora. Para cuando Heather había entrado y salido, había sido más bien una hora y media. Pero no le importó demasiado. Había llamado a Chris en cuanto se dio cuenta de que llegarían tarde. Él le había sugerido comer algo rápido antes de ir a un segundo espectáculo.

Heather se movió inquieta mientras pensaba que aquello era como una cita de verdad. Las cosas iban a ir bien, se dijo a sí misma.

—¿Por qué no mencionaste tus problemas de sueño al médico?

—Porque ya no los tengo —miró el perfil serio de su padre—. Creo que estaba demasiado excitada o algo así. Pero ya no necesito las pastillas.

Él no dijo nada, pero ella se dio cuenta de que estaba aliviado.

—¿Vas a estar bien para la cena?

—Claro. Chris pensó que podríamos parar en Hughes Grille o pasarnos por un sitio de comida rápida, según a qué hora llegue a su casa.

—¿Qué película vais a ver esta noche?

—Algo triple X —ella se rió de su mirada feroz—. Tranquilo, papá. Sólo estoy bromeando.

—Sólo recuerda que a los chicos de dieciséis años, con las hormonas desbocadas, no se les debe tomar el pelo en ese aspecto.

—Sí, señor —Heather le hizo un saludo burlón—. Y para responder a su pregunta, señor, probablemente vayamos a ver lo que sea que se esté representando en el centro.

—Te quiero en casa justo después.

—*Papá* —dijo en voz alta y exagerada—. No soy una niña.

—No, no lo eres. Eres mucho más madura que tu edad —se detuvo frente a la casa de los Webster y se volvió hacia ella—. Pero es un niño, y quiero que vuelvas a casa justo después de la película.

Hace una semana, habría discutido hasta la saciedad. Pero ahora mismo, a Heather le gustaba esta nueva relación entre ellas.

—Bien —refunfuñó ella, abriendo la puerta.

—Coge mi móvil —se lo entregó—. Léa ya me ha estado regañando con la oreja sobre la seguridad de tenerlo cuando sales sola.

—¿Significa esto que voy a recuperar lo mío?

—Sí, mocoso. Probablemente mañana.

—¡Genial! Debería hacer que hablara contigo sobre la seguridad de tener un coche deportivo —se bajó—. Rojo, descapotable, preferiblemente último modelo. Nada como *este* tanque, ¿entendido?

—Sigue soñando, nena.

Heather sonreía mientras subía por el camino de entrada a la casa de los Webster. A pesar de que le hizo señas para que se fuera, Mick se sentó en el Volvo y esperó a que ella llamara al timbre. Incluso entonces, hasta que Chris no abrió la puerta, no oyó el ruido del coche que se alejaba.

—¡Hola! Siento llegar tarde.

—Oye, no hay problema. De hecho, llegas en el momento perfecto —dio un paso atrás, indicándole que entrara—. Mis padres acaban de sentarse a comer —bajó la voz—. Se preguntaban si queríamos quedarnos a cenar con ellos antes de la película, pero no nos comprometí a nada. Así que, lo que tú digas.

—Lo que tú digas —respondió Heather, aspirando su colonia especiada mientras cruzaba la puerta. Estaba guapísimo, duchado y afeitado, con un polo color canela y un par de kakis—. Creo que voy mal vestida.

Cuando él cerró la puerta, ella miró los viejos vaqueros y la camiseta que llevaba. Se le veían unos centímetros de barriga.

—Estás estupenda

Se sorprendió cuando él le dio un beso en el cuello.

—Me alegro de volver a verte, Heather.

Al oír la voz de la mujer, Heather se sobresaltó. En la penumbra del largo pasillo, no había visto a la madre de Chris al otro lado.

—Uhh, hola. Yo también me alegro de verla, Sra. Webster.

—Creía que estabas comiendo, mamá —Chris rodeó con una mano la cintura desnuda de Heather y empezó a empujarla por el

pasillo.

—Ha pasado mucho tiempo.

El comentario del hijo quedó sin respuesta. La atención de la mujer estaba totalmente centrada en Heather y en la mano de Chris sobre su piel.

—Sí, así es. Desde hace unos dos años.

—Has cambiado bastante.

Heather no pasó por alto la inflexión crítica en el tono de la mujer. Tampoco pasó por alto el escrutinio desaprobador de su aspecto.

—Eso es lo que me ha dicho todo el mundo.

—Y estoy seguro de que entiendes por qué.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. Los niños crecen, cambian y crecen un poco más.

—Sí. Como las malas hierbas, algunas de ellas.

Aunque normalmente habría arremetido contra alguien con una actitud tan condescendiente, Heather se mordió la lengua. Los insultos de la Sra. Webster la hacían sentirse muy incómoda en aquel momento. Incluso vulnerable. Lo único que quería era largarse.

—Vamos, mamá. He oído a papá decir que las rosas también son malas hierbas. Y son las flores que mejor huelen del jardín.

La madre de Chris era una cosita delgada, quizá de metro y medio como mucho, pero ahora mismo la mujer parecía más bien de dos metros y medio. Era como una madre oso dispuesta a despedazar a un intruso. Heather intentó apartar la mano de Chris, pero él se aferró, deslizando un par de dedos en la cinturilla de sus pantalones y tirando de ella para acercarla.

—Desde luego hueles bien —le susurró al oído, con los dedos recorriendo la cintura. Heather le agarró la muñeca.

A Patricia Webster no se le escapó nada.

—Entonces, ¿qué será? —preguntó Chris—. ¿Su cocina o volamos del gallinero?

—Como quieras —susurró Heather, encontrándose con la lengua trabada.

—¿Cómo es que estáis todos a oscuras? —la luz del techo del pasillo se encendió en ese momento, cuando el padre de Chris apareció en la puerta de la cocina.

—Hola, Heather. Me alegro de verte de nuevo por aquí. ¿Cómo está tu madre?

—Estupendo. —Consiguió desenganchar los dedos de Chris y continuó respondiendo a las rápidas preguntas del reverendo Webster sobre California y la familia. Durante todo el tiempo, sintió que los ojos de Patricia Webster le quemaban la piel.

—Entonces, ¿os quedáis a cenar? —preguntó finalmente el ministro.

Chris miró a Heather en busca de una respuesta.

Le costaba no salir corriendo hacia la puerta. —Si no te importa, creo que lo dejaré para otro día. Quizá en otra ocasión.

—No hay problema —respondió alegremente Allan Webster.

—Te espero levantada, Chris —dijo su madre—. No olvides que mañana tienes que estar temprano en el trabajo. —Comuna última mirada ceñuda a Heather, la mujer se dio la vuelta y desapareció en la cocina.

—Saluda a tu padre de mi parte, ¿quieres? —dijo el reverendo Webster, siguiendo a su esposa.

Heather soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Claro —respondió ella.

Cuando Chris la condujo a la puerta principal, fue todo lo que pudo hacer para no correr hacia el coche.

—No te preocupes por mi madre. No sé qué le pasa últimamente —comentó él, abriéndole la puerta de su camioneta.

Heather subió y miró inquieta hacia la casa. —Sé lo que le pasa. No le gusto.

EL ÚNICO RUIDO que había en la casa era el eco de las patas de Max sobre los paños de plástico mientras hacía su ronda, olisqueando cada rincón. El sol había desaparecido por el oeste, y la oscuridad se agolpaba poco a poco en la franja de amarillos y rojos y púrpuras cada vez más profundos hacia el horizonte. La luz fluorescente de la cocina que brillaba a través de las ventanas abiertas y sin cortinas proyectaba formas cuadrangulares de color blanco sobre el césped del patio trasero y el camino de entrada.

Léa flexionó los brazos e intentó sacudirse el ardor que sentía en los músculos. Dejó la bandeja de pintura sobre la escalera de mano y se subió, dispuesta a dar una mano de pintura al techo de la cocina.

Max entró y la miró un segundo antes de estirarse en la puerta de la cocina.

—Buen chico —dijo ella—. Yo que tú no me acercaría demasiado.

Sin previo aviso, Max se levantó de un salto, gruñendo y ladrando furiosamente mientras se abalanzaba sobre ella hacia la puerta que daba al cuarto de barro. Con el corazón en un puño, Léa estuvo a punto de caerse de la escalera. Bajó, mirando al perro que arañaba y ladraba a la puerta.

—¿Qué pasa, Max? Me has dado un susto de muerte.

El guardarropa que separaba la cocina de una segunda puerta exterior era pequeño y la luz del techo estaba encendida. Una fila de

percheros se alineaba en una pared. Ambas puertas tenían paneles de cristal en la mitad superior, pero ninguna tenía cerradura que funcionara, por lo que Léa sabía.

Se asomó por la puerta del cuarto de barro. La pequeña habitación estaba vacía, y trató de ver a través del cristal de la puerta exterior. No veía nada del porche de cemento ni de los escalones que bajaban al patio trasero.

—¿Qué pasa, buen chico? —se agachó junto al agitado perro, sujetándole el collar, acariciándolo, intentando apartar su atención de lo que fuera que había más allá de las puertas. Pero él seguía ladrando, escuchando y gruñendo. ¿Qué pasa? ¿Una mofeta ahí fuera?

Léa se quedó helada al oír girar el pomo de la puerta exterior. A pesar de que ella lo sujetaba, Max saltó de nuevo hacia el cristal, ahora sobre las patas traseras y ladrando ferozmente.

Se levantó lentamente.

Dusty estaba dentro del guardabarros, frente a ella.

Capítulo Veinticuatro



Todas las luces de la casa de Léa parecían encendidas. Todas las ventanas estaban abiertas. Mick pasó por delante de la casa y se detuvo en el camino de entrada, aparcando junto a su camioneta. Abrió el maletero para meter la compra y cogió la única rosa de tallo largo del asiento del copiloto.

El olor a verano impregnaba el aire nocturno. Una buena noche para cocinar en la parrilla y cenar a la luz de las velas en el porche trasero, pensó.

Mick estaba dando la vuelta a la camioneta cuando oyó el grito agudo procedente de la casa de los Hardy. Léa. La bolsa de la compra chocó contra el camino de entrada. Recorrió la parte trasera de la casa a la carrera.

Max ladraba furiosamente. Por el rabillo del ojo, Mick vio una sombra de dos patas que desaparecía entre la espesa maleza detrás de la cochera. Instintivamente se desvió hacia la casa de carruajes y luego vaciló, indeciso durante una fracción de segundo entre correr hacia el intruso o ir hacia Léa. Volviéndose hacia la casa, Mick subió los escalones traseros de tres en tres. Le invadió un frío pánico cuando vio que la puerta exterior del cuarto de barro estaba abierta

de par en par. Max tenía las patas apretadas contra el cristal de la puerta de la cocina y los colmillos enseñados.

—*¡Léa*! —Golpeó la puerta al no verla. El perro le reconoció y el tono de su ladrido cambió. Mick intentó empujar la puerta para abrirla, pero un peso en la parte inferior la mantenía cerrada. Miró hacia abajo a través del cristal. Léa estaba en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta.

—Léa. Soy yo, Mick —giró el pomo e intentó empujarlo mientras llamaba. Los ladridos de Max eran ahora juguetones. El perro movía la cola cuando saltó sobre la puerta en señal de saludo—. Déjame entrar, Léa.

Desplazó su peso hacia la pared y Mick entró. Verla acurrucada y temblorosa le desgarró el corazón.

—¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien —se arrodilló junto a ella, le tocó la cara, comprobó si tenía moratones o cortes—. ¿Qué ha pasado?

—Dusty —levantó la cabeza de las rodillas. Estaba pálida y temblaba mucho—. Estaba aquí, en el cuarto de barro. Tenía un cuchillo. Hizo… gestos de que iba a cortarme el cuello —le temblaban las manos al imitar el gesto—. Va a matarme.

Max se había trasladado al rellano de cemento de la escalera trasera, ladrando a la noche. Mick atrajo a Léa hacia sí y ella se acercó de buena gana, aferrándose a él como si fuera su salvavidas. —¿Ha entrado? ¿Te ha tocado?

—No —sacudió la cabeza—. Cuando grité, se alejó. No huyó. Me sonrió, como diciéndome que, de todos modos, iba a por mí. Y luego se marchó.

—¿Tienes tu teléfono?

Léa hizo un gesto hacia el mostrador.

—Ninguno de los dos tiene demasiada confianza en la Policía de Stonybrook en este momento, pero sigo pensando que es un buen momento para llamarlos.

Ella se apartó de él. —*No* era mi imaginación. Estaba aquí de verdad.

—Yo te creo. Y cuando acabe con ellos, también te creerán. —Mick llamó a la policía e informó de lo ocurrido. También dejó un mensaje para que Rich Weir llamara o se pasara por casa.

Cuando terminó la llamada, Léa estaba de pie junto al fregadero de la cocina, atacando las brochas y los rodillos. Se sintió aliviado al verla sacudirse el miedo, luchando contra él.

—¿Por qué? —preguntó enfadada.

—Todo el mundo en la ciudad dice que la baraja de Dusty se barajó cuando estuvo en el servicio. Pero lleva mucho tiempo por aquí. Y, que yo sepa, ésta es la primera vez que ha sido una amenaza para alguien. —Mick dobló la escalera y la apoyó contra la pared. Por mucho que quisiera abrazar a Léa y sacarla de aquí, comprendía su necesidad de respuestas.

—¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me hace esto?

—He oído decir que Marilyn siempre fue buena con él. Quizá por algún retorcido sentido de la lealtad, te odia por culpa de Ted.

Le miró por encima del hombro. —Pero también odia a Stephanie. Le he visto hoy. En el centro, junto a la entrada del parque. Disfrutó mucho cuando ella se desmoronó en la calle.

—Bueno, tienen un pasado. Se remonta a mucho tiempo atrás.

Léa cerró el grifo y se volvió hacia él. Había recuperado parte del color de su rostro. El miedo también había desaparecido.

—¿Qué tipo de pasado?

—No soy la mejor fuente de cotilleos. —Mick arrancó unas toallitas de papel de un rollo que había en la encimera y empezó a

secar las manos de Léa. La necesidad de tocarla, de asegurarse de que estaba realmente bien, era abrumadora—. Pero por lo que recuerdo haber oído hace años, antes de que entrara en el servicio, Dusty era el chico malo del pueblo, andaba suelto. Y Stephanie, a pesar de su familia y su dinero, era su sombra. Eran pareja. Pero entonces él se fue al ejército, y Stephanie se fugó inmediatamente con Charlie Foley.

—Cuya familia poseía el molino y con él la mitad de Stonybrook.

Asintió con la cabeza. —Y Marilyn nació el mismo año.

—¿El marido de Stephanie lo alojó en esa caravana de la propiedad del molino?

—Creo que sí. Ha estado ahí desde que tengo uso de razón. Puede que Stephanie se lo pidiera porque Dusty estaba en mal estado cuando volvió. Siempre ha trabajado allí. Era uno de los porteros cuando la fábrica estaba en funcionamiento. Después, sólo vivió allí como vigilante. Era perfecto para él.

—¿Podría ser Dusty el padre de Marilyn?

—Realmente no creo que nadie pueda responder a eso salvo Stephanie —Mick respondió con sinceridad—. Pero puedo decirte lo siguiente: por mucho que intentaran silenciarlo, siempre ha habido rumores en ese sentido flotando por Stonybrook.

Mick la rodeó con los brazos. Ella se acomodó contra su pecho.

—Los Hardy no son los únicos con problemas en esta ciudad —dijo—. Lo triste es que, cuando Ted se casó con Marilyn, no creo que tuviera ni idea de lo desordenada que estaba esa familia.

—Tienes razón. No la tenía.

Max volvió corriendo a la casa. Las luces intermitentes de un coche de policía que se acercaba a la acera llamaron su atención.

—¿Qué pasa si vuelven a no creerme?

—Soltaré a los perros —le aseguró Mick—. Mis abogados, los políticos que conozco y el periodista que hizo ese artículo sobre ti. Rich no se cepillará esto.

Léa no se opuso. No insistió en que no necesitaba su ayuda ni en que iba a ocuparse de esto ella sola. Entrelazó sus dedos con los de él y se dirigió a la puerta principal.

—No creo que sea una buena idea. —Heather miró incómoda hacia la oscura campiña que pasaba zumbando junto a su ventana—. Le dije a mi padre que íbamos a ver una película y le prometí que volvería a casa justo después.

—Te llevaré a casa exactamente cuando salga la película —Chris le puso una mano tranquilizadora en la rodilla—. Vamos, Heather, por los viejos tiempos. Será divertido. ¿Recuerdas cómo íbamos siempre al lago cuando vivías aquí antes?

—El último verano, teníamos trece y catorce años, y solíamos conducir nuestras motos hasta aquí *a* la *luz del día*. Hay una gran diferencia.

—Solíamos ir a nadar —dijo, volviendo a poner la mano en el volante—. Era divertido. ¿Recuerdas aquella vez que nos tiramos con las bicis por el embarcadero frente a la casa de mis padres? Era como volar hacia el lago.

Heather no pudo evitar sonreírle. —Yo no empujé mi moto. Tú me *empujaste*. Y hacía mucho frío —le dio un puñetazo en el brazo —. Eso fue como la semana después de Pascua. Aún había trozos de hielo en el agua.

—Pero yo salté detrás de ti, ¿no?

Heather sintió que los bordes dentados de la ansiedad le serraban el cerebro mientras Chris giraba por el sinuoso camino de grava. Recordó la ruta.

—Escucha, Chris. Te he dicho que no quiero ir al lago.

—Vamos. No seas tan aguafiestas. Sólo nos quedaremos un par de minutos.

Dirigió la camioneta hacia el corto camino de entrada que había junto a la cabaña de sus padres. Los haces de luz de los faros rozaron la superficie del lago cuando se detuvo.

Oscuros matorrales de roble y pino les cortaban el paso, proporcionando una intimidad con la que Heather no se sentía cómoda. Le miró e intentó no mostrar su nerviosismo. —Tiene el mismo aspecto que antes. No se está construyendo mucho por aquí, supongo.

—En realidad, hay un poco —apagó los faros y quedaron inmersos en la oscuridad—. Están construyendo unas seis cabañas más en el extremo más alejado del lago —se inclinó para señalárselas—. Y justo allí, en la curva de la orilla del lago, la empresa de tu padre está renovando la Posada del León y todas sus cabañas.

Heather ya lo sabía, pero quería que siguiera hablando para que las cosas no se pusieran demasiado serias. —Tus padres tienen esta cabaña desde hace tiempo, ¿no?

—Sí —le desabrochó el cinturón de seguridad—. ¿Qué te parece una visita guiada de veinticinco céntimos por el interior?

Demasiado para hacerle hablar. Pasó por delante de él y echó un vistazo a las oscuras ventanas de la cabaña. Las luces más cercanas que podía ver estaban al otro lado del lago.

—Ni hablar, Chris. Es demasiado espeluznante estar aquí sola —se sintió mucho mejor una vez lo hubo dicho—. Volveré a la luz del

día si quieres invitarme de nuevo. Pero ahora mismo prefiero quedarme en el coche.

Heather miró fijamente hacia delante, pero sintió el peso de su mirada estudiándola. Sabía lo que estaba pensando. Era lo mismo que se había encontrado con los chicos de Los Ángeles. Todos miraban su aspecto «mod-gótico», escuchaban su lengua descarada y suponían automáticamente que sería un ligue fácil. Lo que ninguno de ellos adivinó es que seguía intacta.

—Comprendo.

Su tranquila aceptación fue una sorpresa. Miraba al lago, aparentemente contento. Heather sintió que el nudo de preocupación de su estómago se aflojaba un poco.

—Gracias —susurró ella.

—De nada.

Ella sonrió y volvió a mirar su apuesto perfil. —Pero si crees que vas a echarme la culpa siendo tan amable, no funcionará. No voy a entrar.

—Yo tampoco quiero entrar más.

—Entonces, ¿qué haces, enfurruñada?

—No estoy enfurruñado —él sonrió. En ese momento, ella pensó que estaba más que bueno. Chris Webster era solar—. Estoy recordando.

—¿Recordar qué?

—Nuestro primer beso. Allí mismo, junto a esas rocas. En ese pequeño saliente junto al agua.

—Ése no fue nuestro *primer* beso —protestó Heather—. Fue la primera vez que intentaste besarme con lengua.

—No recuerdo que te quejaras demasiado.

Ella no se había quejado en absoluto. Tenía trece años, pero incluso entonces él estaba bueno y sabía exactamente qué hacer

con la boca. Habían pasado dos años y Heather pensaba que ninguno de los chicos de la Costa Oeste se le acercaba en el departamento de besos. Le echó un vistazo rápido a la boca y se preguntó si la besaría esta noche antes de irse a casa.

En algún lugar de la orilla, cerca de la Posada del León, Heather vio detenerse un vehículo, de cara al lago. Un minuto después, los faros se apagaron.

—Entonces, ¿este lugar sigue siendo un lugar de reunión para que los chavales de instituto salgan por la noche y empañen los cristales de sus coches?

—Claro que sí —sonrió—. ¿Quieres empañar las ventanas conmigo?

—No.

—¿Qué tal unos besos inocentes?

Ella se movió en el asiento, hasta apoyar la espalda contra la puerta. —Tus besos *no tienen nada* de inocentes.

—Creo que me estás exigiendo más que yo —se deslizó unos centímetros hacia ella. Heather sintió que todo su cuerpo se calentaba ante la forma en que su mirada se centraba en sus labios —. ¿Qué te parece si me pruebas un poco, por los viejos tiempos?

Se apretó contra la puerta. Quería que la besara. Pero al mismo tiempo, ahora las cosas eran diferentes. Los dos eran mayores y estaba bastante segura de que podría mantenerlo todo bajo control. El hecho de que Chris fuera un hombre hecho y derecho la hizo querer ser precavida. Apoyó una de sus rodillas contra el pecho.

—No lo sé. Es la primera vez que salimos juntos…

—Desde que has vuelto —Chris se deslizó hacia ella—. Sólo una vez. No tienes que hacer nada.

Antes de que pudiera protestar, sus labios presionaban los suyos. Su boca era cálida, suave, y Heather se convenció a sí misma para

disfrutar del momento.

—Esto no es tan malo, ¿verdad? —murmuró contra sus labios.

—No, no lo es.

Él desplazó su peso hasta el borde del asiento y ella levantó también la otra pierna. —Relájate.

Le pasó la lengua por la comisura de los labios y Heather sintió un cosquilleo de excitación por todo el cuerpo. Abrió la boca y la lengua de él entró en ella, saboreando, explorando, provocando. Cuando él le estiró las piernas a lo largo del asiento, ella se lo permitió. Le rodeó el cuello con los brazos, pero él se apartó del beso.

—Hay mucho espacio en la casa de campo.

Sacudió la cabeza. —Esto está muy bien.

—¿Qué tal la parte de atrás de la camioneta?

—Demasiado peligroso —susurró—. Esto me funciona.

Sonrió. —Vale, pero déjame hacerlo bien.

El cuerpo de Heather empezaba a zumbar suavemente. Vio cómo abría la puerta del conductor. La deslizó por el asiento y la tumbó.

—¿Qué haces?

—Acabo de tener una idea —sonrió.

—Chris, no voy a acostarme contigo —dijo ella seriamente.

—Nada de sexo —aceptó, sonando sincero—. Vamos, Heather. No haré nada que no quieras que haga.

Su boca bajó y ella se perdió en el beso que siguió. Todo el cuerpo de Heather ardía.

—Tengo algo que confesar —los labios de Chris se cernieron sobre los suyos.

—¿Qué? Quería que volviera a besarla.

—Estoy obsesionado con ver tus pechos desde la primera vez que fuimos a nadar juntos aquí abajo.

Se le escapó una risita. Intentó mover las manos, pero él se las colocó detrás de la cabeza.

—Ríete si quieres. Pero tenías, todavía tienes, esos pechos redondos y perfectos con pezones que sobresalen de tu camiseta o bañador cada vez que tienes frío, o estás mojada, o cuando nos besamos.

Le miró la camisa.

—¿Puedo mirarlas?

Normalmente, Heather se habría largado si alguna de sus otras citas se lo hubiera preguntado. Pero con Chris llevaban minutos besándose y él no la había tanteado ni una sola vez. Y estaba siendo muy educado.

—¿Puedo, Heather? ¿Sólo mirar?

Se sintió excitada y avergonzada al mismo tiempo. —Generalmente no voy por ahí enseñando las tetas a los chicos, ¿sabes?

—Lo sé.

Volvió a besarla profundamente. Cuando se apartó, su interior temblaba como gelatina.

—No vas a decir que no —su dedo empezó a jugar con el anillo de su vientre—. Te he dicho que no haré nada que no quieras que haga.

Se sentó derecho y le subió lentamente la ajustada camisa hasta el cuello. Cuando empezó a desabrochar el cierre del sujetador, ella cerró los ojos.

—¿Por qué cierras los ojos? Eres preciosa.

El cierre se abrió y su carne blanca se derramó, sus pezones duros y extendidos.

—Este es el aspecto que siempre imaginé que tendrías. Como una diosa —su cálida mano se deslizó acariciando su vientre. Una y

otra vez. Una y otra vez. Los círculos se hacían cada vez más amplios.

Heather no entendía el estremecimiento de su cuerpo. Ahora quería que le tocara los pechos. Cuando su mano se dirigió al botón metálico de sus vaqueros, no salió ninguna objeción de su boca. Desabrochó lentamente el botón y bajó la cremallera.

—Esto no es tan malo, ¿verdad? —preguntó él, besándola de nuevo profundamente. Ella cerró los ojos.

Una necesidad que no podía comprender surgía en ella. Quería mover las caderas contra él. Quería que la tocara. Oyó el ruido de la guantera al abrirse y lo miró sorprendida.

—¿Qué haces?

—No importa —le acarició el vientre, bajando cada vez más. Se detuvo—. ¿Puedo besarte los pechos?

Casi gimió cuando él le rodeó el pezón con su boca caliente sin esperar respuesta.

Se oyó un clic y un destello cegador en el coche.

—¿Qué ha sido eso? —Heather saltó del asiento, pero Chris la sujetó.

—No pasa nada. No pasa nada. He sido yo —sonrió, mostrándole la cámara—. Nos he hecho una foto.

—¿Para qué? —ella forcejeó para liberar las manos, pero él las tenía atrapadas.

—Para divertirme. ¿No crees que molaría ver una foto mía chupándote los pechos? ¿O lamiéndote?

—No —escupió—. Eso es enfermizo.

—Vamos, Heather. Es todo muy guay. Espera a verlo.

—Estás enfermo, Chris.

Él negó con la cabeza, y su sonrisa se desvaneció un poco. Ahora le agarraba las manos con más fuerza y ella se estremeció cuando él

deslizó la mano dentro de sus pantalones abiertos.

Se retorció en el asiento. —Suéltame. *Deja de* tocarme.

—Vamos, Heather. Te estás enfadando por nada. No he intentado follarte. —Ella pataleó mientras él intentaba bajarle los pantalones a la fuerza.

Ella levantó la cabeza y le mordió con fuerza la cara interna del brazo.

—Gritó de dolor, apartó el brazo y dejó caer la cámara.

En el momento en que él la soltó, ella se liberó frenéticamente a patadas y salió disparada por la puerta abierta del conductor. Al salir, la cámara vino con ella y la agarró.

—Espera, Heather. Espera, por favor.

Se dirigió hacia el bosque que bordeaba el lago.

—¡Lo siento! —gritó—. ¡Heather!

Estaba asustada y enfadada. Enfadada por ser tan idiota. Enfadada por caer en su estupidez. Enfadada por pensar que aquel gilipollas era diferente de los demás empalmados andantes que parecía atraer.

También estaba asustada. Asustada por lo cerca que había estado de que ese gilipollas espeluznante le hiciera fotos porno. De repente, sintió náuseas al pensar en ellas colgadas por todo Internet.

Pero no iban a aparecer por ninguna parte. Lanzó la cámara lo más lejos que pudo en el oscuro lago.

Heather se volvió y miró a su alrededor. No había rastro de Chris. Había luces encendidas en un par de cabañas que podía ver a lo largo del agua.

Hace una semana, algo así la habría destrozado. Pero ahora era más fuerte. Léa le había dicho que tenía que enfrentarse a sus

emociones, expresarlas. Pues bien, ella quería darle una paliza a Chris. Olvidarse del miedo. Quería cortarle las pelotas.

Recordó que su bolso estaba en su coche. El móvil estaba dentro. Lo que realmente quería era llamar a casa y que su padre viniera a buscarla.

—Estás muy lejos de casa, pequeña.

El corazón de Heather casi se detuvo. La voz era grave. Las palabras eran arrastradas. Burlona. Se quedó inmóvil mientras el miedo se apoderaba de su garganta.

Dusty estaba apoyado en un árbol junto al sendero, a menos de cinco metros por delante de ella, y podía oler el licor desde donde estaba.

Siempre la había asustado. Le daba asco. Incluso cuando era más joven, su mirada lasciva, como la de un halcón, cuando la miraba fijamente, siempre había estado llena de malicia. Recordaba cómo solía merodear por el bosque que había detrás de la casa de Marilyn cuando ella cuidaba de las niñas. Eso solía asustarla mucho.

—¿Y dónde está tu nuevo novio?

La mirada de Heather se fijó en la hoja del cuchillo que tenía en la mano. Estaba tallando la corteza de un palo de madera.

—Seguro que las zorras de fuera de la ciudad os habéis hecho amigas enseguida. Igual que tú y esa zorra de Hardy.

Dio un paso atrás y miró a su alrededor. Podía saltar al lago e intentar huir nadando. Podía correr hacia la carretera. O podía ocultar su miedo y pasar despreocupadamente. Durante años, Heather había oído decir a todo el mundo que Dusty era inofensivo.

Se apartó del árbol. Incluso en la oscuridad, ella pudo ver cómo sus ojos se entrecerraban. Parecía un animal dispuesto a abalanzarse. Todo el mundo se equivocaba.

—Ni se te ocurra irte a ninguna parte, niñita. Tenemos una cuenta que saldar, y me debes una grande.

Heather dio otro paso atrás.

—Debería haberte dado en la cabeza cuando abriste tu bocaza aquella noche. Fue por tus gritos por lo que no acabé con la zorra de Hardy. Me cabreaste mucho —dio un paso hacia ella. Ella retrocedió dos—. Por supuesto, si te pones de rodillas ahora mismo, puede que me lo tome con calma… esta vez.

Heather soltó un grito ahogado al chocar contra algo que tenía detrás. O mejor dicho, alguien.

—Alto ahí, gilipollas. —Chris le rodeó la cintura con un brazo protector y la atrajo hacia sí. El alivio y la gratitud sustituyeron al instante su enfado con Chris.

—Vaya, pero si es Christopher Robin, el Niño Maravilla —el hombre andrajoso se echó a reír y volvió a ponerse en marcha hacia ellos—. Haremos una puta orgía. Vale, Chico Maravilla, sujétala tú y déjame ir a mí primero.

—He dicho que pares.

Dusty fulminó a Chris con la mirada. —Muy bien, muchachote. Hazlo tú primero y luego voy yo.

—¿Estás sordo, joder? —gritó Chris—. He dicho que *pares* ahí.

Por primera vez, Heather vio la navaja que Chris llevaba en la mano. Dusty también pareció darse cuenta.

—Oh, no —dijo, con sarcasmo en la voz—. Es que estoy *muy* asustado.

A pesar de su tono, Dusty se detuvo. Bajó su propio cuchillo, sonriendo como un lunático.

—Quédate donde estás, amigo. —Heather sintió que Chris tiraba de ella hacia atrás, y siguió su ejemplo de buena gana.

—¿Qué coño pasa, chaval? —Dusty se puso la mano en la entrepierna—. No hace falta que salgas corriendo. Mierda, si quieres, hazlo y yo miraré. Será como en los viejos tiempos.

—Ahora voy a llevar a Heather a casa, Dusty. No nos sigas —Chris pronunció cada palabra como si hablara con un niño.

—¿Qué ocurre? —gritó el hombre mayor tras ellos—. ¿Ya no soy lo bastante bueno para vigilarte? ¿El Chico Maravilla es demasiado bueno para mí?

—Vámonos —Chris cogió la muñeca de Heather y empezaron a alejarse.

Dusty no le siguió, pero continuó gritando a sus espaldas. —Estoy *vigilando*, Christopher Robin. Estoy *vigilando*. Sé que has marcado tu territorio aquí abajo. Lo sé, Niño Maravilla. *—¡Chri…iss!* —los gritos se volvieron cantarines—. ¡Niño Mara…villa! Sé lo que te traes entre manos.

Heather siguió oyendo las burlas.

—Lo siento mucho, Heather —dijo Chris—. Me he portado fatal esta noche. Puse tu vida en peligro actuando como un imbécil empedernido.

Ella le soltó la mano. Él siguió su ritmo, hablando sin parar.

—Es que llevaba mucho tiempo deseándote. E intentaba impresionarte porque pensaba que nunca podría estar a la altura de esos tipos de la Costa Oeste. Sólo podía imaginarme los movimientos a los que estás acostumbrada. Actué como un completo…

—¡Gilipollas! —su corazón seguía acelerado. El miedo a que cada sombra fuera Dusty la ponía frenética por salir de aquel lugar lo antes posible—. Dame las llaves de tu coche.

—Te llevaré a casa.

—¡Dame las llaves de tu coche!

—Aún no tienes el carné —empezaba a quejarse—. Mira, prometo no tocarte. No me acercaré a ti. Te llevaré directamente a casa.

Heather se abalanzó sobre él cuando llegaron al coche. —Dame las putas llaves del coche ahora mismo, o iré directamente al jefe de policía cuando volvamos a la ciudad.

—¿Para qué?

—¿Significa algo para ti el término «violación en cita»? —Extendió la mano.

Sacó las llaves. —Nosotros no lo hicimos.

—Pero tenías toda la intención de hacerlo, y lo sabes. Sólo tengo quince años, y tu padre es un maldito ministro en esta ciudad. —Heather cogió las llaves y se puso al volante. Cuando él intentó subir por el lado del pasajero, ella cerró la puerta.

—Al menos llévame a la ciudad.

—Ni hablar. Puedes ir andando. Y en cuanto a venir a buscar tu coche, no te molestes. Haré que un par de matones de mi padre te lo lleven a casa cuando terminen de destrozarlo.

Metió la camioneta en marcha atrás y subió a toda velocidad por el camino de grava.

Y mientras Heather pasaba por encima de un pequeño arbusto que marcaba el final del camino, juró que no volvería a tener una cita hasta que tuviera al menos treinta años.

Capítulo Veinticinco



Los focos brillantes de los coches de patrulla inundaban la puerta y el patio más allá de la valla de la propiedad del molino. El candado estaba abierto. Habían dejado la verja entreabierta.

—¿Dusty? —gritó el agente de policía. El pequeño remolque de obra que había junto a la verja estaba a oscuras. Se asomó a la puerta parcialmente abierta. El silencio, tan pesado como la medianoche, se prolongó durante un minuto.

Un segundo agente rodeó el remolque.

—Su camioneta ha desaparecido —dijo en voz baja.

Hizo un gesto a Robin para que echaran un vistazo. Ella asintió y desenfundó su porra. El otro agente mantuvo la mano en la pistola mientras avanzaban.

El hedor del lugar golpeó a los dos en cuanto entraron en la caravana. Olía más a perrera que a espacio habitable para humanos.

El interruptor situado junto a la puerta no hizo nada cuando Robin lo probó. Al encender la linterna, vio una cuerda que colgaba del banco de luces fluorescentes del techo y tiró de ella. Al cabo de un segundo, las luces parpadearon y se encendieron.

Los muebles eran en su mayoría viejos y rotos, sin duda sacados de las oficinas del molino y del vertedero de la ciudad. Una silla

giratoria con el asiento verde agrietado estaba junto a una mesa de cartas, contra una pared larga. Junto a la pared del fondo, bajo una diminuta ventana, se veía un catre militar con un colchón desnudo. De pie donde estaba, Robin pudo ver que los mostradores a ambos lados del pequeño fregadero estaban cubiertos de basura, envases de comida rápida, botellas vacías de licor y más inmundicias inidentificables. Los armarios sin puerta de debajo estaban llenos de más de lo mismo. Jeff, en el extremo opuesto de la caravana, iluminaba una pequeña habitación que parecía estar en las mismas condiciones. O peor.

En sus seis años como agente de policía, Robin nunca había visto una miseria como ésta. Ni siquiera había pensado que existiera en Stonybrook. Miró a su compañero, que ahora estaba mirando la pared por encima de la mesa de juego.

Fotografías y recortes cubrían una gran parte del revestimiento. Mirando a su alrededor, vio que una gran pizarra de corcho situada en la otra pared contenía muchas más. Debajo de los recortes y las fotos se veían pequeñas tallas de animales y mujeres de grandes pechos. Vio que Jeff alargaba la mano para aplanar un recorte.

—No toques nada —ladró.

—Incluso tiene una foto tuya.

Robin frunció el ceño y miró el recorte que Jeff señalaba. Era la vez que Marilyn Hardy le había dado una medalla patrocinada por su familia. Miró las fotografías que lo rodeaban. Todas eran de Marilyn. Todas. Desde el instituto. Incluso desde primaria.

En un cajón parcialmente abierto que había debajo, vio una pila de fotografías. Jeff intentó alcanzarlas.

—Sólo cosas a la vista —le recordó ella, y él retiró la mano.

Ambos se fijaron al mismo tiempo en el escáner de la policía.

Intercambiando una mirada con su compañera, Robin cruzó el remolque para mirar la otra pared. Estaba cubierta de material sobre el juicio por asesinato, y un recorte muy estropeado en el que faltaba la cara de Léa Hardy. —Yo diría que tiene todo el derecho a estar nerviosa.

Jeff se dirigió al extremo del remolque, donde estaba el catre apoyado contra la pared. Debajo había periódicos y revistas. —No sabría decir qué es chatarra y qué no. ¿Crees que ha volado del gallinero?

—¿Adónde va a ir?

Echó un último vistazo a la zona de la cocina. Más trastos. Un par de piedras de afilar. Varios cuchillos de trinchar. Un bloque de madera de buen tamaño. Más montones de periódicos apilados junto a un hornillo de un solo quemador.

Olía peor aquí que en el resto de la caravana, si eso era posible. Echó un vistazo al fregadero. Una mirada a las dos ratas en descomposición y casi pierde la cena.

—Hay una caja junto a la cama con más fotos —dijo Jeff.

—Necesitamos una orden de registro —dijo Robin, dirigiéndose a la puerta.

—Sí. —Jeff siguió a su compañero a la salida—. Alégrate de que no seamos nosotros los pobres desgraciados que tendrán que hacerlo.

A Mick le sorprendió ver a Heather conduciendo la camioneta de Chris Webster. Se sorprendió aún más cuando ella aparcó el coche delante y salió sola. No había ni rastro del otro adolescente.

Se sentó en el sillón de cuero y se echó el periódico al regazo, intentando ocultar que llevaba media hora recorriendo el salón sin parar. Max era menos sutil. El animal estaba a punto de saltar por la puerta mosquitera, excitado al verla subir los escalones. Un agudo «¡No!» de Mick impidió que el perro hiciera daño.

Una mirada a su rostro pálido y sus ojos hinchados, y Mick se puso en pie de un salto.

—Estoy bien —dijo Heather en respuesta a su pregunta inmediata. Levantó ambas manos—. No ha pasado nada, papá.

Ignorando por completo al excitado perro, dejó caer el bolso y las llaves al pie de la escalera, se quitó los zapatos de una patada y empezó a subir. No había subido ni tres peldaños cuando vaciló y volvió a bajar y a caer en sus brazos.

Mick la abrazó ferozmente contra sí. —¿Estás bien?

—Ya estoy bien —estaba temblando—. Qué bien se está en casa.

Parecía que hacía toda una vida que ella no acudía así a él. Pero por mucho que atesorara el momento, ya estaba preparado para matar al pequeño bastardo que la había asustado tanto.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó, intentando mantener la calma.

Ella se echó hacia atrás, y él temió que no confiara en él lo suficiente como para contárselo.

—Quiero comer algo —se dirigió hacia la cocina, pero se detuvo en la puerta—. ¿Quieres sentarte conmigo?

Mick se mordió las emociones. Se limitó a asentir y la siguió por la casa.

En ese momento, parecía frágil y joven. Muy joven. Lo que más obviamente le faltaba era la actitud y la confianza que siempre, y más aún últimamente, habían formado parte de ella. Cuando ella

cogió la botella de leche de la nevera en vez de una lata de refresco, él supo lo mal que iban las cosas.

—Voy a salir a retorcerle el pescuezo a ese enclenque ahora mismo.

Se giró hacia él. —Papá, siéntate.

—Heather —explotó—. Tú no tienes la culpa. *No* estoy enfadado contigo. Pero necesito que me digas si Chris hizo algo. Sí te hizo daño de alguna manera.

—Papá, *siéntate* y te lo explicaré.

Mick forzó su temperamento y se sentó en la silla que ella señalaba. La vio traer el tarro de galletas y ponerlo en el centro de la mesa. Creyó que se volvería loco cuando ella dobló meticulosamente un par de servilletas y las colocó para los dos.

—¿Quieres también un vaso de leche?

—No, no tengo. Gracias.

Heather se sentó frente a él. —¿Dónde está Léa?

—Durmiendo.

—¿Se encuentra bien?

—No responderé a más preguntas hasta que me cuentes qué ha pasado esta noche.

Heather mojó una galleta en la leche y se la metió en la boca. —Esta noche no hemos ido al cine.

Le costó un gran esfuerzo, pero Mick consiguió no hacer ningún comentario al respecto.

—No fue idea mía. Chris tuvo la estúpida idea de que yo querría ver la cabaña de sus padres junto al lago. Así que me llevó allí.

—¿Contra tu voluntad?

—No pataleé, ni grité, ni armé un escándalo, si te refieres a eso. Y una vez allí, cuando le dije que prefería no entrar en la cabaña, le pareció bien —Heather debió de ver una mirada asesina en los ojos

de Mick, porque se acercó y le puso una mano sobre uno de sus puños en blanco—. De verdad, papá. No me obligó a entrar ahí. No me obligó a hacer nada.

Se sintió mal. —¿De qué estamos hablando *exactamente*?

Sacó otra galleta del tarro y siguió mojándola en la leche. Evitaba mirarle. La mitad de la galleta se rompió y se hundió en el fondo del vaso.

—Joder, eres mi padre. Supongo que tú también deberías saberlo —su voz se había vuelto tímida—. A pesar de todo lo que dije el otro día, sigo siendo virgen.

—No hay delito en ello, Heather.

—Sí, bueno, los chicos no siempre se lo creen, por alguna razón. Así que, de todos modos, le dije a Chris que no íbamos a llegar hasta el final.

—Y tampoco te creyó.

—Lo hizo, después de un tiempo. Ahora estoy bien con él.

Mick sintió un alivio indescriptible y, sin embargo, intuyó que ella se guardaba algo más.

—¿Cómo es que has llevado su coche a casa?

Se apoyó en el respaldo de la silla y exhaló un suspiro largo y tembloroso. El miedo se reflejaba en su rostro. —Cuando estábamos en el lago, salí del coche de Chris. Estaba lo bastante enfadada como para volver a casa andando. Pero entonces, mientras caminaba por el lago, me encontré con Dusty Norris. No me digas, papá, ese tío me dio un susto de muerte.

—¿Dusty estaba en el lago? ¿Te hizo daño?

—No. Chris estaba justo detrás de mí. Se enfrentó a Dusty y huimos —se estremeció y se frotó los brazos—. Ese tipo es demasiado espeluznante.

Heather se levantó y llevó el vaso de leche al fregadero, tirándolo. Buscó en el frigorífico una lata de refresco.

—Estaba tan enfadada con Chris por haberme llevado allí que le quité las llaves y le dije que podía irse andando a casa —se volvió hacia él—. Así que aquí estoy. Y él probablemente siga andando.

—¿Te amenazó Dusty?

No me tocó ni nada, si te refieres a eso. Pero creo que ese tipo *siempre* da miedo. —También llevaba un cuchillo. Y dijo algunas cosas que me hicieron estar bastante segura de que fue él quien golpeó a Léa la otra noche —volvió a estremecerse y miró hacia las ventanas abiertas—. Creo que ha estado vigilando la casa de Léa y merodeando por aquí.

—Creo que tienes razón. —Mick se puso en pie—. Han emitido una orden de detención contra él. Vamos a ocuparnos de ese problema.

—¿Le ha pasado algo a Léa?

—Ella está bien. Dusty entró en su casa hasta el guardabarros esta noche. Intentaba asustarla. —Mick empezó a cerrar las ventanas—. Está cansada y asustada, pero se pondrá bien.

Heather puso la lata de refresco en el fregadero. —No la despertaré, pero creo que iré a ver cómo está.

Mick sintió que se le agolpaban las emociones al ver partir a su hija. Había vuelto, pero parecía que incluso mejor. En algún momento se había convertido en una mujer joven. Fuerte, independiente, inteligente, hermosa y ahora incluso cariñosa.

Y se moría de ganas de retorcerle el pescuezo a Chris Webster por meterse con ella.

Mick cogió el teléfono de la cocina y marcó el número que Rich le había dejado.

El jefe de policía de Stonybrook había dicho en serio que quería ocuparse del problema. Claro que hablaría en serio, pensó Mick. Con los años, Dusty Norris se había convertido en una monstruosidad en el perfecto paisaje de Rich Weir. Ahora, el hombre se estaba convirtiendo en algo más que una molestia. Se estaba convirtiendo en una amenaza.

—El lunes. La cita con el tribunal es este lunes —repitió Ted, con evidente satisfacción en la voz—. Y voy a recoger a Emily y a Hanna mañana por la noche para el cumpleaños de tía Janice. Pensaba quedármelas hasta la vista.

—¿Cómo lleva Marilyn que todo esto llegue por fin a su fin? —preguntó Léa.

—Está cabreada. Durante un tiempo su abogado le hizo creer que estaba bien sentada, pero ahora sabe que no es así.

—¿Por qué os hace pasar por esto a los dos? De todas formas, siempre he pensado que las chicas le estorbaban. ¿Por qué no hace algún tipo de arreglo de horarios y acaba de una vez?

—Porque está decidida a castigarme. Su único objetivo ahora mismo es hacerme sufrir, sólo porque quiero a mis hijas. Sabe que significan más que la vida para mí.

Capítulo Veintiséis



Tras presentar a Sarah Rand a Ted, Léa se sentó y dejó que la abogada hablara sola. Durante casi cuarenta y cinco minutos, la mujer explicó a Ted los problemas que había descubierto al leer las transcripciones del primer juicio. Sarah habló de la posibilidad de que hubiera pruebas clave que nunca hubieran pasado del fiscal al equipo de la defensa. Hizo hincapié en la importancia del tiempo en el proceso de apelación, y en que él no debía dejar que transcurriera más tiempo.

A excepción de una breve mirada a los vendajes de la cabeza de Léa cuando lo trajeron a la sala de visitas, Ted mantuvo el silencio, aunque Léa tenía la sensación de que, al menos, estaba escuchando.

A medida que avanzaban las manecillas del reloj, Léa empezó a sentir cómo se filtraban los bordes del miedo. Ted seguía sin responder de ninguna manera. Mientras lo miraba sentado al otro lado de la mesa, empezó a pensar que todas sus esperanzas se verían pisoteadas en aquella reunión. Basándose en la respuesta de su hermano, ¿cómo podía Sarah plantearse aceptar el caso?

Pero Léa no se rendiría ante Ted. Nunca había considerado que rendirse fuera una opción. Nunca, durante estos dos últimos años,

se había planteado aceptar el destino de Ted. Sabía que no era el asesino de su propia familia. *No* le dejaría pudrirse en la cárcel ni morir de una inyección letal por un crimen que no había cometido.

Sarah le lanzó una mirada que decía: *aguanta.*

—He estado hablando mucho, Ted. ¿Hay algo *que* quieras decirme?

El silencio sepulcral volvió a ser la respuesta del condenado, y Léa hundió la barbilla en el pecho mientras cerraba los ojos. Pero, de nuevo, ¿qué poder tenía? ¿Cómo podía cambiar las cosas si él se negaba a ayudarla?

—La muerte de niños, en cualquier circunstancia, es algo horrible. Es tan triste, tan trágica, porque desafía completamente el orden natural de la vida. Los niños no mueren antes que sus padres —las suaves palabras de Sarah hicieron levantar la cabeza a Léa—. Está bien documentado que, cuando asesinan a un hijo, los padres que quedan atrás suelen quedar completamente destrozados. Es tan horrible, tan ilógico, tan antinatural, que a veces los padres ni siquiera pueden empezar a comprender *lo que* ha ocurrido, y mucho menos *por qué*. Les creo cuando dicen que el dolor de un padre por un hijo es mucho más intenso que cualquier otro tipo de dolor. Dolor, depresión, ira. Son sentimientos difíciles de resolver.

—Ahórrate tus bonitas palabras de manual, abogado. —Ted miró directamente a Sarah—. No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—En eso te equivocas, Ted —respondió Sarah en voz baja—. Yo no sufro como tú, pero después de hablar con Léa y de conocerte, tendría que estar ciega para no ver por lo que estás pasando. No es sólo pena, rabia y depresión. También está la cuestión de la culpa.

Ted apoyó la frente en los puños. Léa pudo ver que tenía los ojos cerrados.

—Te culpas a ti mismo, ¿verdad, Ted? —insistió el abogado—. Te has convencido de que deberías, que podrías, haber evitado el asesinato. Que fue culpa tuya que tus hijas no estuvieran protegidas.

Ted golpeó la mesa con los puños. —Maldita sea, *ha sido* culpa mía.

Léa sintió que se le saltaban las lágrimas. Era el primer arrebato de ira que expresaba desde que todo había empezado la noche de los asesinatos.

—¿Cómo, Ted? ¿Cómo tuviste el poder de detener al asesino?

—Tuve el poder de impedir que Marilyn se llevara a mis hijas de vuelta a casa. Las abracé. Las sostuve en mis brazos en aquel restaurante. Pero luego dejé que me manipulara. Dejé que montara una escena, cogiera a mis hijas y se fuera. Debería haberla detenido allí mismo, por fea que fuera la escena pública.

—Pero intentaste detenerla. Fuiste a por ella.

—Emily me quería. Lloró cuando Marilyn la apartó de mí en el restaurante.

—Llegaste a la casa después que ellos. ¿Por qué no las cogiste entonces? ¿Por qué no sacaste a las chicas de la casa?

—No pude —Ted empezó a llorar—. Estaba ardiendo. Estaban dentro y las puertas estaban cerradas. El lugar estaba ardiendo. No podía llegar hasta ellas. Dios, estaban allí y no podía llegar a ellas.

Léa no pudo tragarse el sollozo que le subió a la garganta. Tras pedir ayuda por el móvil, había intentado varias veces volver a la casa. Pero había llegado demasiado tarde. La ropa de Ted se había chamuscado. Tenía quemaduras y cortes en ambas manos. Cuando la policía lo detuvo, estaba en estado de shock.

Los ojos azules de Sarah se empañaron cuando conectaron con los de Léa. Fue un mensaje silencioso, pero en ese momento Léa supo que la abogada había decidido aceptar el caso.

—Alguien apuñaló a tu esposa, Ted. Alguien incendió la casa. Y en el proceso, esa persona mató a tus hijas —Sarah hizo una pausa —. Mientras te niegas a luchar por tu inocencia, mientras insistes en no hacer nada, mientras no ejerces tu derecho a apelar, el asesino de tus hijos se oculta en las sombras.

Volvió a cerrar los ojos e intentó silenciarlos, pero Sarah continuó. —Ted, este monstruo está libre, atacando de nuevo a los que amas. Léa, tu hermana, la única persona que te queda en este mundo, es el próximo objetivo.

La mirada de Ted se desvió hacia las vendas de Léa.

—Dieciocho puntos de sutura en un ataque. Una conmoción cerebral. Anoche me amenazó con un cuchillo —el tono del abogado estaba lleno de desafío—. La culpa del superviviente es algo horrible con lo que lidiar, por no hablar de superarlo. Tienes todo el derecho a sumirte en ella para siempre. ¿Pero no darías marcha atrás si pudieras hacerlo para salvar a tus hijos? ¿No sabes que puedes hacerlo ahora por Léa, antes de que sea demasiado tarde?

Tardó un buen rato en mover la mirada de Léa a Sarah y luego de nuevo a su hermana. —¿Es cierto lo que dice? ¿Te ha pasado algo por mi culpa?

—No por tu culpa, Ted —le respondió Léa—. Alguien intenta hacerme daño a causa del asesinato. Por Stonybrook, tú ya te has rendido, pero yo no. Ahora alguien quiere *que yo* también me calle y me vaya. Pero no lo haré.

—Se lo debes a tus hijos, Ted. Les debes justicia.

La respuesta tardó en llegar. Léa contuvo la respiración cuando él volvió a levantar la cabeza para hablar.

—¿Qué quieres que haga?

—He dicho que no quiero hablar de eso ahora —Chris intentó cerrarle la puerta del baño a su madre, pero Patricia Webster la cogió y la abrió de un empujón.

—*No* me vas a dar más largas, jovencito —cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó obstinada en la puerta—. No llegas a casa hasta la una y media de la madrugada. Vas andando. Tu coche está en alguna parte. Has dormido casi toda la mañana, faltas al trabajo. No respondes a ninguna de mis preguntas.

—Anoche respondí a tus preguntas —la fulminó con la mirada en el espejo mientras intentaba afeitarse. Se había duchado y se había puesto unos pantalones, pero en cuanto abrió la puerta para dejar salir el vapor, su madre estaba allí, dispuesta a atacar—. Es que no te gustaron las respuestas.

—¿Quién lo haría? —¿A qué madre le haría feliz oír que su hijo ha sido engañado por una tonta intrigante para que le preste su coche?

—No digas eso de Heather —le apuntó con la maquinilla antes de limpiarse la mano en la toalla. Volvió a afeitarse—. Te he dicho que te la devolverá esta mañana. Era una emergencia.

—¿Qué emergencia? —se burló—. ¿Emergencia para salir con sus amigos gángsters a fumar droga y emborracharse? ¿Emergencia para pasar la noche fuera con su secta diabólica haciendo Dios sabe qué?

Chris se volvió contra su madre. —Estoy harto de *que* te pongas histérica cada vez que me gusta una chica. Son celos, mamá, pura y simplemente. Y es repugnante. Heather no te ha hecho nada. Así que deja de hablar de ella como si fuera un monstruo.

—¡Pero *si es* un monstruo! Es el demonio —la voz de la Sra. Webster se alzó—. Anoche la vi en el pasillo. Vi cómo te miraba.

Tocándote. No pudo apartar sus malvadas manos de ti el tiempo suficiente para salir de aquí.

—*La* estaba tocando, mamá —dejó caer la navaja en el fregadero —. ¿De verdad quieres saber por qué se largó con mi coche anoche? Intenté follármela. Contra su voluntad, intenté *follármela*.

El rostro de Patricia se volvió ceniciento y retrocedió un paso.

—¿Eres feliz ahora? ¿Tienes todas las respuestas que buscabas?

—Ella te atrajo. Te sedujo.

—Despierta, ¿quieres?

—Ya basta —Chris se sobresaltó al oír la severa orden de su padre.

Un momento después, mientras su mujer desaparecía por el pasillo, Allan Webster se acercó a la puerta del cuarto de baño.

—Te acaban de devolver el coche.

Chris no se atrevió a pronunciar palabra. La ira que vio en el rostro de su padre no se parecía a ninguna otra que hubiera visto antes.

—Mick Conklin lo devolvió. Acabo de hablar con él en mi despacho —el ministro habló despacio, metódicamente.

Chris notó con asombro que las manos de su padre se doblaban en puños.

—Ponte decente, al menos por fuera, y baja a mi despacho. Tú y yo tenemos muchas cosas que discutir.

—Además de todo eso, nunca se hicieron exámenes psiquiátricos independientes. Ted tiene mucho a su favor en el proceso de apelación. Y esta vez, antes de que vuelva a ir al tribunal, nos aseguraremos de que reciba el tratamiento que necesita —Sarah

palmeó la mano de Léa—. Queremos que sea fuerte y competente y que esté completamente preparado para ayudar en su propia defensa.

—Todavía estoy un poco estupefacto por cómo fuiste capaz de atravesar esa coraza que había construido a su alrededor.

—Yo no, Léa. Salió de ella gracias a ti.

Sabía que no debía creerlo. Sarah Rand había hecho sus deberes. La abogada sabía que tenía que centrarse totalmente en el dolor que Ted sentía por sus hijas.

Sarah aparcó delante de su despacho.

—¿Seguro que no puedo dejarte en la consulta de tu médico?

Léa sacudió la cabeza y sonrió. —Ya has hecho mucho. Cuando Mick y Heather me dejaron esta mañana, pensaba volver a recogerme. Insiste en hacer de mi guardaespaldas hasta que detengan a Dusty Norris. No es que me queje.

—Sé exactamente lo que quieres decir. —Sarah se rió mientras los dos salían del coche—. Algún día, cuando podamos reunirnos sólo para socializar, te contaré la semana de mi vida en la que supuestamente estaba muerta e intentaba esconderme con Owen.

—Mick me lo mencionó. Parece una experiencia horrible.

—Fue bastante malo, pero ahora veo que resultó ser el comienzo de algo increíble —se acercó al coche—. Hablando de increíble. Se suponía que este tipo no vendría a buscarme hasta la una. Toda una hora antes.

A Léa no le costó reconocer a Owen Dean esperando. A nadie más que pasara por la calle tampoco le costó reconocerlo.

Sarah apenas había pisado la acera cuando su marido la atrajo hacia sí y la besó.

Lo siento, no nos vemos desde esta mañana —le dijo a Léa mientras Sarah intentaba recuperar la compostura profesional. La

estrella de cine convertida en productora sonrió y extendió una mano en dirección a Léa—. Tú debes ser la señorita Hardy.

—Léa —ella le estrechó la mano. Era fascinante ver la transformación de Sarah ahora que estaba con su marido. La dura abogada había sido sustituida por una mujer muy enamorada. Formaban una pareja impresionante.

—Estuve hablando con Mick por teléfono esta mañana —me dijo —. Pensamos que quizá podríamos reunirnos los cuatro para tomar una copa o algo el fin de semana. Claro que mi mujer sólo puede beber leche.

Sarah le pinchó en el brazo.

—Vale, un batido.

Sacudió la cabeza y sonrió. —Ayer nos enteramos de que está embarazada—.Para ser el tipo más reservado del mundo, se ha convertido en el mayor bocazas.

—Sabes que no hay secretos. Probablemente la prensa sensacionalista lo supo antes que nosotros. Además, tuve que decírselo a Mick cuando hablé con él de otra incorporación.

—Eres incorregible, Owen Dean —Sarah se volvió hacia Léa—. Esto no afectará a lo que haré por Ted.

—Ya lo sé —rozó el brazo del abogado—. Y es una *gran* noticia. Me alegro mucho por los dos.

El Volvo de Mick se detuvo, bloqueando el tráfico. Léa se puso rápidamente de acuerdo con Sarah sobre cuándo volverían a hablar y corrió hacia el coche que la esperaba. Mick intercambiaba cumplidos con los conductores que se quejaban mientras intentaban maniobrar a su alrededor.

—Últimamente se me da bastante bien bloquear el tráfico —la besó antes de mover el coche, para evidente diversión de Sarah y Owen.

Por un momento de locura, mientras Léa le observaba concentrada en el tráfico, la idea de estar embarazada de Mick le rondó por la cabeza.

—Dime, ¿cómo te fue con Ted?

—¿Está Heather sola en casa?

—No. La he dejado en mi oficina. Me está cobrando un ojo de la cara por hacer un trabajo de archivo para el director de mi oficina.

Léa había oído de Mick una breve versión de lo que le había ocurrido a Heather anoche, antes de que la adolescente bajara a desayunar. Era horrible pensar que Dusty también había amenazado a Heather.

—¿Y qué pasa con la reunión con Ted?

Léa le puso al corriente de lo que había ocurrido en la cárcel. Al terminar, recordó la conversación telefónica que había mantenido con el director de la oficina de Sarah a primera hora de la mañana, antes incluso de reunirse con el abogado.

—¿Has llegado a algún acuerdo económico para los honorarios legales de Ted sin decírmelo?

—¿Qué quieres decir?

Léa se quedó mirando el perfil de Mick. —Me dijeron que no me preocupara por los honorarios. Que ya se ocupaban de todo. Sarah se está convirtiendo rápidamente en una de las mejores abogadas de la región, y nunca me habría dirigido a ella si hubiera pensado que lo consideraría un caso de caridad.

—Ella puede permitirse trabajar en este caso sin vaciar tus bolsillos. Piensa en la publicidad cuando consiga librar a tu hermano.

—Mick —se inclinó hacia él—. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre la confianza? Necesito saber lo que has hecho.

Frunciendo el ceño, metió el coche en el aparcamiento más cercano y apagó el motor. Léa intentó contener sus emociones hasta

que él se giró para mirarla.

—Llamé a Sarah después de ver lo que me pareció un caso muy sospechoso de vandalismo en mi lugar de trabajo el domingo. El lugar destrozado lo alquilaba Marilyn. Sentí que nuestro jefe de policía estaba restándole importancia, pero no tenía ninguna duda de que estaba relacionado con el juicio por asesinato.

—¿Qué le pediste a Sarah que hiciera?

—Nada. Simplemente llamé y ofrecí la información que tenía, incluidas cosas que sabía sobre la vida de Marilyn que no habían salido a la luz durante el juicio.

—¿Por eso me llamó el lunes? ¿Por tu relación con Owen y con ella?

—No. Creo que te ha llamado porque piensa que tu hermano tiene un caso válido.

Léa intentó tener presente el efecto de todo esto en el bienestar de Ted. Le costaba mucho superar sus sentimientos de ser otra de esas mujeres que se llevaban a Mick por su dinero.

—¿Pero qué pasa con sus honorarios?

Se volvió y miró al frente.

—Mick, no estoy enfadada contigo. De hecho, te estoy muy agradecida —le puso la mano en el brazo—. Pero necesito saber lo que te debo. Tengo intención de devolvértelo todo.

—Eso es algo que arreglaré con Ted, pero no antes de que salga.

Su respuesta la dejó perpleja.

—Eso puede llevar algún tiempo.

—Puedo permitirme esperar.

—Mick, sé razonable.

—Sí —le cogió la mano—. Sabes, hay una razón por la que no me formé una opinión sobre el juicio ni me involucré antes. Tras mi divorcio, salí con Marilyn unas cuantas veces. Eso fue suficiente para

mí. Hasta el día de hoy, recuerdo muy claramente la pieza que era. Marilyn era capaz de volver loca a una persona perfectamente normal hasta el punto de querer pegarle un puñetazo. Y te diré algo más. No creo que fuera capaz de mantener una relación monógama. De hecho, creo que conoció a Ted en una de nuestras últimas citas.

Léa siempre se había mantenido a una distancia prudencial del matrimonio de Ted y Marilyn, temerosa de las mismas cosas que estaba diciendo Mick.

—Utilizaba a la gente, abiertamente, y me pareció que cualquier número de hombres de la ciudad podría haber querido matarla. Pero detuvieron a Ted, y pensé que quizá lo había hecho de verdad. Lo que no podía entender era que dejara a sus hijos en la casa.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó ella.

Sus intensos ojos azules se encontraron con los de ella. —Tú. Tu fe en él fue el comienzo. Luego, cuando realmente miré a mi alrededor y vi las actitudes de algunas de las personas implicadas, pensé que podría haber sido otro caso de precipitación en el juicio.

Los dedos de Léa permanecieron entrelazados con los suyos. —Sólo puedo decir que estoy anonadada por todo lo que habéis hecho. Por toda tu generosidad. La casa que intento vender nos pertenece a los dos. Ahora mismo es el único activo de Ted. Cuando la venda, quiero que aceptes el dinero que debemos.

—No —dijo tercamente—. No quiero hablar de dinero contigo. No quiero pensar en cuánto nos debemos. Lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con la simpatía o la generosidad.

Así de cerca, Léa no sólo se ahogó en el profundo azul marino de sus ojos, sino que se encontró mirándole el alma, alcanzando su corazón.

—No sé qué decir. Qué hacer. Me estoy hundiendo.

—Pues adelante —besó sus labios con ternura—. Nos hundimos juntos.

Capítulo Veintisiete



JOANNA CASI BAILÓ mientras colgaba el teléfono. Después de calmarse, limpió durante diez segundos el banco de trabajo, colocó las herramientas en el cajón correspondiente y se quitó el delantal que llevaba puesto. Se pasó una mano por delante de su nuevo vestido verde floreado para alisar las arrugas.

Gwen estaba detrás de la caja registradora, en la parte delantera de la floristería, contando un pedido cuando salió. La hermana mayor levantó la vista, sorprendida, cuando Joanna irrumpió en la habitación.

—Voy a salir a comer. ¿Necesitas algo mientras estoy fuera?

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Quizá al Grille. Quizá a ese nuevo restaurante mexicano cerca de la autopista. —Joanna se deslizó detrás de su hermana para coger el bolso y las llaves.

—¿Con quién vas?

—Andrew —no se había detenido. No se había detenido a mirar a Gwen para calibrar la reacción de su hermana. Acababa de decirlo y se sentía muy bien por ello—. Le llamé y le pregunté si podía invitarle a comer, y dijo que sí.

—Joanna, he recibido cuatro llamadas en la última media hora para nuevos pedidos. Tengo una entrega a las doce y media. Necesito que te quedes aquí y te ocupes de ellos.

El sutil cambio en el tono de Gwen fue repulsivamente claro. Joanna se sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago, pero no iba a detenerse ahora. Sus manos se cerraron en torno a las llaves del cajón y cogió el bolso del estante bajo el mostrador. Se volvió hacia su hermana.

—Lo siento, mi cita no puede esperar.

—Joanna, aquí dirijo un negocio. Hay expectativas…

—Renuncio —dijo simplemente, empezando a rodear a Gwen.

La mujer mayor retrocedió, bloqueándola. —No puedes renunciar. Esto es tan asunto tuyo como mío. No puedes irte y abandonar.

—Sí que puedo. Sólo mírame —no iba a enfadarse. No iba a perder los nervios.

—Pero éste es nuestro medio de vida.

—*Tu* medio de vida —corrigió ella—. Puede que tu vida esté ligada a este negocio. Pero no olvidemos que todo esto es tuyo. Dios sabe que me lo has recordado muchas veces en el pasado.

Cuando Gwen empezó a hablar, Joanna levantó una mano. —No estoy siendo crítica contigo por eso. Me parece estupendo que tengas algo que te apasione tanto. Pero tu estilo de vida no es para mí. El año que viene cumplo treinta años y hay muchas más cosas que quiero hacer con mi vida que cortar y arreglar flores.

Cuando intentó pasar de nuevo, Gwen le bloqueó la salida. —¿Vas a tirarlo todo por la borda sólo para ir a acostarte con… con un tío?

—Este tipo tiene nombre, Gwen. Se llama Andrew. Andrew Rice. Y no es sexo. No somos un par de adolescentes que tienen que

escaparse al granero —ella sacudió la cabeza—. Los dos ya hemos superado esa etapa.

—¿Qué intentas decirme? —espetó—. ¿Vas a ir y presumir de tu aventura delante de todo el mundo en Stonybrook?

—Lo que hagamos no es asunto de nadie, Gwen.

—Tienes que estar de broma —respondió ella con una carcajada sin gracia—. Deberías saber muy bien cómo se comportarán. Os arruinarán a ti y a Andrew. Me arruinarán a mí. Ya hemos pasado por esto, Joanna. ¿O es que lo has olvidado tan rápido?

—¿Tan rápido? —desafió ella—. ¡Dios, Gwen! Escúchate. Cate se ha ido. Nuestra hermana ha muerto. Pero no puedes dejar de culpar a los demás de lo que le ocurrió. Nunca lo has olvidado.

—¿Cómo voy a olvidarlo si aún tengo que preocuparme por ti? —tiró el bloc de notas al suelo—. Cate intentó ser diferente. Mira lo que le hicieron. Tú intentas hacer lo mismo y voy a perderte a ti también.

Joanna negó con la cabeza. —Nadie le hizo nada a Cate. Era lesbiana. Así era ella. Toda su vida quiso escapar de esta ciudad. Pero, como mucha gente, también luchó contra la depresión desde que era adolescente. ¿Por qué no recuerdas nada de eso?

—Porque no es la verdad. Marilyn lo empezó todo con sus mentiras. Y luego los demás se subieron al carro.

Joanna bajó la mirada hacia las llaves que tenía en la mano y escuchó la perorata demasiado familiar de su hermana sobre cómo los demás eran responsables del destino de su hermana. Jo llevaba demasiado tiempo escuchando el mismo disco rayado.

—*No* voy a dejar que te pase lo mismo. ¿Me oyes? *No* van a atropellarte por una aventura con un negro.

Joanna se abrió paso furiosa junto a su hermana y se dirigió hacia la puerta.

—Me voy, Gwen.

—No puedes ir.

—Es que no lo entiendes —Jo se detuvo junto a la puerta de la tienda—. No fue Marilyn ni el resto de este pueblo quien echó a Cate. Fuiste tú, Gwen. Tú y tu fea, estrecha y prejuiciosa forma de pensar. Fuiste tú y tu negación de quién era ella en realidad. Bueno, ¿adivina qué? No voy a dejar que me hagas lo mismo.

—¿Podrías decirle a Stephanie que he llamado? —hubo una pausa —. Sí. Léa Hardy.

Heather estaba delante de la puerta del despacho de su padre, esperando a que Léa terminara su llamada. Había algo muy bueno en verla aquí, en su casa, sentada en la silla de su padre. Parecía tan natural bajar las escaleras por la mañana y verla deambulando por la casa. Anoche, antes de acostarse, Heather había ido a la habitación de invitados y se había quedado mirando a Léa mientras dormía. Todo el tiempo estuvo pensando en lo maravilloso que sería que se quedara.

Habían quitado las vendas de la cabeza de Léa. Heather no podía esperar a que detuvieran a Dusty. Ya era hora de que el asqueroso pagara. Cuando Léa colgó el teléfono, la adolescente irrumpió.

—¿Llamaste a los Slater? ¿Hablaste realmente con ellos?

—He hablado con Bob.

—¡Vaya! —Heather se sentó en el escritorio de su padre—. ¿Cómo es que les has llamado? Creía que lo único que hacían era ir por ahí hablando mal de Ted y de ti.

—No sé nada de eso. —Léa se levantó—. Pero Stéphanie no tenía muy buen aspecto ayer cuando la vi en el centro, y no he podido

dejar de pensar en ello. De todos modos, éste es mi nuevo lema. No malgastes energía preocupándote cuando hay algo que puedes hacer al respecto.

—¡Me gusta! —dijo Heather—. Y a propósito de eso, quiero que sepas que he concertado una cita para nosotras.

—¿Cita para qué?

—Para cortarme el pelo —dijo Heather, bajando del escritorio—. En realidad, espero que Sheila haga algo más que cortarme el pelo. Estoy un poco harta de este pelo morado.

—¿Cuál es el siguiente color? —preguntó Léa.

—Estaba pensando en algo de diseño a cuadros, con rojo y verde por encima —hizo una pose—. Y quizá unas rayas de neón por detrás.

—Eres una declaración de moda, nena.

—No es sólo una declaración. Soy una diosa.

—Vale, diosa. —Léa empujó a Heather fuera del despacho de Mick y la llevó a la cocina—. Entonces, ¿tengo tiempo de hacer algún trabajo al lado antes de la cita?

—Lo siento, pero me temo que no. Papá dijo que volvería sobre las cinco, así que tuve que concertar la cita lo bastante pronto para que tuviéramos tiempo de aventurarnos de verdad.

—Esto es algo así como una «tarde de chicas». Creo que nunca he tenido una de ésas.

Fue impulsivo y sensiblero, pero a Heather no le importó. Abrazó a Léa.

—Yo tampoco —se echó hacia atrás y alcanzó la puerta de la nevera, sacando una lata de refresco.

Se hizo un largo silencio detrás de ella. No quiso darse la vuelta, pensando que tal vez había vuelto a ahogar a Léa. De algún modo, se las arreglaba mucho para hacerle eso.

—Creo que me peinaré como tú te peines —dijo finalmente Léa —. Y quizá, si tenemos tiempo después de lo de Sheila, podamos ir a uno de esos sitios del centro comercial donde también me hagan un par de agujeros más en la oreja. No me convence ese anillo en el ombligo… pero diablos, lo probaré. Anillos para las cejas. Un pendiente para la nariz. Todo eso.

—¿Y por qué quieres hacer todo eso?

—Para parecerme a ti, claro.

—¿Pero *por qué*?

—Porque eres mi ídolo.

Heather no pudo contener la sonrisa. —Sí, claro.

—Estoy orgullosa de ti —dijo Léa en voz baja—. Y estoy muy impresionada. Tengo que decirte que lo has conseguido mucho más rápido y mucho mejor que yo. Podría hacerlo mucho peor que imitándote.

Heather se apoyó en el lavabo y sintió que se llenaba de emoción.

—Eres fuerte, valiente y buena, aparte de ser una diosa.

Léa se acercó a la mesa de la cocina y rebuscó en su cartera durante un par de segundos antes de sacar un frasco de pastillas. Heather supo lo que era antes de que se lo entregara.

—Encontré esto en la cochera ayer por la tarde. Creo que son tuyos.

Heather se quedó mirando el frasco lleno de somníferos. Ninguna de las dos habló durante un largo rato.

—Sabes, cuando era adolescente, un poco más joven que tú, intenté suicidarme.

Léa estiró los brazos y volvió las palmas de las manos hacia arriba. En sus muñecas aún se veían débiles marcas blancas de cuchilladas.

—Me sentía sola y muy deprimida. Ted acababa de ir a la universidad. Quería a mi tía, pero decidí que estaría mejor sin mí —dejó caer las manos—. Tuve mucha suerte de que me encontrara. Pero tardé mucho tiempo, y terapia, cuando pudimos permitírnosla, en recuperarme. Aun así, fuiste *tú* quien pudo ayudarme a enfrentarme a aquella cocina y al recuerdo de la muerte de mis padres—. Las lágrimas brillaban en sus ojos color avellana—. Te admiro, Heather. Ahora bien, ¿es mucho pedir que quiera ser como tú?

Heather la abrazó con fuerza, apartando sus propias lágrimas.

—Ya no los necesito —consiguió decir por fin—. Estaba tan segura de que quería morir. Regalé todas las cosas favoritas que tenía. Incluso escribí una carta a todos. Entré en tu casa de carruajes dispuesta a acabar con todo. Pero ahora, no sé en qué podía estar pensando. Los problemas que creía tener, ahora parecen no ser nada.

—No, los problemas con los que creo que has estado lidiando son reales, pero de algún modo has llegado a un lugar en el que te estás abriendo camino a través de ellos. En eso consiste la vida. Desafíos y cambios. Tenemos que afrontarlos. Tenemos que obligarnos a sobrevivir a los momentos difíciles para poder disfrutar de los buenos momentos que están a la vuelta de la esquina.

Heather se secó las lágrimas y destapó el frasco de pastillas. Las echó en el fregadero y dejó correr el agua. Al ver cómo se disolvían y desaparecían, decidió contarle a Léa lo de anoche.

—Dices que soy una buena persona, pero esa no es la sensación que tuve cuando conocí a la madre de Chris.

—¿Qué ha pasado?

Heather le contó a Léa la grosería de Patricia Webster. Incluso continuó y describió la actitud de Chris y cómo había estado

dispuesto a aprovecharse de ella en más de un sentido. No se guardó nada, como había hecho cuando habló con su padre.

—¿No le contaste a tu padre que Chris intentó hacerte una foto?

Heather negó con la cabeza. —Papá le habría hecho mucho daño. Con lo tranquilo y sereno que es, no me cabe duda de que habría perdido la cabeza y quizá le habría hecho algún daño.

—Pero eso es quizá lo que Chris necesita para aprender una lección.

Heather levantó la vista, sorprendida. Léa parecía disgustada. —¿Qué ha sido de tu comprensión compasiva hacia los adolescentes?

—Eh, esto es diferente. Chris se está metiendo con mi ídolo —cogió las manos de Heather—. Pero en serio, tengo muy poca compasión cuando se trata de alguien que intenta abusar y manipular a los demás.

—Creo que me he ocupado de ello —dijo finalmente.

—Escucha, si vuelve a acercarse a ti…

—Se lo contaré todo a papá. Se lo prometo —no quería ver a Léa tan disgustada—. Oye, vamos a llegar tarde a nuestra cita.

Léa tardó un minuto en serenarse. Luego cogió su bolso.

—¿Y por qué color nos decidimos finalmente? —preguntó a Heather.

—He vuelto a cambiar de opinión. Quiero tener el mismo color de pelo que tú. Ser un ídolo tiene sus responsabilidades.

—¿Qué tal os va esta tarde?

Sheila no esperó las respuestas de la media docena de agentes de policía y personal de oficina, sino que marchó directamente junto

al cartel de «Sólo para asuntos oficiales y por el pasillo hasta el despacho del jefe de policía».

Tom Whiting estaba dentro hablando con su superior. Ambos levantaron la cabeza sorprendidos al verla.

—Sheila, ¿qué haces aquí?

—Tom, ¿nos disculpas un momento?

A petición de Sheila, la joven oficial miró al jefe, que asintió. Cuando salió del despacho, ella cerró la puerta tras de sí y luego procedió a cerrar las persianas de la gran ventana del despacho que daba a los escritorios de casi todos los miembros del departamento.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó preocupado Rich, medio levantándose de la silla.

Sheila dio la vuelta y le empujó hacia su asiento. —Suéltalo.

—¿Derramar qué?

Puso las manos en las caderas. —Acabo de pasar las dos últimas horas cortando y tiñendo el pelo a dos de las mujeres más simpáticas que han pisado este lamentable burgo.

—Debían de ser *muy* simpáticos.

—No te rajes o regalaré mi nuevo disfraz de conejita a Goodwill.

Abrió la boca para decir algo, pero sabiamente la cerró.

—Quiero saber qué demonios estás haciendo para ayudar a Léa Hardy.

—Cariño, eso sigue siendo…

—No me vengas con eso de la miel. A la mujer la golpearon en la cabeza y la amenazaron con un cuchillo en *tu* ciudad. Y luego a Heather la asustó el mismo bruto —le fulminó con la mirada—. Quiero saber ahora mismo si vas a hacer algo al respecto.

—Cariño, yo…

—¿Vas a recoger a Dusty o no?

—Lo estoy haciendo.

—¿Es un *«Cuando llegue a ello, lo soy»* o un *«Ahora mismo, lo soy»?*

—Ahora mismo, sí. Desde anoche, cuando Mick me llamó. Por aquí están pasando cosas muy graves, Sheila. Ya tenemos una orden de arresto contra Dusty.

Le rodeó la muñeca con la mano y tiró una vez. Sheila se dejó caer sobre su regazo. —¿Era esa la única razón por la que habías venido a verme?

Ella impidió que su mano vagara. —¿Significa esto que crees lo que dice?

—Ahora creo que alguien intenta hacerle daño.

—¿Qué más? —ella dejó que deslizara la mano bajo su camisa.

—Creo que no ha vuelto a Stonybrook para causar problemas.

—Estás llegando —guio su mano hasta el broche del sujetador y él lo desabrochó. Su pecho cobró vida en su mano—. Sigue así.

—Creo que hay por ahí algún chiflado que intenta causar problemas enviando viejas fotos de Marilyn y sus… compañeras de juegos.

—¿Te refieres a alguien que no sea Dusty?

—Tom y yo estábamos trabajando en ello cuando llegaste.

Sheila se puso en pie de un salto. Subiéndose la camisa hasta la barbilla, volvió a abrocharse el sujetador muy despacio. Rich la observaba.

—Bueno, haz mucho trabajo, y tendré un verdadero regalo para el Jefecito cuando llegues a casa esta noche. —Le dio un profundo beso que le hizo la boca agua antes de salir de su despacho.

—Lo siento, pandilla, pero esta tarde nada de holgazanear —anunció a la sala—. Tenéis mucho trabajo que hacer.

Capítulo Veintiocho



Como de costumbre, había una cola de gente fuera de Hughes Grille. Mientras Léa y Mick esperaban en uno de los bancos del parque, Heather entró para comprobar dónde estaba su nombre en la lista.

—No creo que haya sido buena idea venir a cenar aquí —dijo Léa —. Todo el mundo me está mirando.

—Te miran porque estás guapísima. —Mick acercó a Léa al banco. El vestido de lino que le llegaba hasta las rodillas le subió unos centímetros, y él admiró el estiramiento de la pierna lisa. Le rodeó el hombro con el brazo—. Y tú también estás muy sexy.

Sus miradas se cruzaron. —¿Por qué no me dijiste antes que te gusta el pelo corto?

—No es sólo el pelo. Es el resto de ti. ¿Te das cuenta de que han pasado veintisiete horas desde que nos acostamos?

—¿Tanto tiempo?

—Sí, en efecto. Y quiero que sepas que no estás ayudando en nada. Casi me vuelvo loco cuando vaciabas la secadora antes de salir de casa.

—Buscaba mi sujetador y mi ropa interior. De algún modo se enredaron con tus calzoncillos en la lavandería —le puso la mano inocentemente en la rodilla—. Me habría venido bien tu ayuda.

Su brazo la rodeó con fuerza, acercando aún más a Léa. —¿Qué te parece si damos un paseo rápido hasta mi despacho? Está en la manzana de al lado.

Su mano subió unos centímetros por el interior de la pierna de él. —No creo que, en tu estado, estés lo bastante decente como para pasear en público.

—Y cada vez menos decente. Podríamos escabullirnos por el parque.

—Viene Heather.

Intentó echarse atrás, pero Mick la besó. Léa se sonrojó cuando por fin la soltó. —Sólo un anticipo para más adelante.

—¿Es que no podéis quitaros las manos de encima? —refunfuñó Heather, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, joder, estamos en público.

—Sólo porque te vuelvas a teñir el pelo y te deshagas de un par de docenas de anillos y tachuelas, eso no te convierte en la jefa.

—Claro que sí —se tocó sus cortos tirabuzones de pelo rubio arenoso—. ¿No te encanta?

—Sí, quiero —la atrajo hacia sí—. Por supuesto, veo que me esperan años de preocupación por todos los chicos que te perseguirán.

—No te preocupes. No volveré a tener citas hasta los treinta.

—Sí, me aseguraré de recordártelo la semana que viene —le alborotó el pelo—. ¿A qué esperas?

—Cuarenta y cinco minutos. Creo que es sólo porque me apellido Conklin —Heather echó un vistazo a los grupos de personas que esperaban ante ellos—. Hace sólo dos años que salí de Stonybrook, pero no recuerdo a ninguna de estas personas. ¿Reconoces a alguna, Léa?

—Ni un alma. El aspecto de la gente cambia mucho con los años.

—En realidad, quedan muy pocas personas que estuvieran aquí hace veinte años —Mick había estado esperando la ocasión propicia para hacer comprender esto a Léa—. Con excepción de un puñado de incondicionales, Stonybrook se está llenando de familias de jóvenes profesionales que no saben ni les importa cuál era el cotilleo barato de por aquí hace cinco, diez o veinte años. Hoy en día, aquí todo el mundo empieza de cero.

Sostuvo la mirada de Léa.

—¿Estás acaparando todo el banco o podemos sentarnos contigo?

Mick sonrió a Andrew Rice, que parecía especialmente contento en compañía de Joanna Miller. Ellos también estaban esperando mesa y, tras unos minutos poniéndose al día de los viejos tiempos, cambiaron la reserva para cenar todos juntos.

Al entrar en el restaurante media hora más tarde, Mick no podía estar más contento con este pequeño cambio en sus planes. Esto formaba parte de todo lo que él quería que Léa viera sobre Stonybrook.

No era una intrusa. Tenía viejos amigos, como Andrew, y también haría nuevos amigos, como Joanna, si le daba una oportunidad a Stonybrook.

Cuando la vio cruzar el restaurante delante de él, Mick se dio cuenta de que deseaba que se quedara. Quería que Léa diera una oportunidad a la ciudad y a ellos dos.

Chris se colocó detrás del ornamentado biombo oriental que protegía la puerta de la cocina del comedor, y miró fijamente a través de una pequeña abertura entre los paneles.

Heather tenía un aspecto muy diferente con el nuevo peinado, y no como solía tenerlo hace un par de años. Parecía mayor con el vestido corto y abotonado. Se había deshecho del pelo morado y del traje negro. Se preguntó si llevaría el anillo del vientre bajo aquel vestido azul claro.

Los cinco estaban sentados en una mesa cerca de la ventana. Heather estaba sentada junto a su padre y Léa Hardy. Había salido en cuanto oyó a la camarera decirle al cocinero para quién era el pedido. Los observó durante unos minutos. No les habían servido la comida. Entonces, tal como había esperado, Heather se levantó y se dirigió al servicio.

Chris volvió por la cocina y salió junto a los servicios.

Esperó, con todos los nervios de su cuerpo a punto de saltar. Un tipo salió del baño de hombres y pasó junto a Chris. Oyó risas procedentes de las mesas del bar y oyó a Brian hablando con el camarero.

En cuanto ella salió, él se puso en marcha inmediatamente.

—Heather, he intentado llamarte todo el día, pero no estabas en casa y no quería dejar un mensaje.

Su mirada era fría como una piedra.

—Siento mucho lo de anoche.

—No quiero hablar de ello. —Ella intentó pasar, pero él la bloqueó.

—Pero tenemos que hacerlo. Me siento fatal por haber actuado así. Fui un imbécil.

—Olvídalo. —Intentó pasar a su lado, pero él la agarró del brazo.

—Lo era todo. Desde la forma en que actuó mi madre hasta lo que pensé que pasaría con… cielos, fue simplemente todo. Y quiero compensártelo.

—No, Chris. No puedes compensarme. Hemos terminado. Acabado. Caput.

Ella intentó soltar el brazo, pero él también la agarró del otro. —Vamos, Heather. He dicho que cometí un error. Lo siento.

—Te perdono —intentó soltarse—. Suéltame.

—No hasta que me digas cuándo podemos volver a salir.

La acercó más a su cuerpo. Sus brazos quedaron atrapados contra su pecho. Mientras ella forcejeaba, él sintió que se le ponía dura.

—Vamos. Anoche no estuvo tan mal —le susurró al oído. Apretó las caderas contra ella—. Te gustaron algunas de las cosas que hicimos.

Ella le pisó fuerte y consiguió apartarse. —Estás enfermo, Chris. Necesitas ayuda de verdad.

Contempló la posibilidad de alcanzarla de nuevo, pero una mujer se acercaba a los lavabos.

—*No* vuelvas a acercarte a mí —siseó Heather, pasando a su lado.

Cuando ella desapareció en el comedor, él golpeó la pared con la mano.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Frotándose la mano en la cara, Chris abrió de un empujón la puerta del baño de hombres. Cruzó hasta los lavabos, abrió el grifo y se echó un buen puñado de agua en la cara y el cuello.

Su cabeza estaba a punto de estallar y dio una patada a una de las puertas de la cabina. La puerta se dobló al golpearse contra la pared de la caseta contigua. Permaneció inmóvil durante un largo instante, viendo cómo se balanceaba torcida sobre sus goznes. Se obligó a calmarse y poco a poco recuperó el control.

Tuvo que mear y fue al urinario.

Ya entrará en razón, pensó. Le gustaba. Le gustaba.

Se lavó las manos, se las secó y salió. Al alcanzarlo, la puerta se abrió de golpe en sus narices. Antes de que pudiera reaccionar, Mick Conklin lo tenía agarrado por el cuello y lo estaba empotrando contra la pared.

—Escúchame, cabronazo —la cara de Conklin estaba a unos centímetros de la suya—. Estoy a un pelo de partirte en dos. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor. Lo comprendo, señor. Le he dicho a Heather que lo siento. De verdad.

—No lo sientes ni la mitad de lo que lo sentirías si no le hubiera dado mi palabra de que no te convertiría en una maldita mancha de grasa.

—Yo… lo siento. De verdad. No sé qué me ha pasado. Lo siento. Por todo…

—Está claro que hablar con tu padre no ha sido suficiente. Así que déjame que te lo diga ahora mismo.

El padre de Heather le golpeó con fuerza contra la pared para dejar claro su punto de vista, y Chris sintió que el aire se le escapaba del cuerpo.

—Si vuelves a acercarte a Heather, te romperé en dieciséis pedacitos y pondré tu cabeza en mi asta. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señor. Asta de bandera.

Mick Conklin le empujó hacia los urinarios, y Chris se tambaleó antes de recuperar el equilibrio y retroceder.

¡Nunca! No te acerques ni a una milla de ella.

—Sí, señor. Lo siento. No lo haré.

Chris se encogió cuando Conklin dio una patada a una papelera en el baño antes de salir por la puerta.

LÉA ENCONTRÓ a Mick en su despacho, examinando unos papeles que tenía sobre la mesa. A juzgar por la tensión de su mandíbula y la rigidez de sus hombros, dudaba de que estuviera haciendo algo.

La miró cuando entró en la habitación. —¿Cómo está?

—Todavía enfadado con Chris. Y preocupada por ti. Y el calendario de citas se ha retrasado hasta que cumpla los cuarenta. Pero creo que se siente muy bien consigo misma y con la forma en que lo ha manejado —se colocó detrás de su silla y empezó a amasarle los hombros—. ¿Cómo estás?

—Todavía estoy muy cabreado con ese hijo de puta.

Léa le besó la parte superior de la cabeza y siguió trabajando en sus hombros. —Heather también está orgullosa de cómo lo *has* llevado todo. Se sintió especialmente orgullosa cuando, después de hablar con Chris, saliste y nos quedamos todos a cenar, sin ninguna fea escena pública.

—¿Nos quedamos a cenar?

—Sí, lo hicimos.

—¿He comido?

—Heather y yo luchamos contra Andrew y nos repartimos tu cena.

—Eso está bien. Recuerdo haber hablado con Brian Hughes antes de irnos. Creo que me dijo que me enviaría una factura por los daños del baño.

—Me alegra oírlo —le masajeó la nuca—. No queremos tener que sacarte de la cárcel.

Recostó la cabeza contra su estómago y cerró los ojos cuando Léa empezó a masajearle las sienes y el cuero cabelludo. —¿Así que no te molestó que lo perdiera?

—Cuando vi a Heather volver a la mesa tan alterada como estaba, me sorprendió que le dejaras salir de una pieza —le rozó el pelo corto con la barbilla—. Pero habrá consecuencias con las que Chris tendrá que vivir, al menos durante este verano. Andrew se enfadó lo suficiente como para pensar que lo despedirá. Lo más probable es que Brian Hughes se haya enterado de lo que ha pasado esta noche, así que me sorprendería que no lo despidiera también. Con tu intervención directa y el refuerzo secundario de todos los demás, Chris aprenderá la lección.

—¿Tratas con muchos como él en tu trabajo?

—A veces, pero son pocas.

—¿Qué les pasa a los chicos como él?

—En su mayor parte, se reforman con suficiente educación, presión y orientación.

—¿Y los que no?

—Te vas a volver loco pensando en eso. Chris fue una excepción. Heather conocerá y saldrá con muchos chicos de su edad, y serán ciudadanos modelo.

—Cuando acabe con ellos.

Ella sonrió y le rozó la frente con un beso. —Eres un gran padre, Mick.

—Antes era mejor. Me va muy bien con los bebés —atrapó la mano de ella en su hombro. Léa se estremeció al ver cómo sus ojos estudiaban su rostro—. Hoy he sentido envidia.

—¿Envidia? ¿Envidia de qué?

—Sarah y Owen esperan un bebé.

—Me he enterado.

—Quizá podríamos tener uno.

Léa se quedó sin habla. Se sentía suspendida en el aire. Congelada en el tiempo y en el espacio. Mick la atrajo hacia la silla.

Le temblaban las rodillas, aunque las mariposas de su estómago bailaban un vals. La subió a su regazo.

—Tu nuevo peinado oculta los puntos —jugó con el flequillo de su frente antes de acariciarle la cara—. Te he sorprendido.

—Tú… yo…

Le besó los labios con tanta ternura que Léa pensó que se derretiría. Cuando se apartó, ella estaba inclinada hacia él.

—Te amo, Léa.

Cerró los ojos para contener la repentina oleada de emoción. Sus palabras hicieron bailar su corazón. Pero era una canción que apenas conocía. Cuando sintió que la música de su alma iba in crescendo, se dio cuenta de que llevaba toda una vida esperando oír aquellas palabras. Sus padres, Ted, la tía Janice, ninguno de ellos había dicho nunca esas palabras. Su afecto se entendía, pero las palabras nunca se pronunciaron. Ni una sola vez.

—Mi vida y la de Heather cambiaron en el momento en que entraste aquí —mientras hablaba, ella le miró a los ojos azules empañados—. Gracias a ti, estamos empezando a encontrar la cercanía familiar que habíamos perdido. Nos has ayudado a descubrir lo que es volver a amar, como una familia. Antes nos limitábamos a hacer las cosas bien, y fracasábamos, y ni siquiera lo sabíamos.

La rodeó con los brazos y la apretó más contra él.

—En toda mi vida, nunca había deseado tanto que alguien formara parte de mi vida como tú. Incluso con la madre de Heather, no era nada como esto.

Le besó las lágrimas de las mejillas.

—Contigo, me encuentro soñando de nuevo. Pensando en los hijos que podríamos tener o adoptar. Pensando en cómo será ver a Heather convertirse en mujer. Pensando en ti y en mí haciendo el

amor en la secadora, y en la estufa, y en la mesa de la cocina. Incluso pienso en nosotros envejeciendo juntos y en mí persiguiéndote por toda la casa.

Ella se rió entre lágrimas. Él volvió a besarla.

—No quiero que me des una respuesta ahora. No quiero arriesgarme a que me rechaces porque ahora tienes demasiadas otras cosas en la cabeza. Pero quiero que pienses en ello. Sobre nosotros. ¿Lo harás?

Léa asintió y le besó con toda la pasión de su corazón. Con todo el amor que sentía por él, pero que temía expresar con palabras.

El calor de su beso se extendió por ella y supo que él también lo sentía.

—¿Te gustaría venir a mi cama esta noche? No tiene timbre como la secadora, pero es lo bastante ancha para maniobrar cómodamente en ella.

—En realidad, lo que más me gusta es la idea de la estufa. Tiene algo de aventurero —le besó la mejilla y los músculos tensos del cuello—. Pero la mesa de la cocina está muy cerca.

—¿Es eso cierto?

Ahogó una carcajada cuando Mick la cogió en brazos y la sacó del despacho y la llevó a la cocina. Cerró la puerta de una patada y le sonrió con picardía.

—¿Qué será, señora? ¿Los quemadores o la mesa?

Léa apagó el interruptor de la luz. La luz de la luna y de las casas vecinas los envolvió en un suave resplandor. Él la puso en pie, y ella acarició los músculos de su pecho y su vientre y, finalmente, la forma dura que presionaba la parte delantera de sus pantalones.

—Apuesto a que puedes con ambas cosas… *y con* la cama.

—Entonces, ¿cómo podemos perder? —dijo, cogiéndola de nuevo en brazos reclinándola sobre la mesa.

Capítulo Veintinueve



Antes de que el jefe de policía pudiera decir una palabra, Brian sintió aquella sensación fría y enfermiza instalarse en la boca de su estómago. Era la madrugada del miércoles y llevaba dos días sin encontrar ni una sola noticia de Jason. Que se supiera, el joven nunca había salido de Stonybrook. Sin embargo, parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

El último lugar donde se le había visto fue aquí, en la Parrilla.

El restaurante aún no estaba abierto. Sólo estaba trabajando el personal de cocina, y Brian pudo oírlos mientras llevaba a la jefa Weir y al agente uniformado a su despacho, detrás de la barra.

Se alegró de que hubiera venido la policía. No podía soportar oír noticias de Jason en su apartamento. Brian necesitaba estar rodeado de su trabajo. Este lugar había sido su vía de escape tantas veces en el pasado. El Grille era lo único que le había mantenido cuerdo durante estos días difíciles.

Todos los marcos con las fotos de Jason estaban amontonados contra la pared. No había podido soportar que le miraran a la cara.

El jefe intervino de inmediato. —Anoche, a última hora, encontraron el coche de Jason en el lago. Estaba dentro.

Brian cerró los ojos mientras la pena le invadía.

—Sospechamos que el coche y el cuerpo han estado sumergidos en el agua unos dos días. Por supuesto, después de la autopsia tendremos respuestas más definitivas.

—¿Qué ha pasado? —consiguió decir Brian—. ¿Se ha salido de la carretera?

La voz de Rich era suave. —Sospechamos que se trata de un homicidio. Encontraron el coche en el agua, cerca del embarcadero del pueblo. Hay laceraciones en la parte posterior de la cabeza. Nuestra conjetura inicial es que algún tipo de lesión por objeto contundente pudo ser la causa de la muerte.

—Y no por un accidente en el coche.

—No.

Brian hundió la cabeza entre las manos. Siguió frotándose el dolor punzante de la frente mientras Rich seguía explicándole lo que se traía entre manos en aquel momento. Esperaban que acudiera al hospital y realizara una identificación positiva antes de la autopsia.

—¿Tienes idea de a qué hora salió de aquí el domingo por la noche o adónde se dirigía?

A Brian se le estaban agotando todas las fuerzas y se sentía mal del estómago. Intentó respirar hondo, pero lo hizo con dificultad. No le cabía duda de que, como amante de Jason, podía ser el principal sospechoso. Se levantó y se dirigió a la pequeña caja fuerte que guardaba en el suelo, detrás de la puerta. Los ojos del agente uniformado observaban cada uno de sus movimientos.

Abrió la caja fuerte y sacó el sobre de fotos. Se las entregó a Rich y volvió a hundirse en su silla.

—Jason estaba buscando a quienquiera que sea el que me envía estas… estas fotos. Las recibí por correo a finales de la semana pasada.

El jefe de policía sacó las fotos y las hojeó. Frunció el ceño.

—¿Te enviaron estas fotos a ti? No a Jason.

—Correcto.

—¿Estaba siendo chantajeado, Brian?

—No —sonrió amargamente—. Llegaron de la misma forma que Marilyn las envió la primera vez. Sólo las fotos, con sus mejores deseos. Esa zorra estaba enferma. Estaba cabreada porque me había puesto de parte de Ted antes de su divorcio. Quería hacerme sufrir. Vernos romper a Jason y a mí.

—Pero no rompisteis.

—No. Me lo llevé de vuelta. —Sacudió la cabeza y se obligó a contener las lágrimas.

—¿Puedo llevarme esto?

Brian asintió. —Jefe, no sé quién es *ese* gilipollas ni por qué los envía. Pero Jason estaba convencido de que lo había averiguado.

—¿Pero estás *seguro de* que Marilyn fue quien te envió esas fotos antes?

—Sí.

—¿Cuál fue tu reacción cuando los viste?

—Estaba dispuesto a matar a esa zorra y a Jason con ella.

—¿Lo has hecho?

Brian miró al jefe de policía. —No. Alguien se ocupó de eso antes que yo.

ESTEFANÍA APARTÓ el paquete de cigarrillos de la mesa. —Iba a devolverte la llamada, pero no tenía tu número.

Bob entró con su silla de ruedas por la puerta trasera. Enseguida se dio cuenta de lo relajada que parecía su mujer. Estaba sentada en

albornoz en la mesa de la cocina, con una taza de café humeante delante.

—Sí. Mucho mejor. Te agradezco que intervinieras así —pausa—. No obstante, no creo que yo misma lo hubiera conseguido —pausa más larga—. Ya lo sé. Yo también lo creo.

Bob cerró la puerta trasera. Dijera lo que dijera la persona que hablaba por teléfono, le hizo esbozar una momentánea sonrisa.

—Gracias. Quizá… quizá deberíamos —pausa—. De acuerdo. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

Acercó su silla a la mesa.

—Eso estaría bien. Podría hacerlo la semana que viene —pausa —. No, estas cosas nunca son fáciles, pero tienes razón. Y lo intentaré —pausa—. Sí. La semana que viene. Hablaremos entonces. Adiós.

Bob vio cómo Estefanía colgaba el teléfono y se quedó pensativa un momento.

—Espero que no te importe que ponga el aire —le dijo—. Se supone que hoy va a hacer un calor espantoso.

Bob se encogió de hombros. —¿Quién estaba al teléfono?

—Léa. Ha vuelto a llamar para asegurarse de que estaba bien. Saldremos a tomar un café la semana que viene.

Bob no sabía qué decir. Había dudado incluso en mencionar que la señora Hardy había llamado el día anterior. Gran parte de la ira de Estefanía se había dirigido hacia Léa durante el juicio. No entendía este cambio.

—Léa Hardy fue la única en esta ciudad que tuvo las agallas o la compasión de venir a ayudarme el lunes. Incluso ese chico al que has estado pagando para que me cuide. ¿Cómo se llama?

Bob no sabía que lo había adivinado. —T.J.

—Ni siquiera él me ayudaría —Estefanía se dio la vuelta—. Tengo que aprender a desprenderme de algunas cosas. Hay muchas cosas que necesito replantearme. Léa también ha sufrido. Sólo en eso, tenemos mucho en común.

—Heather y yo estaremos bien solas. También tenemos aquí a Max, para protegernos. Mick, no puedes tomarte el día libre.

—De hecho, sí puedo. He hecho un par de llamadas y ya está todo preparado —se metió un par de guantes de trabajo en el bolsillo trasero de los vaqueros—. De hecho, tengo ganas de ponerme a trabajar honradamente. Esta mañana empezaré con los escalones del porche.

Mientras él buscaba en uno de los cajones de la cocina la llave de su cobertizo de herramientas, Léa se colocó detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Y yo que pensaba que estarías agotada —susurró—. Estaba segura de haber hecho un buen trabajo manteniéndote despierta anoche.

Mick cogió a Léa del brazo y la hizo girar. La empujó contra el mostrador, apretando su cuerpo íntimamente contra el de ella.

—¿Un buen trabajo para mantenerme despierto? Sí. —La besó larga y profundamente. Sus manos recorrieron la curva de su trasero firme—. ¿«Agotada»? No lo creo. Parece que no me canso de ti.

Obviamente, ella también lo sintió. —Tu hija ha subido a ponerse una camiseta y unos pantalones cortos. Volverá aquí en cualquier momento.

—Entonces tenemos que negociar ahora mismo los descansos en el trabajo. Exijo un descanso a las diez con el jefe.

—¿En serio? ¿Con el jefe?

—Así es. Eso no es negociable.

—De acuerdo. ¿Y dónde haremos ese descanso?

—Me da igual. Podríamos empezar a probar los armarios de arriba.

Se zafó de sus brazos al oír a Heather silbar al bajar las escaleras. Mick se dio cuenta de que su hija había adquirido la costumbre de cantar, llamar a Max o tamborilear con las manos en las paredes antes de entrar en una habitación. Aquella chica se estaba volviendo muy lista a la hora de darles tiempo para recomponerse.

—Ya estoy lista —anunció la adolescente, entrando en la cocina —. ¿Y qué habéis estado haciendo vosotros dos, ahí parados?

El sonrojo de Léa siempre la delataba.

Sonrió. —Basta de cháchara. Es hora de ponerse a trabajar.

Se detuvieron brevemente en el patio trasero mientras Mick sacaba el cinturón de herramientas de su camioneta.

—Mierda. Me he olvidado la llave —dijo Léa, volviendo, corriendo al interior de la casa. Tras el incidente con Dusty, ayer había enviado a uno de sus hombres a instalar cerraduras nuevas en las puertas de Léa.

Colgándose el cinturón de herramientas de las caderas, Mick abrió el cobertizo y sacó un nivel largo y un par de sierras.

—Buen trabajo mandándola pronto a la cama, papá —dijo Heather socarronamente, en cuanto Léa estuvo dentro—. No sólo parece bien descansada, sino que es de lo más feliz que la he visto.

Mick no se atrevía a mirarla. Anoche se había esforzado razonablemente en ser discreto. Léa se había escabullido de su cama y se había metido en su habitación sobre las cinco de la mañana. Lo único que durmieron anoche fue después de eso.

Cuando Léa salió por la puerta trasera y bajó los escalones, la imagen de ella tumbada desnuda en su cama pasó por la mente de Mick. Tenía el cuerpo más hermoso y la boca más erótica. Y le encantaba el ruidito que hacía en la garganta cuando estaba a punto de llegar al clímax. Ni siquiera le importaba que lo mirara como si fuera un milagro.

—Eh, perdona —Léa sonrió y tiró de su mano, llevándole hacia la puerta trasera—. Aún no es la hora del descanso. Vámonos.

—Así de obvio, ¿eh?

—Como alguien me dijo hace poco, lo llevas tatuado en la frente.

—¿Qué lleva tatuado en la frente? —preguntó Heather.

—Su afán por arreglar mis escalones delanteros —dijo Léa, subiendo a la puerta trasera de su casa por delante de ellos.

Se detuvo bruscamente.

—Espera. Heather, quédate atrás.

Mick oyó el brusco cambio en el tono de Léa y rodeó a su hija y subió los escalones en dos zancadas. Aún no había metido la llave en la puerta, pero ya estaba abierta.

—Heather, ve a llamar a la policía.

—Papá, no dejes que Léa entre —advirtió el adolescente antes de volver corriendo hacia su casa.

El Golden retriever aprovechó ese momento para subir corriendo los escalones y atravesar la puerta antes de que Mick pudiera agarrarle el collar. Sacando el martillo del cinturón, Mick siguió al perro. La segunda puerta, más allá del cuarto de barro, también estaba abierta. Dentro de la cocina, contempló atónito el desastre. La pintura roja brillante goteaba por las paredes. Había grandes abolladuras en el yeso. Los armarios tenían profundos cortes.

Max estaba olisqueando un charco amarillo en el suelo, pero sin acercarse tanto, Mick pudo darse cuenta de que era orina.

—Pero yo no le he hecho nada. ¿Por qué hace esto?

Se volvió al oír la voz vacilante de Léa. Estaba congelada en la puerta. En su rostro se reflejaba la sorpresa, y él la estrechó entre sus brazos.

—Todo esto tiene que ver con Marilyn. Le encontrarán, amor mío. Te prometo que le encontrarán.

—No tenemos personal, reverendo Webster —explicó Tom Whiting—. No podemos quedarnos sentados en el molino, esperando a que aparezca. Además, ha habido avistamientos de Dusty en el lago. El jefe pide la colaboración de todos para que nos dejen mirar en las cabañas de ahí fuera. Puede que esté escondido en una de ellas.

—Estaré encantada de ayudar en lo que pueda, Tom.

Chris se apartó de la ventana abierta de su dormitorio. La sección «Se busca ayuda» del periódico estaba desplegada junto a su ordenador. Recogió la carta y el sobre de la impresora. Dobló la página y la metió dentro.

No estaba muy bien que te despidieran de dos trabajos el mismo día. Y cortar la hierba no pagaba una mierda. Se metió el periódico y el sobre bajo el brazo y salió.

Pero al menos sabía de quién era la culpa.

Dusty se tambaleó hacia delante y pateó con saña la silla giratoria verde. La silla rodó a lo largo del remolque y fue a parar contra el catre.

Habían estado aquí. Revolviendo sus cosas. Se quedó mirando la nota impresa que tenía en la mano, pero las palabras corrían juntas. Habían pegado la hoja en su puerta.

Malditos polis.

Dio un portazo antes de recoger la botella de vodka del suelo. Miró a su alrededor mientras bebía profundamente. ¿Qué hacían entrando aquí? Qué más daba si había hecho una visita a la zorra de Hardy. ¿Qué les importaba?

Que se jodan.

Había visto a los coches patrulla vigilando la propiedad del molino cuando volvió del lago ayer por la mañana. No era gran cosa. Había vuelto al lago y regresado hoy. Por fin se habían ido los malditos gilipollas.

—Hace calor —murmuró, despojándose de su raída chaqueta.

Bebió otro trago y terminó la botella.

Pero volverían.

Con movimientos espasmódicos, se tambaleó, apilando cosas en una bolsa. Tallas de madera. Un trapo sucio. Una sartén. Una botella de vodka vacía. Su chaqueta.

Sus cuchillos no estaban a la vista. Los policías debían habérselos llevado.

—Putos gilipollas.

La habitación daba vueltas y él se apoyó en el mostrador.

—Merl —murmuró, tropezando con el remolque.

Se detuvo en seco, intentando concentrarse. La bolsa de plástico cayó al suelo a sus pies.

Las fotos habían desaparecido. Todas y cada una de ellas. —Merl… no.

Dusty sacó su cuchillo de la funda. Con un rugido, atacó la pared, apuñalándola y cortando trozos de revestimiento. Se estaba

cansando rápidamente, y al clavarse en el lugar donde habían estado los cuadros, la hoja se partió a un palmo de la empuñadura, haciéndole un corte en la mejilla al pasar volando junto a su hombro.

Se apoyó en el mostrador. Estaba muy cansado. Le caían gotas de sangre de la cara. Pensó en Marilyn y cerró los ojos.

Ella estaba muerta. Su Merl estaba muerta, apuñalada y quemada en aquella apestosa casa junto al río. Muerta.

Dusty oyó un chasquido metálico procedente de la puerta del remolque y se volvió a tiempo de ver las llamas que corrían hacia él a través de la gasolina que cubría el suelo.

Cargó contra la puerta, pero la cortina de humo y llamas se lo tragó antes de llegar a ella.

Capítulo Treinta



OTROS COMPRADORES de la tienda de materiales de construcción se apartaron del camino de Léa mientras ella corría por cada pasillo con Mick pisándole los talones.

—*No* voy a dejar que me haga esto —apiló litros de pintura en el carro—. *No* va a echarme de esta ciudad.

—Ese es el espíritu. Creo que empujaré esto —dijo, maniobrando el carrito para coger los cepillos y los rodillos mientras ella los barría de la estantería.

—Rich Weir dijo que no hay muchos sitios donde pueda esconderse. Deberían encontrarle y sacarle a rastras. Deberían sacar su lamentable y cobarde culo del agujero en el que se esconde y detenerlo. —sacó de la estantería un litro de solución limpiadora industrial.

—Estoy de acuerdo. Pero creo que Rich está haciendo lo que puede, esta vez —cogió la enorme bolsa de esponjas y un par de fregonas que ella arrojó hacia el carro—. Con la aparición del cadáver de Jason Shanahan hoy, y Dusty visto junto al lago hace poco, yo diría que el jefe tiene mucho más que nosotros pisándole los talones para que lo entregue.

Léa se detuvo bruscamente y se volvió hacia él.

—Dios, qué imbécil soy —dio una patada al carrito y se metió en su abrazo—. Aquí estoy yo, disgustada por repintar un par de paredes, y el pobre Brian Hughes intentando lidiar con la pérdida de alguien a quien amaba.

Mick la estrechó entre sus brazos. —Yo diría que tienes todo el derecho a estar enfadada. Has soportado más acoso del que te correspondía. —Léa se zafó de sus brazos cuando un par de hombres que venían por el pasillo saludaron a Mick.

—Lo siento —susurró ella, cayendo a su lado—. Los tíos y las ferreterías. Espero no haber arruinado tu reputación cubriéndote.

—Puedes cubrirte sobre mí, en cualquier momento y en cualquier lugar —la besó—. Y, por cierto, mi cotización sólo subirá si me ven con un bombón como tú.

—Sabes exactamente cómo hacerme olvidar mis problemas. Eres la persona más sensible de este mundo, Mick.

—Es la primera vez que oigo eso —dijo riendo—. Pero voy a citarte cuando te presione para que respondas.

Cuando empezó a ayudar a Mick a descargarlo todo en la caja registradora, no pudo evitar el momento de esperanza que la invadió. Pasar su vida con Mick era un final feliz para siempre que ella nunca habría imaginado posible. Él le ofrecía el peso equilibrante de la pasión, la felicidad y el amor que le habían faltado en la balanza de la fortuna. Le ofreció un futuro.

Mick también tenía la capacidad de borrar sus preocupaciones, de hacer la vida habitable. Esta mañana, tras hablar con el jefe y los agentes que habían venido a ver la última obra de Dusty, Mick había llevado a Léa de compras para mejorar su casa.

Mientras Léa firmaba el resguardo de la tarjeta de crédito, se preguntó si no se habría dejado llevar un poco con sus compras.

—Esto debería bastar para limpiar y pintar todas las casas del barrio —comentó mientras cargaban los suministros en su camioneta.

—Bueno, sí hago esto el tiempo suficiente o con la frecuencia suficiente, quizá pueda dedicarme a raspar y pintar como profesión.

—Siempre busco contratar pintores, sobre todo sexys que tengan ojos avellana y toneladas de puntos en la frente y a los que les guste revisar los electrodomésticos de la casa.

En un minuto estaban en la camioneta y en la carretera.

—Con ese tipo de descripción del trabajo, los Constructores de Piedra podrían encontrar a todas las mujeres de tres condados poniéndose lentillas de color avellana y golpeándose la cabeza con dos por cuatro.

—Pues no tendrán suerte. Ese puesto ya lo ha ocupado la mujer viva más sexy, y tengo mis ojos puestos en ella ahora mismo.

Su sonrisa la golpeó en lo más profundo del pecho. Se desabrochó el cinturón y se deslizó por el asiento.

—Siempre dices las cosas más bonitas —apoyando la cabeza en su hombro, Léa deslizó los dedos bajo su camisa y acarició la cálida piel de su pecho.

—Disculpe, señora. ¿Debo apartarme a un lado de la carretera?

—No. Aún es de día —le besó el cuello—. Podrían detenernos por lo que quiero hacerte.

—Entonces será mejor que te pongas el cinturón. Me cuesta un poco concentrarme en la carretera.

Léa se abrochó el cinturón de seguridad y volvió a donde lo había dejado. —¿Por dónde íbamos?

—Estabas trabajando para que nos detuvieran.

—Oh, sí —ella deslizó la mano por su vientre y sintió cómo se contraía cada músculo—. Tienes las manos apretadas en el volante,

¿verdad?

—¡Uuu! Sí que quiero. —Tenía los nudillos blancos.

—Bien, porque hay algunas cosas que también me moría por contarte —le besó la mandíbula—. Eres el hombre vivo más sexy.

Abrió la boca para decir algo, pero Léa le pasó los dedos por delante de los vaqueros. Un gruñido fue lo único que salió de su garganta.

—Y el más dadivoso.

Le desabrochó el cinturón.

—Y el más considerado.

Bajó la cremallera.

—Y la más cariñosa.

Ella deslizó la mano dentro de sus vaqueros.

—Y yo a ti.

La camioneta rebotó cuando Mick se desvió de la carretera principal y bajó por un camino de tierra hacia el bosque.

—¿Adónde vas?

—En algún sitio donde no nos detengan. Al menos no enseguida. —La camioneta se detuvo junto a la valla de un prado.

Las vacas blancas y negras del campo estaban moderadamente interesadas, pero a Léa le daba igual. Mientras se desabrochaba el cinturón, Mick le bajó los calzoncillos. Sólo tuvo tiempo de quitarse una zapatilla y sacar una pierna antes de que él se deslizara hacia ella. En un instante, estaba a horcajadas sobre él en el asiento.

Léa bajó sobre él, absorbiéndolo profundamente. Se retorcían como amantes hambrientos. Ninguno de los dos tenía paciencia para ir despacio, y Léa lo cabalgó con fuerza mientras él le apartaba la camiseta y el sujetador de la boca.

Sus cuerpos se mecían juntos en una salvaje y rítmica danza de amor. Una fiebre se apoderó de ella, llenándola de placer. Entonces,

cuando Léa pensó que ya no podía más, la camioneta, el prado y la dorada tarde de verano desaparecieron al estallar juntos en un tumulto de pasión.

Se aferraron el uno al otro, sin aliento después.

—No hemos vuelto a utilizar preservativo —le susurró al oído.

Léa sintió que una risita le subía al pecho. —Bueno, si alguna vez me quedo embarazada, tenemos una amplia gama de nombres con los que podemos llamarla a ella o a él.

—¿Ah, sí?

—Westinghouse… o GE… o Amana… o Ford…

—Fui a la universidad con un tipo cuyo nombre de pila era Ford. Le llamábamos Fordie.

—Bueno, ahora ya sabes de dónde sacó el nombre.

—No te preocupes por él. Piensa que podemos ir a la Exposición Mundial de Electrodomésticos de luna de miel.

Léa le besó. —Eres el hombre más romántico del mundo.

—Me alegro mucho de que me aprecies.

Sonó el móvil de Mick. Refunfuñó y buscó el número. —Soy Heather.

Léa se apartó de su regazo mientras él contestaba al teléfono.

—Estamos de camino a casa —le entregó a Léa su zapatilla—. ¿Dónde estamos? No lo sé. Sólo veo campos. Llegaremos a casa en unos diez o quince minutos.

—¿Está bien? —preguntó Léa en cuanto colgó.

—Sí. Está bien. Ha vuelto a casa.

—Deberíamos darnos prisa —dijo Léa—. No debería estar allí sola.

Mick la besó y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando se retiró.

—Se pondrá bien —le dijo, tranquilizándola.

Léa se encontró sumida en una neblina de placer durante el resto del trayecto hasta su casa. Cuando Mick entró en Poplar Street, se sorprendió al ver todas las luces de su casa encendidas.

—Espero que Heather no haya venido aquí a trabajar sola otra vez —salió del coche y subió los escalones rotos. A través de las ventanas abiertas del porche, oyó voces procedentes del interior. Miró por encima del hombro y vio a Mick de pie detrás de ella.

—Entra —se encogió de hombros—. Creo que la ha dejado sin cerrar.

La mano de Léa temblaba cuando empujó la puerta para abrirla.

Se quedó boquiabierta al ver la cantidad de gente que había dentro. Algunos llevaban cinturones de herramientas, otros ropa de trabajo vieja salpicada de pintura. Un hombre y una mujer bajaban las escaleras, brochas y rodillos en la mano. Algunos de los rostros sonrientes le resultaban familiares; otros sólo eran amables desconocidos. Se quedó boquiabierta.

Heather salió de la parte trasera de la casa. Joanna estaba justo detrás de ella.

Léa oyó la voz de Andrew Rice desde la acera. —¿Llego demasiado tarde a la fiesta del trabajo?

—Para la parte del trabajo, sí —le dijo Joanna—. Para la parte de la fiesta, llegas justo a tiempo.

Heather le dio un fuerte abrazo a Léa. —Vamos, tenemos mucho que enseñarte.

Cuando el adolescente empezó a arrastrarla hacia el interior de la casa, Léa se volvió y buscó a Mick. Él le cogió la mano.

—¿Has planeado esto?

—Todos lo hicieron. Queremos que te quedes, Léa —le sonrió—. *Todos* queremos.

Estefanía colgó el teléfono.

Con mano temblorosa, cogió su vaso de té helado. Los cubitos traquetearon. El líquido se deslizó por el borde y cayó sobre su vestido. El vaso estaba húmedo y, antes de que pudiera agarrarlo bien, se le escapó de las manos y se estrelló contra el suelo de baldosas. Volaron astillas de cristal en todas direcciones.

—¿Q-qué quería Rich?

Se quedó mirando los trozos desparramados por el suelo de la cocina. Bob la había estado observando mientras hablaba por teléfono. Siempre la estaba observando. Levantó los ojos y miró la silla de ruedas. A su cuerpo parcialmente paralizado. Al rostro que una vez había sido apuesto. Y cariñoso.

Seguía cuidando de ella. Siempre cuidaba de ella.

—Ha habido un incendio en la propiedad del molino. Rich me ha llamado para avisarme. —Estefanía arrancó unas cuantas hojas de papel de cocina del rollo y se arrodilló en el suelo, absorbiendo el líquido.

—¿N-nadie h-ha resultado herido?

Su mano pasó sobre un trozo de cristal mellado. Un corte manó sangre sobre la toalla de papel. Sin miramientos, siguió limpiando el suelo.

—Sí, parece que el fuego se inició en la caravana de Dusty. Hay un cuerpo quemado. Sospechan que podría ser él.

—T-tú eres b-bleed-ding.

—No lo soy.

—S-Steph.

—Quería que muriera. No quería que volviera del ejército. Estábamos acabados —la toalla húmeda estaba roja de sangre—.

Acabados. Pero volvió de todos modos. Por supuesto, todo el mundo sintió lástima por él. Estaba destrozado. Perdido. No le quedaba mente. Era la guerra. Era inofensivo. Incluso a mí me engañaron. Me… engañaron.

Unas lágrimas cayeron sobre su mano sangrante. Se las quedó mirando un momento y luego se limpió la mejilla con la toalla, dejándose un arañazo y una mancha de sangre justo debajo del ojo. Dejó caer la toalla al suelo

—No me di cuenta de que estaba lleno de odio. Era malvado. Un mal loco. Le encantaba castigarme. Lo hacía a través de Marilyn.

Los fragmentos de cristal eran afilados y le perforaban la piel de los dedos y las palmas de las manos desnudas mientras Stephanie barría los cristales y los amontonaba.

—Él se lo dijo. Dusty se lo dijo cuando estuvo preparado. Ni siquiera era una adolescente. Esperó y se lo dijo cuando estuvo preparado, que era su padre. Que le había traicionado. A él y a su amor por mí. Que me casé por dinero. Que *le* había traicionado. ¿Te lo imaginas?

Otra aguja de cristal la apuñaló. Ni siquiera hizo una mueca de dolor. Miró con curiosidad la larga astilla que sobresalía de su piel antes de volver a coger la toalla de papel.

—Sus métodos funcionaban. Y ella era como él. En todos los sentidos, era como él. Castigándome. Pero eso no bastaba. Nunca estaba contenta. Todos tenían que sufrir.

Estefanía se sentó sobre sus talones y miró al espacio.

—Fue a por Charlie cuando aún estaba en la escuela. Todo el mundo sabía que era su padre. Pero eso no la detuvo. Creo… no, *sé* que se aseguró de que yo los viera. Que los viera. A los dos. Se aseguró de que lo viera —miró a Bob—. E hizo lo mismo contigo. Y a mí… otra vez.

Le rodaron más lágrimas por la cara. Sus manos apretaron la toalla de papel. La sangre y la bebida derramada gotearon sobre su vestido.

—Aprendí a odiarla tanto como odiaba a Dusty. Quería verla muerta. Mi propia hija. Era parte de mí y, sin embargo, quería rodear su garganta con mis manos y verla jadear.

Estefanía partió la toalla de papel en dos y colocó los trozos, uno al lado del otro, como dos muñecos de papel. Pero éstas estaban rojas de sangre y brillaban con los fragmentos de cristal astillado. Los tocó con ternura.

—Pero Ted no debería haberlo hecho. Era bueno. Las chicas tenían la oportunidad de una vida con él. Eran una familia. Mi familia. Mis bebés. No debería habérmelas quitado.

Se balanceó sobre los talones. El dolor la rodeaba como una niebla sanguinolenta. La pena volvía a apoderarse de ella. Cerró los ojos y un sollozo sacudió su cuerpo.

—No vi la maldad en él. Él también me traicionó. Mintió. Como Dusty. Como Marilyn. Esperó como un monstruo y luego los mató. Me robó las dos únicas cosas buenas de mi vida.

—No lo hizo.

Estefanía siguió meciéndose. Las lágrimas no se detenían, apretándose a través de sus párpados cerrados.

—Ted n-no mató.

Abrió los ojos y vio a Bob a través de una neblina de lágrimas.

—Yo llegué p-primero. La casa estaba ardiendo. No entré. Ted vino después. Entró después. Le vi volverse loco… intentando entrar.

El cuerpo de Stephanie temblaba violentamente cuando intentó ponerse en pie. Se agarró al mostrador para estabilizarse. Bob tenía la cara húmeda por las lágrimas. Parecía centenario.

—Fui allí porque ella me había enviado las fotos por m-correo… ese día. Pero no la maté. Llegué allí después… y Ted también… llegó allí después.

—¿Por qué? —exhaló incrédula—. ¿Por qué no dijiste nada de esto antes? ¿Por qué no hace dos años?

—Temía que me detuvieran. Creí que no sabías lo de Marilyn y yo. Estaba loco. L-loco. Tanto como para m-matarla. Podría haberlo hecho.

Al levantarse, unos cristales rotos se clavaron en sus pies.

—Lo siento. Perdóname. Te quiero, S-steph.

Cogió el teléfono del mostrador y se lo dio.

—Enséñamelo.

Capítulo Treinta Y Uno



—No tengo forma de subir a la cabaña. Mi coche está en el garaje, y hoy está cerrado —se quejó Chris al teléfono—. Y además, me has quitado las llaves. ¿Te acuerdas?

—¿Dónde está tu madre? —preguntó brevemente el reverendo Webster al otro lado.

—Fuera, en un desayuno benéfico. Y no sé cuándo va a volver. —La adolescente se paseaba de un lado a otro de la cocina.

—Bueno, aun así quiero que subas. Eres el único que ha estado utilizando la cabaña esta primavera, y te quiero allí para que les dejes entrar.

Chris quitó la tapa del tarro de galletas de Patricia y sacó los tres billetes de veinte dólares, metiéndoselos en el bolsillo.

—Prepárate —continuó su padre—. Llamaré a la jefa Weir y le pediré que envíe a uno de sus coches patrulla a recogerte de camino al lago. Si tiene tantas ganas de registrar mi cabaña que no espera una orden judicial, no creo que se resista a llevarte hasta allí.

—Estaré esperando junto al teléfono. Gracias, Sarah, por todo.

Léa no sabía cómo contener sus emociones mientras colgaba el teléfono. Se volvió hacia Mick y lo abrazó con fuerza en medio de la cocina. —No me lo puedo creer. Dios, no puedo creer que esté pasando esto.

—¿Buenas noticias?

—Hay una novedad. Un testigo se ha presentado voluntariamente para declarar a favor de Ted. Es demasiado pronto para saber si es necesario un nuevo juicio, pero está presionando para que se celebre una audiencia de inmediato. Hoy está todo cerrado, pero cree que quizá mañana —conteniendo su exultación, le besó—. ¿Tú también tienes algo que ver con esto?

—Me das demasiado crédito —se rió—. ¿Quién es el testigo?

—Aún no lo sabía, pero dijo que llamaría en cuanto supiera algo más.

Heather apareció en la puerta de la cocina. —¿No estáis cansados de tanto abrazo y beso? Navidad, no puedo darte la espalda ni un minuto. Espero haberme perdido el desayuno.

Antes de que la adolescente pudiera coger su lata de refresco matutino, Léa le dio también un abrazo de oso.

—De acuerdo. ¿Qué le pasa? —preguntó a su padre.

Cuando Mick le dio la noticia a Heather, ésta soltó un fuerte grito y devolvió el abrazo a Léa. Al soltarla, la adolescente se detuvo y se golpeó la frente con la palma de la mano.

—No puedo creer que anoche se me olvidara darte algo. —Heather buscó en la encimera. Cogió un sobre—. Antes de empezar a trabajar ayer en la casa, encontré esto dentro de la puerta principal. Se parece un poco al otro que te dieron.

Un breve momento de ansiedad se apoderó de Léa al manipular el familiar sobre blanco. Como el anterior, tenía la dirección, pero no el sello. Ni siquiera se detuvo y lo abrió.

Yo me encargo de todo. Ahora puedes irte.

La miró confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó Mick—. ¿De quién es?

Antes de que pudiera contestar, Max cargó contra la puerta principal, ladrando mientras corría por la casa. Mick fue a ver de quién se trataba. Un minuto después, Léa oyó la voz de Rich Weir mientras los dos hombres volvían hacia la cocina. El jefe de policía se había mostrado sorprendentemente cortés con ella últimamente, y Léa se preguntó si tendría algo que ver con la influencia de Sheila.

—Siento no haber ido a casa anoche. Estuve liado con algunas cosas. Sheila dijo que tenías mucha ayuda.

Léa se quedó estupefacta de que se lo hubiera planteado. —Sí, gracias.

—¿Una taza de café? —ofreció Mick

—No, gracias. Voy de camino al lago. Vamos a pasar por algunas de las casas de campo.

—¿Aún no hay rastro de Dusty?

Rich la miró y frunció el ceño. —Supongo que no te has enterado. Ayer por la tarde hubo un incendio en el molino.

—Me he enterado. Uno de mis chicos me llamó anoche para decírmelo —Mick llenó su propia taza—. Alquilamos uno de los edificios de la parte de atrás para almacén. Sólo dijo que el fuego no se acercó al almacén.

—No. Todo se limitó más o menos a la caravana de Dusty. Él estaba dentro.

—¿Dusty ha muerto? —preguntó Léa conmocionada.

—No conseguimos la identificación definitiva del cadáver hasta esta mañana. Pero era él.

Léa se sentó en una silla. Todo esto era como un rompecabezas que se resolvía solo. Le costaba creerlo.

—Seguimos investigando el lugar del incendio. Pero había otra razón por la que pasé por aquí —se volvió hacia Heather—. Sé que hoy es festivo y todo eso, pero me preguntaba si no te importaría acercarte al lago y mostrarnos dónde viste exactamente a Dusty. Estamos intentando averiguar sus movimientos en la investigación de la muerte de Jason Shanahan, y nos ayudaría mucho saber dónde lo viste.

Heather miró al jefe. —¿Pueden llevarme mi padre o Léa?

—Por supuesto.

—¿Cuándo la quieres? —preguntó Mick.

—Cuanto antes, mejor. Si puedes hacerlo esta mañana, te lo agradecería.

—¿Por qué no la llevas allí ahora? —se ofreció Léa—. Me quedaré junto al teléfono.

Mick no parecía muy cómodo con la idea.

—Me quedaré aquí junto al teléfono. Te lo prometo, Mick.

—Voy a por mis zapatos. —Heather corrió hacia la parte delantera de la casa, con el perro pisándole los talones.

—Señorita Hardy —empezó Rich en cuanto Heather salió de la cocina—. Debe saber que hemos recibido nueva información en relación con el caso de su hermano. Estamos haciendo todo lo posible para seguir adelante con el asunto, y el Departamento de Policía de Stonybrook te apoya al cien por cien.

Por segunda vez en minutos, Rich Weir la dejó sin habla.

—No sé a dónde ha ido el chico, pero nadie contestaba al timbre de la rectoría —dijo Jeff a través de la ventanilla abierta de su coche patrulla.

Robin miró con el ceño fruncido al otro oficial. —Tom dijo que había hablado con el reverendo Webster y lo había arreglado.

—No estaba allí. Te lo estoy diciendo.

—Bueno —dijo pensativa, mirando la cabaña de los Webster—. Yo digo que entremos. Tenemos el permiso del propietario y una docena de cabañas más que comprobar. ¿Qué probabilidades hay de que el lugar tenga cerradura en la puerta?

Su compañero asintió y la llamó por la radio. En un minuto estaban cruzando la grava sembrada de hojas hacia la cabaña. Había empezado a caer una lluvia constante.

La puerta principal resultó estar cerrada, después de todo, pero rodearon el edificio, asomándose y probando las ventanas a medida que avanzaban. Cuando llegaron al porche trasero, Robin subió y tiró de la puerta corredera de cristal. Se abrió con facilidad.

—¿Qué te he dicho?

Llamaron a la cabina, identificándose. Al no obtener respuesta, entraron. Un rápido vistazo alrededor les indicó que el lugar estaba vacío.

La casa estaba limpia y ordenada. Todo estaba en su sitio. Los muebles tenían ese cómodo aspecto desgastado que demostraba cuidado, a pesar de su antigüedad. Los libros de las estanterías, una mezcla de misterios y biografías, estaban recién desempolvados. Las camas estaban cubiertas de colchas, pero sin hacer. La nevera estaba encendida y las estanterías impecables. Un escáner de la policía estaba desenchufado sobre una encimera limpia, pero no había ningún televisor a la vista. En la sala de estar, los cojines de

los muebles del porche estaban apilados contra la pared y cubiertos con una toalla de playa.

Robin se había dirigido a la puerta trasera cuando vio a Jeff arrodillado junto a la encimera de la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, cruzando la cabina y agachándose a su lado.

—Dímelo tú.

Miró la madera blanca que asomaba por el profundo desconchón de la tabla del suelo de pino. Parecía como si la esquina de algo hubiera golpeado el suelo, abollándolo y astillando la madera. Lo iluminó con la linterna y señaló un punto situado a un metro de la marca. Dos finas líneas oscuras recorrían las ranuras entre las tablas del suelo a lo largo de casi medio metro y luego se detenían.

—Mira eso —dijo en voz baja—. Te apuesto un sueldo a que es sangre.

La lluvia de verano seguía cayendo sin cesar, en enormes gotas que caían de las hojas de los árboles.

Chris odiaba estar mojado, pero esperó hasta que el coche de policía, seguido por Heather y su viejo, abandonó la calle. Trepó por el muro de piedra. Vio que el viejo Honda seguía aparcado en la entrada de los Hardy.

Necesitaba un coche. Tenía que huir de Stonybrook. Tenía que huir, aunque aún no sabía adónde.

La casa de los Hardy parecía cerrada. Las ventanas estaban cerradas y las luces apagadas. Echó un vistazo a la decrépita casa de carruajes y se dio cuenta de que la ventana del sótano que había utilizado para entrar el lunes por la noche tenía un trozo de

contrachapado clavado encima. De todos modos, ella no guardaría las llaves ahí dentro, pensó, y corrió por el camino de entrada hacia el coche.

Probó las puertas. Estaban cerradas.

El perro de Heather ladraba en algún lugar de la casa de al lado. Oyó que la mujer Hardy le decía algo al animal. Un minuto después, observó a través de la barandilla de su porche cómo salía por la puerta principal de los Conklin.

Su voz cruzó el césped. Hablaba con el perro. —No hay mucha tormenta que ver.

Chris la vio sentarse en una de las sillas de mimbre con el perro a su lado. Se alejó por la parte trasera de las casas.

Todo el mundo guardaba las llaves en la cocina. Todo el mundo.

Sus zapatos apenas hicieron ruido al subir los escalones traseros. La puerta trasera de los Conklin estaba abierta. Chris la abrió en silencio y entró.

Conocía la distribución de la casa. La última vez que Heather se quedó con su padre, él había entrado y salido de esta casa unas cuantas veces. Miró hacia la puerta principal. A lo largo de la casa, vio la puerta de mosquitera cerrada que daba al porche delantero. Echó un vistazo rápido a las paredes en busca de un llavero. No había ninguna.

Buscó en los mostradores la cartera de Léa, algún lugar donde pudiera dejar caer las llaves. No encontró nada.

—Está lloviendo, Max. Tu padre tiene razón, eres idiota —bromeaba con el estúpido perro. Se quedó helado al ver su sombra pasar por delante de la puerta mosquitera.

—Vale, sólo un paseo rápido alrededor de la manzana.

La puerta principal se abrió, y él retrocedió tras la puerta hasta la cocina. Volvió a respirar cuando ella no entró en la casa, en

absoluto. Volvió a oír la puerta y se dio cuenta de que ella estaba cogiendo la correa del perro que había en la cesta junto a la puerta.

En cuanto su voz se alejó del porche, salió de la cocina. Las llaves de la camioneta de Conklin también servirían, aunque las letras de la empresa en el lateral facilitarían su localización en la carretera. Miró rápidamente dentro del estudio. No había nada sobre el escritorio. Se apresuró a atravesar la casa y subir las escaleras. Pasó por delante de la puerta de Heather y se dirigió a la habitación de invitados, donde supuso que se alojaba Léa.

—Vio su bolso sobre una cómoda. Apresurándose, tiró el contenido sobre una de las camas. Las llaves cayeron con el resto y se las guardó en el bolsillo. Rápidamente revisó la cartera y cogió todo el dinero y una tarjeta de crédito.

Volvió a salir de la habitación, pero no pudo evitar detenerse en la puerta de Heather. Los muebles eran los mismos que recordaba de antes, pero la habitación estaba más desordenada ahora. Vio un par de calzoncillos cerca de la puerta y los cogió. Sintió la textura sedosa, la frotó contra su mejilla. Era tan suave como la de Marilyn.

Recordó la sensación de calor húmedo de Heather cuando la tocó el lunes por la noche. Debería habérsela follado. Ella no se habría quejado mucho si él hubiera llegado hasta el final. Marilyn siempre decía que le gustaba duro. Cuanto más duro, mejor.

A Chris le pareció oír un ruido fuera. Rápidamente, se metió la ropa interior en el bolsillo trasero y bajó las escaleras a toda prisa.

—Chris, ¿qué haces aquí? —Léa estaba de pie con una correa en la mano dentro de la puerta principal.

—Yo… estaba buscando a Heather.

Léa esperaba que su sorpresa al encontrarlo aquí ocultara su miedo. Al oír la voz de Chris, Max empezó a ladrar furiosamente desde fuera de la puerta mosquitera. Se echó hacia atrás para abrir la puerta y dejar entrar al perro.

—¡No! —dijo bruscamente el adolescente—. Déjale ahí fuera.

—Claro, como quieras —se obligó a mantener la calma. El perro saltó sobre la pantalla, arañando para entrar.

—Cierra la puerta.

Léa cerró la puerta principal.

—Suelta la correa.

Lo dejó caer en la cesta. —Heather no está en casa ahora, pero cuando llegue le diré que te has pasado.

—Sí, claro. Para que vuelva a decirme que me pierda.

Tenía la cara enrojecida y la respiración agitada. Cuando lo vio por primera vez, se llevó la mano al bolsillo de los vaqueros. Salió ahora sosteniendo una navaja cerrada. En su carrera se había enfrentado a varios alumnos enfadados y agresivos a punto de estallar, pero ninguno le había sacado nunca una navaja.

—Me confunde muchísimo —dio un paso hacia abajo—. En un momento le gusto, y al siguiente me pisa el pie y me empuja.

Léa mantuvo una postura abierta y mantuvo la calma en su voz. —Sé lo que quieres decir.

—No me gustan las chicas de mi edad. Nunca me han gustado. Pero Heather siempre fue diferente. No piensa como las demás. No va por ahí, intentando conseguir un novio nuevo cada dos días. No sé cuántos chicos tuvo cuando estaba en California, pero desde que ha vuelto, soy el único con el que ha salido.

—Es verdad. —Léa se dio cuenta de que él no tenía prisa por salir—. ¿Puedo hacer algo por ti, Chris?

El teléfono empezó a sonar en la mesilla, a unos pasos de distancia.

—Espero una llamada de mi abogado. Sabe que estoy aquí.

No le preguntó si estaba bien recogerlo. Se acercó tranquilamente y contestó.

—Léa —la voz de Mick fue un sonido bienvenido—. Tengo más noticias.

—Hola. —Se giró despreocupadamente para mirar a Chris. Él estaba de pie al pie de la escalera, mirándola. El cuchillo estaba abierto, con la hoja apoyada en la pierna.

—Estamos en el lago. La policía ha encontrado sangre en la cabaña de los Webster. Rich también acaba de recibir un informe de los investigadores de incendios según el cual parece que alguien ha utilizado una palanca o algo parecido para atrancar la puerta de la caravana de Dusty desde fuera. Alguien le prendió fuego con él dentro. Quiero que tengas cuidado. No sé qué demonios está pasando, pero estoy preocupado por ti.

—Gracias, Sarah —dijo alegremente—. Vuelve a llamarme si encuentras algo más.

Léa apagó el teléfono y volvió a dejarlo sobre la mesilla.

Capítulo Treinta Y Dos



—Hemos registrado el coche del chico en el garaje —decía uno de los agentes al jefe—. Han encontrado en el maletero una caja de acero con fotografías de Marilyn Hardy y otras personas.

Mick miró fijamente su teléfono. Entonces sus palabras hicieron clic.

—Hay alguien en casa —dijo, arrancando hacia su coche con Rich y Heather siguiéndole—. Léa tiene problemas.

—Podría ser el niño —el jefe de policía sacó el móvil—. El patrullero más cercano que tenemos está en el molino.

Heather apenas se había puesto el cinturón de seguridad cuando Mick metió la marcha atrás y aceleró hacia el camino de vuelta.

—Por favor, Dios, que se ponga bien. Por favor, Dios —susurró. Se volvió hacia Mick—. Ha intentado hacerme una foto, papá. Está enfermo, como lo estaba Marilyn. Siempre tenía cámaras en casa. Debería habérselo impedido.

—Esto *no* es culpa tuya —dijo Mick sombríamente—. Y Léa se pondrá bien. Llegaremos en unos minutos. Pero ella sabrá cómo enfrentarse a él. Lo sé. Ella puede con él.

Léa pudo ver cómo se tensaban los músculos del brazo del adolescente. La hoja del cuchillo seguía apuntando al suelo.

—Era Sarah Rand —ofreció, como si no pasara nada—. Es la nueva abogada de Ted y es muy buena. Oye, me apetece un vaso de té helado. ¿Quieres un poco?

Tan despreocupadamente como pudo, se dirigió a la cocina. La puerta trasera estaba abierta. Léa pensó en correr hacia ella.

—Me gusta el té helado —estaba junto a su hombro.

No había posibilidad de huir. Cuando buscó vasos en un armario, Chris se dirigió a la puerta trasera y la cerró. Léa notó que la mirada de la adolescente se posaba en el sobre blanco que había dejado sobre la encimera.

—Deberías haberle escuchado. Deberías haber ido.

—No podía irme sin antes darle las gracias… sin antes darte las gracias.

Sus ojos eran fríos cuando se fijaron en el rostro de ella. —¿Sabías que era yo?

Consiguió reír con la mayor naturalidad posible.

—No importa, pero acabas de decírmelo. Sabías lo que ponía en la carta sin mirarla —le tendió uno de los vasos de té helado—. Así que… gracias, Chris.

No dijo nada, y Léa volvió a sentarse contra la mesa de la cocina. El chico parecía perdido. Sus ojos barrían el suelo. Estaba claro que no sabía qué quería hacer a continuación.

En su mente empezaron a encajar fragmentos de información. Chris tenía todas las características de un depredador sexual de clase A. También Marilyn cuando estaba viva. Había querido manipular y controlar a Léa con esas cartas. Marilyn tenía las mismas características de comportamiento.

—Así que crees que Ted es inocente —dijo ella, manteniendo su tono conversacional.

—Yo no he dicho eso.

—Eso decían tus cartas.

—Sólo decía lo que querías oír, dándote la lata. Quería que volvieras a Stonybrook —sonrió—. Y te lo creíste.

—¿Por qué querías que volviera aquí? —preguntó Léa, sabiendo muy bien que con cada pregunta podía estar empujándole en la dirección equivocada. El perro seguía ladrando furiosamente en la puerta principal.

—Como he dicho, para sacudirte. Y para enfrentar a los lobos entre sí. Para agitar las cosas. A todos los que Marilyn odiaba. A ti. Al Sr. Slater. Stephanie. Brian. Jason. También había otros. Era como en los viejos tiempos, con Marilyn.

—No tuve nada que ver con ella.

—Te odiaba cuando aún estaba casada con él —se encogió de hombros—. De todos modos, tenías que ser suplente de tu hermano. ¿Cómo iba a divertirme viendo cómo se desataba la mierda si no había nadie que sustituyera a Ted?

—Inteligente. —Léa dio un sorbo a su té helado—. El peluche del coche de Estefanía también era muy inteligente.

—Estuvo bien. Me gustaba más enviar fotos.

—Nunca los he visto.

—Eso es porque no tenía nada de sí misma con su marido.

—¿De dónde las has sacado, Chris? Está muerta.

—Me dio algunos de los negativos para obtener copias —se encogió de hombros—. Conseguí el resto en su casa de campo antes de que llegara la policía.

Léa dejó el vaso. Sentada en medio de la mesa de la cocina estaba la cámara que Heather había utilizado para hacer fotos de la

fiesta de trabajo de la noche anterior.

—¿Así que eso era todo? ¿Sólo querías una pequeña actividad de grupo en la que poder fastidiar a todo el mundo durante un par de días?

—No burlarse. Hacerles sufrir —corrigió—. Tenía que terminar lo que Marilyn empezó. Ella odiaba a esa gente.

Tomó otro sorbo de té helado.

—Eres bueno, Chris. Tengo que reconocértelo. Entonces, ¿mataste a Dusty? ¿Y a Jason? ¿Mataste a todos?

—No quería matar a esos dos asquerosos. Pero esas cosas pasan —se apoyó en la encimera. Con la hoja de su cuchillo, empezó a tallar algo en la encimera.

—Brian sufrirá porque Jason se ha ido.

—Siempre me gustó Brian. No necesitaba a ese gilipollas.

—¿Y Bob Slater y Stephanie? —preguntó—. ¿Querías llevarla al límite? ¿Era eso?

—Ya está bien. De todos modos, es un lisiado inútil.

—¿Y yo qué?

—Si te hubieras ido de la ciudad cuando te lo dije, entonces sólo habrías tenido que ver cómo se freía tu hermano. Pero ahora… —se enderezó del mostrador—. No me gustan los cabos sueltos. Cada cosa en su sitio.

Léa no se levantó. No se encogió cuando vio que la luz cambiaba en la cara de Chris. No le cabía duda de que era la cara de un asesino, pero Mick estaba por llegar, se dijo a sí misma. Llegaría en cualquier momento.

—¿Marilyn fue buena contigo?

—Sí, era increíble.

El hecho de que ella no se pusiera en pie ni retrocediera, ni opusiera resistencia, ni siquiera se comportara de forma temerosa,

evidentemente lo estaba desconcertando. Se detuvo a un par de pasos de ella.

—La querías, ¿verdad, Chris?

—Claro que sí. Y ella también me quería.

—Entonces, ¿por qué se acostó con todos esos otros tíos cuando te tenía a ti? —cogió la cámara y la levantó—. ¿Por qué tanto lío con las fotos?

—Sólo lo hizo para vengarse. En realidad, sólo me quería a mí.

—Eres un chico demasiado listo para creerte esas tonterías. Pero puedo decirte que trato a mis hijos mucho mejor que eso. Y no les miento.

—¿Tus chicos?

—Por supuesto. ¿Crees que Marilyn es la única mujer del mundo a la que le gustan los hombres jóvenes? Reconocemos a un semental cuando lo vemos. Para eso te utilizó, Chris. Un cuerpo joven, fuerte y bonito. Aprendes rápido. Alguien a quien pudiera utilizar para que la siguiera como un cachorro y cumpliera sus órdenes. Apuesto a que incluso te hizo hacer algunas de esas fotos para ella.

—¿Y qué?

Notó que se le ponía la piel de gallina en los brazos desnudos. Apoyó la cámara contra su mejilla. —¿No la odiabas por eso, Chris? ¿No estabas celosa en absoluto?

—A veces —se acercó un paso más—. No podía evitarlo. Pero ella me quería.

Estaba a tiro de piedra. —¿No querías matarla por utilizarte?

—¡No! La amaba.

—¿No querías salir tú en esas fotos?

Su rostro mostraba una expresión victoriosa. —*Estuve* en algunas de ellas. En *muchas*. Ella se tomaba su tiempo cuando estaba

conmigo. Me dejaba hacerle lo que quisiera. Cualquier cosa.

—¿Y a quién le envió esas fotos tuyas? —preguntó Léa, acercándose despreocupadamente la cámara al ojo y mirándole a través del visor—. ¿Te utilizaba para hacer daño a otra persona? ¿A tus padres? ¿O quería hacerte daño de verdad?

Le temblaba todo el cuerpo. Le vio levantar el cuchillo.

Léa bajó la cámara y le miró directamente a los ojos. —Puedes admitirlo. Estás entre amigos. Verás, soy igual que Marilyn. Te habría utilizado, Chris, igual que ella. Eres un juguete. Nada más. Sólo el medio de hacer daño a más gente. Pero eres un chico listo. Deberías haberte dado cuenta por ti mismo.

—Lo hice.

—Eso pensaba. Y tú la odiabas.

—Sí.

—¿Lo suficiente como para querer matarla?

—Sí.

El flash de la cámara estalló en sus ojos justo en el momento en que retiraba el cuchillo. Léa se lanzó de espaldas sobre la mesa y cayó al suelo, justo cuando Mick atravesaba la cocina y golpeaba el cuerpo de Chris contra la pared.

En un instante, la cocina se llenó de policías.

Léa se quedó tumbada, aturdida. Todo su coraje de hace un momento había desaparecido. Se dio cuenta de que temblaba como una hoja.

Chris no opuso resistencia. Observó con una extraña sensación de desconexión cómo alguien le leía sus derechos mientras otro agente le ponía las esposas.

Léa encontró los brazos de Mick alrededor de ella. —¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Estoy bien.

Se aferró con fuerza a él. Había visto a Mick en la puerta de la cocina justo cuando bajaba la cámara. Eso le había dado valor para hacer la última pregunta.

—¿Cómo has entrado?

Le tocaba los brazos, la cara, como si tuviera que comprobar por sí mismo que estaba bien.

—La puerta principal. Con todos los ladridos de Max, esperaba poder acercarme sigilosamente. No puedo creer lo cerca que estuvo de hacerte daño de verdad.

—¿Dónde está Heather?

—Está en el coche. Casi se vuelve loca, preocupada por ti.

Léa se incorporó, todavía agarrada a Mick. Intentó orientarse.

—No sé qué le dijiste antes —dijo Rich Weir, agachándose delante de ella mientras un par de agentes sacaban a Chris—. Pero me encantó oír esa última respuesta. Cuando busques trabajo como interrogador…

—Ponte a la cola, amigo —Mick la ayudó a ponerse en pie y la rodeó con un brazo—. Me debe algunas respuestas antes de hablar de cualquier trabajo contigo.

Se volvió hacia Mick y se acurrucó contra su pecho. Podía sentir su fuerza fluyendo hacia ella.

—¡Léa! —Heather entró corriendo en la habitación—. ¿De verdad se ha acabado?

—Sí —acercó a la adolescente a su abrazo—. Esta pesadilla ha terminado de verdad.

Capítulo Treinta Y Tres



—Dame quince minutos.

—¿Seguro que no quieres que entre contigo?

Joanna negó con la cabeza y besó a Andrew en los labios. —Tengo que hacerlo sola.

Se subió el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia. Subió apresuradamente por el sendero y pasó bajo el enrejado en el que florecían fragantes rosas trepadoras.

Una mirada por encima del hombro le indicó que la floristería ya estaba cerrada.

Tocó una vez el timbre de la puerta principal y esperó a que Gwen respondiera. Ésta había sido tanto su casa como la de su hermana. Ambas no, las tres, corrigió, se habían criado bajo aquel techo. Pero ella no estaba vinculada a él. No lo reclamaba.

La puerta se abrió de par en par y Gwen se hizo a un lado. —¿Has vuelto?

—No —dijo Joanna—. He venido a por mi ropa. Una maleta debería bastar para todo lo que quiero llevarme.

No esperó respuesta, sino que pasó rápidamente junto a su hermana y subió las escaleras.

Sacó del armario la única maleta grande que tenía y la dejó sobre la cama. Sin preocuparse por el orden, trasladó la ropa de los cajones y el armario a la maleta.

Era sorprendente lo poco que poseía. Pero, en realidad, tenía mucho sentido, teniendo en cuenta que nunca había ido demasiado lejos. Apiló tres pares de zapatos y un par de zapatillas encima de todo.

En algún momento del apresurado trabajo de embalaje, Gwen había subido. Joanna no se detuvo, ignorando a su hermana mayor.

—¿Cuánto tiempo piensas ausentarte?

—Para siempre —respondió Joanna, manteniendo toda hostilidad fuera de su voz.

—¿Y la floristería? No puedo dirigirla sola.

—Ya te lo he dicho antes. Es tuyo. Haz lo que quieras con él.

—¿Qué piensas hacer con tu vida?

—Eso es cosa mía, ¿no?

—No puedes quedarte en casa y dejar que te cuide.

—*Él* tiene un nombre. Se llama Andrew —los ojos de Joanna ardían cuando levantó la vista—. Sabes, me habría resultado mucho más fácil venir a recoger mis cosas en algún momento en que no estuvieras en casa.

Ahora que la compuerta estaba abierta, no podía acallar las discusiones dentro de su cabeza.

—En realidad habría sido mucho menos estresante no tener que verte *nunca* más. Podría haber hecho como Cate y marcharme sin despedirme. Pero pensé que, qué diablos, por respeto a ti, ambos podríamos tener un pequeño cierre. Incluso esperaba que pudiéramos marcharnos sin odiarnos. Sin cargar con rencores que duraran una década. Pero, una vez más, Gwen, has conseguido demostrarme que me equivocaba.

Joanna cerró la cremallera de la maleta. Arrastró la maleta fuera de la cama y salió por la puerta, sin prestar a su hermana más atención que a la moldura de la pared.

—¿Y yo qué?

Joanna se encontró congelada en lo alto de las escaleras. No fue la pregunta, sino la tristeza de la voz lo que la detuvo.

—He centrado toda mi vida en Cate. Y en ti. Y en el negocio. No sé lo que es estar solo. No sé qué hacer *conmigo*.

Miró el rostro cubierto de lágrimas de su hermana. —Sobrevivirás, Gwen. De hecho, creo que prosperarás.

La mujer mayor sacudió la cabeza y se hundió en el suelo, de espaldas a la pared.

—Tengo miedo, Jo —susurró—. Ni siquiera sé quién soy, ni lo que quiero hacer. Y soy demasiado vieja para cometer errores.

Joanna dejó la maleta en lo alto de la escalera y regresó junto a su hermana. Se agachó junto a la mujer que lloraba.

—Aunque actúes como una mojigata victoriana, *no* eres vieja, Gwen. Sólo tienes cuarenta y un años. Dios, eso puede ser el principio de una vida. ¿Y quién dice que haya algo malo en cometer errores? Por el amor de Dios, *comete* algunos. Experimenta cosas. Haz un viaje. Vende la casa y el negocio y sal a viajar por el mundo. Encuentra quién eres. Encuentra una causa por la que luchar. Ten sexo, ¡por el amor de Dios! Nada de eso tiene por qué ser un error. ¿Y a quién le importará si lo es?

Joanna limpió las lágrimas del rostro de su hermana.

—No puedo darte respuestas. Pero puedo decirte que no puedes esconderte detrás de mí y de Cate para siempre.

Se levantó y volvió hacia su maleta.

—¿Tiene que ser esto? —preguntó Gwen—. ¿No podemos seguir siendo hermanas?

Joanna le devolvió la mirada. —Sinceramente, no lo sé.

—¿Crees… crees que a Andrew le importaría que me pasara a visitaros alguna vez?

Joanna miró fijamente a Gwen durante un largo rato, sintiendo cómo se desvanecían los años de ira y frustración.

—No, Gwen. No creo que le importe. Y a mí tampoco me importará.

Recogiendo su maletín, bajó las escaleras, salió por la puerta y recorrió el paseo hasta el coche que la esperaba.

—Me encanta el olor de esas rosas —dijo Joanna mientras le entregaba la maleta a Andrew.

Capítulo Treinta Y Cuatro



—¿No crees que podríamos estar sentando un mal precedente, cocinando y horneando y mimándole así?

—No, creo que no. Comprueba las galletas. —Léa le tendió una agarradera a Heather—. Después de correr en una docena de direcciones distintas por mí la semana pasada, a tu padre le vendría bien un poco de mimo.

—Vale, pero recuerda que podrías estar quemando tus propios puentes aquí. No quiero oír quejas tuyas dentro de tres años, cuando esté en la universidad, sobre los niños y las tareas domésticas y sobre que papá no hace su parte.

Léa sonrió y bajó el fuego de la olla de agua hirviendo que tenía preparada para las langostas. —Estás suponiendo mucho, ¿verdad?

—Un minuto más o menos para estas galletas. —Heather volvió a meter la bandeja en el horno y le dio a Léa un abrazo de oso—. ¿Cuándo es la boda? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Léa le devolvió el abrazo. —Ni siquiera hemos hablado de ello.

Y quizá no lo hicieran durante un tiempo, pensó. No mientras el caso de Ted siguiera sin resolverse.

Sin embargo, las cosas iban bien. En la última semana, Sarah había conseguido que se aprobara la petición de un nuevo juicio. Y

mientras esperaban, habían conseguido que trasladaran a Ted a un hospital para prepararlo. A Léa le había dado mucha alegría visitarle allí todos los días de la semana y ver los progresos que hacía.

Sin embargo, los abogados de Chris Webster habían cerrado prácticamente cualquier información adicional sobre él. Aunque el fiscal seguía trabajando para relacionarlo con las muertes de Marilyn y sus hijos, los asesinatos de Jason Shanahan y Dusty estaban claramente vinculados a él. Por supuesto, estaban los cargos menores de destrucción de la propiedad en relación con la cabaña de la Posada del León, así como el vandalismo de la casa de Léa, pero ésos eran los que menos le preocupaban.

La condena por asesinato de Ted seguía siendo lo principal en la mente de Léa. Sarah le había asegurado que la decisión de Bob Slater de subir voluntariamente al estrado como testigo de Ted, junto con la aparente culpabilidad de Chris, significaría prácticamente que Ted saldría libre. Pero Léa aún no estaba dispuesta a relajarse hasta que viera que eso ocurría de verdad.

—No os vais a fugar ni nada de eso, ¿verdad? —preguntó Heather.

—Si lo hacemos, nos aseguraremos de llevarte con nosotros.

—Y mis abuelos. Papá es hijo único, ¿sabes? Les haría mucha ilusión venir a la boda.

—Estoy deseando volver a verlos.

—¿Y qué me dices de Ted? ¿No te gustaría que estuviera en tu boda?

De sólo pensarlo, Léa sintió que se le cerraba la garganta de la emoción. Asintió con la cabeza.

—Sí. Me encantaría tenerle allí.

—Papá dijo que los médicos tienen muchas esperanzas.

—Ted siempre llevará cicatrices mentales de su pérdida. Pero creen que pronto podrá funcionar en sociedad, al menos. Después, depende de él. Y de nosotros ayudarle también.

Heather sonrió y metió la mano en el horno para coger las galletas. Léa volvió a poner la mesa. Esta noche era para Mick, se recordó a sí misma. Él lo había sido todo para ella durante esta terrible experiencia. Su apoyo. Su fuerza. Había aparcado su vida, su trabajo y todo lo demás para ayudarla. Para estar a su lado.

Dios, ¡le quería! Si tuviera el poder de mimarle de por vida, lo haría.

El tarro de galletas se estrelló contra el suelo.

—¡Caramba! A papá le encanta esa cosa. No puedo creer que se me cayera.

—No es para tanto. —Léa apartó al perro entusiasmado, se agachó y empezó a recoger los trozos más grandes del tarro de cerámica—. Esto nos da una excusa para que tú y yo vayamos mañana de compras. Podemos comprarle uno nuevo como regalo.

Desde que se peinaban juntas, ir de compras con Léa se había convertido en una de las pasiones de Heather. Léa sabía que no era lo que compraban lo que atraía a la adolescente, sino la conexión personal que establecían.

—No te cortes la mano. Voy a por el recogedor y la escoba.

Heather corrió hacia la pequeña despensa, pero reapareció inmediatamente.

—Las dejé en la cocina de tu casa —dijo, cogiendo las llaves de Léa de la encimera y saliendo, corriendo por la puerta trasera—. Ahora vuelvo.

Con el sol cayendo por el oeste, las sombras se extendían largas y pesadas por el patio. Los sonidos del día estaban dando paso al silencio del atardecer, y el frescor de la tierra empezaba a elevarse. En la profunda sombra de la casa de carruajes, imponente en su decadencia, el intruso se quedó observando las dos casas y esperó.

No pasó mucho tiempo antes de que el impío demonio saliera de una casa y corriera alegremente por el césped. Las llaves que llevaba en la mano tintinearon cuando subió los escalones, abrió la puerta y entró.

Moviéndose sin hacer ruido, la sombra salió de la oscuridad y cruzó el césped hasta la casa.

Léa tiró los trozos más grandes del tarro roto a la papelera. Mientras buscaba toallitas de papel, su mirada se dirigió a la ventana que había sobre el fregadero. Vio a Heather en el porche trasero de la casa de al lado. La adolescente abrió la puerta trasera y entró. Un segundo después se encendió la luz del techo de la cocina.

—Te veo mirando esas migas —advirtió a Max por encima del hombro. El perro estaba al acecho a un par de pasos de distancia. Apartó la bandeja de galletas del borde de la encimera y, de repente, un movimiento procedente de la otra casa le llamó la atención. Miró horrorizada hacia la ventana de la cocina de enfrente.

La hoja del cuchillo centelleó al surcar el aire antes de hundirse en la espalda de Heather.

—*¡No*! —gritó.

Cuando salió corriendo por la puerta trasera y cruzó el césped, sus pies apenas tocaban el suelo. Subió de un salto los escalones traseros y abrió la puerta de un tirón.

—Por favor —sollozó—. No.

Irrumpió en la casa y vio a Heather tendida boca abajo sobre su propia sangre en el suelo de la cocina. No se movía.

Otro recuerdo la cegó momentáneamente. La imagen de su madre, yaciendo muerta en su propia sangre, en esta misma cocina.

Ese día también había llegado demasiado tarde.

Léa vio la hoja que descendía y se volvió, justo cuando Patricia Webster bajaba el cuchillo. Levantó los brazos en señal de defensa, y un dolor agudo la atravesó cuando la mujer golpeó una y otra vez. Los brazos de Léa escupieron sangre por los profundos cortes de sus antebrazos.

—¡NO!

—Ah, eres tú. —Marilyn encendió la luz de la cocina—. Se lo dije a tu marido por teléfono esta mañana. No hacía falta que vinieras.

Se acercó a la estufa y encendió la luz que había sobre ella.

—Es decir, mientras los dos cerréis la boca durante la vista de mi divorcio el lunes, no recibiréis más paquetes sorpresa de fotos. Y tampoco…

—Me dijiste que dejarías de tocar a Chris. Lo tuviste aquí anoche.

—Últimamente es él quien hace todos los toqueteos. Chris tiene un talento maravilloso —Marilyn se echó a reír—. Uno de estos días, debería invitar también a tu marido. Será algo para que los dos se me echen encima al mismo tiempo. Quizá te envíe algunas fotos.

Se volvió para ver la reacción de la mujer. En lugar de ello, sólo vio la hoja del cuchillo destellando hacia ella.

La madre de Chris levantó el cuchillo para golpear de nuevo, pero Léa le dio una fuerte patada y ella misma se tambaleó hacia atrás.

—¿Por qué? —jadeó, encarándose con la mujer.

A pesar de su pequeña estatura, Patricia Webster era fuerte y rápida. Volvió a levantar el cuchillo de cocina. —La maté una vez, pero volvió de nuevo para abusar de mi hijo. La mataré otra vez.

El cuchillo cortó hacia ella, y Léa saltó a un lado, pero la hoja aún consiguió atravesar la carne de su bíceps.

Heather hizo un ruidito en el suelo, y Patricia se volvió.

—*No* volverás a quitarme a mi Christopher. Antes te mataré.

Léa se lanzó contra la mujer, agarrándola por la muñeca. Las dos cayeron con fuerza sobre el suelo de la cocina, pero Patricia no soltó el cuchillo.

—No te dejaré —jadeó Léa, golpeando la cara de la mujer con un puño ensangrentado—. No te lo permitiré.

El cuchillo la cortó en algún punto alto del hombro, pero Léa estaba más allá de sentir dolor. Tenía el cuerpo cubierto de sangre y la vista nublada por las lágrimas, pero no podía abandonar la lucha.

Como una criatura salvaje, utilizó el puño y las piernas, cualquier cosa para impedir que la diablesa acabara con la vida de Heather. Agarrando el pelo de la mujer, golpeó la cabeza de Patricia contra el suelo.

En algún momento, el cuchillo cayó de la mano de la mujer, pero Léa no se detuvo. Siguió golpeando la cabeza contra el suelo hasta que se dio cuenta, tiempo después, de que su enemiga ya no se movía.

—Léa —susurró débilmente Heather desde el otro lado de la cocina.

Sólo entonces, tras oír aquella voz, Léa se permitió caer hacia delante y ceder al dolor.

Capítulo Treinta Y Cinco



—Ninguno de los dos va a estar demasiado guapo en bañador este verano.

Mick vio que Léa se reía de la ocurrencia de Heather, y su corazón se llenó de alegría. Ayer había estado tan cerca de perderlas a las dos. El miedo le había helado cuando entró en su casa vacía, y luego se convirtió en horror cuando fue a la puerta trasera de Léa y vio toda la sangre. La policía, las ambulancias, los médicos de urgencias… ninguno de ellos podría haberse movido lo bastante rápido para él.

Las heridas de Heather habían consistido en una puñalada a lo largo del omóplato y un hematoma en la cabeza por la caída que, más que probablemente, le había salvado la vida. Léa, en cambio, tenía más de veinte cortes en brazos y hombros. Había perdido mucha sangre.

Patricia Webster había sufrido una conmoción cerebral, pero a Mick le costaba un poco reunir simpatía. Ya estaba fuera del hospital y bajo custodia de la policía.

Dos años de mentiras se habían deshecho en una noche.

Chris había confesado, por encima de los esfuerzos de sus abogados por detenerle.

Su madre estaba demasiado loca para preocuparse por las consecuencias, y su versión de la noche del asesinato de Marilyn se había desbordado en la cama del hospital, mientras su marido estaba sentado a su lado, cogiéndole la mano.

Todas las piezas encajaron en la cabeza de Mick.

Patricia Webster había matado a Marilyn a puñaladas. Chris había llegado a tiempo para ver salir a su madre. Al entrar en la casa y presenciar lo que su madre había hecho, había prendido fuego al lugar para encubrir el crimen de su madre. Matar a las dos niñas había sido involuntario, pero sus asesinatos se añadían a los cargos que se le imputaban. Según Rich Weir, el fiscal estaba considerando la posibilidad de juzgarlo como adulto.

Bob Slater y Ted habían llegado después.

Durante dos años, el reverendo Webster había sabido que los problemas de su familia eran profundos, pero había optado por el silencio y la oración como única forma de actuar.

Mick cerró los ojos y envió su propia oración silenciosa de agradecimiento al cielo por haber salvado a su familia.

La familia. Su mirada se cruzó con la de Léa. Tenía las manos vendadas, pero de todos modos se acercó a él desde la cama del hospital.

—Puedes dejar que se relajen esas arrugas de la frente, amor mío —susurró—. Estamos bien.

—Lo sé —le rozó los labios con un beso—. Te quiero. Y aún me debes algunas respuestas.

—Bueno, voy a vender la casa. Betty Walters llamó mientras estabas en la comisaría. Un escritor loco quiere comprarla.

—Busco otras respuestas —insistió.

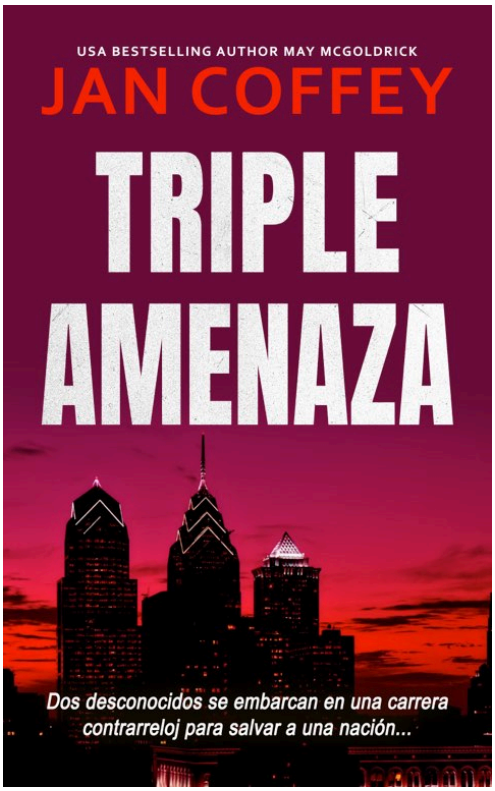
—¿Y bien? Estamos esperando —dijo Heather. La adolescente tenía el brazo en cabestrillo y se sentó al otro lado de la cama.

Léa sonrió y miró de Mick a Heather y de nuevo a él. —Sí.

Con cabestrillo o sin él, los gritos de Heather despertaron a todos los pacientes del hospital de Stonybrook.

Gracias por dedicar tu tiempo a leer *Dos Veces Quemada.* Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor… y se agradece mucho.

Espero que pases página y eches un vistazo a un avance exclusivo de la próxima novela de suspense romántico de Jan Coffey, *Triple Amenaza.*



TRIPLE AMENAZA
Cuenta atrás para un 4 de julio mortal

Apenas unas semanas antes del Día de la Independencia, el Presidente es objetivo de asesinato por parte de un poderoso cártel financiero que está haciendo planes para estafar al sueño americano.

Sólo dos personas se interponen entre un desastre nacional y una gloriosa celebración… y el tiempo se acaba.

Ha desaparecido una preciada bandera de Betsy Ross y el agente especial del FBI Nate Murtaugh sólo tiene diez días para encontrarla. Su búsqueda le lleva al mundo del arte de Filadelfia y a Ellie Littlefield. Hija de un famoso falsificador de arte, es una experta marchante de antigüedades americanas. Ellie tiene contactos en el

submundo del arte y Murtaugh hará todo lo posible para que le ayude.

A medida que avanza la cuenta atrás para el Día de la Independencia, Ellie y Nate deben navegar por un mundo en el que es difícil separar la verdad de la mentira, en el que el asesinato es sólo una forma de hacer negocios y en el que los agentes del poder corporativo se niegan a dejar que nadie, ni siquiera el Presidente de EEUU, se interponga en el camino de los beneficios.

Nota del autor

Esperamos que te haya gustado *Dos Veces Quemado* y que ahora estés preparado para pasar un buen rato en el hermoso condado de Bucks en tus próximas vacaciones en Pensilvania. Es perfectamente seguro. Los asesinatos han sido resueltos, y la ciudad ficticia de Stonybrook ha sido cuidadosamente doblada y guardada en nuestra imaginación. Así que disfruta de tu viaje.

Como la mayoría de nuestros lectores de May McGoldrick ya saben, nos encanta ofrecerte de vez en cuando destellos de personajes de nuestras novelas anteriores, y nos ha encantado hacerlo aquí. En *Confía en Mí una Vez*, tuvimos el placer de presentar a Owen Dean y Sarah Rand.

Además de a nuestros lectores, también queremos dar las gracias al jefe Paul T. Dickinson, del Departamento de Policía de Perkasie (Pensilvania), por toda su entusiasta ayuda con nuestro millar de preguntas. Saludamos también a los miembros del Departamento de Policía de Perkasie, que nos complace decir que *NO* fueron el modelo de los mejores de Stonybrook. También queremos dar las gracias a Kate Williams por escribir el libro *Guía para padres de adolescentes*

suicidas y deprimidos. Este libro es un recurso excelente para cualquier padre o cualquier persona que trate con adolescentes… problemáticos o no.

Escribimos nuestras novelas para ti, y trabajamos duro para crear historias que apreciarás y recomendarás a tus amigos. Puedes visitarnos en nuestro sitio web y suscribirte a las actualizaciones de noticias y seguirnos en BookBub.

Por último, si tienes tiempo y te ha gustado *Dos Veces Quemado,* no dejes de dejar una reseña en línea. Agradeceremos el gesto.

¡Paz y Salud!

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today,* han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne Du Maurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY MCGOLDRICK

16TH CENTURY HIGHLANDER NOVELS

A Midsummer Wedding *(novella)*

The Thistle and the Rose

Macpherson Brothers Trilogy

Angel of Skye (Book 1)

Heart of Gold (Book 2)

Beauty of the Mist (Book 3)

Macpherson Trilogy (Box Set)

The Intended

Flame

Tess and the Highlander

Highland Treasure Trilogy

The Dreamer (Book 1)

The Enchantress (Book 2)

The Firebrand (Book 3)

Highland Treasure Trilogy Box Set

Scottish Relic Trilogy

Much Ado About Highlanders (Book 1)

Taming the Highlander (Book 2)

Tempest in the Highlands (Book 3)

Scottish Relic Trilogy Box Set

Love and Mayhem

18TH CENTURY NOVELS

Secret Vows

The Promise (Pennington Family)

The Rebel

Secret Vows Box Set

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

Borrowed Dreams (Book 1)

Captured Dreams (Book 2)

Dreams of Destiny (Book 3)

Scottish Dream Trilogy Box Set

REGENCY AND 19TH CENTURY NOVELS

Pennington Regency-Era Series

Romancing the Scot

It Happened in the Highlands

Sweet Home Highland Christmas *(novella)*

Sleepless in Scotland

Dearest Millie *(novella)*

How to Ditch a Duke *(novella)*

A Prince in the Pantry *(novella)*

Regency Novella Collection

Royal Highlander Series

Highland Crown

Highland Jewel

Highland Sword

Ghost of the Thames

CONTEMPORARY ROMANCE, FANTASY & COZY FANTASY

First Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 1

Second Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 2

Jane Austen CANNOT Marry

Erase Me

Tropical Kiss

Aquarian

Thanksgiving in Connecticut

Made in Heaven

NONFICTION

Marriage of Minds: Collaborative Writing

Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century

NOVELS BY JAN COFFEY

ROMANTIC SUSPENSE & MYSTERY

Trust Me Once

Twice Burned

Triple Threat

Fourth Victim

Five in a Row

Silent Waters

Cross Wired

The Janus Effect

The Puppet Master

Blind Eye

Road Kill

Mercy (novella)

When the Mirror Cracks

Tehran's Daughters

Erase Me

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

High Country Justice

Bullets and Silver

The Winter Road

Silver Trail Christmas